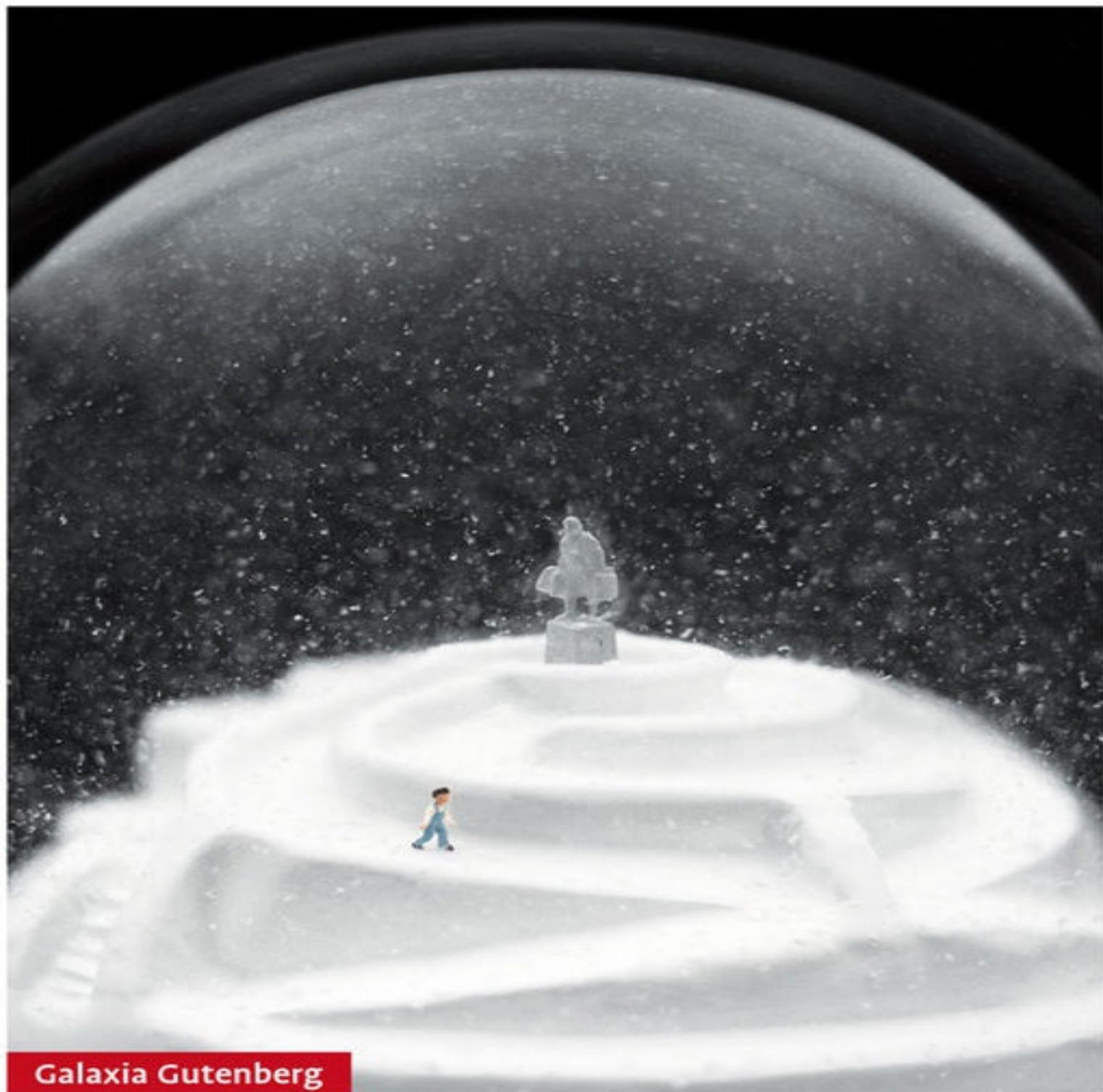
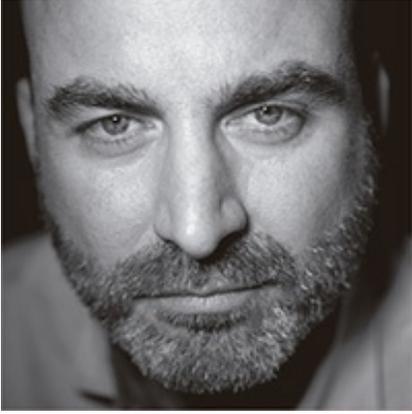


# Ernesto Pérez Zúñiga

## Escarcha



Galaxia Gutenberg





ERNESTO PÉREZ ZÚÑIGA

# Escarcha

Galaxia Gutenberg

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
[www.galaxiagutenberg.com](http://www.galaxiagutenberg.com)

Edición en formato digital: octubre de 2018

© Ernesto Pérez Zúñiga, 2018  
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Imagen de portada: *The Labyrinth* © Walter Martin & Paloma Muñoz, 2004

Conversión a formato digital: Maria Garcia  
ISBN: 978-84-17355-93-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Para José María Pérez Zúñiga.  
Para el árbol del río*

¡Almas pasajeras!, vais a empezar una nueva carrera y a entrar en un cuerpo mortal. No se os escogerá una condición determinada; cada una de vosotras escogerá la suya. [...] La virtud no tiene dueño; sigue a quien la honra, y huye de quien la desdeña. Cada cual es responsable de su elección; Dios es inocente de ella.

PLATÓN

Somos víctimas de un extravío. El extravío sobre el cual hemos fundado nuestra vida, el de no darle a ella la primacía que le corresponde.

RAFAEL CADENAS

El extravío ocurre a menudo dentro de uno mismo.

LUIS MATEO DíEZ

He pasado la segunda parte de mi vida rompiendo las piedras, perforando las murallas, taladrando las puertas y apartando los obstáculos que interpuse entre la luz y yo durante la primera parte de mi vida.

OCTAVIO PAZ

Grandes estrellas de escarcha vienen con el pez de sombra.

FEDERICO GARCÍA LORCA

# EL TESORO

## Capítulo 1

El río de Oro había dividido la ciudad y, en tiempos remotos, los buscadores solían mostrar ínfimas pepitas a los que se asomaban al puente. Ahora sus habitantes lo habían convertido en un basurero y se podía palpar, en las orillas verdes, el peso húmedo de los que habían desaparecido.

Así los vio Monte, como si fuese el único que podía hacerlo, y luego contempló cómo se alejaban su madre y sus hermanos: las espaldas, la manera de andar de cada uno de ellos, ajenos pero afines, amados pero ya remotos, cotidianos pero ya con la sombra de la siega, como el resto de los que paseaban en aquella misma hora, titilantes y diminutos por las líneas de la mano de un dios fugitivo.

Entonces, cuando se perdieron entre la gente, subió la cuesta de la Alhambra.

Todavía tendría una hora de luz.

Le habían acompañado a comprarle sus regalos de cumpleaños, unas botas para escalar con Robin y los demás, y un sombrero del que se había encaprichado, parecido al que llevaba su abuelo Ramón. Sería el único chico de trece años, en toda la ciudad, capaz de usarlo para ir al colegio, aguantando las burlas de sus compañeros de clase. Pero le daba igual. Necesitaba hacerse fuerte porque no podía evitar sentirse solo en medio de todos.

Su familia estaba acostumbrada a sus rarezas desde que era muy niño, y ninguno se sorprendió cuando Monte dijo que quería celebrar su cumpleaños a solas, arriba, en el palacio de arcilla. Y le dejaron hacer, a su aire, mientras continuaban de compras por el centro, desconociendo lo que había ocurrido

aquel fin de semana en casa de Robin. Monte ya nunca sería el mismo. Había descubierto que su profesor de música, al que tanto admiraban él y sus amigos, era un íncubo, igual que aquellos que atormentaban sus pesadillas, con la diferencia de que este era de carne y hueso.

Lo había leído en uno de sus libros favoritos, que reunía leyendas de muchos países. Los íncubos atacaban de noche, inesperadamente. Se abalanzaban sobre los durmientes y los inmovilizaban con su peso.

–¿Por qué lo haces? –le había preguntado a él, de noche.

–Por amor –contestó el íncubo–. Porque amo la pureza. Porque quiero abrazar tu pureza antes de que te conviertas en adulto, y la pierdas definitivamente, como yo la he perdido.

También había leído Monte, en el mismo libro de leyendas, que los íncubos conceden un tesoro a aquellos capaces de robarles un cabello antes de escapar en la oscuridad, y que el tesoro era mayor si la víctima era capaz de decir en voz alta el nombre del demonio que le había atacado.

Roberto, Robin, murmuró, y lo repitió en volumen creciente, subiendo entre los bosques del palacio, que dejaban caer sobre el camino inéditas páginas de otoño. Gracias a aquella leyenda, se había acordado, en esa misma mañana tan angustiada del lunes, de una bolsa de cuero que escondió en un muro de la Alhambra, años atrás, poco después de hacer la primera comunión, donde había depositado y desterrado los tesoros de su infancia.

Por supuesto, la bolsa no estaría allí. Era imposible que hubiera aguantado la lluvia, el viento, las estaciones multiplicadas, la curiosidad de cualquier otro niño o de las ratas y, sobre todo, los trabajos de restauración a los que se sometía de cuando en cuando el edificio. Recordaba perfectamente la zona donde la había colocado, detrás de un ladrillo suelto, cerca de la entrada. Por eso, cuando palpó la superficie hasta encontrar la ranura y la piedra cedió, al anochecer, y detrás de ella apareció la bolsita de cuero, intacta, sintió que había milagros que compensaban las horas en las que el asombro se une a la desdicha. El asombro también lograba unirse a la felicidad.

La abrió en casa esa misma noche, después de apretarla en la mano corriendo por la calle, dejando atrás una sombra y otra, rostros conocidos, el

recuerdo de su padre, las farolas que teñían las aceras de un color parecido al otoño de los árboles. Sobre la cama, le aguardaban las cajas con el sombrero y las botas que su madre le había regalado, más unos pantalones nuevos que sustituían a los que él, al igual que su hermano menor, solía romper por las rodillas en el patio del colegio. Sopló en el polvo que manchaba el cuero de la bolsa y se esforzó en encontrar un resquicio para tirar del cordón que la cerraba. Allí estaban sus verdaderos regalos de aquel día, que se desperdigaron encima de la colcha y que Monte fue examinando uno a uno, incrédulo por haberlos recuperado, mediante un poder desconocido, desde otra dimensión de la que no estaba previsto que volvieran nunca:

la medalla de su bautismo,  
una jeringa en miniatura,  
una cabeza de madelmán,  
un trozo de cera azul,  
dos insignias militares, una de metal y otra de tela,  
una navajita  
y la llave del arcón arrumbado en el armario.

Tomó la medalla y, trece años después, todavía se extrañó al descifrar su nombre completo: Manuel Montenegro Moncada, en una letra diminuta.

Cuando pasaban lista en el colegio, o cuando le entregaban las notas de los exámenes, sentía un leve rechazo ante su nombre y apellidos, tan rotundos, con tantas emes y enes, como si trataran de atraparlo entre montañas que se elevaran en la caligrafía. Y él estaba en medio, como un valle por descubrir.

Se acordaba bien de la primera vez, en su infancia, cuando experimentó un repentino extrañamiento: «¡Manuel!», alguien le llamaba, y él supo que jamás le representaría aquel sonido, que él era alguien diferente al que trataban de clasificar bajo una palabra, igual que iba recelando del nombre de tantas cosas que había en el mundo. Cómo le molestaba eso. Caminar por el campo y que las misteriosas formas que vibraban entre el aire y la tierra fueran enjauladas dentro de un concepto: árbol o espiga, olivo, olmo, trigo o cebada. Él recordaba percibir cada una de esas formas de la existencia más allá de sus nombres, vivas y con una personalidad propia. Las reconocía y era

reconocido por ellas. Hasta que otra vez venía el nombre a fastidiarlo todo.

–Manuel, esto es un «bosque».

Y entonces aquellos fabulosos seres que se agitaban despacio, susurrantes, terminaban mudos y quietos dentro de una palabra.

Fue su abuelo Ramón el responsable de bautizarle otra vez.

–No me gusta cómo me llamo, abuelo. Es como si hubiera alguien dentro de mí con otro nombre, o con ninguno.

El abuelo, riéndose, le contó la historia que le ampliaría muchos años después:

–Tu padre se llama Manuel y tú también –le dijo–, en honor de mi mejor amigo, que me salvó la vida cuando estuve a punto de morir en la cárcel, hace muchos años, después de la guerra. Él vino a rescatarme desde Francia y allí volvimos hasta que pude regresar a España, después de la muerte de tu abuela Raquel. Manuel no ha querido volver. Está un poco loco, como tú, pero es la mejor persona que conozco. Así que, si no te gusta tu nombre, tienes todo el derecho a cambiarlo. Eres un Montenegro, y con los ojos de mi padre, que era una montaña. Tú, un monte pequeño todavía. A partir de hoy, te llamaré Monte y que los demás hagan lo que quieran.

Pero el apodo hizo fortuna entre el resto de la familia, comenzando por su madre, Elvira, que así podía diferenciar al padre y al niño, cuando los llamaba desde la cocina, voceando después el nombre de sus otros dos hijos, Lurdes y Miguel, como si lo hiciera por orden de edad.

Monte sonrió al revivir a su padre y acarició, en la medalla, la figura diminuta de un ángel. De pequeño los creyó ver, y dejó de verlos con certeza cuando le operaron de aquella verruga en el entrecejo con la que había nacido, de la que le quedaba una visible cicatriz.

Su madre le había contado muchas veces las circunstancias de su nacimiento. Cómo ocurrió al amanecer, después de que ella se arrodillara en la iglesia la tarde anterior, rezando para que le naciera un hijo con el pelo y los ojos de Robert Redford, aunque no tan rebelde como eres, ni con aquella verruga que parecía que viniste al mundo con un pequeño cuerno de rinoceronte.

–A lo mejor era de unicornio, mamá.

–Qué más da. No quisimos operarte tan pequeño. Preferimos esperar a que crecieras un poco.

–No era una verruga tan grande.

–Pero daba malfario. La prima Sara me había dicho que en otra vida te habían matado de un tiro en la cabeza. Y que por eso tenías esa marca de nacimiento.

–Eso te lo estás inventando.

–Me da igual. Suficiente razón para quitártela.

Y, con ella, la capacidad de percibir lo invisible.

Su padre, Manuel, le había contado cómo nació con los ojos abiertos, con una curiosidad por todo lo que se movía, por la apariencia de cada objeto, las camillas del hospital, el instrumental quirúrgico, los fluorescentes del techo, el aluminio de las ventanas, las batas de los médicos.

–Sara me dijo –continuó su madre en el recuerdo– que estabas extrañado por cuánto había cambiado el mundo que conociste en tu vida anterior.

–No digas más tonterías, Elvira –intervino su padre–. Parece mentira que seas católica y apostólica. Y que hayas sido la mejor pianista de España.

–Al menos creo en algo más que en la política. Hijo, ten cuidado con parecerte a tu padre y a tu abuelo.

Eso era imposible. Con un abuelo como el legendario Ramón Montenegro, que había luchado contra los nazis y había liberado París, la política aparecía a menudo en las reuniones familiares, aunque se evitaban en presencia de la otra rama, los Moncada, los padres de Elvira, que habían vivido en sintonía con la dictadura. Monte, de niño, se sintió especialmente unido a ellos.

*También hablaban de los ángeles, pensó observando la medalla, aunque los míos eran más extraños.*

Percibía miradas, esa era la mejor manera de explicarlo. Las calles y los parques repletos de miradas sueltas, que no venían de un rostro, y que a veces le prestaban atención a él, desde el agua estancada de una fuente o entre las hojas de los árboles. Parecían esconderse dentro de un agujero en la tierra, entre las hormigas. O habitaban en las cortinas de luz de la tarde. Cuando Monte se apresuraba a tocarlas, se quedaba con un trozo de tela en la mano.

–La mirada de las nubes nunca he dejado de verlas –dijo Monte a la medalla–. Pero sí las sombras que vinieron acompañando a la bruja Casilda.

Las imaginó un tiempo en el edificio donde vivían, arrinconadas debajo de un ventanuco, observando a los tres hermanos que bajaban corriendo las escaleras, antes de saludar al portero, Mariano, que se entretenía tallando flautas.

–¿Tú las ves? –le preguntó un día Monte–. ¿Conoces a esas sombras que viven en el rellano?

Mariano, que tenía unos ojos penetrantes, muy azules, le contestó que no, que allí no había nadie salvo ellos.

–Si él con esa mirada que parece arder no las veía, entonces no existieron –continuó Monte hablando con la medalla–. Menos mal que me operaron de aquella verruga.

Unos días antes de cumplir trece años, había descubierto en clase aquel cuadro de El Bosco, donde el médico, ataviado con un embudo, extraía la piedra de la locura.

*Me hicieron lo mismo en el entrecejo. Aunque seguro se dejaron algo dentro de la piel.*

Pero mucho antes, mientras aún conservaba la locura al completo, quiso esconderse cuando su madre le abrió la puerta a Casilda, aquella muchacha de Alfacar cuyos padres trabajaban la tierra de los Moncada. Monte y sus hermanos la recibieron como a la encarnación femenina del yeti. Quizá por aquel espantoso abrigo, fabricado por su padre, según decía ella, con la piel de los conejos que había cazado y descuartizado en el campo. El yeti permanecía en la entrada de la casa, aguardando, colgado en el perchero. Y los hermanos jugaban a correr por el pasillo para tocar ese abrigo que parecía una conejera de fantasmas. Luego regresaban, riendo y despavoridos, sin haberlo rozado.

Casilda había venido a cuidarlos cuando Elvira Moncada, célebre pianista en los repertorios de Chopin y de Schubert, debía ausentarse en época de conciertos. Le causaba tanto conflicto abandonarlos que ella acabaría abandonando su exitosa carrera, a pesar de la oposición inicial de su marido, profesor de literatura en la Universidad de Granada.

Monte recordó las manos huesudas de Casilda, que apretaba en exceso las suyas cuando los llevaba al parque; su risa, también exagerada, en los bares donde les hacía entrar cuando quedaba con su novio; su nariz de pájaro y aquellos ojos negros, bonitos, en los que los tres hermanos querían confiar.

Un día aquellas manos se atrevieron a destapar la tapa del piano, y comenzaron a reptar con torpeza sobre la superficie negra y blanca. Monte permanecía absorto en los dedos de Casilda, cortos y anchos, opuestos a los de su madre, y en el horrible sonido que sacaban a las teclas. Sintió un pellizco en el estómago, al que le siguió el estruendo de la tapa del piano al caer de golpe y el grito de Casilda y la risa de sus hermanos.

–Han sido los conejos del abrigo –dijo Lurdes, la más lista de los tres.

En cualquier caso, Casilda la tomó con Monte, porque era el que estaba más cerca de ella en aquel momento.

–A partir de ese día trató de matarme –le dijo Monte a la medalla–. Y no se conformó con un solo método.

La dejó sobre la cama y, acercándose a la estantería, cogió el libro de leyendas.

*Donde viven los incubos, pensó, donde ahora vive también Robin.*

Luego acercó el rostro a una de las fotografías pegadas en la pared, con chinchetas.

–Padre –susurró besando la imagen–; por qué me has abandonado.

## Capítulo 2

Tomó de la colcha la cabeza de madelmán y la sostuvo en la mano. Conservaba el pañuelo de pirata y los ojos nítidamente pintados, como reclamando el juego que ya no volvería. Debió de venir a casa en uno de sus primeros cumpleaños. Monte recobró la primera alegría de recibir un regalo en el cuarto de sus padres, donde su madre guardaba sus tesoros en un armario abarrotado de vestidos, partituras, collares con turquesas, un anillo enroscado en forma de serpiente, pañuelos de seda del Japón, una caja de música donde la bailarina giraba en su mínimo baile al son de un *Cascanueces* que se iba debilitando conforme la cuerda se gastaba, todos regalos de admiradores, entre los que había destacado, en primera fila de los conciertos, el galán enamorado que se llamaba Manuel Montenegro y que había pedido a la pianista que se casara con él.

Y, como era rojo y de familia de rojos, los Moncada se la habían entregado a regañadientes, a pesar de lo cual les habían hecho generosos regalos de boda, entre los que destacaba aquel armario del que había acabado saliendo el madelmán pirata.

Monte lo prefería a guerreros más convencionales. Ya desde niño había sentido debilidad por los rebeldes, por influencia de su familia, claro está, donde cada miembro lo era a su manera, pero también por inclinación propia. Rebelde ante Casilda, desde luego, que los trataba sin cariño, como ropa que no hay más remedio que lavar. Lurdes, con sus rizos de niña y sus mohínes, era la única que sabía llevársela al huerto. Miguel, el más pequeño, ponía pies en polvorosa ante la presencia de Casilda. Monte, que había cumplido cinco años, como hermano mayor, no tenía más remedio que afrontar el peligro.

Mirando la cabeza del muñeco, rescató la imagen de una de las fotografías que su madre guardaba en el armario: el propio Monte, muy niño, tocando el piano, con un vendaje a modo de turbante. Poco después de que Casilda se pillara las manos con la tapa, la foto fue tomada por Elvira, que trataba de enseñar a sus hijos las primeras lecciones de música, y a quien, después de tantos años, seguía divirtiéndose aquella imagen de Monte. No le haría tanta gracia si hubiera sabido cómo se había quemado la cabeza, aventura que su hijo nunca le contó como tampoco le contaría lo que había pasado el fin de semana con Robin.

No se trataba solo de que Monte tratara de enfrentarse por sí mismo a la calamidad, sino que sentía vergüenza y el miedo de no ser perfecto y, por tanto, aceptado en aquella familia de artistas y héroes. Vergüenza de contar cómo se había acercado a la cocina donde Casilda guisaba al infierno, lo más rápido que podía, unos chorizos de su pueblo, con alcohol; cómo Monte, que albergaba una atracción especial por el fuego, se acercó tanto a la llama que acabó con una fogata en los cabellos de Robert Redford, los cuales a partir de aquel día nacieron más oscuros, como si se hubieran chamuscado las raíces y también algo en los sentimientos del niño.

Habría sido una venganza de Casilda, un movimiento de su mano que, viéndole a él tan cerca, no pudo evitar la tentación que los fantasmas del abrigo le dictaban: derramarle sobre la cabeza un chorrito de alcohol, que enseguida se contagió del fuego de la hornilla. ¿Exageraba pensando que ella se divertía con estas crueldades? Si no se divertía, al menos le había permitido acercarse hasta la sartén, para ver qué ocurría. Monte podía comprenderla. Él también había sentido esa tentación muchas veces: por qué no dejarse llevar por el mal. Como aquella vez que, estrenando una escopeta de petardos, tiroteó a su hermano Miguel, que trataba de esconderse debajo de una mesa, llorando y tapándose los oídos. ¿Por qué no, Casilda? Al menos luego la muchacha apagó el incendio envolviéndole la cabeza con los trapos grasientos de la cocina. Se le habían quemado las cejas, y también las pestañas. Lo extraño fue que Monte volviera a probar aquellos chorizos al infierno.

Desde niño había aprendido a comer –y en grandes cantidades– lo que no

debía, pero se libró de algunos alimentos innecesarios gracias precisamente a Casilda, quien trató de asesinarlo con un plan casi perfecto, que, de salirle bien, la habría exculpado con seguridad del crimen. Había ocurrido en el bar Orígenes, el más cercano a casa, donde Casilda se escapaba a tomar cervezas con Lucas, panadero de Alfacar y uno de los repartidores que venía a surtir las tiendas de Granada. Casilda muchas veces desaparecía con él, dejando a los niños en casa dormidos con unas gotas de somnífero que les administraba en la papilla. Pero una vez se llevó a Monte, seguramente asustada porque el niño se había pasado veinticuatro horas durmiendo después de haber recibido una dosis excesiva de aquella receta gracias a la cual la niñera cumplía sus ansias de libertad. Sin duda, había que incluir en aquella actitud el resentimiento que Moisés, el padre de Casilda, sentía por Daniel Moncada, el patriarca de la familia, que habiéndolo empleado desde mozo en los olivos, le dejó ver la prosperidad de su casa durante demasiados años, a cambio de un salario al uso pero modesto.

El caso es que, para quedar entretenido en el bar, Monte recibió de Casilda un extraordinario regalo: un chicle envuelto en papel reflectante, cuyo misterioso funcionamiento, esto es, una comida que no se traga sino que uno se limita a mascar hasta la extenuación, se le escapaba por completo al niño. Casilda, que se percató de las dificultades de Monte con aquel instrumento en la boca, cedió a la ocurrencia de convertirlo en arma letal, añadiéndole, además de chicles nuevos, erróneas instrucciones de uso. Cuando Monte, con más de tres extrañas e incomodísimas gomas en la boca, harto y asqueado de la textura y del sabor intenso a fresa de plástico, preguntó qué hacer con ellas, Casilda, distraída en su tercera cerveza, le administró la solución pasajera de que se los tragara. Y Monte, que hacía lo posible por ser aceptado por aquella bruja, obedeció, pues de ella dependía su educación en aquel momento y pensó que, entre los muchos usos y costumbres que aprendía cada día, también sería canónico alimentarse de aquella cosa tan desagradable. Pero lo fue mucho más cuando se le obturaron en la garganta, y rojo, hinchándose, tiró de la falda de Casilda para pedir auxilio, y si no hubiera sido por su novio panadero, que cogió al niño, lo zarandéo, lo sacudió y palmoteó, hasta que unos chicles pasaron al estómago

y otros cayeron por el suelo, Monte habría muerto de la manera más estúpida a la hora del aperitivo de su niñera, mientras sus hermanos dormían con las gotas de Morfeo y sus padres se dedicaban a las bellas artes.

—Éramos lienzos en blanco —le dijo Monte a la cabeza de madelmán, que continuaba en su mano. Y como lo había visto en el colegio muchas veces, en la televisión y en los libros, habló al modo de Hamlet ante el cráneo de Yorik—: Ser lo que uno quiere ser o ser lo que los demás quieren que seas.

—Me lo vas a decir a mí —le contestó el muñeco.

Pero a pesar de Shakespeare y de otras tempranas lecturas, Monte desconocía la mayor parte de su propia vida.

Por ejemplo, la conversación que Casilda mantuvo con Lucas *el Panadero*, paseando por la Fuente Chica de Alfacar el fin de semana siguiente a los sucesos en el bar Orígenes.

—Pero qué te ocurre con ese niño, el otro día estuvo a pique de ahogarse —le reprochó Lucas.

—Te juro que es él solito el que se mete en esos líos. Es un bicho raro. Se inventa lo que le pasa. No para de preguntarme cosas que no sé. Si vuelan los pájaros, por qué no podemos volar nosotros. Cada vez que se asoma a la ventana me da un vuelco al corazón. ¡Por qué los chicles no van al estómago!, eso es lo que me había preguntado antes de decidir tragárselos él mismo. Que yo sepa, yo no puedo tragar por nadie. Muchos días me lo encuentro callado, muy serio, mirándome con reproche. Y encima con esa verruga en la frente que parece que es ella la que te está mirando.

—Menudo magín tienes, Casilda.

—¿Tú sabes lo que me dice el niño? Me pregunta por unas sombras que hay en la casa. Yo no veo a nadie, claro. El muy hijo de puta dice que soy el yeti.

—Casilda, que tiene cinco años. Si ese niño te toma el pelo, imagínate lo que puedo hacer yo contigo. Y los hermanos, ¿son iguales?

—Qué va. Miguel es un pillo, muy gracioso. Y Lurdes una muñeca, que pone cara de no haber roto nunca un plato. Te digo yo que fue ella la que me pilló las manos con la tapa del piano. Pero el Monte este, coño, me da grima. Parece que me sigue por la casa, no sé cómo quitármelo de encima.

–¿Has hablado con la madre?

–Sí, hombre, con la hija de don Daniel Moncada voy yo a hablar, para que el cuento le llegue a mi padre. Además, está siempre por ahí de conciertos. Soy yo la que se encarga de los niños.

Una tarde clara de aquel otoño se los llevó de paseo a la Alhambra, aunque tuviera que hacer un esfuerzo extraordinario para empujar el carrito de Miguel por toda la cuesta arriba.

Delante de la Puerta de la Justicia, Monte señaló la mano que había dibujada encima del arco de la entrada y la llave que ocupaba la misma posición en el arco más pequeño.

–¿Por qué están ahí, Casilda?

–Y a mí qué me cuentas, cosas de los moros, poneros a jugar.

Monte, ocho años después, en la noche en que había cumplido trece, con la cabeza de madelmán en la mano, revivió lo que sucedió a continuación. El muñeco aún no había perdido el pañuelo ni la espada ni mucho menos el resto del cuerpo, que le serraría posteriormente para que pudiera entrar, al menos en parte, en la bolsa de cuero. Lo hacía caminar entre las ruedas del carrito de su hermano hacia un seto de los jardines. Cuando por fin lo alcanzó, Monte fue consciente del silencio que los rodeaba, a él y al muñeco, y se puso en pie. Sus hermanos y Casilda habían desaparecido. Contempló la enorme puerta de aquel castillo y avanzó hacia el zaguán oscuro. Los techos se elevaban en la penumbra. Gritó el nombre de sus hermanos, que sonaron gigantes en el vacío. Volvió a salir hacia la rampa, donde permanecía abandonado el carrito y sintió que no había ninguna diferencia entre aquel artilugio y él mismo bajo el aire frío del otoño. Un homúnculo de plástico, al que Monte se aferraba, era su única compañía.

Desde la cuesta, se acercaron dos gitanas con ramas de romero en las manos.

–Qué haces aquí tan solo, chiquillo –le dijo una de ellas. Las dos, vestidas de negro, tenían el pelo recogido en un moño, y el rostro hendido por las arrugas. Como hermanas gemelas, le escudriñaban con una luz grisácea.

Monte bajó los ojos.

–¿No ves que este va siempre acompañado? –dijo la otra–. Niño, mírame.

Monte vislumbró un instante a las dos mujeres en medio de una multitud de sombras, unas plateadas y otras oscuras, que se entrecruzaban como ríos.

–Pero los espíritus no quieren ser vistos –dijo una de las gitanas, frotando la verruga de Monte con una rama de romero–; prefieren que la oscuridad nos guíe.

–Para que encontremos trocitos de claridad por nuestra cuenta –dijo la otra–, y los sumemos unos con otros, como yo hago con la calderilla que vamos consiguiendo. ¿No tienes una monedica que darnos?

Monte negó con la cabeza.

–Entonces ¿un billete? –preguntaron a la vez.

El niño les ofreció el muñeco, pero ellas lo rechazaron, diciendo, en una sola voz, antes de marcharse:

–En este mundo, sin dinero te quedas aún más solo.

Monte arrojó el madelmán al carrito, donde cayó boca abajo, indiferente a todo, un objeto más, silencioso, y que apenas valía algo más que su soledad.

Una pintora subió por la rampa, con el caballete al hombro, y lo instaló justo delante de la Puerta de la Justicia. Después se acercó al niño.

–¿Estás perdido?

Monte asintió y la mujer lo cogió en brazos. El niño sintió la calidez de sus pechos, que respiraban debajo del jersey de lana. Se apretó a ellos.

–No llores –dijo–; encontraremos a tu madre.

Monte señaló hacia la Puerta y repitió la pregunta que un rato antes le había hecho a Casilda.

–Cuenta la leyenda –dijo la pintora– que cuando la mano que hay encima de aquel arco atrape la llave que hay debajo se abrirá la tierra y aparecerán todos los tesoros de la Alhambra.

El niño lo hizo con su mente: ajustó la mano sobre la llave. Debajo de aquel palacio, había otro; donde había otro arco con una llave idéntica, que Monte volvió a usar en su imaginación; un tercer palacio apareció debajo del segundo, y volvió a ocurrir lo mismo con un cuarto; pero el tesoro nunca aparecía.

*Algún día seré yo quien traiga un tesoro a este palacio, pensó antes de quedarse dormido.*

Se despertó todavía en brazos de la mujer, que se había sentado en una silla plegable frente al caballete y el lienzo en blanco. Detrás de él, pero como dibujados dentro de él, Monte vio aparecer a Casilda, que llevaba de la mano a Lurdes y a Miguel.

Lo recogieron y se lo llevaron cuesta abajo, justo como si no hubiese ocurrido nada. Una nada que dejaba huella: en eso consistía vivir.

## Capítulo 3

Monte recogió el pequeño trozo de cera azul entre los objetos que había encima de la colcha y, sentándose delante del escritorio, comenzó a colorear la primera página del cuaderno donde había escrito primeros intentos de poemas y truncadas historias.

¿Dónde había visto una piel tan blanca como la de Robin?

*La de Isabel, pensó, detrás de la hilera de cipreses, cuando nos refugiamos de la tormenta de verano.*

Casilda ya había desaparecido, porque Elvira abandonó, como venía anunciando, la carrera de pianista para dedicarse a sus hijos.

Lucas *el Panadero* hablaba con amargura sobre su exnovia cuando Monte iba al horno a comprar las tortas para el desayuno, los fines de semana que pasaban en Alfacar:

–Se ha ido con un alemán al extranjero. Un nazi sacamantecas, al que tampoco le gustan los niños.

En el pueblo les atemorizaban a menudo con el sacamantecas, para que no anduviesen muy lejos del nido. El hombre del saco metía dentro a los niños descarriados, los llevaba a una fábrica y les sacaba la sangre y el hígado para vendérselos a gente muy rica a la que faltaban nutrientes.

–Y la grasa para fabricar jabón. Igual que hicieron los nazis con los judíos –susurró Lucas, despachando barras y tortas de aceite, con las manos embadurnadas de harina–. En España nos bastaba la tristeza. De ella nacían los monstruos.

Pocos se atrevían a hablar del origen de esa misteriosa tristeza en aquella época en que Franco acababa de morir. Monte apenas había oído hablar de él

en casa y mucho menos en el colegio de monjas donde hizo el preescolar.

Detestaba ir. No había en Monte una sola partícula que deseara estar en aquella jaula, a la misma hora, cada mañana. Esa había sido la primera gran derrota que recordaba: obedecer la obligación del tiempo. A la violencia de madrugar, apartándole del sueño que tanto disfrutaba, había que añadirle la violencia de la prisa: levantarse, asearse, vestirse encasquillándose con mangas y perneras, desayunar atragantado antes de perseguir la mano de su madre camino del colegio. La cancela abierta solo prometía un montón de niños y niñas desconocidos y no necesariamente amigables, uniformados como él y con el mismo malestar por haber sido apartados de sus días de libertad, que ya nunca iban a recuperar sino en las llamadas vacaciones, concepto que muy pronto comenzó a apreciar como uno de los más necesarios de la civilización, donde se iba adentrando a fuerza de aprender costumbres y calendarios.

–Consuélate –le dijo su madre–. A Adán y Eva los expulsaron del Paraíso por tratar de conocer lo que tenían prohibido. Tú solo tienes que ir al colegio.

Monte entendía intuitivamente aquella prohibición divina. Era mucho mejor no aprender nada. No iniciar ninguna historia. Así nada comenzaría a ocurrir. Porque los sucesos resultaban inquietantes, incómodos, a veces agradables pero, muchas otras, dolorosos.

También en el colegio había serpientes, monjas carceleras de barba punzante, niños que se limpiaban las manos en ropa ajena o le perseguían en el recreo para empujarle sobre un charco. Y, sobre todo, estaba aquella obsesión por la tarea, por el empeño en hacer una y otra vez cosas inútiles.

La peor, entre todas, era colorear espacios previamente delimitados por figuras vacías, esquemáticas: paisajes, automóviles, payasos.

Monte no encontraba sentido alguno en tratar de dar vida con tanta insistencia a lo que ya la poseía fuera del papel. Cera roja, naranja, verde, cera azul, como la que había recuperado de la bolsa del tesoro y con la que ahora estaba pintarrajeando su cuaderno de los trece años.

Con cuatro o cinco, había que pintar aquellas figuras en blanco y negro, prisioneras en un papel descolorido como los niños que no podían escapar de la jaula en modo alguno, inclinados sobre los pupitres y moviendo la muñeca

al unísono. Salvo él. Le inundaba la pereza. Le resultaba estúpida la instrucción de no poder salirse de las líneas marcadas. Una limitación más que anticipaba todas las que iban a venir después. Determinó hacerse el dormido. Necesitaba volver al mundo donde nadie podía intervenir. Apoyó el codo sobre el pupitre, reclinó la cabeza en la mesa.

La primera vez se despertó en brazos de una de las monjas, por suerte la más joven y guapa. Fue una sensación agradable. La monja contaba una historia a los demás niños, sentados en el suelo alrededor de ella. Sin embargo, Monte permanecía en los brazos de aquella mujer. Formaba parte de alguna manera del cuento, ¿cuál era?, qué importaba, más fascinantes eran los pechos de la monja, cálidos como los de la pintora que lo había rescatado en la Puerta de la Justicia. Se regodeó en ellos, apretando los labios contra la tela y aspirando un olor crudo y tibio, que le hizo pensar en la mezcla que amasaba Lucas en su panadería.

Seguramente por eso la segunda vez que se quedó dormido en clase, esos mismos brazos se limitaron a zarandearle. Le esperaba el ejercicio de caligrafía, un puzle u otra plantilla de dibujos a los que insuflar vida a fuerza de rayajos. Sin duda, prefería las aventuras que cada noche iba viviendo en sueños.

Monte dejó la cera junto al cuaderno. Levantó la cabeza, mirando la página manchada de azul, y tomó del lapicero la pluma que le había entregado su padre, antes del verano, como regalo de fin de curso. Probó la pluma dos o tres veces sobre el papel, la mojó con un poco de saliva, hasta que salió la tinta. Tembló al recordar cómo su padre le había enseñado a cargarla en el frasco negro.

*Todavía está llena de ti, pensó con los labios manchados de oscuro. Ayúdame a terminar mi primera historia.*

Y escribió este texto que él mismo, años después, corregiría muchas veces:

Mis sueños eran tan nítidos que ocupaban mi imaginación también

durante el día. De hecho, me costaba diferenciarlos de los acontecimientos que sucedían bajo el sol, salvo que estos resultaban mucho más aburridos. Llovía en la ciudad, pero los campos que recorría de noche tenían color de dibujo animado. Frente a la cotidianidad del colegio y de los juegos con mis hermanos, había unas horas asombrosas donde yo no tenía que fingir la realidad.

Soñaba con centauros. Ellos eran los responsables de trasladarme a otros países sin nombre ni gobierno donde habitaban criaturas mucho más divertidas y libres que las de la vigilia, pero que, al igual que ellas, ejercían el bien y el mal, y otros actos intermedios.

Al dormirme, un centauro me montaba en su grupa. Podía ser negro o alazán, pero su mirada desprendía una luz más intensa que el resto de los seres que había conocido en ambos mundos, como si tuviera piedras preciosas en los ojos, líquido ámbar, esmeralda o rubí.

Me conducía a menudo a campos de guerra, donde se sucedían cruentas batallas entre ejércitos que representaban distintas maneras de vivir: despiertos contra dormidos, obedientes contra rebeldes, locos contra cuerdos. Y aunque no llegara a comprender los matices de sus disputas entendía algo esencial: quién era generoso y quién egoísta, quién amaba y quién odiaba, quiénes tenían el poder de la creación (al parecer, la magia más importante) y quiénes se limitaban a copiar lo que otros hacían, a los que, por eso, querían destruir. A veces los ríos del mundo de los sueños bajaban rojos de sangre; pero, al cabo de las noches, recobraban el centelleo de sus aguas, sobrevoladas por ínfimas y atareadas criaturas, encargadas de hacer la materia. Piedras, plantas, animales emanaban de estos pequeños dioses, como si la existencia fuera una piel de serpiente que se desprendiera de ellos. Y así también sucedía, por ejemplo, con las nubes y con la lluvia. Las gotas caían cuando en ellas se arrojaban minúsculos demonios con la misma alegría que mis hermanos y yo nos tiramos a las piscinas de verano. Esos demonios eran los encargados de limpiar la sangre de la tierra, después de cada batalla. La llevaban al cráter de un volcán para arrojarla al fuego que alumbraba eternamente bajo los pies de los seres humanos.

Cada vez que despertaba, mi decepción era inmensa. Me encaminaba a la cocina a desayunar un colacao, donde las galletas se deshacían y había que recogerlas con una cucharilla. Mis hermanos me miraban con la misma cara de circunstancias y solo nuestra madre nos apremiaba, tarareando alguna melodía de su inagotable repertorio, para que nos diéramos prisa.

Por eso, en el colegio, en cuanto me encargaban la primera tarea, se me iba el santo al cielo, porque del cielo ninguno bajaba a rescatarme, vestido con mi babero, con el codo apoyado en el pupitre y la mano en la mejilla, mirando por la ventana, mientras el resto de los niños se aplicaba con la plastilina. Hacían coches, camiones, señores y señoras, perros y gatos, todos maltrechos, mientras yo preparaba en mi imaginación el sueño de la próxima noche. Los concebía con paciencia. Me los dictaba mi centauro favorito: uno tuerto y con parche, con un solo ojo de una intensidad tan azul que podía quemar toda una ciudad con esa mirada. Al igual que los dibujos animados de Bugs Bunny que veía en la televisión, mis sueños tenían música introductoria y títulos, y a uno de mis centauros en el lugar del Conejo de la Suerte.

Presenciaba entonces la batalla entre dos ejércitos, complementarios y feroces, que se fundían en el combate: uno, de blanco, era comandado por el Niño Sagrado y su Madre, cabalgando sobre elefantes; el otro, con uniformes negros, lo capitaneaban el hermano gemelo del Niño Sagrado y la hermana gemela de la Madre del Niño Sagrado. Ángeles de cada bando se batían en el cielo y, al volar, desataban tempestades sobre el enemigo, que saltaba en pedazos por los aires. Yo me refugié en una gruta guardada por un pequeño dios con cuernos y pezuñas de carnero, y ojos amarillos de afilada pupila.

–Te crees como ellos –me dijo señalando a la tropa blanca–; pero seré yo quien te guarde de los lobos.

Los lobos corrían detrás de los ejércitos, unos con piel de iguana, otros con pelajes similares a los puercoespines. Mordían las pantorrillas de los santos guerreros, y de la carne mordida y desperdigada en el campo, nacían árboles frutales, con los que los ejércitos, exhaustos,

recuperaban fuerzas. Las naranjas brillaban en mi mano como soles diminutos. Tenían un sabor metálico y dulce, como debían de saber las pepitas de oro que antaño los buscadores sacaban del río de Granada. Yo no quería despertar. No quería regresar a la ciudad. Quería agradecer al dios de cuernos de carnero que me hubiera guardado de los lobos.

A mi lado, pastaba el centauro del parche. Había destruido con su único ojo una fortaleza en el desierto, y ahora cantaba.

–Es la canción de la vida –dijo–. No la olvides.

Sabía que, dormido, podían venir oscuros seres a buscarme.

En un aire espeso como el mar, rostros deformes nadaban hacia mí con las fauces abiertas.

Era un entrenamiento para morir.

Me despertaba a salvo. En la oscuridad de mi habitación me parecía ver la mirada amarilla del dios de patas de cabra, y el faro azul del centauro.

–¿Vosotros me vais a salvar del ícubo? –les pregunté.

–Te asaltará justo el día antes de que cumplas trece años, es lo único que podemos decirte.

–Todavía faltan ocho años. ¿Me lo recordaréis entonces?

–Para esa época nos habrás olvidado.

–Con quién hablas –me preguntó una vez mi madre, entrando en mi cuarto.

Dejaron de visitarme después de que me arrancaran de la frente la verruga con la que había venido al mundo. Se perdieron también las sombras de la vigilia, los espejismos que se deshacían al acercarme a ellos, dentro de un armario, al fondo del pasillo, cada hora que me quedaba solo. Cuando mi padre me llevaba a la sierra, solo veía aire en el aire del bosque, y espuma en la espuma de los arroyos. Pero sé que en el lienzo de la vida, hubo una vez agujeros detrás de los cuales extraños dioses me observaban.

Monte dejó la pluma a un lado, recuperó el trozo de cera y se puso a rellenar

el margen de la hoja del cuaderno, como si quisiera hacer un marco a la historia que acababa de escribir, o no soportara ver el espacio vacío.

*Sí, Isabel, de niña, tenía una piel tan blanca como la de Robin.*

La conoció primero en una fotografía. Al igual que él, Isabel tenía cinco años, compartían la misma clase, pero hasta entonces Monte, tan distraído, no se había fijado en ella. Era fin de curso y las monjas habían enmarcado un retrato de cada uno de ellos para vendérselo a sus padres. Las fotos aguardaban, en el suelo, contra la pared. Cuando Monte fue a por la suya, reparó en el rostro más hermoso que había visto nunca, en la vigilia o en el sueño. Hermoso porque era frágil y corriente y desprendía ternura. Monte se volvió para buscarla entre niños y niñas. Ella estaba detrás de él, y le sonrió. Llovía tras los cristales.

Sonó un trueno y luego el timbre del recreo. Los dos salieron a pesar de la tormenta. Corrieron por el patio, hacia la hilera de cipreses. Sentían la alegría de apartarse de los demás. Se refugiaron entre los árboles y la pared, bajo un tejadillo. Como estaban empapados, se quitaron los baberos. Monte se quedó en camiseta. Isabel le frotó los brazos. Tenía el pelo cortado a la altura del cuello. Los ojos delineados como pipas de calabaza. Monte se quitó también la camiseta, para secarle a ella la piel de la cara.

–Date la vuelta.

Le frotó la nuca con la tela.

Le abrió el broche del vestido para secarle más cómodamente los hombros. Le cegó la luz de la espalda.

## Capítulo 4

A través de uno de los tubos de la jeringa, se asomó el ojo verde de Monte. Al fondo del tubo, si lo tapaba con la mano, pero dejando un resquicio para que entrara la luz, podía ver la piel de Isabel, que se escapaba de nuevo si apartaba el dedo. Era aquel cuerpo el que necesitaba que le abrazara y ningún otro. Aún podía recrear con nitidez la sensación suave, pero desagradable, perfumada con alcohol sudado, del cuerpo de Robin rodeando el suyo.

–Lo siento, esto no va conmigo –había conseguido decir Monte, después de despertarse abruptamente. Robin se había abrazado a él y le había buscado el pene debajo de los calzoncillos.

¿Encima he dicho «lo siento»? Monte quiso apartar el recuerdo de golpe poniéndose a tocar la flauta de Pan y lo hizo con tantas ganas que llamó la atención de su madre, que abrió la puerta de su cuarto.

–¡Ha regresado Papageno!

Monte sonrió. Su madre le llamó así durante mucho tiempo, cuando de niño iba con aquella jeringa colgada del cuello persiguiendo pájaros por la huerta de Alfacar. Los observaba con unos pequeños prismáticos que le habían regalado en su primera comunión y, cuando se cansaba, se sentaba debajo de un árbol imitando, con su flauta, el canto de un jilguero o de un mirlo.

–Eres igual que el personaje de *La flauta mágica* –le decía ella, tarareando el dúo de Papageno y Papagena, y Monte trataba de sacarlo con la jeringa, atinando solamente con dos o tres notas.

Monte amaba aquellas criaturas que cruzaban el cielo o se escondían vertiginosas de un árbol a otro. Las sentía como concentraciones de libertad

gracias a un verso de Saint-John Perse que a menudo le repetía su padre: «El pájaro, de todos nuestros consanguíneos, el más ardiente para vivir».

Una mañana de sábado fueron juntos a una cantera de la sierra donde los Montenegro solían hacer prácticas de tiro. El abuelo Ramón, quien todavía conservaba armas de la guerra, había inculcado el gusto por ellas a su hijo Manuel, quien a su vez trataba de transmitirlo a su primogénito.

–Por si eres poeta. Y te quieran matar como asesinaron a Lorca.

Al fondo de la cantera, el padre de Monte colocaba dianas de cartón que iban agujereando desde distancias cada vez mayores. Monte sentía el temblor de la escopeta en su hombro y también un creciente rechazo por el olor metálico a pólvora y lubricante. Cuando le tocó disparar a su padre, este señaló un ave de pequeño tamaño que cruzaba el cielo, a mucha altura.

–Qué te parece, hijo, ¿crees que le puedo dar?

–¡Dale!

Y, mientras su padre pulsaba el gatillo y el disparo retumbaba en el barranco, Monte se dio cuenta de que había traicionado algo de incalculable valor. Deseaba que fuera imposible abatir aquella vida que cruzaba la altura, tanto como que su padre acertara en la diana. El ave cayó. El golpe en la tierra sonó mucho más pesado de lo que correspondía al tamaño de aquella criatura. El disparo había derramado sangre sobre el plumaje amarillo del pecho. Monte recogió el pájaro en la mano y lo mostró a su padre, como si con ese gesto pudiera resucitarlo.

–Te juro que si hubiera pensado que podía acertarle no le habría disparado –dijo Manuel Montenegro.

*¿Me juras que no le querías traer la muerte, desde abajo?, pensó Monte en aquella noche de su decimotercer cumpleaños, ¿me juras que no querías la muerte solo para ti, sino recitar todavía el verso de Saint-John Perse?*

–Papageno –repitió Elvira, y él la abrazó. El cuerpo de su madre lo consolaba y le hacía consciente, en aquel refugio, de que la traición se produce allí donde está la complacencia. Robin quería complacerse a sí mismo. Monte había querido complacer a su padre. Al menos a su profesor de música había sabido decirle que no—. ¡Papageno, *play it again!*

Monte intentó recordar la melodía de *La flauta mágica* por dar gusto a su

madre, con la que estaba muy unido desde la tragedia del verano. Pasaba muchas tardes con ella sentado en el sofá escuchándola hablar, y a veces le limpiaba las lágrimas de las mejillas.

–Déjamela –dijo su madre, tomando la jeringa. Y le arrancó un sonido dulce y concentrado. De nuevo volvía a ser Elvira Moncada, la pianista que una década atrás había enamorado a la ciudad entera–. Qué pena que Mariano no siga haciendo estas flautas.

Durante años, el portero las había fabricado en su garita. Detrás de los cristales enmarcados por listones de madera, se le veía afanarse jornada tras jornada afilando y recortando trozos de caña. Él no sabía tocar canción alguna pero había recibido el don de la armonía, con el cual determinaba el sonido perfecto de cada uno de los tubos que armaba en aquellas jeringas que solamente regalaba a quien le caía bien.

–¿Por qué las haces? –le había preguntado Monte una vez.

–Para no pensar en mi abuelo.

Y sin decir más, siguió raspando una caña con la navaja. Pero un día le contó la historia.

–Mi abuelo era pastor de ovejas en Las Quemadas y entretenía las horas con las cañas igual que hago yo ahora. No se llevaba bien con el alcalde de Vulturno, que era fascista en la guerra, como su hijo lo fue en la dictadura, y ahora es el nieto en la democracia. Tres generaciones de la misma familia –dijo Mariano–, y aquí siguen siendo los caciques los que mandan. Pues resulta que el alcalde habló con los nacionales, en plena guerra, cuando las tropas necesitaban avituallamiento. Les ofreció por la cara las ovejas de mi abuelo y, cuando el ejército fue a por el ganado, liquidaron al buen hombre, porque se atrevió a protestar, y lo enterraron en el campo. Me da mucha pena cuando voy al pueblo y contemplo aquel silencio. Mi abuelo tenía mucho carácter, que mi padre heredó, como el arte de componer flautas, quien luego me enseñó a mí. También él fue pastor y tuvo que enfrentarse con el alcalde, que ya era de la siguiente generación, y con la guardia civil. Una vez, cuando yo tenía ocho años, le pidieron que les regalara una oveja, como muestra de buena voluntad, por ser el hijo de un rojo. Mi padre recogió unas boñigas del suelo y se las entregó a los guardias. Le molieron a palos delante de mí.

–Cuando sea mayor te defenderé –le dije a mi padre, mientras le ayudaba a levantarse del suelo, llorando de rabia.

–Cuando seas mayor te haremos a ti lo mismo –respondió el guardia civil.

–Pero no lo han hecho –dijo Mariano–. ¿Y sabes por qué no lo consiguieron? Porque me escondí en este portal y me puse a tallar estas flautas. Pero, mientras lo hacía, se murió el dictador. Por eso pronto dejaré de raspar cañas. Porque ahora ya puedo hablar de mi abuelo en voz alta. Mira todo lo que cabe en tu jeringa. En ella también soplan su aire nuestros muertos.

A Monte le gustaban las ovejas. De niño, en Alfacar, acompañaba a menudo al padre de Casilda, Moisés, que pastoreaba el ganado de los Moncada. Moisés olía a tierra y sus manos parecían corteza de árbol. Hablaba muy poco. Cuando no fumaba, mantenía un trozo de paja en la boca. Con él, señalaba los cuatro torreones de cuatro colinas, para indicarle a Monte las lindes de su abuelo. Monte notaba que lo hacía con fastidio, y que en su silencio y en su gesto estaba guardándose los pensamientos. Le permitía estar allí, entre el olor y la mirada amarilla de las ovejas, tranquilas pero huidizas en cuanto Monte se acercaba demasiado. Las ovejas le toleraban, con cierta tensión, como Moisés. Al atardecer, Monte sacaba la flauta que le había regalado Mariano y tocaba alguna de las melodías que escuchaba en los discos de su madre. Le salían cinco notas de la Quinta de Beethoven, las primeras, pero no pasaba de ahí. Sobre el pelaje de las ovejas flotaba una luz púrpura. Monte se subía a los riscos para contemplar el anochecer. Sobre los terruños, sembrados de olivos, parecían correr liebres azules que nunca lograba enfocar del todo. Bajaba corriendo la cuesta cuando el silbido del hombre ordenaba al perro reagrupar las ovejas. Moisés no le esperaba. Hacía su tarea. Y cuando Monte llegaba a su altura, el hombre le miraba desde su rostro agrietado, como una criatura salida de la noche, más silenciosa que ella, poblada de grillos.

–¡Gañán, faquín, belitre! –le regañaba su abuelo Daniel, que disfrutaba repitiendo palabras de *El Quijote*, si había regresado a casa más tarde del inicio del rosario, con cuyo rezo se inauguraba la noche.

Rezaban en el salón de la Casa de las Piedras de Río a una hora indeterminada pero fijada con puntualidad por el reloj interno del abuelo Daniel, seguido sin rechistar por la abuela Alba. Iniciaban el rosario sin más apagando la televisión si alguno de los niños la estaba viendo o sobrevolando la lectura de los adultos, como el yerno Manuel, sumergido en subversivas lecturas de izquierdas. El murmullo de los abuelos, repleto de palabras fascinantes –misterios gozosos (lunes y jueves), dolorosos (martes y viernes), y gloriosos (miércoles, sábados y domingos)–, configuraba una canción que fluía muy dentro de la imaginación de los niños, y que terminaba con la letanía dedicada a la Madre de Dios:

Puerta del Cielo,  
Casa de Oro,  
Trono de Sabiduría,  
Arca de la Alianza,  
Rosa escogida,  
Estrella de la mañana,  
Reina de los profetas,  
Reina de los ángeles.

Isabel sería como ella. Continuaba abriéndose el vestido, por la espalda, hasta dejarlo caer al suelo. Era una muchacha muy blanca, sin órganos sexuales y sin más forma que su resplandor.

Por la mañana, el abuelo Daniel los levantaba temprano, abriendo de golpe la ventana, y declamando: «Bendita sea la luz del día y el Señor que nos la envía». Entraba a raudales sobre los rostros de los niños, que se restregaban los ojos y se tapaban la cabeza con las sábanas.

–Mirad, aquí está la fuente de las hechiceras –les decía una hora más tarde señalando un manantial que nacía en el Rincón de los Álamos, el lugar de las huertas y de las albercas frías, donde ranas y serpientes dormían bajo

las algas.

La música fluía delgada y minuciosa de la fuente, bajo un inmenso zarzal con forma de cueva. Monte y sus hermanos bebían de aquella agua hasta hartarse. Entre la nubecilla de mosquitos y sobre los insectos que nadaban en la fuente, les parecía oír el eco encantado de aquellos seres de los que hablaba el abuelo Daniel.

Luego les enseñaba a arrancar los juncos y a morder la raíz de sabor blanco.

Así tenía que saber Isabel.

Con el resto, las varas largas y flexibles, construían cestas para recoger aceitunas y flores de jazmín que luego inundarían con su perfume la Casa de las Piedras de Río. Monte se quedaba rezagado y los miraba marchar. Sacaba su flauta de Pan y tocaba algunas notas que sonaban más nítidas en aquella fuente. Sentía que las hechiceras le escuchaban. Y ellas se asomaban por cada caña de la siringa y le susurraban al oído su propia letanía:

Puerta del Otro Mundo,  
Mansión de Plata,  
Hierbas del Conocimiento,  
Tesoro de la Vieja Herencia,  
Termitas de las Rosas,  
Sol de la Noche,  
Rey de los Mudos,  
Látigo de los ciegos.

Si cerraba los ojos, podía ver cómo sus invisibles labios se le acercaban como moscas.

–Las hechiceras cantan en el agua y atrapan a los niños que se quedan demasiado tiempo con ellas –le confirmaba su abuelo, cuando por fin se incorporaba al grupo.

–La única hechicera que conozco es la prima Sara –decía la marisabidilla de Lurdes.

Pero Monte había visto el resplandor en las hojas.

Las olvidaba en la ciudad, que devoraba los secretos del campo. Monte disfrutaba escuchando los discos de su madre: polonesas de Chopin, danzas de Chaikovski, cuyas notas renunciaba a buscar con la jirina, a pesar de que su madre trataba de enseñarle a tocar desde el piano.

–Valiente Papageno si no vuelas ni tocas.

Por eso prefería los poemas que su padre les recitaba en la cama, las mañanas de los sábados. Esa era la costumbre. En cuanto se despertaban, los tres hermanos se iban corriendo a la cama de sus padres, que les recibían entre protestas y risas.

Manuel Montenegro se abrochaba el pijama y tomaba de la mesilla de noche un tomo con *Las mejores poesías de la lengua castellana*, según aseguraba el título, y les leía la «Oda al Dos de Mayo» de Bernardo López García:

¡Guerra! clamó ante el altar  
el sacerdote con ira;  
¡guerra!, repitió la lira  
con indómito cantar:  
¡guerra!, gritó al despertar  
el pueblo que al mundo aterra;  
y cuando en hispana tierra  
pasos extraños se oyeron,  
hasta las tumbas se abrieron  
gritando: ¡Venganza y guerra!

Se tiraban cojines y almohadas, hasta que Elvira ponía paz proponiendo que la acompañaran a comprar los churros del desayuno.

La churrería estaba en la casucha de un solar acorralado por edificios nuevos, y la chimenea continuaba humeando sábado tras sábado, como enclavada en otra dimensión del tiempo, mientras la especulación inmobiliaria iba destruyendo los espacios abiertos de la ciudad. Monte permanecía en silencio fascinado ante la gigantesca sartén de aceite negro, donde flotaba, circular y friéndose, la masa delgada de los churros. Aquello sí era el tiempo, sintió, pero todavía quedaban años suficientes para mantener

alejada a la muerte. ¿Cómo había conocido su existencia? En el colegio. Uno de los niños con los que evitaba hablar.

–Vas a morir –le dijo–. Tú y tu familia vais a morir.

La muerte los iba a abrazar por la espalda, a cada uno de ellos. Los iba a despertar como un ícubo, cuando todos estuvieran dormidos.

Lo siento, diría.

Lo siento.

## Capítulo 5

La rueda de churros fue escurrida en el mostrador y cortada ágilmente en pedazos. Así la vislumbró Monte un instante, en la noche de su decimotercer cumpleaños, sentado en el sofá junto a su madre y con la flauta todavía entre las manos.

Los tres hermanos habían llorado la muerte antes de verla una tarde frente al cuarto de baño de su madre, mientras ella, con la puerta abierta, se pintaba los ojos para salir a cenar con su marido, que se arreglaba en el baño de enfrente. En medio, en el pasillo, los niños preguntaron:

–¿De verdad os vais a morir?

*No piensan en sí mismos. La muerte es el otro,* se dijo Manuel Montenegro terminando de afeitarse, mirándose al espejo.

Los ojos oscuros, decididos.

Mandíbulas fuertes, de boxeador.

Los labios pequeños, apretados.

La cabeza rasurada, completamente.

*La muerte parece ajena porque resulta incompatible con la propia vida.*

Los niños se quedaban solos a menudo y aprovechaban para llenar de juguetes las zonas prohibidas: el salón chino, decorado con muebles y figurillas orientales, libros antiguos y un tocadiscos; el pasillo y la entrada, donde más de una vez los mayores se habían resbalado al pisar un coche en miniatura. Allí, en la penumbra colgaba una panoplia con tres espadas provenientes del antiguo caserón de los Montenegro, en Navarra, herencia del abuelo Ramón. Él, además, le había regalado a Monte, por ser el mayor de los nietos, una insignia del ejército popular de la República, una estrella roja

de cinco puntas. Su otro abuelo, Daniel, una vez que la hubo visto, le entregó su escarapela de alférez provisional, con la que le «estamparon» cuando se alistó voluntario. La insignia y la escarapela habían permanecido estrechamente unidas durante varios años en la bolsa de cuero oculta en el muro de la Alhambra. Después de vaciarla sobre la colcha, donde las había dejado Monte, estaban de nuevo separadas.

Ninguno de los dos abuelos le había contado demasiado sobre lo que había detrás de aquellos objetos. Había que arrancarles las palabras. Ambos callaban, por separado, en casas distintas, una en Granada y otra en Alfacar. Apenas se juntaban salvo en Navidad. Entonces eran cordiales entre sí, aunque hubieran sido enemigos en la Guerra Civil.

Sus nietos tenían que aceptar que aquellas personas conmovedoras, a las que amaban a veces más que a sus padres, habían sido servidores de la muerte, su nueva gran enemiga. La teoría que primero sostuvo Monte ante sus hermanos consistía en que lo habían hecho para combatir a hombres monstruosamente malvados y que se habían visto obligados a ello para salvar a sus seres queridos. Esa misma lógica daba por sentado que los dos abuelos habían luchado en el mismo bando y contra los mismos seres horrendos. Monte había descubierto la estrella roja de cinco puntas en la biblioteca de su abuelo Ramón.

–Quédatela –dijo este–. Fue la primera que tuve en la guerra.

–¿Por qué fuiste allí, abuelito?

–Por idiota. Todos los que van a la guerra lo son.

–¿También el abuelo Daniel?

–También. Él, incluso más.

–¿Por qué dices eso?

–Pregúntale a tu padre.

Fue con seguridad antes de que a Monte le operaran de la verruga porque, de pronto, mirando la insignia, vio dos hombres a caballo, uno con los mismos ojos que el abuelo Ramón. El otro debía de ser aquel amigo del que tanto hablaba: Manuel Juanmaría. Llegaban junto a un río, al campamento de un grupo de soldados, tan jóvenes que parecían niños. Su abuelo les apuntaba a la cabeza y en ellas se abrían agujeros de sangre.

Monte, al día siguiente, le enseñó la estrella a su padre.

–¿Por qué luchó el abuelo, papá?

–Por la libertad de la gente.

–¿Y el otro abuelo?

–Eso pregúntaselo a él.

Fue lo que hizo la primera vez que lo vio, el siguiente fin de semana en que fueron a Alfacar.

–Esa estrella no vale nada –dijo el abuelo Daniel, acercándose al escritorio–. Te voy a dar una mejor, que tiene seis puntas y no cinco. Era a nosotros y no a la gente de tu abuelo a quienes nos llamaban estrellas fugaces, porque nos alistamos muy jóvenes y muchos caían de inmediato. – Sacó del cajón un pequeño estuche de cuero. Lo abrió y lo estuvo mirando fijamente, unos segundos–. Toma, quédatela. Es la escarapela de alférez provisional, la que nos estampaban en el uniforme antes de mandarnos a morir. Queríamos que la guerra acabara cuanto antes. Por eso, nos poníamos en la primera línea de fuego.

Mientras Monte miraba en su mano aquel trozo de tela con la estrella cosida en el centro, oyó la voz de su abuela Alba, que sonaba débil, entre la ternura y la queja:

–Nos insultaban porque llevábamos medias. Íbamos por el pueblo y los hombres nos gritaban: ¡Os vamos a dejar sin nada, patas negras! Tu abuelo tenía diecisiete años cuando se alistó para defendernos de aquellos salvajes. Pero más que esa escarapela le salvó una medalla que le regalé yo.

El abuelo Daniel se sacó la medalla de la camisa. Sus ojos claros parecían tener más luz. El oro estaba dañado en el centro y la cabeza del Sagrado Corazón había desaparecido.

Monte acarició con los dedos la muesca que había hendido la bala y, sin dejar de hacerlo, oyó el resto de la historia. Cómo «los rojos» desvalijaron la iglesia de un pueblo de la sierra; sacaron una estatua de la Virgen María, a los Cuatro Evangelistas y al Cristo en su Cruz, los colocaron contra un muro y los fusilaron.

–Jesús –dijo la abuela Alba, santiguándose–. Ni que fueran moros.

–Los moros estaban con nosotros. Luego cada uno de los que habían

participado en el sacrilegio murió de un disparo. Y, ¿sabes dónde les dieron, Monte? En la misma zona del cuerpo donde habían hecho diana con las estatuas.

–¿El abuelo Ramón también disparaba a los santos? –preguntó Monte.

El que fuera un día el alférez Moncada se echó a reír.

–Tu abuelo nos hizo un gran favor a todos expulsando a los nazis de Francia. En España perdió el tiempo.

–Me acuerdo yo de tu bautismo –dijo la abuela Alba–. Los Montenegro tenían cara de circunstancias, como si estuvieran asistiendo a un velatorio. La de tu abuelo peor que la de tu padre. Como si en la iglesia habitaran los demonios. ¡Demonios los Montenegro!

Monte se miró en el espejo que decoraba la pared del salón: la verruga de su frente, pronunciada como un cuerno satánico. Alrededor de su rostro se acentuaba la niebla.

–Pero, después de la misa, tu abuelo Ramón no paró de darle al trinquí –continuó la abuela–. Nos hizo brindar a todos por aquel amigo rojo que hizo la guerra con él y a quien le debéis el nombre tú y tu padre. Todavía me acuerdo del ardor de estómago que me dejó aquella fiesta.

Monte miró la escarapela que apretaba en el puño y lo abrió. Aquella tela rectangular y oscura semejaba una diminuta pantalla de cine. Vio a hombres muy jóvenes que corrían montaña arriba, con los fusiles en la mano. Se echaban a tierra y apuntaban cubiertos por las rocas. Algunos recibían un balazo y no volvían a levantarse. Eran muchos los que avanzaban y pocos los que defendían aquel peñón, acorralados. Llovían bombas de mano que, al estallar, escupían brazos y piernas. De pronto, reinó la calma. Entre los soldados que habían conseguido llegar a la cima, Monte reconoció la mirada de su abuelo, quien contemplaba lo que estaba ocurriendo muy cerca de un precipicio, donde cinco supervivientes, con los brazos en alto, aguardaban ante los fusiles. Sus gorras estaban adornadas con estrellas rojas de cinco puntas.

–No disparéis, no gastéis más balas –dijo el joven que llevaba la escarapela cosida en el hombro.

–Lo siento, pero no los podemos llevar con nosotros –le contestó un

superior.

–Pueden ayudar a recoger a los muertos.

–No queremos la ayuda de quienes los han matado. Pero tienes razón. No hay que gastar más balas.

Entonces los fusiles se limitaron a empujar a los prisioneros. Frente al sol cegador del mediodía, se despeñaban con los brazos abiertos, como pájaros. Entre los gritos, que también caían, se oyó el chillido de un águila.

Monte, de niño, ante la duda, seguía prefiriendo quedarse dormido. Así lo hacía en las procesiones del Corpus, cuando entre dos filas atestadas de espectadores pasaban, pisando fuerte, los legionarios que escoltaban el Sagrario. Sonaba la música militar y Monte cerraba los ojos, apoyado en las piernas de su madre.

–Te despertabas al final, cuando yo tiraba de ti para irnos. Ni siquiera me había dado cuenta de que te habías dormido de pie. ¿Por qué no decías que estabas cansado? –le preguntó su madre, en la noche de su decimotercer cumpleaños, sentados en el sofá. Continuaban hablando de cualquier cosa para distraerse de la ausencia del padre.

*No quería saber nada del mundo al que me habíais traído*, pensó Monte pero no lo dijo. Estaban pasando días demasiado difíciles. Su hermano Miguel, que acababa de cumplir once años, se había escapado de casa. Lo habían devuelto a casa unos policías, a quienes Miguel se acercó preguntando:

–¿El camino del cementerio?

Lurdes, que tenía doce, pasaba las horas encerrada en su cuarto, sin querer salir. Se escondía debajo de la cama y desde allí vigilaba los zapatos de su madre, cuando Elvira entraba para convencerla de que tenía que comer.

Monte, sentado en el sofá, miró los ojos de aquella mujer que se había quedado sola, esforzándose en imaginar que él no era su hijo. Solo así podría comprenderla. Definiendo por primera vez el color de sus ojos: eran como malaquitas. Y ahora que Elvira había sonreído se habían aclarado como con un golpe de mar. Años atrás la casa estaba repleta de los ramos de flores que

sus admiradores le enviaban al camerino del auditorio. Manuel, su marido, acabó odiándolas y pronto comenzó a fingir que estornudaba cada vez que entraba en el salón.

–Me dan alergia, rubia. Elige entre las rosas o yo.

Los ramos acabaron en el cubo de la basura y, sucesivamente, los programas de conciertos y la carrera de pianista de Elvira Moncada.

Monte se acercó para abrazar a su madre. Muy niño, en el porche de la casa de Alfacar, en el verano, pasaba horas apoyado en sus piernas, oyendo cuentos sobre animales que hablaban y hombres que no conocían el miedo. Él tampoco lo conocería mientras permaneciera con el rostro sobre la piel de su madre. Escuchaba lo que sucedía dentro de ella. Se concentraba en lo que la carne tenía que decirle, lo que murmuraba la sangre que fluía invisible como fluían, alrededor, las venas del mundo. Entreabría los ojos y podía verlas: circulares, arterias de luz, una jaula esférica que Monte trataba de romper con la mano.

–¿Ya estás cazando moscas? –le regañaba su madre.

Monte había descubierto que entre las venas de su madre y las que poblaban el aire había una correspondencia, como si alguien las hubiera dibujado en un papel muy pequeño y, a continuación, en otro mayor. Así sucesivamente. Y luego había guardado un papel dentro de cada ser, según su tamaño. Y con uno gigantesco había envuelto la tierra entera.

–Te está creciendo esa verruga. Ya te la vamos a quitar.

En el postoperatorio, Monte padeció una fiebre muy alta. Veía, con esa repetición propia de las calenturas, el desagüe de una bañera por donde el agua se vaciaba sin parar. Dentro del agua, diminutos centauros se escurrían hacia las tinieblas, y pájaros de rostro humano, ángeles con las alas arrugadas como los murciélagos que aparecían ahogados en la piscina, y aquel fauno que había conocido en sus sueños, el de los ojos tan amarillos, multiplicado, dividido en mil, girando en el desagüe con los lobos de las batallas perdidas. Cuando quería salvarlos, le mordían la mano.

Monte gritaba y, al abrir los ojos, su padre siempre estaba junto a él. Había pedido unos días en la facultad para cuidarle. Le leía libros de Stevenson y de Jack London. En la imaginación de Monte, los mágicos seres

de su infancia fueron sustituidos por piratas que buscaban la luz de una taberna, desde la oscuridad del mar, y por perros que salvaban hombres.

En la voz de su padre había un amor poblado de páginas, un amor del tamaño de la isla de Stevenson y de las estepas nevadas. Luego, la fiebre regresaba. Long John Silver se acercaba a él y le tocaba la frente.

—Monte, muchacho, menuda cicatriz tienes en la cabeza. Ahí podemos enterrar todos nuestros tesoros.

Así lo sentía él. La cabeza era un gran cofre donde se iban depositando lingotes de oro. Unos tenían forma de libro, transparentes, y en ellos vivían los personajes de cada historia. Otros, opacos, llevaban grabadas las iniciales de sus seres queridos: sus padres, sus hermanos, sus abuelos. Pero había algunos que permanecían en blanco. Sin letras, sin oro. Los que correspondían al destino de Monte. Lingotes mudos, agrietados de inquietud.

## Capítulo 6

Monte guardó en el cajón de su escritorio la insignia y la escarapela, el trozo de cera azul y la medalla, la flauta de Pan y, al hacerlo, descubrió una fotografía de Isabel: por fin se había atrevido a pedirle que saliera con él al principio del último verano, antes del accidente. Como en aquella otra foto de la primera infancia, tenía tanta luz en la mirada que Monte pensó: *Isabel para el invierno*.

Ojalá hubiera ido a Alfacar el pasado fin de semana para tratar de recuperarla y no a la casa de Robin. Isabel cantaba en la tuna y Monte la siguió en cada actuación por el pueblo en fiestas. La miraba embobado y, al final de la noche, cuando ella esperaba el beso de aquel chico de ciudad, Monte se quedaba inmóvil. Las amigas de Isabel se reían de él:

–Pero ¿qué os enseñan en la capital?

Después del parvulario que compartieron en Granada, Isabel se había ido a vivir a Alfacar. La desnudez de su espalda bajo la lluvia había sido una pantalla en blanco, como el fin de una película que solo había continuado en la imaginación de Monte. La había visto innumerables veces en su mente y a ella misma, a la Isabel real, en el pueblo, aunque sin atreverse a hablar con ella. Pero aquel verano de sus doce años, Monte la invitó a bailar en la verbena. Le brillaba el pelo bajo las bombillas de colores. Con el baile, la melena se movía sobre su cuello, lo cubría y lo despejaba, y Monte se sentía narcotizado por aquella calidez.

–Isabel contra el invierno –repitió en voz alta.

Cogió de la colcha la navaja, el penúltimo objeto que había salido de la bolsa de cuero, y la abrió. Se acercó a un pequeño espejo colgado en la pared.

Situó la punta de la navaja en la vieja cicatriz de la frente, y la subrayó con un mínimo corte. Asomó un hilo de sangre.

Mirándolo, consiguió apartar de su memoria la piel de Robin.

*Se abre como el mar Rojo. La piel se aparta a un lado y otro, y puede pasar la sangre.*

El pasado julio, Sebastián, el exnovio de Isabel, había usado una navaja para alejarle de ella. Estaban en la Fuente Chica. La brisa del verano sacudía las hojas de los árboles y sacaba de los maizales un olor penetrante y oscuro. El muchacho se había acercado a Monte en un momento en que se quedó solo, mientras Isabel iba con sus amigas al quiosco para comprar refrescos y pipas. Así pasaban las horas. Llenándose los labios de la sal que la vida no acababa de darles.

Sebastián había sido novio de Isabel hacía unos meses, en el pueblo, donde estudiaban en el mismo colegio. Sebastián sí la había besado, pero con tanta fuerza que ella había roto con él. Isabel se lo había contado a Monte:

–Me apretó tanto que me ahogaba.

Desde entonces, el muchacho había dejado de ir al colegio para dedicarse al campo como su padre, un primo de Moisés. Isabel le había retirado la palabra y Sebastián había culpado a Monte.

–Nenita de ciudad –le decía cuando se lo encontraba.

Monte trataba de no enfrentarse con él.

Sebastián era lacio pero fuerte, musculoso pero escurridizo, miraba de medio lado y no le faltaba la sonrisa.

–¿Sabes? –le dijo a Monte, riendo, aquella última noche, en la Fuente Chica–. Ya no estoy enamorado de Isabel sino de ti.

Sebastián había asaltado a Monte, junto a la acequia que nacía de la Fuente, en la zona sin luz donde el grupo solía reunirse para permanecer a salvo de la mirada de los adultos.

–¿Sabes? –insistió–. Te voy a follar y después te voy a matar.

Sacó del bolsillo una navaja y se la puso en el estómago.

–Aléjate de ella y no vuelvas –dijo Sebastián.

Monte, sintiendo cómo le arañaba la punta de la navaja, miró hacia el quiosco iluminado por las farolas. Isabel estaba casi encaramada a la barra,

para conseguir que la atendieran entre una nube de niños. Su falda dejaba ver las pantorrillas doradas por la luz.

Entonces corrió hacia la oscuridad de los maizales, de regreso a la Casa de las Piedras de Río. La vergüenza le impidió ver de nuevo a Isabel, quien tampoco volvió a buscarlo en los pocos días que faltaban para que Monte se marchara con su familia a Garrucha. El mundo se iba a romper como una esfera de cristal contra el cemento.

Volvió a acercar la navaja a la cicatriz.

La pubertad anunciaba una edad cruel.

También lo había sido la infancia, sobre todo después de la operación de la verruga, como si a partir de ahí Monte hubiera perdido, aún más que su fuerza, la conexión con el exterior. El reino doble se había escurrido por el desagüe y la ciudad le parecía un desierto, un cine donde, como en la espalda de Isabel, las proyecciones habían terminado. Los espectadores usaban la penumbra para hablar de fantasías abandonadas. Y, alrededor de ellos, solo quedaba una cotidianidad insulsa.

Quizá por eso nunca había sabido reaccionar cuando en el colegio le molían a palos sus propios compañeros. Había pasado los primeros años ensimismado al fondo de la clase, volcado en sus ensoñaciones, y, ahora que las había perdido, de pronto los miraba desconcertado. Apenas tenía nada que decirles. Ellos, que se habían formado en el juego del más fuerte, le consideraban demasiado raro para no pegarle.

Monte no decía nada al volver a casa, donde a menudo también le golpeaba su hermano pequeño. Se había acostumbrado al silencio y a la indolencia. Se había quedado en estado de perpetua espera y nada sucedía. Era imposible concentrarse en las matemáticas o el inglés si en la clase flotaba aquel olor a humanidad plomiza; si en las ventanas el cielo transparente evidenciaba el vacío del paraíso que había estado a su alcance. La realidad había desaparecido y, sin embargo, él debía aprender las lecciones de historia y geografía. El mundo, le enseñaban, tenía una forma determinada, rigurosa, una especie de cárcel donde cada rincón había recibido

un nombre ya fijo hasta la eternidad. Monte padecía el ansia del prisionero. Cuando le preguntaban, contestaba aturdido. Los profesores llamaron a sus padres. Aquel niño estaba en el límite de la normalidad.

Se esforzó en asumirla, aunque le resultara ajena. Monte no entendía la necesidad de devolver los golpes. Sentía pereza y aburrimiento. Se acariciaba la cicatriz de la frente. Le quedaban las calles con árboles enclenques, la sierra recortada contra el cielo, el patio con porterías de fútbol sin red; todas ellas, siluetas de cartón piedra, como aquellos recortes de pan ácimo que su madre traía del convento.

Monte y sus hermanos, acompañándola, habían llamado al torno, tras el cual había una presencia en penumbra, que emanaba una traslúcida feminidad. Había que saludar:

–Ave María Purísima.

–Sin pecado concebida –contestaba la monja desde su escondrijo, con voz de locutora de radio.

–Hermana, venimos por recortes.

Los comían como chucherías. Se abalanzaban sobre aquel molde plano y comestible, repleto de los agujeros de las que iban a ser las hostias de la misa, ya recortadas por las monjas, una vez que las bendijera el sacerdote.

Sus vidas eran como aquel pan ácimo e insípido que se repartían de regreso a casa. El sacerdote, en cambio, cada domingo, entregaba el pan verdadero a los adultos, pedacitos de un Dios resplandeciente e inalcanzable para los niños que no habían hecho todavía la primera comunión. Por tanto, dedujo Monte, lo que ocurría entre semana era tan solo un desperdicio, un recorte de la verdad que algún año curaría su desasosiego.

La iglesia y sus santos conformaban un asunto misterioso, que olía a mueble viejo, a baúles con hábitos doblados en alcanfor, a misales polvorientos en un estante. Uno de aquellos libros fascinaba a Monte: *Ritual de la adoración nocturna española*. Al abrirlo por azar leía: «Memento por los difuntos. Reserva del Santísimo. Alabanza en reparación de las blasfemias». Las páginas de papel biblia estaban decoradas con frontispicios negros y enmarcados por un rectángulo rojo, donde se apretaban las letras. Monte leía, por ejemplo: «Reglas para la práctica de la adoración nocturna.

Reglas para el adorador: comparezca el adorador nocturno delante de su Divina Majestad en traje limpio y decente, aunque sea pobre, y, sobre todo, procure la limpieza de corazón».

Monte la procuraba acompañando a sus abuelos a capillas donde las figuras de los santos se adensaban, inertes, en la penumbra. Relojes de pared entregaban su tic-tac a la quietud, y sus péndulos ponían una posición en el ansia de un milagro y otra en la normalidad más anodina. Lo único vivo en aquellas estancias parecían las llamas de los cirios.

También las estrellas. De noche, en Alfacar, era el último en entrar en casa. Las buscaba con los ojos pero más con aquel corazón del que hablaban los misales. Se había quedado ciego. Los seres con los que trató al inicio de su vida no solo se habían invisibilizado, habían regresado al confín del firmamento. Podía palpar el vacío en el aire de la noche. Los astros concentraban su luz en una despiadada advertencia: te has quedado solo.

Al amanecer, en verano, salía el primero de casa, mientras su abuelo Daniel rezaba en la capilla. Monte permanecía muy quieto en el jardín, bajo el temblor de los frutales. El amanecer iba a decir algo en el aire que se iba iluminando sobre las hojas, pero al final callaba. Su abuelo salía enseguida y le pedía que le acompañara al Rincón de los Álamos. Desayunaban la fruta que cogían de los árboles, perales y melocotoneros, mientras el sol centelleaba en el horizonte. Restregaban la piel de las peras contra la camisa o las lavaban en una fuente, y el dulzor les hacía sonreír. Para pelar los melocotones, su abuelo Daniel le regaló aquella navajita que Monte había conservado en la bolsa de cuero y que mantenía sobre la palma de la mano.

*No supe cortar el cabello del incubo.*

*Pero sí decir su nombre, aunque sea solo para mí.*

–Robin –murmuró.

Y observó la cicatriz de la frente, acariciándola con el metal afilado, tratando de obedecer de nuevo la orden que le había dado Sara *la Albina*, años atrás.

En Alfacar acababa de morir el tío Justo tras recibir el aviso del Pájaro Negro. Así llamaban al cura del pueblo, que se había ganado el sobrenombre después de la misa de los domingos, por su costumbre de preguntar por los

ausentes:

–¿Y tu abuela? –por ejemplo–. La he echado de menos en la eucaristía.

Los feligreses salían corriendo en cuanto acababa la misa para no ser interrogados.

Y tenía buen tino, porque a los pocos días de hacer la consulta, comenzaban a doblar a muerto las campanas, que sonaban pesadas en el crepúsculo, como si, en su movimiento en el aire, descargaran, a golpes de sonido, la vida que estaban despidiendo.

Una vez el Pájaro Negro apareció en el camino de chinos blancos que llevaba a la Casa de las Piedras de Río.

–Jesús con el demonio. –Se persignó la abuela Alba cuando lo vio aparecer desde el porche.

Y remató el abuelo, como solía, con una de las frases que sacaba de *El Quijote*:

–Un demonio parece a otro.

Los niños vigilaron en silencio mientras se acercaba. Sabían que a pocos pasos, invisible, la Muerte le seguía. Pero ella era ciega y no tenía responsabilidad ninguna. El Pájaro Negro era el lazarillo de la Parca.

–Buenas tardes –dijo. Y a todos se les encogió el corazón aguardando el nombre del elegido, por el que iba a preguntar–. Hace tiempo que no veo a don Justo por la iglesia.

Y se oyó un suspiro de alivio general, porque al tío Justo, en efecto, ya lo habían dado por desahuciado en la casa vecina.

Para llegar a ella había que pasar bajo un nogal gigantesco que las separaba.

–Ese árbol sabe hablar árabe y romano.

Solía decir el tío Justo, sentado en una butaca de mimbre y apoyado en su bastón, en el porche de su casa, entre las flores que plantaba su mujer, la tía Constanza, y con las que compensaba el olor del corral repleto de pavos y gallinas que no dejaban de cacarear y revolotear dentro de sus alambradas, bajo el imperio de un gallo, que iba pautando amaneceres y puestas de sol.

Monte y sus hermanos, por el gusto de inventar el miedo, iban de noche a espiar a sus tíos, alumbrados por la bombilla del porche en compañía de su

única hija, Sara, una mujer con el pelo tan rubio que parecía blanco y los ojos con una brasa al fondo y en movimiento, como los de los conejos. Por eso no la habían querido los hombres ni los conventos, y el pueblo le había dado fama de retrasada mental. La exclusión recibida le había abierto el camino de lecturas excéntricas: libros de santos y de hierbas medicinales, pero nadie sabía de dónde sacaba sus extraños rituales.

–Déjame ver tu navaja –le pidió a Monte.

Y, agarrándole del brazo, le hizo un rápido corte sobre la cicatriz de la frente.

–¡Despierta de una vez!

Como no acertó en la misma línea, le dejó marcada una especie de cruz.

## Capítulo 7

–No hay mejor despertador que la sangre –dijo Sara–. La sangre nos mantiene alerta, porque ella es la esencia de nuestra realidad. Cuando tengas dudas, mira la sangre.

Sara *la Albina* nunca iba a misa. Se quedaba sola en casa la mañana de los domingos, rodeada por la frondosidad de sus plantas, aplicada en cualquiera de sus secretos. Para ella no había nada sagrado que no estuviera relacionado con la sangre. La daba de beber a los santos que tenía escondidos en el corral, en un pequeño desvancillo, al que Monte había comenzado a ir después de recibir aquel corte en la cicatriz de la frente. Eran pequeñas tallas de cristos, de distintos tamaños, uno con el sagrado corazón pintado en el pecho, otro abrazado a las tablas de la ley. Había un crucificado tallado en piedra al que le faltaba uno de los brazos. Sarita *la Albina* lo había robado del cementerio. Cuando mataba alguna gallina del corral, reservaba una parte de la sangre y la volcaba en diminutos vasos al pie de las figuras. Después cerraba la puerta del desvancillo y no regresaba hasta la próxima ejecución.

–Si quieres te abro otra vez la herida –le decía a Monte señalándole la raya coagulada en el entrecejo que se cruzaba sobre la vieja cicatriz.

Monte se echaba hacia atrás pero seguía visitando a su prima, por la que sentía una ineludible atracción, como si ella fuera el último vínculo que le quedara con la dimensión que había perdido.

–Pero qué te ha pasado –le preguntó su madre.

–Me he caído en el corral.

–Pasas demasiado tiempo con Sarita *la Loca* –le advirtió su abuela.

–Déjalo –dijo Elvira–; que está muy sola.

–Solo jugamos con las gallinas.

–Jesús con el demonio.

Monte le ayudaba a alimentarlas.

–Pitas, pitas –cantaba Sara arrojándoles el grano.

–¿No podemos soltarlas?

Monte, aliado con Miguel, asaltaron el corral y liberaron algunas.

–Volad, volad –les decían.

Pero las muy estúpidas comenzaron a picotear el suelo y solo se ponían a corretear cuando ellos se les acercaban. El sol salía sobre la huerta, plantada de grandes calabazas. Los ciruelos, cargados de frutos amarillos, comenzaban a poblarse de avispas.

–¿Cuál de ellas habéis elegido? –dijo Sara–. Mañana se cumple un año de la muerte de mi padre.

Lo cual significaba que harían una fiesta en el porche de la casa, donde sacrificarían a una de las gallinas.

Monte y Miguel se sintieron culpables.

Sara *la Albina* narcotizaba a las aves con semillas de amapola. Cuando estaban en el punto del sueño, les ataba las patas y les sajava el pescuezo. Recogía la sangre dentro de una pila y ella bebía el primer vasito, ofreciéndolo con un rezo a sus santos.

–Qué ganas con eso –le preguntó Monte.

–Son los únicos que no me han dejado sola.

–Yo también estoy contigo.

–Tú te irás con el verano.

La huerta de Sarita *la Loca* era temida en Alfacar. Según contaban, en el olivo más viejo se veía al atardecer la sombra del ahorcado, cuando el crepúsculo enrojecía los surcos subrayando las enormes calabazas.

El pueblo decía que el tío Justo no tuvo paciencia para esperar a la muerte y que, aunque estuviera desahuciado por los médicos, decidió forzar su cita con la Guadaña. Los rumores alentaban de casa en casa que, desde la colina de enfrente, todas las tardes, se veía cómo el fantasma del anciano ataba la cuerda en la rama del árbol.

–Fíjate si es mentira –protestaba la tía Constanza– que el Pájaro Negro ha

dejado que mi marido descansa en el cementerio.

Monte nunca logró ver el fantasma del tío Justo, a pesar de que lo deseaba con todas sus fuerzas.

Hasta su madre, Elvira, lo había descubierto junto al nogal, mirándola fijamente.

–Venía por mi padre. Pero no pudo llevárselo.

Esa noche el abuelo Daniel se había desvanecido y lo habían tenido que llevar al hospital, donde lo trataron de un coágulo. Desde entonces, Monte se detenía muchas veces bajo el árbol, de noche. Allí aguantaba, aunque le temblaran las piernas. Pero solo le venía a la cabeza lo que el tío Justo solía repetir:

–Ese árbol sabe hablar árabe y romano.

En efecto, quedaba la antigüedad de las raíces, los pasos apresurados de los niños entre una casa y otra, el vuelo rasante de los murciélagos sobre la piscina, donde algunos amanecían ahogados. Qué pequeñas eran, en comparación con aquellos cuerpecitos inertes, las punzantes estrellas.

Porque el río se había detenido. Sus grandes piedras habían ido a parar a la casa de los abuelos, para decorar la fachada. Allí permanecían enormes y negras, sobre la cal, dando nombre a la vivienda de los Moncada, la misma que Moisés había jurado quedarse al principio de la guerra.

El pueblo contaba estas historias de reojo. Lo hacía a través de cualquiera de sus miembros, en el bar, donde los niños habían ido con el mandado de comprar cerveza, en la panadería de Lucas, o bajo el gran árbol de la plaza de la iglesia, donde los viejos amontonaban las colillas.

–Era un jovenzuelo, pero ya trabajaba en vuestra huerta. El pobre diablo iba diciendo: «Cuando ganemos la guerra, esa casa será nuestra. Vendrán los Moncada y seremos nosotros los que les daremos de comer. Les daremos trabajo en su propia tierra». ¿Y qué pasó? Que, después de la guerra, la casa no había cambiado de manos. Pero los Moncada protegieron a Moisés y él siguió cavando vuestras zanjas.

Monte se pasaba los minutos con las palmas de las manos sobre las enormes piedras de río recalentadas por el sol.

–¿Tienes ahí tu navaja? –le interrumpió su abuelo.

En el patio de la casa, guardaban un gallo y un conejo que les había regalado la tía Constanza. Hacía días que el gallo de plumón canelo pululaba airoso por el patio sin que los niños logaran atraparlo. Demostraba una agilidad furiosa y escapaba a cada envite, soltando picotazos. Lo más que conseguían era acorralarlo contra un rincón, y allí se quedaban fascinados ante esa cabeza nerviosa que no dejaba de pestañear hacia un lado y otro. En su ojo de veleta se concentraban miedo, ira, determinación. Al amanecer, el gallo despertaba a toda la familia conjuntándose con los cantos que venían del corral de la tía Constanza y Sarita *la Albina*.

—Elvira, a este hay que darle el matarile —avisó la abuela Alba—. Ponte de acuerdo con tu padre.

Monte se había encariñado con el conejo, que, a diferencia del gallo, se quedaba muy quieto, respirando como una locomotora, y se dejaba acariciar. Con paciencia, consiguió tomarlo en brazos. Así sentía su corazón vertiginoso. Le besaba en la nuca. Aquel latido nunca remitía.

Había ido corriendo a protegerlo cuando su abuelo le pidió la navaja, pero, al llegar al patio, vio que entre él y su madre habían conseguido atrapar al gallo, y lo llevaban hacia la pila, sujeto por las patas y el pescuezo.

El abuelo pinchó la garganta del ave.

Entre las plumas castañas Monte vio aparecer la sangre y, para su sorpresa, el gallo continuó moviendo la cabeza, como si nada hubiese ocurrido, como si no se estuviera vaciando en un hilo delgado pero continuo dentro de la pila. Todo su cuerpo empujaba entre los brazos de Elvira.

—Se me escapa —advirtió ella.

El abuelo sujetó al gallo por encima de la cresta. Con el otro brazo presionó con la navaja en la herida y, cortando, se quedó con la cabeza en la mano.

Monte, apretado contra la pared, vio cómo aquel ojo se iba entornando. Y cómo el cuerpo tembloroso, separado de la cabeza, conseguía escapar de los brazos que lo sujetaban, y aterrizando en el suelo, corría despavorido, inundando el patio con la sangre que seguía manando del cuello cortado, sin rumbo en apariencia pero hacia la puerta cerrada, contra la que se acabó estrellando.

Monte se encerró en una de las habitaciones del patio con el conejo en brazos. Por la cerradura presenció cómo desplumaban el gallo y luego lo despiezaban.

Hasta la noche su madre no consiguió que saliera.

—¿Le vais a hacer lo mismo al conejo?

—No, el conejo es para vosotros.

Pero al día siguiente lo mataron. La vida del conejo se vació también dentro de la pila, después de que el abuelo Daniel le sajara el cuello. El animal empujaba nerviosamente con las patas sobre el regazo de Elvira, como ayudando a que la sangre manara con mayor facilidad. Cuando el cuerpo se detuvo, la navaja de Monte sirvió para abrir el conejo en canal y vaciarle las tripas, que cayeron hediendo en la pila. El niño vio cómo lo desollaban y la piel iba saliendo como quien quita un abrigo a un cuerpo desnudo.

El guiso, llamado «pebre», mezclaba carne de gallo y de conejo, uniformada con colorante. Hervía en la olla y su olor a muerte aderezada viajaba por toda la casa.

Lo sirvieron en la mesa de los niños, redonda y baja, al lado de la gran mesa rectangular donde comían los adultos. Desde sus banquetas, Monte y sus hermanos los oían conversar y reír, y, aunque hoy los detestaban, en el fondo querían pertenecer a su grupo.

De todas formas se negaron a comer aquellos trozos de color amarillo que habían pertenecido a los animales del patio.

La sanción fue que se encontraron el mismo plato, frío, en la merienda y también en la cena y de nuevo en el desayuno. Resistieron. Dentro de su estrategia, se habían organizado para robar alimentos de la despensa. Por la mañana, fueron sin dinero al horno de Lucas, quien les fío unas tortas de aceite.

Al mediodía, de nuevo el guiso les aguardaba, humeante, esta vez en la mesa de los adultos, delante de tres sillas vacías que a partir de entonces podrían ser suyas.

Los tres hermanos aceptaron. Y Monte, mientras comía aquella carne que horas antes abrazara, miraba la mesa de los niños, vacía, donde nunca más se volvería a sentar.

A aquella claudicación sucederían otras y en eso consistiría vivir y ser como los demás.

Comer con ellos. Compartir el pan. Pero no poder intervenir aún en las conversaciones de los mayores.

–Mira que afiliarte al partido socialista, Manuel –le recrimina Elvira–. No tenemos suficiente con tu padre. Ahora te vas a las reuniones del partido y siempre me dejas sola.

Callar. No saber qué decir. Aunque no haya nadie mejor que el abuelo Ramón, con su sombrero, que deja sobre la mesa antes de pedir un vino: «Sin corona, por favor», le dice al camarero, indicando que el tinto suba hasta los bordes de la copa.

Sonreír hacia dentro, pero mantener el silencio alerta, mientras en la mesa sucede una fuerte discusión entre sus padres, hasta que el abuelo Daniel pone orden:

–En la mesa no se habla de política.

–Jesús con el demonio –cierra la abuela Alba, y ofrece una cucharada más del guiso, donde brillan los hilos rojos de las ñoras–. Dejadme que os cuente una cosa. Ayer vino Sarita a preguntar si me había sobrado la sangre del gallo.

Entonces escuchar las críticas hacia su prima.

–Monte, me ha dicho tu madre que te está enseñando sus embrujos.

Y negarlo. Como Pedro hizo con Jesús.

–Pero lee muchos libros de santos, lo mismo que tú –se atreve a contestar.

–¿De qué libros hablas? –pregunta su padre.

Historias de niños ante quienes se aparece la Virgen sobre zarzas en llamas.

Historias de mártires puestos a cocer sobre hierros candentes, y cuyas llagas se cierran al pronunciar el nombre de Dios.

La historia de Santa Cristina de Bolsena a quien su propio padre arrancó los pezones con unas tenazas para intentar que renunciara al cristianismo.

–¿No ves la cruz que tiene en la frente? –Se ríe Lurdes.

–Pues que sepas que también voy a afiliarme a los niños al partido socialista –protesta Manuel Montenegro.

Monte deseaba que la comida terminara cuanto antes para volver con Sarita *la Loca*. Iban a los caminos apartados y de las higueras recogían los higos maduros.

–Estas son las cabezas de los que no nos quieren –dijo Sara, arrojándolas contra un tronco, donde se aplastaron–. Y esta es la del Pájaro Negro –dijo abriendo el higo para sorber su carne roja–. Estos son tu padre y tu madre –continuó–. Envuélvelos en una hoja de la higuera y entiérralos, para que permanezcan juntos.

Pero aquel sortilegio debió de caducar el verano pasado.

*Ha tenido que diluviar sobre aquella tierra*, pensó Monte en la noche de su decimotercer cumpleaños.

Acercó la hoja de la navaja a la bombilla del flexo de su escritorio. En su reflejo, imaginó el rostro de Robin, en concreto, su mirada dentro del objetivo de la cámara con la que les solía fotografiar.

–Cuando tengas dudas mira la sangre –repitió Sara en el recuerdo.

Monte volvió a llevar la navaja hacia la cicatriz de la frente, buscando ahora la otra línea blanquecina, casi imperceptible, que le había marcado Sara. Pasó su filo por ella, con cuidado, hasta que manó de aquella extraña cruz un hilo inofensivo, pero en esencia el mismo que había terminado desbordándose en los cuellos de los animales del patio.

Ellos no tenían un nombre propio, esa era la diferencia. El nombre garantizaba la protección del cuerpo. No ser engullido por otro. No ser sacrificado para otro.

A partir de ahora, debía ganarse su nombre entero, el que había pronunciado también el ícubo, en su versión disminuida.

–Monte –le había dicho en el oído, para tenerle.

Por eso él necesitaba el resto de las palabras. Su historia tenía que ser la historia de la secuencia completa: Manuel Montenegro Moncada, por mucho que intuyera que no reflejaba la totalidad de su ser.

Él tenía que aprender a mandar sobre las tres partes de su nombre.

Él tenía que saber unirlo con la sustancia de su sangre.

Acercó la frente al cuaderno y selló una página. Después mojó en la cicatriz la punta de la pluma que le había regalado su padre, y consiguió sacar

tres letras rojizas:

M. M. M.

Un mismo sonido. Un mantra donde su identidad algún día iba a fundirse.

M.

Pero antes de borrarse, tenía que aprender a existir.

Entonces M, Monte todavía, se acercó a la cama, y tomó el último objeto que había ocultado en la bolsa de cuero: una pequeña llave, y se dirigió hacia el armario.

# COMUNIÓN

## Capítulo 1

Dentro de la parte baja del armario, tuvo que apartar una nube de zapatos viejos, algunos de tallas tan pequeñas que solo podrían pertenecer a una niñez remota. Qué hubieron pisado, adónde habían ido los pasos, adónde le habían conducido las plantillas de pies planos, porque también el pie hubo que educarlo, adónde del mundo, bajo qué lluvia, pisando qué sol, la ciudad que le reclamaba, Monte, *quo vadis*. Había un chiste que repetían en el colegio, por si algún día aprendían latín, adónde vas, al cine, a ver qué, *quo vadis*, soy yo el que pregunta: adónde vas, al cine, a ver qué, *quo vadis*, apartando zapatos, a ver dónde estaba el baúl donde había guardado sus regalos de la primera comunión antes de encerrarlos con aquella llave de hierro que luego había escondido dentro de la bolsa de cuero en el muro de la Alhambra.

*Escondido yo*, se dijo, sacándolo de la oscuridad, y antes de abrirlo, pensó qué habrían estado haciendo aquellos objetos guardados durante los últimos años, en qué dimensión habían permanecido, igual que los zapatos viejos, en la más profunda inacción, como aquellos jugadores que ni siquiera visten la camiseta del banquillo, se quedan entre el público, avergonzados, para ver el partido de los otros, que podrían ser ellos mismos, pero no son.

Sacó primero el balón de fútbol con el que entrenó tantas veces con su padre para que le dejaran vestir la camiseta y lograr ser titular en el equipo; luego, los primeros prismáticos con que persiguió los pájaros del jardín; el telescopio que fue imposible fijar para ver los planetas, salvo la luna –que esta noche resplandecía, menuda, en la ventana–, los preciados coches de scalextric, que después aborreció. Se entretuvo, atónito, rearmando la caja del submarino insumergible que le había regalado el imbécil de su padrino, y que

había desaparecido en el mar el pasado agosto, como anunciando lo que le iba a ocurrir a su padre, ese mismo día. ¿Por qué habría guardado la caja?

*Para hoy escuchar la burla.*

Todo el fondo del baúl estaba ocupado por cientos de cómics descuadernados, que Monte colocó sobre el suelo. Y de un rincón del mueble, solitario y ajeno a los demás objetos, sacó un collar de cuero rojo, adornado de tachuelas metálicas, pero sin ningún perro al que adornar.

Todos ellos eran máscaras de teatro clásico que alguna vez protagonizaron, con muecas contrarias, su infancia desaparecida. Habían venido con la primera comunión, que él había sentido, hasta el día señalado, como la culminación sagrada de un aprendizaje.

Formas de antiguas desilusiones.

Por eso, había acabado encerrándolas en el baúl con aquella llave. Ya nunca iba a ser un niño. Todo el peso del tiempo le había envuelto con una capa corriente. Caminaba con las manos apretadas junto al corazón, en posición de rezo, hacia el sacerdote que le aguardaba en la iglesia del colegio con aquella hostia en la mano, poderosa y magnética.

Monte, arrodillado ante el baúl, miró la luna que resplandecía en la ventana, sobre el hueco oscuro del patio de vecinos. Comulgar la luna sería un hecho tan consistente como lo que había hecho unos años atrás.

Lunes por la noche. Cumpleaños feliz. Ya aborrecía el número trece que su madre estaría dibujando en ese instante en la tarta que preparaba en la cocina. La oía cantar. Comulgar la luna o la tarta, daba igual.

Monte avanzó hacia el mismo sacerdote que le había estado hablando, semana tras semana, de la importancia de recibir al Señor. Así lo decían también sus abuelos de Alfacar: recibir al Señor, como si Dios fuera el más importante de esos invitados que les regalaban animales para sacrificarlos, más gallos y conejos, y sobre todo aquel cordero que estuvo atado una semana bajo el magnolio. Avanzó entre los asistentes a la ceremonia. Monte no sabía qué pensamientos nacían detrás de aquellas miradas, pero vio quiénes permanecían sentados y quiénes le observaban de rodillas, con las

manos en una posición parecida a la que él mismo llevaba.

Prefería las palabras de Marisa, su catequista, quien vigilaba cada uno de sus movimientos y las expresiones de su rostro, diría, desde la primera fila de bancos, junto a sus padres.

–Vas a experimentar una felicidad sin límites. Jesús va a vivir a partir de ahora dentro de tu corazón. Tú y él vais a ser uno solo.

Cuando Marisa le hablaba de esa manera, Monte recordaba aquellos sueños de su infancia en los que dos hijos de Dios, gemelos y opuestos al mismo tiempo, luchaban en bandos contrarios, derramando la sangre del enemigo. ¿Cuál de ellos se encarnaría en su estómago cuando comiera la hostia sagrada? No se atrevía a preguntarlo, pero tendría que ser el mejor de los dos. Qué otro, si no, podría venir de los ojos azules de Marisa, de sus labios delicados y carnales, que Monte, desde sus diez años, ya deseaba besar.

Los niños se sentaban alrededor de Marisa, en el suelo, atendiendo a sus enseñanzas. A veces a Monte le tocaba a su lado. Entonces trataba de apoyarse en el costado de ella, para sentir la vibración de sus palabras en las costillas, a través de la ropa.

–Este niño va a ser santo –solía decir la abuela Alba, que fue de las personas que permaneció arrodillada, junto al abuelo Daniel, durante gran parte de la ceremonia. Monte habría querido que fueran ellos sus padrinos de comunión, en lugar del tío Antonio y la tía Esperanza, con los que no se llevaba bien porque solo sabían hablar de dinero, nada inteligente ni asombroso decían, y, Monte, en efecto, quería ser santo.

Trataba de imitar lo que leía en los libros de sus abuelos y de Sara *la Loca*. En la huerta, al atardecer, cuando hacía frío, se arrodillaba delante de un zarzal, como los niños pastores, apretando los ojos con devoción para que se le apareciera la Virgen u otra criatura divina. Quería decirles que les pertenecía a ellos y no a este mundo, tan poco espiritual, que cada vez le iba pareciendo más previsible y repleto de gente sin esa elevación que él encontraba en los textos sagrados.

*Sé al menos como Noé y salva a los animales del patio.*

*Sé al menos como Jonás para aprender en el vientre de la ballena que la*

*vida es un viaje oculto hacia Dios.*

Jonás le recordaba al capitán Nemo, incomprendido por el mundo. Por eso, había pedido como regalo un submarino al tío Antonio, responsable máximo del convite.

–Para ser santo, tienes que sacrificar el cuerpo –le decía su abuelo Daniel–, ofrecerle a Dios un pequeño sacrificio diario para hacerte digno de él.

*¿Qué sacrificio has hecho hoy?*

*Me he puesto una china en el zapato.*

*No he jugado con los demás en la guerra de piñas.*

*Me he quedado solo en el bosque.*

*He regresado cojeando.*

De noche, Monte acompañaba a su abuelo Daniel a visitar al Santísimo. Arrodillado, observaba el Sagrario, en cuyo centro, rodeada de llamas talladas por el orfebre, la hostia sagrada le hacía partícipe de una pregunta sin contestar. Pronto sabría la respuesta, cuando hiciera la primera comunión. Ante el cirio encendido, oía murmurar a su abuelo:

–Soberano Señor Sacramentado, presente está la Guardia Real Nocturna de Vuestra Divina Persona. No por nuestros méritos, sino por vuestra infinita misericordia, llegamos a los pies de vuestro trono.

De día, a las doce, dejaban cualquier cosa que estuvieran haciendo: el estudio o el juego, ayudar en la huerta o a la madre. El abuelo Daniel se les acercaba, les decía: es la hora del ángelus. Y el cielo parecía llenarse de un venerable resplandor. Lo proclamaban también las campanadas. Bajo el sonido metálico del mediodía, que resonaba en un cielo infinito, rezaban al Ángel que anunció a María el nacimiento de un niño distinto a todos los demás.

–El Hijo de Dios también nacerá en cada uno de vosotros –les había explicado el sacerdote que aguardaba en el altar con el pan y el vino consagrados.

El turno de Monte era inminente.

Sabía que el milagro iba a suceder: recuperar la sensación sagrada de su niñez, que había ido perdiendo con los años, solo que ahora no tendría como

protagonista al centauro tuerto ni al fauno de ojos amarillos, sino al Dios verdadero. Y lo viviría de una manera diferente a los demás. Diferente de su madre, aunque fuera a misa todos los domingos. Diferente de su padre, que nunca iba, ni, por supuesto, su abuelo Ramón, que sin embargo, allí estaba, también en la fila segunda, aunque sin su amigo, Manuel Juanmaría, que no había querido entrar a pesar de haber venido a la ceremonia porque, por fin, acababa de regresar a España. Lo había visto en la puerta de la iglesia, hablando con Moisés. No importaba. Monte debía concentrarse en el instante que estaba a punto de ocurrir.

Situó las manos según le habían enseñado. La palma izquierda sobre la palma derecha. Se emocionó cuando el sacerdote le miró a los ojos y le anunció:

–El cuerpo de Cristo.

Y aún se emocionó al sentir la caricia de la hostia sobre la piel, que le cosquilleaba. La llevó a la boca. La dejó sobre la lengua, con respeto. No ocurrió nada. Quizá porque el Sacramento debía completarse con el cáliz que el sacerdote le estaba acercando a los labios.

–La sangre de Cristo.

Monte la bebió, y al tragarla, sintió el calor del vino en el estómago, agradable, una leve sensación de euforia, que no subía al corazón.

Se había quedado detenido delante del sacerdote. Como si no quisiera marcharse antes de recibir lo que le habían prometido.

Supo que debía apartarse, dejar paso al siguiente.

Se movió, con una desolación paulatina, hacia la fila que iban formando los niños que ya habían comulgado, a un lado del altar.

Monte, en la noche de su decimotercer cumpleaños, arrodillado en el suelo, bajo la luna y ante el baúl despojado de los regalos de su primera comunión, percibió la crueldad de los organizadores de la ceremonia. Después de comulgar, cada niño debía contar al público lo que había sentido. Allí estaban los familiares, los profesores del colegio, quizá el propio Robin, anhelante, aunque por entonces Monte no lo hubiera tenido en clase todavía. Marisa, la

catequista, les miraba entre el arrobo y la satisfacción por el trabajo bien hecho. Monte sabía que no podía decepcionarla ni a ella ni a los demás. Y, cuando tuvo el micrófono en la mano, de su boca salieron mentiras coloreadas de la devoción que se estaba alejando vertiginosamente. Desgranó lo que había esperado que sucediera y no había sucedido. Se dio cuenta de que el vino consagrado le daba inspiración para hacerlo. Y deseó más vino.

Cuando bajó del altar, comenzó a recibir felicitaciones. Monte caminó hacia la salida. Necesitaba aire. Aquellos besos y abrazos con los que se iba encontrando de pronto le parecían cariños de muñecos que de un momento a otro se iban a desarticular.

Cuando logró la luz de la calle, la decepción que sentía le ocupó por completo, y sintió que de alguna manera se había muerto. O, mejor dicho, se dijo Monte, la vida era aquella rotundidad sin magia, era el movimiento de la luz en los árboles raquíticos del patio, el perfume cargante con que las señoras trataban de compensar el aliento agrio que exhalaban.

–Enhorabuena.

Entonces ¿eso era vivir?

Uno a uno, los hilos con los que había esperado conectarse al universo, fueron cayendo. Mientras tanto, se le iban acercando más amigos y familiares, que le entregaban más sobres y paquetes.

–Mejor se lo dais en el convite –dijo su madre, que de pronto había aparecido a su lado–. Pero qué guapo estás y qué bien has hablado.

Unos gorriones pálidos cruzaron entre los edificios. Pronto podría observarlos detenidamente con aquellos prismáticos que su padre le acababa de entregar. También cruzarían el cielo del jardín, en Alfacar, donde iban a celebrar la fiesta.

Sara la Albina se le acercó por detrás, todavía en la escalera de la iglesia, y le dijo al oído:

–Qué mala espina, ten mucho cuidado. En este colegio te acabarán haciendo daño. Esta misma tarde habrá guerra en tu familia y tú sacrificarás el Cordero. Me lo ha dicho tu abuela Raquel. ¿No la viste al lado de tu abuelo Ramón?

Monte se giró para mirar los ojos de Sara. Se movían nerviosamente por

efecto de la luz de la mañana. Y resultaban más rojizos y a la vez más blancos que nunca.

–La abuela Raquel murió antes de que yo naciera –acertó a decir.

Pero Sara se acababa de marchar, para dejar paso a sus abuelos Daniel y Alba, que lo rodearon con sus brazos.

–Estamos muy orgullosos de ti.

Y ya tenía otro regalo en las manos.

Oyó la voz de su madre:

–Vamos, vamos al coche.

Pero Monte no podía moverse. A sus pies se acumulaban los envoltorios que sus familiares, emperifollados y parlanchines, le iban entregando. ¿Dónde estaba su catequista? Ella no le había abrazado todavía. Monte miró hacia atrás. La puerta de la iglesia se iba quedando muda. Los escalones se estaban despoblando de conversaciones. Aquel enmudecimiento, detrás de él, se podía tocar. Se acordó de las palabras que había pronunciado antes de comulgar, y en las que Marisa les había insistido tantas veces, para que percibieran con precisión su significado:

–No soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme.

Entonces, el silencio.

## Capítulo 2

*Las predicciones de Sara se cumplieron*, pensó Monte, cerrando la puerta del portal con especial violencia, a ver si el cristal estallaba, ahora que todavía no había llegado Mariano. Se había puesto un esparadrapo en el entrecejo, el sombrero que su madre le había regalado por su cumpleaños y se había metido la navaja en el bolsillo. Le bastaría saber que el arma estaba ahí, en el pantalón vaquero, para tranquilizarse si alguno de sus compañeros de curso se burlaba y, desde luego, para mirar a Robin con el brillo oculto de la hoja afilada. Había soñado con él durante el poco rato que había conseguido dormir la noche anterior. Se lo encontraba en un cementerio, dentro de un ataúd, pero no porque hubiera muerto sino porque estaba resucitando bajo la luna. *Entre un incubo y un vampiro no hay ninguna diferencia*, pensó Monte. *Robin, hay que llamar a Van Helsing.*

Podría contárselo a Sara el próximo fin de semana, al fin y al cabo ella ya lo supo de algún modo, igual que adivinó la histórica discusión entre Antonio, su padrino, y Mariano, el portero, que también había sido invitado a la fiesta. Monte sonrió subiendo la calle hacia el colegio. Su padrino mereció aquel puñetazo, y él mismo le hubiera pegado otro por regalarle aquel submarino inútil.

En torno a Manuel Juanmaría habían formado un corro Moisés, Mariano y el abuelo Ramón, al que en algún momento se acercó el tío Antonio con su bigote recortado y su traje añejo, ofreciendo vino y con la idea de interesarse por la vida del exiliado que volvía a su país después de 45 años.

–Si no has vuelto antes ha sido porque no has querido –le acabó diciendo–. La España de Franco ha permitido que regresaran todos, salvo los

delincuentes.

El abuelo Ramón le paró los pies:

–Los delincuentes se quedaron en España. Con Franco y su banda de malhechores.

Moisés, en el intento de desviar la conversación, piropeó, parco y torpe, la belleza de las mujeres de la fiesta, empezando por la señora Alba, dijo mirándola de reojo, como había estado haciendo, según se contaba, desde hacía décadas cavando en la huerta.

El tío Antonio desahogó la tensión con él:

–Será rijoso el gañán. Rojo y rijoso.

Mariano, que le tenía ganas a cualquier facha y aquel ímpetu que domaba tallando flautas, se le echó al cuello.

–En España habrá vivido bien tu puta madre.

De inmediato, acudieron el padre de Monte, el abuelo Daniel, y el resto de los varones del convite. Las mujeres y los niños se quedaron mirando el corro donde se alternaban las peticiones de calma y los insultos de los hombres, agrupados en bandos contrarios en torno a la famosa guerra de la que nadie quería hablar pero que asomaba en cuanto los vasos se agitaban más de la cuenta. Sara se acercó a Monte.

–¿Has visto? –Y le puso la mano sobre la cicatriz de la frente.

Monte imaginó alrededor de los que discutían una multitud de antepasados, algunos con varios siglos de antigüedad y otros con ropas modernas, todos ellos más grises que los vivos, todos ellos azuzando a los más enfadados, como el abuelo Ramón y el tío Antonio, todos ellos empujando a los que permanecían tranquilos, como Juanmaría y el abuelo Daniel. Algunos mostraban agujeros de bala en la cabeza, y otros la marca de la horca en la garganta.

–Hermanos contra hermanos –dijo Sara.

Monte se acordó del poema que le recitaba su padre en la mañana de los sábados:

Hasta las tumbas se abrieron  
gritando: ¡Venganza y guerra!

Y corrió hacia la casa para encerrarse en el salón vacío. Se había apoyado en la gran mesa de madera, cerrando los ojos, tapándose los oídos, hasta que su abuela Alba lo sacó de su ensueño.

–Niño, no te subas a la mesa. ¿No ves que ahí es donde se amortaja a los muertos?

Un collar de perlas de doble vuelta le caía sobre el vestido de color violeta. Se había recogido el pelo en un peinado elegante. Le brillaron los ojos cuando Monte repitió lo que estaban murmurando las mujeres del jardín:

–Moisés está enamorado de ti.

Y, mientras la observaba aturcido, Monte no podía quitarse la sensación de que sobre la mesa en la que permanecía apoyado se iban tumbando sus bisabuelos y tatarabuelos, para ser velados uno tras otro después de haber vuelto a repetir, sin aprendizaje alguno, su oscura misión en la vida.

En ese momento, apareció Elvira y se situó junto a su madre. Serían prácticamente idénticas si no las separaran dos décadas de envejecimiento.

Ellas acabarían también sobre la mesa, generación tras generación, hasta que llegara el turno de Monte. Qué habrían hecho todos mientras tanto con su tiempo.

–Menuda gente, Papageno. Te he traído los prismáticos. Vete con tus hermanos a la huerta. Te están esperando.

Se pasó la tarde persiguiendo los pájaros que saltaban de un árbol a otro, desentendido de la fiesta de su comunión. Cuando regresó, los mismos que se habían peleado ahora charlaban con una copa en la mano. Con los prismáticos había visto innumerables detalles: la textura de las plumas de los jilgueros, los rizos de las nubes. Tantas formas le habían hecho sentirse ciego de algún modo. Le dio la vuelta a los prismáticos y enfocó hacia los invitados, mirando por el lado de las lentes gruesas: todos se alejaron y empequeñecieron entre los árboles del jardín, como figuras de un teatro de títeres en el descanso de la función antes de proseguir con el ruidoso entrechocar de espadas de madera.

Pero la siguiente profecía de Sara estaba por cumplirse, aunque aquí jugaba con ventaja. Esa misma noche, Monte descubrió un cordero atado en el magnolio, frente al porche.

–Es el regalo de la tía Constanza y de la prima Sara –le explicó Elvira.

Los dedos de Monte se enredaron en la lana, mucho más dura de lo que parecía a primera vista. Sin embargo, los ojos del animal, concentrados como antracita, despedían una enigmática ternura.

–¿Qué vais a hacer con él?

–Para qué preguntas.

Monte decidió liberarlo. Al amanecer, lo desató y lo vio marchar hacia el río que había detrás de la casa. Cuando los mayores se despertaron, comenzaron a buscarlo, y también los hermanos de Monte, pero solo él sabía la dirección por la que se había fugado.

La abuela Alba le reprochó a Elvira la endeblez del nudo con que había sujetado al animal.

Elvira insinuó que a lo mejor lo había robado Moisés durante la noche, en venganza por lo que se había dicho de él durante la fiesta.

Manuel defendió al labrador mientras retornaba la discusión política.

Monte sintió lástima por sus padres, por sí mismo, por el cordero. Decidió ir hacia el río.

Al cabo de unas horas, encontró el animal, escondido en una pequeña gruta. Lo trajo de vuelta y recibió las felicitaciones de su familia, como un héroe. El cordero balaba, y el héroe ahogaba los sollozos.

A los días, mataron al animal. Monte, que sentía que ya había renunciado a todo de sí mismo, accedió a comer del guiso.

–¡No le puedes hacer este feo a tu tía Constanza ni a tu prima Sara! – insistió su madre.

Pero tuvo que correr al baño de inmediato para vomitar, y al hacerlo, se acordó del momento de la comunión, pues muchas veces le habían explicado que el cordero era símbolo de Jesús, porque ambos aceptaban su sacrificio «para darse a los demás». No merecía comer la carne que había traicionado. No merecía el cuerpo de Cristo.

*No fui digno de que entraras en mi casa*, pensó al tirar de la cisterna, y de inmediato se santiguó.

Santiguarse después de pensar en lo que nos habían enseñado que era el

pecado, confesarse después de la rabia o de la mezquindad, eran hábitos aprendidos en mi región del mundo –había escrito Monte durante la noche de insomnio de su trigésimo cumpleaños–. Mucho antes de que me tocara Robin, yo me asalté a mí mismo. Una tarde solo en casa, en el sofá. Recuerdo nítidamente la estatuilla de porcelana de la Virgen que había en un pequeño estante, en alto, como un faro. Aburrido, me tumbé boca abajo y descubrí algo dentro de mis pantalones, un placer punzante, al principio leve, que fue aumentando conforme me frotaba contra el cojín. Entonces me percaté. La Virgen de porcelana estaba observando, desde arriba, la inauguración de un tiempo radicalmente nuevo.

Fue la época en la que conocí a Robin. Entró el primer día en clase haciendo una pirueta sobre el estrado. Luego, aunque era el profesor de música, nos habló de lo importante que era ducharnos todos los días y frotarnos bien el cuerpo, sin olvidar ninguna parte, y más en ese momento en el que todos estábamos cambiando.

–Pero ¿no notáis cómo huele la clase?

Los alumnos nos mirábamos divertidos y boquiabiertos, y más cuando Robin se refirió a la masturbación:

–Algo completamente natural y no un pecado –dijo el profesor–, aunque nadie más se atreva a hablaros de ello.

¿Cómo no querer confiar en él?

Ese mismo día, nos propuso formar un coro para representar *Jesucristo Superstar*. Él se iba a encargar de buscar un teatro para el evento.

También era la primera vez que alguien nos proponía algo así, por lo que la mayoría de los alumnos quisimos pertenecer al coro. Es decir, a Robin.

Papageno se presentó, por supuesto, animado por su madre, que repasó con él la escala musical en el piano. Monte, que estaba cambiando la voz, se sentía ridículo al escucharse pronunciar el do, una y otra vez, sosteniendo el canto y tratando de que no se quebrara en un gallo.

–Esto no es lo tuyo, colega –dictaminó Robin–. Pero puedes servir para

un papel pequeño.

*Papageno desafinaba fuera de las faldas de mamá*, pensó Monte, camino del colegio, a punto de reencontrarse con Robin por primera vez tras el ataque, apretando la navaja en el bolsillo y recordando, ahora con rabia, cómo intentó recibir de buen grado sus chanzas entre los demás miembros del coro, en aquel primer curso en el que fue su profesor.

–Resulta –había explicado Robin, riendo–, que tu mismísimo progenitor había conseguido con su prestigio en la universidad que la asociación de padres aceptara mi propuesta de crear un coro en el colegio. Cómo iba a dejar yo fuera a su hijo.

Monte se vio a sí mismo vestido con la camiseta larga y desmayada con la que ejecutó su papel de leproso en la representación de *Jesucristo Superstar*, en el mejor teatro de Granada.

Giraba en el suelo, entre la niebla que creaba el hielo en el escenario, estiraba el brazo entre el humo, para asustar al público o para pedir auxilio, no estaba seguro, quizá las dos cosas al mismo tiempo, y de cuando en cuando cantaba una sola palabra.

–Tú haz como que cantas –le aconsejaba Robin.

Monte avergonzado o inseguro. Como en aquel instante: se quitaba el sombrero ante la puerta del aula, para evitar las burlas de sus compañeros, que de todos modos le iban a preguntar por el esparadrapo en el entrecejo.

Ya con la mano en el picaporte, imaginó que Robin adivinaba que se había herido a sí mismo recordando lo ocurrido la noche del sábado. Y se dio cuenta de que necesitaba seguir confiando en él.

Al abrir la puerta, recibió la mirada de los alumnos, pero no la del profesor que continuó con la lección.

*Podría estar muerto y no estar entrando en clase*, pensó Monte ocupando su pupitre junto a la ventana. En cada curso trataba de hacerse con un sitio que le permitiera mirar el cielo y lo que sucedía en el patio del colegio. Por mucho que los profesores se empeñaran en bajar las persianas, él encontraría un resquicio por el que escurrir la vista.

–Manuel Montenegro Moncada, llegas tarde –por fin le reprochó Robin desde la pizarra mientras Monte sacaba un cuaderno de su mochila.

*Encima eres tú quien me devuelve mi nombre completo.*

Ahora sí se encontró sus ojos. *Son de piedra o de yeso, pensó, un rostro lampiño como el de las estatuas, donde hay dos superficies ciegas en el lugar de la mirada. Un Apolo o un Cristo de mentira, más falso todavía que tu mierda de Jesucristo Superstar.*

Mientras actuó varias noches entre el humo sucio del escenario, mientras vio a los demás muchachos implicados en la obra, cada uno en su papel de Pedro, Judas o Caifás, vestidos y maquillados, Monte fue poseído por una sensación de celofán y de cartón piedra. Aquello podía suceder tanto como borrarse, podía recibir los aplausos de su madre y de su padre, de un público de aquella época o de otra, mucho más antigua, que ya hubiera perdido su derecho a vivir. El teatro podría derrumbarse. Pues nada de aquello tenía más sentido que la satisfacción del director de la obra, que daba órdenes, aconsejaba el tono del canto y el movimiento de los actores.

Robin también era un maniquí. *Con buena voz, eso sí. Ojos de plástico, no de piedra, corazón muerto de incubo o vampiro, pensó Monte sin contestar al profesor y apretando la navaja dentro del bolsillo.*

*Van Helsing puede cazar al vampiro, o amarlo y entenderlo.*

Robin había continuado con su explicación y Monte observó las porterías de fútbol que aguardaban en el patio el momento del recreo, cuando de nuevo servirían para algo, y decenas de balones las traspasarían. Mientras tanto, quedaban en situación de espera, como él mismo. Pero, justo en ese instante de inutilidad, parecían contener más entidad que nunca, ser más esenciales, rectángulos perfectos fabricados con postes de metal, sin respiración pero consistentes, poderosos y materiales objetos de este mundo.

## Capítulo 3

Ahora, al saltar, ya rozaba con los dedos el poste de arriba. Empezaba a ser el portero titular en los equipos que formaba El Rubiales, el amigo que había hecho más esfuerzos, desde el curso pasado, para integrarlo en clase. A Monte le iba la vida en detener aquellos balones chutados con furia por los púberes del equipo contrario, pues, con cada parada, ganaba puntos en su carrera particular por ser aceptado con el resto de sus rarezas. Su padre le había ayudado mucho a ello desde que era un niño tímido, lleno de extrañamiento hacia el mundo exterior, y gordito, pues saciaba su ansiedad comiendo demasiado. Desde que aceptara engullir aquel conejo que había cobijado en sus brazos y aquel cordero que había liberado previamente, Monte se aferró a la vaga idea, proyectada por su inconsciente, de que los alimentos tenían una forma geométrica que excluían el mundo animal. El jamón cocido era rectangular desde su origen, los palitos de merluza salían rebozados del mar, los cangrejos vivos no chillaban en la olla de su madre, eran caparzones abiertos de carne blanca y largas durezas que mordisquear. La mantequilla venía en grandes tarrinas desde las selvas de Darwin, criaturas de la naturaleza con la misma entidad que un pájaro o un almendro, al igual que el chocolate, cuyas tabletas Monte enterraba dentro de las migas de pan. Como antes había hecho con un trozo de longaniza o de chorizo, que también aterrizaban en su bocadillo directamente desde las ideas de Platón.

Para pulir aquellas calorías, su padre le entrenaba entre las columnas del porche de la casa de Alfacar, cada fin de semana. Allí, se turnaba con su hermano Miguel para competir por quién detendría más balones de aquellos que su padre disparaba con efecto, con la puntera, con el empeine, cambiando

de dirección, a veces desde detrás de un seto para que sus hijos se habituaran a no ver de dónde venía la pelota, y a despertar los reflejos. Elvira aparecía en el porche, sabiendo que había fracasado en su intento de que aprendieran a tocar el piano (en el que solo Lurdes la secundaba):

–Cuidado con los pantalones –les gritaba.

Se tiraban con arrojo sobre todo tipo de terrenos rasgantes: suelos de piedra o de cemento, desollándose los codos y las rodillas, y su madre pasaba muchas tardes remendando pantalones y camisas con rodilleras y coderas.

–Manuel, eres peor que ellos.

Pero su padre les tiraba otra tanda de penaltis a cada uno. Sabía lo importante que era para ellos, también para Miguel, que mostraba una versión díscola de la misma insociabilidad. El fútbol era la mejor manera de que sus hijos se entendieran con la gente fuera de casa.

Y una de las mejores de entenderse con su padre, *antes de fugarse hacia otro mundo*, pensó Monte, mirando las porterías inertes del patio. El año anterior le había llevado a ver a su equipo favorito, el Atlético de Madrid, al estadio Vicente Calderón, a la capital de España. Monte recordaba el césped de un color tan intenso que parecía radiactivo, el entusiasmo que se apoderó de él, involuntariamente, cuando sonó el himno del equipo por los altavoces, y el público se puso en pie para cantarlo agitando las bufandas rojiblancas.

Desde entonces guardaba una en el armario, y le tranquilizaba saber que un día podría volver a aquel estadio, envuelto en aquellos colores para recuperar la sensación alegre de haber tenido un padre. *Me hacía levantarme con la multitud para gritar el gol o insultar al árbitro.*

Su padre se sabía las alineaciones del Atleti, año tras año, los héroes de antes y los de hoy, sus aciertos y pericias que iba transmitiendo a sus hijos, penalti a penalti, a través de aquel balón escurridizo que ellos trataban de atrapar y con el que entrenaban para ser ellos también, Monte y Miguel, cada uno en su curso, héroes en el colegio.

–Manuel, he dicho que mejor te los lleves de excursión –repitió Elvira.

Entonces su padre los montaba en su Seat 127, pequeño, recio, del color de las naranjas maduras, y conducía hacia la sierra de la Alfaguara, pisando el acelerador a la salida de las curvas, adelantando cualquier obstáculo que se

pusiera por delante, burro, bicicleta, moto o camión, con la ventanilla bajada, por donde asomaba la mano con el cigarrillo.

–Vamos a meternos en la nube –dijo una vez que había niebla. No se veían las líneas de la carretera. Los niños se reían nerviosamente y abrieron las ventanillas para que la niebla entrara en el interior del vehículo. Era tan espesa que no se veían entre ellos–. Prometedme que esto no se lo contáis a vuestra madre.

Se sentían excitados dentro de aquel espesor húmedo, literalmente dentro de una naturaleza que habían aprendido a disociar de sí mismos, aunque también eran naturaleza sin saberlo. Y esa excitación valía el riesgo de estrellarse.

–Nos protegen los faunos –decía su padre–. Habladles cuando hagáis locuras en el campo. Ellos son los dioses de estos lugares. Os cuidarán y, con suerte, os presentarán a alguna de sus ninfas.

Las imágenes femeninas tomaban la forma de la niebla, y luego se deshacían.

Cuando el cielo se abrió, pararon en la cantera para hacer prácticas de tiro.

A menudo les acompañaba el abuelo Ramón, que era el que tenía mejor puntería de todos.

–Se ha vuelto definitivamente viejo mi amigo Juanmaría. Ya no quiere saber nada de las armas. No os podéis imaginar lo mal que disparaba. Me las hizo pasar canutas cuando hicimos juntos la guerrilla.

El abuelo Ramón estaba muy contento por la decisión de su amigo de volver del exilio. Se había mudado a Almería con su mujer, Magdalena, para vivir con uno de los dos hijos que habían tenido en Aix-en-Provence, donde habían regentado un hotel.

–El hotel Moresque. Allí nacieron los dos gemelos. Jorge y Juan. Es curioso, cada uno tomó uno de los caminos que confluían en su padre, que siempre ha sido un anarquista santurrón. Los dos hicieron como tú –dijo el abuelo dirigiéndose a su hijo–, se vinieron a España a buscarse la vida en

lugar de quedarse en Francia con nosotros. Sus padres –añadió mirando a sus nietos– habíamos jurado no volver mientras Franco siguiera gobernando.

–Pero yo conocí a vuestra madre –dijo Manuel Montenegro–. Fue a dar un concierto a Aix. Allí hay un festival de música muy importante y ella ya empezaba a ser una pianista famosa. Me enamoré de ella, qué le vamos a hacer. Y tuve la suerte de conseguir la plaza de literatura francesa de la universidad, aquí, en Granada.

–La suerte y cierto enchufe de tu suegro –dijo el abuelo Ramón, apuntando hacia la diana. Disparó, dio en el blanco. El ojo, todavía entrecerrado y pegado a la mirilla del fusil, sonrió–. Mucho más difícil de entender fue lo que hizo Jorge, uno de los hijos de Juanmaría, el que vive en Garrucha. Se vino a España para hacerse cura. Supongo que solo los que reciben una llamada así pueden comprenderlo. Jorge estaba muy pegado a su madre, Magdalena. Ella le animó. En el fondo es una beata como la familia de la que venía: los caciques de Vulturno. Pero tuvo el mérito de ir a buscar a Juanmaría en el exilio, dejando a un torero famoso que tenía por novio y liquidando la fortuna que había heredado de su padre. Así pudieron comprar el hotel. No os podéis imaginar lo guapa que era. Su otro hijo, Juan, que ahora vive en Madrid, es editor, el mismo oficio que tenía Juanmaría antes de la guerra. Él se vino a España, pero no enamorado como vuestro padre, sino a luchar contra Franco. De hecho, lo pillaron y lo metieron un tiempo en la cárcel.

–No te pongas estupendo, papá. El amor es más glorioso que la guerra. Cuéntales la historia del otro Montenegro.

–Ya sabéis que estuve a punto de morir en Urdax. Me acribilló la guardia civil cuando estaba tratando de enterrar a mi padre. Llevaban un año intentando cazarnos a Juanmaría y a mí. Juanmaría ya había regresado al Hospital Varsovia de Toulouse, con la idea de reencontrarse con una doctora muy guapa, María Gómez, la que nos había curado las heridas antes de comenzar la guerrilla en España, y de la que mi amigo se había encaprichado. Pero se llevó un chasco tremendo, porque en nuestra ausencia María se había enamorado de otro hombre, otro guerrillero español, que se llamaba como yo, Ramón, Ramón Calpe. Era moreno, fuerte, con los ojos muy vivos, como si

estuviera siempre a punto de echarse a reír. Lo increíble es que su nombre de guerra era el mismo que el mío: Ramón Montenegro. Juanmaría decía que esa coincidencia significaba que estábamos vinculados de alguna forma. Y por eso le pidió que le acompañara a rescatarme de la cárcel, en Navarra, donde me estaban curando las heridas. Formaron un comando, con otros guerrilleros que habían pertenecido a la Resistencia, y me sacaron a tiros de allí, como en una película del Oeste. Si no hubiera sido por Juanmaría y aquel hombre que se llamaba como yo, habría muerto en Navarra. No hubiera conocido a vuestra abuela. Y no habría nacido vuestro padre, y tampoco vosotros, claro.

–Háblanos de la abuela Raquel.

–No me gusta, me pone triste. Ya os he contado que era maestra como yo y que la conocí en Toulouse. Luego nos mudamos a Aix, cuando los franceses encarcelaron a los comunistas del Hospital Varsovia, instigados por Franco y Estados Unidos, que ya eran aliados. María Gómez se marchó a Venezuela con el otro Ramón Montenegro, nosotros nos fuimos con Juanmaría y Magdalena. Todavía les acompañaba Beatriz, la hija de Juanmaría que rescatamos de España y que después hizo la vida por su cuenta, enrolada en un circo. Vuestra abuela fue una maestra innovadora, muy pendiente de los niños sin recursos. Se murió en Ventabren, el pueblo donde vivíamos, muy cerca de Aix, una noche de primavera en la que cantaban las ranas. Desde entonces no soporto oírlas croar. Ella no quiso regresar a España, mientras el sapo mayor permaneciera en palacio, pero la pobre murió antes. ¿Sabéis?, pidió que la bandera republicana cubriera su ataúd. Unos meses después la espichó Franco. Entonces yo me vine a Granada con vuestro padre. Pero, tal como están las cosas, creo que todavía tendré la oportunidad de combatir a los fascistas. A la salud de Tejero – exclamó disparando una vez más.

Los militares habían fallado el Golpe y la confusión enturbiaba la calle y también a las familias, que habían visto por televisión el asalto al parlamento.

En el colegio, pocos alumnos sabían a qué atenerse. Habían percibido en sus mayores esperanza o miedo durante las primeras horas de secuestro, según la rama de la familia, y luego, decepción o alivio, cuando el rey decidió apostar por la democracia. Amalgamas de expectación y fracaso desprendían

los profesores, los tenderos y el sermón del cura en el domingo.

Cuando los fines de semana los tres hermanos viajaban en el coche, en la parte de atrás del 127, cantaban las canciones que su madre ponía en el radiocasete: himnos de la Legión, si era la cinta que les había regalado el abuelo Daniel, himnos de la República, si era la que les había regalado el abuelo Ramón. Manuel y Elvira discutían sobre el Golpe, y los niños acallaban los gritos cantando, indistintamente, *Soy el novio de la muerte* o el *Himno de Riego*.

Eran viajes interminables por carreteras estrechas, abarrotadas de tráfico, que el padre sorteaba apretando el cigarrillo entre los dientes mientras la madre protestaba por el humo. Y los niños seguían cantando *Margarita se llama mi amor, uno dos, Ay, Carmela, Ay, Carmela*.

Luego trasladaban al colegio la misma confusión musical. Cantaban en el recreo el *Cara al Sol* y la *Internacional*, enlazando las melodías, y el himno nacional con aquella letra que decía Franco, Franco, que tiene el culo blanco porque su mujer lo lava con Ariel. Algunos compañeros de clase alzaban el brazo con el saludo fascista.

Uno de ellos afirmaba con orgullo:

–Mi abuelo fue quien le pegó un tiro en el culo a Lorca, por maricón.

Se llamaba Santi y Monte lo odiaba decididamente, pues Lorca era su poeta favorito, a quien leía en las obras completas, impresas en papel biblia, que le había prestado su padre.

Santi era el mismo que lideraba los asaltos a la hora del recreo. Cogían desprevenido al más débil por cualquier razón, y lanzaban su grito de guerra:

–¡Yuyu!

Y la víctima, agarrada entre varios por los brazos y los pies, veía impotente cómo le separaban las piernas, y le golpeaban los testículos contra el poste de la portería de fútbol, mientras todos gritaban:

–Yuyu, yuyu, yuyu. –Canción tribal, que a Monte le recordaba la que oyó cantar a los ultras en el Vicente Calderón, aquel día que le llevó su padre, cuando el entrenador les azuzaba en los momentos clave del partido.

*El fútbol continúa una guerra invisible*, pensó Monte, mirando desde la ventana de clase aquellos postes blancos, inofensivos a primera vista, contra

los cuales Santi le había sometido a él también, hasta que vino el profesor de turno soplando ofuscado su silbato.

–¡Viva Lorca, hijos de puta! –gritó Monte sin pensarlo, descompuesto de gesto y ropa, mientras Santi y sus secuaces huían pletóricos de hormonas.

–Son ritos iniciáticos –les explicaba Robin–. Tratan de machacar en otros lo que a ellos también le está creciendo entre las piernas, y no saben controlar. Lo que no tienen más remedio que reprimir, a golpes, en los demás, ya que no pueden hacérselo a sí mismos.

–Se matan a pajas, como nosotros –sintetizó El Rubiales para que todos rieran.

A menudo, Monte soñaba con aquellos objetos de tortura o de heroísmo, las porterías de fútbol. Cómo disfrutaba cuando le paraba un penalti al propio Santi, o mejor aún, cuando lo hacía rodar por el suelo, después de arrojarse a sus botas, para atrapar el balón, con la ayuda de El Rubiales, siempre atento en la defensa, en el deporte y en la vida.

–Somos un equipo –decía mordiéndose los puños, radiante, con el sol en sus ojos azules.

El Rubiales había sido el único que le había advertido, sin explicarle por qué:

–Ten cuidado con Robin.

## Capítulo 4

O como decían las primeras notas de la Quinta sinfonía de Beethoven, que ya había comenzado a girar en el tocadiscos:

«La-Rea-li-daaaad», tal como él las escuchaba, acopladas a esa palabra que Monte asociaba a «la llamada en la puerta del destino», según su madre le había contado innumerables veces: «La-Rea-li-daaad».

Sin embargo, contradiciendo la advertencia de El Rubiales, Robin había sido el único que le había ayudado a salir del club Montañero, unas oficinas del Opus Dei dedicadas al reclutamiento de adolescentes a través de actividades alpinas. Había entrado por recomendación de su abuelo Daniel y nadie de la otra rama de la familia se había opuesto. Cuando Monte le preguntaba por el club a su abuelo Ramón o a su padre, el primero entraba en un impenetrable silencio, y el segundo le decía únicamente:

–Tendrás que aprenderlo por ti mismo.

Con aquel club se había aficionado a la escalada, subiendo a los picos de la sierra en días de luz inigualable. A partir de esa luz, Robin le había tendido el puente de plata.

–Si te gusta la montaña, podemos ir nosotros los sábados. Y, si te gusta la religión, en el colegio hay unos grupos más abiertos que los de ese club Montañero. No tienes edad para encerrarte en lugares así. Además, la religión es un asunto interno, en el que nadie debe inmiscuirse.

Había estado recordando esas palabras antes de la audición, en el club de Música de los miércoles por la tarde, el que Robin había fundado, al igual que el coro, con el apoyo expreso del padre de Monte, «¡un humanista!», como le gustaba repetir al profesor. Mientras le observaba (Robin de pie, en

el centro del aula, explicando la vida de Beethoven, cuya sinfonía se disponían a escuchar), Monte no podía evitar la admiración por su inteligencia y su sensibilidad, a la vez que sentía rabia por haber recibido sus perturbadoras caricias el sábado pasado, a traición, a la que se sumaba su actitud distante durante las clases de la semana.

«¡La-Rea-li-daaad!»

Un club había sustituido al otro, y todavía podía decir que prefería el de música a aquel donde un sacerdote, también los miércoles, le animaba a confesarse en una pequeña habitación, donde la suave voz del hombre de la sotana se colapsaba con el perfume que emanaba de su rostro recién afeitado.

–¿Cometes actos impuros?

El tamaño de aquel cuarto, las sillas situadas una junto a la otra, propiciaban, más allá del pretendido clima de confianza, una amable intimidación, subrayada por el pequeño libro de tapas negras, *Camino*, que el sacerdote sostenía en las manos, donde el Fundador había concentrado un modelo de comportamiento para la humanidad.

–Algunos, padre. –Aunque en verdad se mataba a pajas, como le gustaba decir a El Rubiales.

–Evita los quioscos de prensa. Allí habita el diablo.

Se refería a las diabólicas revistas porno, *Penthouse* y *Playboy*, que corrían de mano en mano en las clases más propicias del colegio, en especial en el laboratorio de Física, donde los grupos desperdigados en torno a los tubos de ensayo favorecían la distracción del profesor, incapaz de vigilar a todos sus alumnos a la vez. Por encima de sus cabezas, embutido en su bata blanca, con los labios manchados de tiza, la testa larga y obsesionada en la fe a la que había consagrado su vida, les hacía escribir en los exámenes *Ad Iesum per Mariam*, en la esquina superior del folio en el que debían resolver arduos problemas científicos. Obsesionado también con el nonius, un artefacto de madera que servía para comparar medidas en diferentes escalas, y, sobre todo, en manos de aquel profesor larguirucho que escupía en sus explicaciones, para ser accionado ruidosamente sobre la oreja de un muchacho distraído, ya en sus pensamientos, ya en el *Playboy* que desplegara sobre las rodillas.

Descubrirlos absortos sobre un dossier dedicado a militares perniabiertas, motoristas culiempompas, bomberas oferentes, enfermeras destapadas, policías esposadas a los catres de la cárcel, jugadoras de billar que empinaban los palos en procaces carambolas lésbicas, significaba el castigo inmediato de toda la clase, que debía dedicar el resto de la hora a cantar el himno del colegio o al estudio vigilado, bajo la amenaza ensordecedora del nonius, que había ganado para el docente el mote de El Chicharra, junto a su peculiar fisonomía y usos salivares. Aquel artefacto era tan odiado, que en una ocasión, mientras reposaba en lo alto de la pizarra, ante la que el profesor se manchaba los labios de tiza haciendo garabatos, recibió la mirada de todos los alumnos de la clase, quienes, cómplices entre sí, dispuestos a superar los fenómenos físicos que estaban estudiando, consiguieron concentrar su malévolos energía con tal fuerza que el nonius cayó sobre la cabeza de El Chicharra, quien sufrió un desmayo del que consiguió recuperarse pidiendo caramelos a los mismos que habían tratado de asesinarle, pues padecía frecuentes bajadas de azúcar. El azúcar y la tiza manchaban sus labios, como las revistas volvían manchadas y arrugadas de las casas adonde los muchachos de la clase se las llevaban en el alquiler temporal que gestionaba Santi.

El asco, pues era muy escrupuloso, y los principios que le impedían pedir algo a su enemigo, mantenían a Monte alejado de las *Penthouse*, aunque no del *Interviú* que consultaba en la peluquería del barrio, muy cerca del club Montañero, con sus páginas centrales dedicadas a valquirias desnudas, entre decenas de asuntos de actualidad política que eran ignorados por la mayoría de los clientes. También, en los ratos que pasaba en el cuarto de baño, hojeaba las revistas que su madre acumulaba, *Telva*, *Hola*, sobre moda y otros asuntos concernientes al cotilleo y al glamour, donde Monte encontraba suficiente material para colmar sus fantasías nocturnas, entre princesas, actrices, vedettes, caraduras y otras mujeres acicaladas para el espectáculo, como aquellas presentadoras de televisión, que jugaban a la perversidad de las minifaldas y las gafas inocentes en el programa *Un, dos, tres*, o la jefa del mismo, Mayra Gómez Kemp, parecida a las madres de los chicos, pero con mundo y descocada, o aquella actriz tetona, La Bombi, que hacía de putón y

tonta achuchando la pantalla con los labios. Aunque, entre todas, dando saltitos y sonriendo, llenaba la pantalla con su carne la muy lúbrica Ana Obregón, la cual, aunque sus gestos resultaran suficientemente inspiradores para las musas, dio la propina definitiva a los muchachos de España cuando se decidió a salir desnuda en el *Playboy*.

–Sí, padre, me mantendré lejos de los quioscos –contestó Monte, aunque los frecuentaba cada semana para seguir comprando los cómics a los que se había aficionado desde que recibiera la colección completa de *Tintín* en su primera comunión. Desde entonces, Monte siguió coleccionando, junto a las fichas sobre la fauna de la península Ibérica firmadas por Félix Rodríguez de la Fuente, una revista de cómic, también titulada *Tintín*, que incluía, entre historietas sobre la guerra mundial, los indios americanos y los viajes al espacio, ficciones para motivar a los adolescentes: enamoramientos en callejones, revolcones en la playa, lengüetazos bajo la luna, piernas, nalgas, pechos azulados, labios perfectos, mucho mejores que las fotografías de las revistas, demasiado literales.

–Cuidado con Satanás, que es audaz en atajos –insistió el sacerdote antes de entonar el *Ego te absolvo*.

Demasiado literal, también la televisión trataba de sustituir el don de imaginar a través de programas infantiles presentados por atractivas muchachas en las que Monte iba aprendiendo la determinación y el morbo; la televisión, aquel aparato que parecía sustituir la vida externa, hasta la cual, ya de niños, Monte, Miguel y Lurdes, cuando la tenían prohibida, después de haber sido arrojados en sus camas respectivas, conseguían arrastrarse por el pasillo, como comandos, el vientre en el suelo, los antebrazos como herramienta de traslación, un codo tras otro, para esconderse debajo de la mesa camilla, desde la que veían, destapando el faldón delantero, las películas de dos rombos.

*Cuando solo salía un rombo, daban ganas de sentarse en el sofá con papá y mamá, pensó Monte mientras escuchaba la Quinta sinfonía, bueno, mejor dicho, con mamá. Porque su padre, en los años anteriores a su desaparición, seguía saliendo en solitario por la noche, a perseguir sus propias películas de dos rombos.*

«La-Rea-li-daaad.»

–Te equivocas, hijo –le contestó él, cuando Monte preguntó–. Nos reunimos, hombres y mujeres de izquierda. ¡Somos un grupo armado!

–¿Para qué?

–Por si hay que defender Granada de los fascistas. No puedo meter en esto a tu madre, ¿lo entiendes?

Lo entendía pero una vez, camino del Albaicín, había descubierto a su padre con una de aquellas mujeres agarrada del brazo. Él se la presentó, sonriendo:

–Una alumna mía, igual que tú.

Su padre continuaba seleccionando para él poemas y libros de los mejores poetas en lengua española: Manrique, Sor Juana, Espronceda, Bécquer, Rosalía, Darío, Lorca, Vallejo...

–Mucho más divertidos que esos tebeos que te gusta leer.

Pero le gustaban más aquellos poemas, tanto que imitando su música él mismo había comenzado a escribirlos en un cuaderno de campo, en el que iba apuntando los pájaros que sorprendía en la sierra, y las huellas de gatos monteses y jabalíes que escudriñaba en el barro. De hecho, aquellos primeros versos también se alimentaban de los cuerpos femeninos que le hablaban en forma de cómic:

–No ha llegado todavía, pásate mañana –decía el hombre tímido, de ojos de color de hierba, que administraba el quiosco.

Entonces Monte subía al club Montañero, a la habitación sin ventanas, en perpetua penumbra y destinada a la capilla, con su retablo de pan de oro, enorme en proporción, bajo el cual temblaban las velas. Quedaba un espacio para los bancos, donde los púberes del club se arrodillaban ante la llama roja del sagrario, rodeados de sus preceptores, que les enseñaban a orar en latín, los mismos que el sábado los guiarían hasta lo más alto de Sierra Nevada, con una sonrisa perenne en los labios y una voz que sabía mantener un tono neutro y cálido, a pesar del silicio que quizá les arañaba en el muslo, o de la piedrecita que buscaba su acomodo en el grueso calcetín. Nunca fueron a la playa, ni a ningún lugar donde los cuerpos pudieran enfrentarse a su desnudez, pero sí a un río, el Guadalquivir, en Sevilla. Llevaban una balsa de

plástico que inflaron y, sobre ella, se dejaron ir hacia la desembocadura, bajo el vuelo de las garzas asustadas en la orilla y el sol cegador, que, cuando concentró su silencio sobre los muchachos, hizo surgir de sus gargantas, bajo la batuta de un novicio, el rezo monocorde del rosario.

De noche, en casa, una vez que se había dormido, Monte sufría el asalto de los incubos. Se le sentaban sobre el pecho, en forma de pantera con piel de lagarto; en forma de monos que hablaban del Diablo o de Dios, confusamente; en forma de vampiros que se inclinaban para morder el cuello del chico inmovilizado que, sacaba del terror, en el momento en que aquellos dientes se clavaban en su garganta, un inconfesable placer.

–Algunos, padre.

Monte se despertaba pálido, entre sudores, gritando. Encendía el flexo y se ponía a leer el último libro que le había recomendado su progenitor, *El asno de oro*, de Apuleyo, cuya serenidad clásica e imaginación benevolente le conducían de nuevo a la calma, bajo el amparo de Isis y otros dioses antiguos y comprensivos con el comportamiento contradictorio de los seres humanos; donde aprendía que ellos, Eros y Psique, también pugnaban por el anhelo, por la necesidad de conocer y de ser completados y, paradójicamente, por la independencia. Con aquellos personajes se entendía, dentro de un libro, mucho mejor que con los adultos, sus compañeros de clase o con los seres de sus sueños. La lectura era el único lugar donde su alma, en definitiva, se sentía a salvo.

«La-Rea-li-daaad.»

–A mí también me gusta la escalada. Iremos con algunos de tus compañeros –había dicho Robin, que lo habló primero con El Rubiales, al que se le fueron juntando los amigos más cercanos, todos conocidos por sus mote: Ancas, Antifaz, Moro, Guevara y Haddock.

Monte se decidió a plantear una primera excusa para no ir al club Montañero. A la segunda, fue a verle uno de sus compañeros, muy preocupado por su alejamiento. A la tercera le llamó el sacerdote, para convocarle.

–Tienes que ir y atreverte a decirle lo que piensas –dijo su madre.

Monte se sentó junto al sacerdote que olía a bálsamo de afeitar, y quizá a

santidad, en la habitación pequeña. Exageró lo que le había dicho Robin. Los responsables de su colegio querían que Monte siguiera las normas religiosas internas, sin interferencias del Opus. Por culpa del club, sus problemas aumentaban en lugar de disminuir.

–Quieren apartarte del Camino –contestó el sacerdote–. ¿O es que no estás preparado para permanecer en él? Dime si nos hemos equivocado al elegirte.

Monte se rascó la cicatriz de la frente. Sabía que algo le faltaba, y que esa ausencia le llenaba de debilidad.

Se marchó en silencio, y no regresó cuando se repitieron las llamadas, o cuando los amigos del club venían a verle a su casa, preguntándole:

–¿Y Dios?

Y Monte se volvía a rascar la cicatriz. Sin embargo, finalmente, la transición fue más fácil de lo que había esperado.

*Salvo el tributo que he tenido que pagarle a Robin por ello*, pensó con los ojos cerrados, mientras escuchaba la última nota de la Quinta sinfonía.

Salió murmurando un adiós, escondiendo la mirada al profesor bajo el sombrero que se acababa de encajar.

En el cielo caía la tarde despejada. Sería una buena noche para que su abuelo Ramón le continuara enseñando las estrellas. Pretendía no volver a casa hasta las doce. Ayer su madre se había pasado la cena llorando.

–Por qué le ha tenido que pasar esto a mi padre –preguntó Monte ya en la pequeña torre en la que su abuelo vivía, debajo de la plaza de San Nicolás, en el Albaicín.

–¿No entiendes lo que tu madre te canta cuando oís la Quinta de Beethoven? Cada uno atiende la llamada de su destino –le contestó su abuelo, subiendo hacia la terraza–. Cada uno crea su propia realidad.

## Capítulo 5

Echaba de menos las estrellas. Las veía, las estaba mirando, y las seguía echando de menos. Su abuelo se las señalaba por sus nombres: Altair, Betelgeuse, Capella, Alción, Sirio, Arturo, Aldebarán, y también por constelaciones, Águila, Casiopea, Orión y las Perseidas. Se afilaban en la mirada de Monte, se correspondían destellando con las manchas que él tenía en el iris, un astro tras otro en las estrías de color camel y verdoso del ojo, y aun así las sentía lejos, arrebatadas, y, sin embargo, con una definitiva sensación de pertenencia. Al menos, aquel telescopio de su abuelo funcionaba perfectamente, no como el que le habían regalado en su primera comunión, que se ponía a temblar cada vez que trataba de enfocararlo sobre Júpiter.

—¿Ves las lunas? Ahí deben de estar Ganímedes, Ío, Calisto y Europa.

Ahora sí: puntos blancos en la oscuridad como mosquitos, pero con aquel otro aparato, en la noche del convite en que sus familiares pelearon, el universo parecía resbalar sobre un cristal de aceite. Cualquier esfuerzo que aquel día hiciera para conectar con Dios, con los hombres o con los astros, se había ido a pique; todo, salvo, para burlarse definitivamente de él, aquel submarino insumergible que le había regalado su padrino.

Monte, que era carne del mundo, se había desgajado del mundo, como aquel gallo de su infancia que corría sin cabeza.

—Rézale a Júpiter, que es el rey de los dioses —dijo su abuelo.

*Padre, oró Monte, me siento huérfano, qué hago en este planeta.*

—Aprender —le dijo su abuelo—; estamos aquí para aprender algo que se nos está escurriendo continuamente de las manos. Pero es solo porque

andamos corriendo de un acto para otro. Cuando nos detenemos, lo que aprendemos va posando, como el barro en el agua que deja de agitarse.

–Aprender para morir.

–¿En eso estamos? Ven –dijo Ramón Montenegro conduciendo a su nieto, escaleras abajo, hacia la mesa del comedor, preparada para la cena–. Siéntate. Tómate un vino, no te va a hacer daño –dijo sirviendo la mitad de un vaso y alcanzándoselo a Monte, y luego otro, hasta los bordes para él, que moderó de un sorbo–. Debe de haber vida en la muerte como hay muerte en la vida. Me gusta imaginar que los muertos y los vivos formamos una sola comunidad, solo que habitamos sustancias diferentes, igual que hacen los peces en el mar respecto de nosotros, que necesitamos el aire. Por eso no nos vemos. Pero hay momentos en que esas sustancias confluyen, por ejemplo cuando estamos soñando. Como ocurre en el buceo. Mientras aguantemos sin respirar, podremos ver las criaturas submarinas.

Monte no sabía en qué creer. *No sé creer*, pensó.

–¿Tú crees en Dios, abuelo?

–No en el de la otra rama de la familia. Pero sí en que hay una constitución última en cada una de las cosas y los seres del universo. Somos fragmentos de esa fuerza común. Me mira a través de tus ojos, y te mira a través de los míos.

–¿También en la hostia de la misa?

–Claro. Y en estas aceitunas, querido –dijo ofreciéndoselas en un cuenco–. Sin embargo, los seres humanos hemos perdido la capacidad de percibirlo y por eso nos sentimos extraviados. De niños estábamos fundidos de manera inconsciente en algo que no sabíamos que era Dios, ni tampoco nos importaba. Nos bastaba con tener el alma desierta pero atenta, envuelta en algo grandioso y envolviendo algo también. Después, al atiborrarnos de conceptos sobre la civilización, y obedecer ritos que se van vaciando de contenido conforme los repetimos una y otra vez, nos vamos alejando, nos perdemos. Solo en momentos muy puntuales, bajo un firmamento como el que hemos visto esta noche, volvemos a atisbar nuestra soledad, un instante de bienaventuranza que se difumina en cuanto los esquemas del pensamiento nos envuelven en su cárcel.

–Somos prisioneros –dijo Monte después de dar un sorbo a su vaso.

–Pero podemos dejar de serlo. Debemos ver en lugar de creer. Ver por nosotros mismos. Las cárceles mentales son consecuencia de la mala educación. No es un chiste, Monte. Quien educa mal tiene mala educación. Un buen ejemplo lo encontramos en esas clases de geografía que te dan en el colegio. ¿Cuáles son los países y capitales del mundo? Parecen verdades definitivas pero no son más que convenciones construidas por una generación y otra. Si no estuviéramos nosotros, vuelven a desaparecer. Pregúntale a tu profesor por las aves migratorias y nuestras fronteras. Ellas las sobrevuelan. Nosotros se las cerramos a los refugiados de casi todas las guerras.

El abuelo Ramón se había vuelto místico a partir del tiroteo en el cementerio de Urdax, cuando, en aquella noche de 1945, iba a enterrar los huesos de su padre junto al ataúd de su madre. Recibió los disparos de la guardia civil y, al perder la conciencia, vio la sombra de su progenitor, que se acercaba a él para levantarlo y consolarlo. Desde entonces, siempre que pudo leyó a filósofos, psicólogos, científicos y ocultistas, cuyos volúmenes atiborraban las paredes de su torre del Albaicín, a la que se había mudado cuando se vino, ya viudo, a España.

–Me habría gustado conocer a la abuela.

–A veces sueño con ella.

–Según tú, a lo mejor te está visitando.

Desde muy niño, su otra abuela le había hablado de las ánimas benditas.

–Rézales cada noche, antes de acostarte, tres avemarías para que salgan del purgatorio.

Las ánimas formaban una multitud difusa de familiares difuntos desde época inmemorial reunidos en una laguna lóbrega, donde flotaban penosamente.

–Con cada avemaría tuya, van asomando el cuerpo, cada vez más, cada vez más alto, hasta que un ángel viene del cielo y las rescata –decía la abuela Alba.

Monte había visto sus imágenes en los cuadros de las iglesias, seres pálidos con los brazos alzados, bañados hasta el pecho por aguas llameantes. Se imaginaba a los ángeles como águilas pescadoras que se lanzan en picado

al mar, hacia su presa, con la que, capturada en un instante, remontan el vuelo.

Una vez pidió un despertador a su abuela.

–No hace ninguna falta. Dile a las ánimas la hora en que quieres levantarte.

Y funcionaba, aunque fuese muy temprano. Monte abría los ojos sin sueño, sin brusquedad.

–Ahora bien –continuaba su abuela–. No dejes de rezarles. Las ánimas son muy quisquillosas y necesitan tus avemarías. Si se ven sin ellas, se vuelven vengativas.

Monte se sintió progresivamente atrapado. Las ánimas le despertaban a la hora convenida, pero no le parecía correcto aquel chantaje. Una noche dejó de rezarles y no pasó nada. La noche siguiente, se oyó un golpe enorme en la habitación.

–Como si se hubiera caído el armario –le contó a su abuelo Ramón–. Luego sentí que tiraban de las sábanas. Se sentaban encima de la cama y me sacudían. A veces se me sentaban en el pecho y no me dejaban respirar.

–Ya no te voy a dar más vino –dijo su abuelo retirando la botella del alcance de Monte–. ¿Y estas cosas te siguen ocurriendo?

¿*Te lo cuento?*, pensó Monte acordándose de Robin. Estuvo a punto de hablar, pero sintió una profunda vergüenza, que le hizo ruborizarse.

–A veces sigo soñando –dijo, bajando la cabeza.

–Los ocultistas dicen que hay tres tipos de espíritus: los encarnados, es decir, como tú y como yo, los guardianes, que nos ayudan, y otros que están esperando una nueva oportunidad para vivir. Entre ellos, hay algunos que pueden tomarla contigo, por cualquier razón que se nos escapa, algo ha ocurrido y uno está implicado en ello, a veces sin saberlo, justo o injusto, porque no debe haber mucha diferencia ni en la estupidez ni en la inteligencia entre los vivos y los muertos. En mi caso, seguro que hay una buena multitud tratando de pincharme porque maté a mucha gente en la guerra. Así que tienen que ser majaderías, porque nadie me persigue por las noches. Pero, por si acaso, aléjate de los ritos más oscuros –dijo el abuelo Ramón, sirviéndose otra copa de vino–. Ese culto a las ánimas del que hablas y todos esos

pedazos de hueso que hay repartidos por las iglesias de Europa. En Francia una vez vi el cráneo de uno de los niños asesinados por Herodes. Majaderías. Es solo una manera de seguir en contacto con los muertos. De hablarles y recibir favores, y hacerlos también. ¿No te das cuenta? Es una forma de continuar el intercambio en el que consiste vivir. En lo mismo se basaban los sacrificios a los dioses antiguos. Sangre a cambio de buena fortuna. Y los ritos de otras religiones, que hoy se siguen practicando en América y en África, pero que se han celebrado por todo el planeta a lo largo de los siglos. Imagina que hay entidades no humanas pendientes de esos sacrificios, que los necesitan igual que las ánimas tus rezos. ¿Has leído a Lovecraft?

El abuelo Ramón se acercó a la estantería y sacó un libro, en edición de bolsillo.

–Toma, léelo. Es mejor que conviertas a los fantasmas en literatura. Y olvídate de lo demás. No hagas nada que no comprendas hasta sus últimas consecuencias. No creas nada cuya verdad no puedas sentir por ti mismo. – Luego, llenándose hasta arriba el vaso de vino, añadió–: ¡Por las estrellas! Yo soy el amigo borrachuzo de las estrellas. Ellas se conforman con eso. Saben que pienso en ellas, aunque no esté a su altura. Me quieren como a un familiar que no tiene remedio. Saben que trato de estar despierto, a pesar de mis vicios. Mira, Monte, si te gusta el firmamento, primero debes mirar al sol. Esa es nuestra estrella, el centro de todos nosotros. Acostúmbrate a observarlo así. Todos giramos a su alrededor, y tenemos un pequeño espejo suyo dentro del cuerpo: el corazón, alrededor del que gira toda nuestra sangre. No damos importancia a casi nada de las cosas importantes, por ejemplo a que cada día se hace noche –continuó apurando su vaso y sirviéndose otro enseguida–. Toma un poco tú también –dijo añadiendo dos dedos de vino en el vaso de Monte–. Cuando anochece, el punto en el que estamos sobre la Tierra gira en dirección contraria a la presencia del Sol. Nuestros ojos tienen acceso entonces al otro lado del universo, donde lucen puntiagudas las otras estrellas y planetas. Y no es casualidad que sea el momento de dormir. Cerramos los ojos. Nuestra conciencia quedó del lado del sol, y entonces mostramos nuestro inconsciente a los astros. Desaparecemos en ellos, y ellos nos llenan de historias desconocidas. Sé que

te gusta escribir, Monte. Atiende entonces. Necesitamos la oscuridad, reposar en ella, para luego trabajar en la luz. Los rayos del sol son los rayos del tiempo. Cada día, se vuelve a iniciar el mundo. Y para escribir es necesario estar en conexión con él, con todos los seres, con todas las cosas, con todas las ideas, con todas las emociones. Los artistas que pierden la conexión con el mundo se mueren o necesitan matar. En la guerra, conocí a un poeta que había perdido la inspiración. Entonces se dio cuenta de que disparar al enemigo le afectaba tanto que enseguida encontraba un motivo para escribir. Le perdí la pista en Francia. Y luego supe que lo habían encarcelado, porque, con los años, se había vuelto un asesino.

Pero a Monte le bastaba el estímulo de las chicas y solo escribía poemas de amor. A Isabel, por supuesto, pero también a las amigas de Lurdes, a las hermanas de sus amigos, especialmente si eran un poco mayores y venían a las fiestas de Robin. Monte aprendía a apretarse con ellas, en bailes lentos, sintiendo la suavidad envolvente de sus senos. Aquellos senos, aquel roce, solía originar un poema. O aquella chica que vio una sola vez, de nombre Carmen, con la que bailó una sevillana el Día de la Cruz. Había sido la primera vez que encontró el valor de invitar a una chica a bailar, y eso la hizo la más bonita de la fiesta. Habían girado en la tarde, en el patio del colegio, entre la multitud que también bailaba, y era como si el sol solo la iluminara a ella.

Por lo demás, nunca sería un escritor asesino porque detestaba la violencia. Una parálisis le poseía cuando tenía que devolver un golpe. En el patio del colegio, muchas veces su amigo Antifaz le había salvado del acoso de Santi y sus secuaces, unos años atrás. Lo rodeaban en alguna esquina desierta y comenzaban a empujarle por turnos, hasta que caía al suelo. Era entonces cuando Monte se revolvía y trataba de luchar contra ellos. Por fortuna, Antifaz solía estar pendiente de él. Lo buscaba cuando lo perdía de vista. Una vez cogió a dos enemigos del brazo, y comenzó a girar con ellos, como un titán, hasta que los estampó cada uno contra un árbol. Antifaz era un poco más alto que los demás, fuerte como una roca, repetidor de curso. Algo de Bogart en el rostro le confería una expresión de bulldog amable. «Eres más facha que el guerrero del Antifaz», le había dicho uno de los profesores,

riendo, después de descubrir en su pupitre una pegatina con el escudo de la bandera franquista. Y así se quedó el mote. Sin embargo, Antifaz protegía a los débiles. Cantaba el *Cara al Sol*, y arreaba puñetazos a Santi, que presumía de que su abuelo asesinó a Lorca.

–Déjate de guerras y déjate de amores. Todavía eres pequeño para eso, pero no para mirar el cielo estrellado. Orfeo, antes de hacer su viaje en busca de Eurídice, acompañó a Jasón y a los Argonautas en busca del vellocino de oro. Entonces, en una noche como esta, miró hacia el cosmos, a los dioses que habitan su oscuridad. Aunque era impenetrable e incierta, se supo ligado a un origen. Y empezó a cantar.

Había que conectarse, entonces, con el cielo y con la tierra. Pero cómo se hacía con los seres humanos.

## Capítulo 6

Había sido viernes. La vida se había vuelto extrañamente difícil, pero continuaba. Porque Monte podía escribir en su cuaderno. Y la escritura le ayudaba a comprender.

Son las doce de la noche en Alfacar.

Esta mañana, en clase, Robin no me ha dirigido la palabra. Sin embargo, es muy simpático con los demás.

Todo sucede al revés en una semana. Santi me ha buscado en el recreo. Dice que quiere uno de mis coches de scalextric. Hablé de ellos el otro día en el recreo, después de abrir el cofre del tesoro. Huelen a metal y aceite, son inútiles y estúpidos, solo pueden correr en círculo y enganchados a un raíl, como ratones ciegos. No me extraña que le gusten a Santi. Me ha propuesto algo asqueroso, aunque sea mentira. Dice que tiene una amiga con la que queda en un garaje. La ata a una columna, para tocarla, y asegura que eso a ella le encanta. Y que puedo hacerlo yo también a cambio del coche amarillo que a él le falta en su colección. Yo le he dicho:

–No.

Simplemente.

Me he sentido bien diciéndolo, aunque notaba mis manos muy frías y también los pies.

Él me miraba a los ojos, sin decir nada.

A la salida de clase, he pasado por los billares a jugar un *pinball*. A mi espalda, he descubierto a Dueñas, uno de los esbirros de Santi. Es el

tío más desagradable que conozco, con esa cosa negra que tiene en la punta de la nariz. Me ha pedido cinco duros para las máquinas.

–No –le he dicho, como a Santi.

Pero él me ha amenazado con su navaja. La tenía oculta en el puño, hasta que le ha dado a un botón. Ni siquiera me he acordado de la mía, que llevo en el bolsillo. He salido corriendo hasta casa pero él me ha perseguido. Casi me alcanza. Le he cerrado la puerta en las narices. Se lo estaba contando a mi madre, cuando ha venido Mariano. Dueñas le ha preguntado por el piso en el que vivo, diciéndole que es un compañero de clase. Mariano se ha oído algo raro y no le ha dado la información, pero lo ha visto esperar en la acera. Mi madre ha llamado a la policía. Ha venido una patrulla. Dueñas se había esfumado. No hemos querido hacer una denuncia, pero el lunes mi madre va a hablar con el director del colegio. También tendrá que hablar de Santi.

No sé por qué no lo hemos denunciado.

Quizá por la misma razón por la que yo no le cuento a mi madre lo de Robin.

Es como una mezcla de miedo y vergüenza.

Es como si uno pudiera estar a salvo mientras los demás no sepan quién soy.

Mi abuelo Ramón dice que los granadinos son así porque han tenido que esconderse desde la época de los Reyes Católicos. Nazaríes, judíos. También después de la Guerra Civil. Si no se habían convertido al cristianismo, eran expulsados. Si no se habían convertido al franquismo, los metían en la cárcel. Y tenían que esconder sus costumbres, sus amigos, sus ideas. Lo que habían sido hasta entonces.

Pero es algo imposible de cambiar.

Y Granada se llena de secretos.

Por la tarde hemos venido a Alfacar y casi nos matamos. Ahora que no está mi padre, mi madre se ha sacado el carné de conducir. Nos lleva en el coche nuevo que ha comprado. La semana pasada, derribó una señal que hay junto al garaje. Había mucho espacio para entrar, pero ella escogió el poste de hierro. Hoy se ha saltado un stop y casi nos atropella

un autobús. Nos hemos librado por los pelos. Mamá ha parado el coche y ha venido un policía. Muchos policías en unas pocas horas. Pero al vernos a todos tan asustados nos ha dejado marchar sin ponernos una multa. Mamá es una mujer fuerte. Resulta raro que con lo bien que maneja los pedales del piano no se le den bien los del coche. Mamá no sabe conducir pero sabe conducirnos. ¿Y yo le voy a contar lo de Robin? Ya lo está pasando suficientemente mal. Además, tampoco ha sucedido nada terrible. Desperté, y su mano estaba ahí. Una mano de una persona en la que yo confiaba.

Quizá simplemente le gusto, como a mí me gustaba Isabel.

Entonces ¿por qué no me habla ahora?

Tampoco se lo he contado a Sara. Ella me mira de reojo, cabizbaja. Me habla de la vieja Lilith y del imprevisible Urano, que irrumpen en la habitación de Venus dormida. Cuando le he preguntado qué significa, ha vuelto a mirarme con esos ojos enrojecidos que parecen temblar para interrogarme. Entonces, para cambiar de tema, le he preguntado por Isabel.

—La verás solo de lejos, se ha perdido para ti.

Me acuerdo de este verano cuando iba con ella y con mi hermana al camino de Víznar. Cogíamos los muebles viejos del vertedero y los poníamos en medio de la carretera, y nos escondíamos detrás de las zarzas. Desde allí, veíamos cómo se bajaban los conductores para apartarlos del camino. Lurdes e Isabel se aguantaban la risa. Y yo miraba la luz de los ojos de Isabel, su pupila muy atenta a lo que estaba pasando. Miraba también sus piernas largas y suaves, porque la falda se le subía al ponerse en cuclillas. Y sentía su respiración agitada, detrás del matorral.

Monte cerró el cuaderno. Ya no volvería a Lo Hondo Lugar, donde Isabel vivía en un callejón entre las casas más antiguas del pueblo, muchas deshabitadas, que habían pertenecido a los bisabuelos de ambos. Ya no espiarían juntos los patios moriscos a través de las cerraduras de portones descascarillados, descubriendo sillas oxidadas, hierbajos fuera de control, parecidos a los que crecían en el Río Atrás, el arroyo que cruzaba bajo los

álamos que atestiguaron sus besos.

–No eres tan tímido –le había dicho Robin un día de escalada–, solo te cuesta encajar el mundo exterior con el interior. Al trepar por estas rocas, te aferras a la realidad, no tienes más remedio que unir los dos mundos.

Lo que nunca había podido encajar había sido la pérdida de su perra *Mina Harker*. Nunca había tenido pesadillas mientras *Mina* durmió a los pies de su cama. Ella sabía espantar a los vampiros de su imaginación, haciéndose un ovillo y respirando con la pureza de su sueño. Por eso le había puesto aquel nombre que representaba la belleza y la inocencia. Cada mañana, *Mina* le despertaba poniendo las patas sobre el colchón y trayéndole cualquiera de sus objetos favoritos: una pelota, un muñeco, un calcetín. Le ofrecía lo mejor de sí misma. Y era como si hubiera cazado aquellos objetos en el paraíso, como si solo ella supiera permanecer dentro y trajera su tesoro a los que habían sido expulsados al infierno.

*Mina* había sido el mejor regalo de la primera comunión, *el mejor milagro*. Había disfrutado de su compañía desde la primavera hasta septiembre. Al terminar el verano, cuando tenían que regresar desde la casa de Alfacar hasta Granada, Elvira aceptó la propuesta de Lucas *el Panadero*, que se había enamorado de la perra.

–Va a ser mucho más feliz en el campo –dijo Lucas.

–Es mía –se defendió Monte.

–¿Te comprometes a sacarla tres veces al día, antes y después de clase? –le volvió a preguntar su madre–. Yo no puedo hacerlo, y creo que tú tampoco.

Monte sintió que algo en él se desgarraba cuando vio marchar a *Mina* alegremente, detrás del panadero, por el camino de chinos. Pero al día siguiente chilló de felicidad: *Mina* había regresado por su cuenta a la puerta de la casa, moviendo el rabo y llenándole de lametones.

–Se ha escapado para quedarse conmigo –le dijo a su madre.

–Ya sabes cuáles son tus responsabilidades.

Y Monte llevó a *Mina* a casa de Lucas, como antes había hecho con el cordero.

No quiso ir a verla durante meses. Habrían pasado seis cuando, un fin de semana, Monte pasó por la casa que el panadero tenía a las afueras del

pueblo. Un enorme pastor alemán se lanzó ladrando sobre la valla.

–*Mina* –le llamó Monte.

El perro le enseñó los dientes.

Por entonces, Monte ya había guardado en el baúl aquel collar de cuero rojo, que se le había quedado pequeño a *Mina* al poco de recibirla en casa.

Con los peces no le había ido mejor. Desde que Manuel Juanmaría regresara a España, el año de la comunión de Monte, cada verano pasaban unas semanas en Garrucha, un pueblo de Almería, con el abuelo Ramón. Juanmaría y Magdalena habían elegido Garrucha para vivir porque allí era donde su hijo Jorge tenía la parroquia. Con el dinero de la venta del hotel de Aix, habían comprado dos casas, una al lado de la otra, sobre una colina frente al mar. Una de ellas la habían ocupado ellos mismos. La segunda se la habían regalado a sus hijos, aunque solo la disfrutaba Jorge. Juan apenas venía desde Madrid, porque no se llevaba bien con su hermano gemelo. Cada vez que recibían invitados, Jorge les dejaba su casa y se mudaba con sus padres.

En Garrucha, Monte y Miguel se habían aficionado a la pesca. En la boca del puerto, en cuya lonja desembarcaban gigantescos peces espada y tintoreras, los dos hermanos competían con sus cañas infantiles. Miguel era mucho mejor. Monte pasaba demasiado tiempo contemplando aquellas criaturas escurridizas, que se asomaban buscando las migas que los niños habían lanzado al agua para atraerlas y luego desaparecían hacia la profundidad, dejando atrás un vivo aleteo. Al rato, alguno de esos peces iba a parar a sus manos, donde se revolvió boqueando, más plateado de lo que aparentaba bajo el agua y con el ojo amarillo clavado en un cielo incomprensible. Lo dejaban caer en un cubo. Antes de volver a casa, devolvían al agua los peces negros, criados en el petróleo del puerto y que olían a gasolina.

Su madre les recibía festejando la captura de aquellos seres: unos se los comerían fritos, otros sazonarían la próxima paella. Pero, en su mayor parte, quedaban enterrados hasta el fin de las vacaciones en el fondo del

congelador. Después iban a parar a la basura. Monte se sentía instrumento de lo que parecía una inevitable ley: la contemplación de la belleza estaba ligada a su renuncia, a través de la muerte. Y como todavía no era la propia, para la que debían quedar incontables años, no había más remedio que ejercerla en el resto de las criaturas, las portadoras de aquella llama. Monte se asomó al armario donde su padre guardaba las escopetas y también su caña deportiva, con la que pescaba palometas rápidas, argénteas. Se acordó del pájaro de plumaje amarillo, abatido en la cantera. Cerró la puerta.

Qué hacer con aquella desazón interna. Después de comer, el sol azotaba el jardín, la tierra muy seca y cubierta por hojas caídas de los eucaliptos. Los troncos pálidos hacia el cielo cegador. La espera. Vivir era aquello. Contemplar una hilera de hormigas. Ellas tenían una diminuta razón para existir, diminuta e implacable. Monte interrumpía su camino con un palito, como un dios invisible para las desconcertadas hormigas. *¿Soy yo vuestro destino?* Y se arañaba la piel del muslo bajo el pantalón corto, con el mismo instrumento con que había torturado a los insectos.

Masturbarse era la inmediata solución al tedio. Escondarse en el baño, o aprovechar los momentos en que se quedaba solo en la habitación que compartía con su hermano, suponía una conexión radical y agónica consigo mismo. Pero, habiendo sido advertido del pecado al que se estaba entregando, ese placer se envenenaba con supersticiones, que también contagiaban sus hábitos de pensamiento. Una de ellas consistía en arrojar compulsivamente papeles arrugados a una papelera. Acertar o no suponía la consecución de todo tipo de éxitos y fracasos, dolores propios o ajenos. Masturbarse o no implicaba consecuencias mucho mayores.

*Mi madre nos abandona.*

*Mi padre se enamora de una terrorista.*

*Hay otro Golpe de Estado.*

*Arrestan al abuelo Ramón.*

*Un terremoto derriba esta casa.*

Monte se sentía absurdo y observado. En aquella acción se concentraba la mirada de un Dios terrible, que se le escapaba el resto del tiempo.

Pero Monte también observaba. En una de esas tardes aburridas de

Garrucha, y al llegar cerca del dormitorio que compartía con Miguel, en el piso de arriba, oyó un sonido inconfundible. Monte se arrastró por el pasillo y así logró asomarse por la puerta y contemplar la cama. Su hermano se masturbaba contra el colchón, igual que había hecho él tantas veces. Esta vez, Miguel había llegado primero. Monte tuvo la tentación de continuar su disimulado avance. Se situó debajo de la cama, hasta que su hermano terminó.

Monte volvió a abrir su cuaderno. Leyó:

«Son las doce en Alfacar.» Escribió, en la siguiente página en blanco:

Cultivamos secretos. Es una huerta donde lo que enterramos no crece hacia el aire sino hacia el interior de la tierra, entre lombrices y grumos.

Juanmaría, que había sido pescador en su juventud, le había enseñado a encontrar las lombrices en la playa removiendo la arena que el mar acababa de empapar, allí donde aparecían ínfimos respiraderos.

Monte acompañaba por las mañanas a aquel anciano espigado, cuya piel parecía de pergamino tostado por el sol. Vestido solo con un bañador y una gorra blanca, Juanmaría se sentaba en una silla frente al mar y miraba las olas.

–Son como la vida –le dijo–. Vienen día y noche, sin parar, hasta que el mar se queda como un plato. Debes disfrutarla, Monte, hacer lo que quieras con ella, en lugar de quedarte esperándola.

Por la noche, acompañaba a su padre, a quien le gustaba darse un baño bajo las estrellas. Una alegre oscuridad salpicaba las pieles achicharradas por el sol.

–Vamos a venir aquí todos los veranos –le prometía su padre.

–¿Hasta que se pare el mar?

–Hasta que se pare el mar.

Monte sintió el silencio nocturno que rodeaba la casa de Alfacar. Y escribió en su cuaderno: «Escucho, padre, tu vacío».

## Capítulo 7

«Cuando mueras solo te examinarán de amor», solía decir mi padre. Apenas lo he conocido. Al final solo conservamos la imagen de los instantes. Mi padre sonríe jugando a las cartas. Tiene una manera especial de hacerlo. Pícara, ingeniosa. Como si estuviera pensando cosas que solo se le ocurren a él. Luego se concentra muy serio en la lectura, ceñudo. Y con el mismo gesto escribe un ensayo sobre la prosa de san Juan de la Cruz, de donde ha aprendido esa frase: solo te examinarán de amor. Él amaba a mi madre cuando iban juntos por la calle, cogidos del brazo. Me gustaba quedarme un poco atrás para mirarlos. Parecían un solo ser donde se unieron fuerzas contrarias de la naturaleza. Y que armonizaban al caminar. Quizá solo al caminar. Todos los días, cuando llegaba a casa, mi padre me hacía la misma pregunta:

–Cómo estás, hijo.

No era algo que él preguntara por preguntar. Tenía una voz cálida al hacerlo, y su mirada atenta subrayaba la sinceridad de su interés. Procuró ayudarme en mi camino. Supo que, solo por caminar, nos enfrentamos cada día a nosotros mismos, a favor o en contra. Como en *La isla del tesoro*. Le gustaba leerme este libro cuando me ponía enfermo. Él siempre quiso saber si había venido a verme el ciego Pew. Si alguien me había entregado la mancha negra. Ojalá me lo preguntara ahora. A él sí se lo contaría.

Monte, en la mañana del domingo, con la nariz fría en aquella casa imposible de calentar, dejó de escribir y se volvió a meter en la cama. No

solo quería el calor sino esconderse de la vida. Desde aquel otro domingo del mes de agosto, ya no estaría él para preguntarle.

–Cómo estás, hijo.

Tapado hasta la coronilla, se hizo un ovillo y abrió los ojos en la oscuridad de las sábanas.

Jorge se puso la estola sobre aquella horrible camisa de verano, estampada en múltiples colores como si fuera hawaiana. Se habían reunido en la casa de Juanmaría y Magdalena, donde al sacerdote le gustaba decir misa los domingos solo para la familia, un poco antes de la hora del aperitivo.

Dentro, en el comedor donde Jorge había situado el cáliz dorado sobre la mesa, permanecieron Magdalena y Elvira, acompañadas por los niños, pero Monte, después de vacilar unos minutos, se fue al porche donde su padre, el abuelo Ramón y Juanmaría estaban jugando al póker.

Era otra liturgia la de las cartas, basada en la rapidez y en la memoria, menos decepcionante que la comunión, de la que tanto había esperado sin hallar más que un escozor.

–No debes preocuparte por esas cosas –le repetía su padre–. Al final, solo te examinarán de amor.

Monte los amaba: a su padre, que bromeaba con cada apuesta, a su abuelo, que golpeaba la mesa con el puño cada vez que perdía, a Juanmaría, quien, hablando apenas, observaba las jugadas en los ojos de los demás.

–Habla con mi hijo –le había aconsejado–. Aunque yo no sea creyente, Jorge ha salido buena persona.

–No estabas preparado ni te prepararon bien –le diría Jorge–. A Dios hay que elegirlo libremente después de escuchar su voz, no antes. Fue lo que me pasó a mí antes de venir a España. A veces esa comunión llega solo porque uno no la espera.

Pero Monte desconfiaba de aquel sacerdote sin sotana que, después de terminar la misa, se ponía a jugar al póker y, además, ganaba.

–A qué santo fullero te encomiendas –bromeó el abuelo Ramón.

Y, aunque parecía seguir el chiste, Manuel Montenegro dijo algo que, por

haberlo dicho justo aquel día, Monte recordaría con enorme nitidez:

–Si existe el más allá, estamos deseando que nos lo confirmes.

–Estamos aquí –contestó el sacerdote–. Es un lugar suficiente. Pero debemos aprender a verlo.

Jorge había repartido en la mesa del póker el vino que había sobrado de la misa.

–Todos estamos unidos a nuestro planeta inmersos en algo invisible –dijo el abuelo Ramón, ya algo achispado–: ¡La fuerza de la gravedad! Manuel, hijo, ¿de quién eran estos versos? Algo nos entrelaza en el ocaso: habitamos la misma luz del sol.

–De Wordsworth, padre. Antes te sabías el poema entero de memoria, y ahora te medio inventas lo poco que recuerdas.

–Ni se te ocurra recitar más, sargento jefe –dijo Juanmaría, y explicó a continuación–: En la guerra, siempre que citaba a uno de sus autores pasaba algo malo.

–Conociste a Magdalena, ¿no? Yo la vi primero. Pero preferí renunciar a ella para dejártela a ti.

–Es ridículo que te empeñes en esto –dijo Juanmaría–, como si Magdalena no hubiera podido elegir.

–No lo dice en serio –intervino Manuel Montenegro–. Son manías de viudo. Ahora bien, padre, a mi difunta madre le encantaría saber lo que estás diciendo.

El abuelo Ramón repartió las cartas. Los naipes se desplegaban en la mesa: picas afiladas, blandos corazones.

Magdalena guardaba silencio sobre lo que acababa de oír, sentada aparte, rodeada por las hojas tropicales de sus plantas. A pesar de su edad, con su vestido de intenso color naranja, donde resaltaba la piel ajada y morena del escote, en ella se seguía concentrando una gran sensualidad, aunque fuera mucho más evidente en la fotografía en blanco y negro que había en la repisa del comedor, donde aparecía muy joven.

Elvira, en una butaca de mimbre, entretenía las manos haciendo punto, lejos de su piano, como si no escuchara la conversación.

Sin levantar la cabeza, sintió cómo su marido lanzaba las cartas sobre la

mesa y se acercaba a ella, que detenía suavemente la aguja de hilar.

–Ven, juega con nosotros.

–No me gustan vuestros juegos ni vuestras conversaciones.

–No hagas caso de mi padre.

–Todos los Montenegro sois iguales, vais a lo vuestro. Los demás no importamos. Eso es lo que transmitís a vuestros hijos. Les transmitís vuestra sangre a través de los oídos.

Sin contestar, Manuel volvió a sentarse a la mesa. Miguel se acercó a él y le sostuvo las cartas, abiertas en abanico, para que solo las pudieran ver los dos.

Lurdes caminó hacia su madre y le entregó una flor que acababa de arrancar de uno de los maceteros del porche.

Por la tarde, fueron a pasear por la Playa de las Turquesas, al sur de Garrucha, en cuyas aguas había una veta de ese mineral que parecía concentrar el color de todos los mares del mundo. Era una playa peligrosa, con cruce de corrientes, que expulsaban esquirlas azules en la arena. Los tres hermanos competían por descubrirlas para regalárselas a su madre, que haría con ellas colgantes y pendientes para confinarlos en su fabuloso armario. La siesta la había reconciliado con su marido y ahora, de su mano, sonreía al recibir las turquesas que Miguel y Lurdes iban encontrando.

El abuelo Ramón halló otra y se la dio a Magdalena.

Hasta Juanmaría y Jorge, que iban atrás conversando, indiferentes a aquella búsqueda, se tropezaron con dos ejemplares tan grandes que servirían para sendos anillos. Solo Monte, por mucho que concentrara su visión, caminaba sin encontrar ninguna. No solo su cicatriz; el viejo submarino que llevaba en las manos le estaba dando mala suerte.

Lo había descubierto en el armario de las cañas de pesca, donde lo habría abandonado algún otro verano, y se le había ocurrido ponerle pilas para probarlo en el mar. Cuando se lo regaló su padrino en la primera comunión, Monte se había desesperado al comprobar cómo, apenas se había sumergido un palmo, emergía de nuevo para lanzarse contra la pared de la piscina.

Aquel juguete era igual de enervante que los valiosos artefactos que Monte y sus hermanos habían estropeado con sus juegos. La caja de música de su madre, con la bailarina y su melodía atrofiadas. Un despertador dorado que campanilleaba *Love me tender*, hasta que Monte se encargó de pasarlo de rosca, como hizo con el reloj de pared, cuyo péndulo aceleraba o detenía con la mano, a ver si así se alteraba el tiempo. *Pero hasta el tiempo puede estropearse si es maltratado*. Aquellos objetos sin eternidad enseñaban a Monte la textura de la vida. Y el submarino estaba dispuesto a subrayar su extraña lección.

Cuando pararon a bañarse, Monte buceó con los ojos abiertos para vislumbrar la mina de turquesas. Sin embargo, el submarino, en lugar de ayudarlo, tiraba de él hacia arriba, por lo que, cansado, el chico se conformó con nadar tras el aparato, el cual enfiló su proa hacia el horizonte a lomos de una de las famosas corrientes de aquella playa. Monte braceó torpemente detrás hasta que sintió que una mano le aferraba por el pie. Era su padre. Se habían alejado mucho de la orilla. Trataron de nadar hacia ella pero la corriente seguía empujando mar adentro, donde el submarino ya se había convertido en una mosca a punto de desvanecerse.

–Agárrate de mi cuello.

Su padre consiguió arrastrarle. Más cerca de la orilla, dentro del agua, les esperaba Jorge, que tomó el relevo de llevar al niño. Monte se dejó caer en la arena, casi a los pies de su madre, que trataba de incorporarlo y abrazarlo, pero él todavía no tenía fuerzas para levantarse. Estaba notando una piedra clavada en el pecho. Al apartarse, vio que bajo él resplandecía la turquesa mayor que había visto nunca. Entre las piernas de toda su familia, que le acababa de rodear, recogió la turquesa y se la entregó a su madre.

Monte, oculto dentro de las sábanas, todavía desconcertado, reaviva, como una llama, la imagen de su padre. Se han cumplido siete días desde el asalto del íncubo. Y seis desde el rescate de la bolsa del tesoro. Su padre. Al atardecer. Heroico. Ungido por el mar de las turquesas, exaltado como la luz violentamente roja del ocaso. Acaba de salvar a su hijo y Elvira lo está

besando. Entonces él le propone a ella continuar la sinuosa carretera hacia Carboneras, donde le han hablado de un pescador que cocina lo que captura cada día: salmonetes, gamba roja, galanes.

–Peces azules –sonríe–. Tú y yo solos.

Sus hijos regresaron a Garrucha amontonados en el coche de Jorge: Lurdes sentada sobre el abuelo, Miguel sobre Monte, Juanmaría a un extremo, Magdalena delante.

Ya en la casa, se fueron duchando para quitarse la arena. Cuando le tocó el turno a Monte, hizo lo que solía cuando se quedaba solo y desnudo: pensar en cada una de las mujeres que tenía a su alcance, de las que solamente excluía a su madre y a su hermana. Se habían hecho permanentes las amigas de ambas, las actrices de televisión, la pescadera, la vendedora de helados, las chicas de la playa, una por una.

Dentro de la ducha se acordó de la foto de Magdalena que había visto en la casa vecina. Y, al mismo tiempo que deslizaba su mano entre las piernas, el pensamiento se le volvió a enredar en los hilos de la superstición.

*Detente*

*no puedo*

*el coche se va a estrellar*

*no puedo*

*Dios te está mirando*

*no existe*

*el coche*

*parar*

*no puede*

*se van a matar*

*no puedo*

*Dios se va a vengar*

*es bueno*

*detente*

*se va a estrellar.*

Monte, jadeando bajo el agua, oyó el vacío. Lo oyeron sus ojos cerrados. Una sombra acústica se perdía en el desagüe.

Se secó despacio. Fue al dormitorio, se vistió con el propósito de ir a cenar lo que estaba preparando su abuelo. Pero se tumbó en la cama y se quedó dormido. Se despertó cuando oyó las voces. Corrió escaleras abajo. Había venido la guardia civil. Su abuelo se iba al lugar del accidente, también Juanmaría y Jorge. Magdalena se quedaba por si los niños la necesitaban, en la casa de al lado. Pero nada necesitaban. Solo rezar. Los tres hermanos se encerraron en el salón. Monte no podía mirarlos a los ojos. Murmuraba la oración que su hermana repetía, padre nuestro que estás.

–Entonces ¿mamá está bien?

–Sí.

–Pero ¿papá?

–No dicen nada.

Se cogieron de la mano. Miguel y Lurdes lloraban. Monte no sabía cómo hacerlo. Los pulmones se le habían secado.

Llamaron a la puerta. Monte fue a abrir. Bajo el umbral vio la luz eléctrica del porche y una marcada sombra. Pero no había nadie. Se lo dijo a sus hermanos. Se apretaron más. El rezo sonó más alto.

Llamaron a la puerta. Monte sabía que tenía que ir él y no otro. Lo hizo. El porche volvió a resplandecer como un quirófano solitario. Monte avanzó por él, atravesando un escalofrío, y fue hasta la casa de Magdalena.

–No he visto a nadie, cariño. ¿Queréis veniros conmigo?

Monte negó con la cabeza y regresó a su casa.

Cuando cerró la puerta y se reunió con sus hermanos, llamaron por tercera vez.

–Es papá, ¿verdad? –dijeron Lurdes, primero, y después, Miguel.

Monte asintió.

Ese regreso tenía que ser el amor. Su padre había muerto. Y de amor lo examinaban.

EL SECRETO

## Capítulo 1

«Te llamarás Escarcha, ciudad, a partir de ahora. Hielo la noche, desierto de día», escribió Monte en su cuaderno. Miró el trapecio azul que se filtraba por el patio de vecinos. Si su padre flotaba ya en la muerte, quién lo podría examinar de amor, por muy fácil que fuera amarle a él, el desaparecido. Y por qué Robin había examinado a Monte, con aquella misma palabra, amor, que tan poco fiable resultaba en los labios de un ícubo. Era la misma que seguramente había oído su madre, cuando quedaba con el profesor de música. Robin sabía guardar silencio; luego era experto en convencer. Cómo confesarse con una madre engatusada.

Monte, en la tarde invernal, se internó por el pasillo, entre los dormitorios y la cocina donde sonaba la actividad de su familia sin padre, hacia el salón chino, el santuario que Elvira Moncada había ido cuajando de figurillas estilizadas, adquiridas, año tras año, en las Semanas del Extremo Oriente de los grandes almacenes.

–Nunca fui a tocar a Japón. Estaba a punto cuando el pobre Manuel me convenció de que me quedara en casa.

En el salón permanecía el piano como un animal dormido en espera de que Elvira lo despertara, y también el equipo de música en el mueble donde se guardaban, en la parte de abajo, los discos que entusiasmaban a Monte, incluidas las grabaciones de su madre.

Rebuscó hasta encontrar la portada con el rostro de Rubinstein y tanteó con la aguja del tocadiscos la línea giratoria que separaba la Polonesa número 6, *Heroica*, de todas las demás. Monte amaba aquella pieza de Chopin y la manera de interpretarla por aquel señor de rostro afilado y simpático,

resuelta, clara, firme, convencida, muy diferente de la versión que había grabado Elvira Moncada, melancólica, deliciosamente dubitativa, antiheroica, podía decirse, aunque con la dolorosa belleza de aquella parte del mundo: *Escarcha*.

Robin elogiaba aquella grabación de la madre de Monte, sentado al piano de la sala del club de música. Trataba de reproducirla él mismo, pero decía, chasqueando la lengua:

–Es imposible.

Y solo ahí Monte podía describirlo como una persona sin poder, *débil por envidiosa*.

Aquella envidia se concentraba en las manos que buscaban por el teclado la polonesa de Elvira Moncada. Manos alargadas y blandas, manos danzantes pero alertas, ágiles en el aire, rotundas al pulsar las notas, inútiles al fin; porque la música, correcta, se quedaba en el intento de crear un ser sensible, un ser vivo que crece en el pecho *y que hace que me olvide de mí mismo*, pensó Monte, *o que me reencuentre con el niño que no tiene nombre, el que nunca lo hubiera recibido*.

Por eso las manos de Robin tenían que buscar otro uso: *la noche, aparecer sobre mi cuerpo, hallar en mí la música que había fracasado durante el día*.

–No sabes lo que admiro a tu madre –le había dicho Robin al empezar el curso–, tengo que convencerla de que vuelva a tocar.

–Le vendría muy bien –contestó Monte–, ahora mejor que nunca.

Y le contó que su padre había muerto en vacaciones.

Calló Robin, luego dijo:

–Yo cuidaré de ella y de ti.

Cuidar de ella implicó citas semanales en un café junto al colegio donde Elvira se desahogaba con el profesor, estudiante de psicología, que reforzaba todo lo que aquella mujer había perdido: su carrera musical, la imagen de su marido, cada vez más idílica, aunque Robin reivindicaba para Elvira, una vez pasara el duelo, el derecho a divertirse y conocer otros amores.

–Ahora mismo puedes hacer lo que te prohibías a ti misma dentro del matrimonio. Lo que los hombres no se suelen saltar. Mi padre, sin ir más

lejos –se confesó Robin, mientras Elvira se enjugaba los lagrimales con un pañuelo de papel–. Justo ahí –señaló a través de la cristalera–, en ese garaje de enfrente. Mi padre protegió su cochera con una persiana. Sacó el coche, puso una cama, y allí llevó a sus novias durante años, a espaldas de mi madre.

*Escarcha*, repitió Monte, volviendo a poner la polonesa de Rubinstein.

Cuidar de Monte implicó invitarle a las fiestas que Robin organizaba los sábados en su casa. Implicaba, primero, por la mañana, subir cualquiera de los picos que rodeaban la ciudad, pisando entre matorrales tras los pasos largos de Ancas y la fortaleza de Haddock, envueltos en el sudor y en la luz, para verlos sentados finalmente alrededor de él, el maestro, en la cumbre, de quien todos, Moro, Guevara, Antifaz, incluso El Rubiales, aguardaban una atención, una broma, una complicidad específicamente dirigida.

Implicaba regresar en la furgoneta Volkswagen kombi del profesor, fantasear con la pintura que habría que aplicar a la chapa:

la cabra de la Legión (la propuesta de Antifaz),

los colores del Atleti (dijo El Rubiales),

las letras de la NBA (apostó Ancas),

las tetas de Ana Obregón (rio Haddock),

mejor de cuerpo entero (le reforzó Moro),

el rostro del Che, por supuesto (se animó Guevara),

mejor el de Lorca (propuso Monte, en sordina),

mientras Robin, director de orquesta de aquellos chicos alborozados, los conducía a su casa, a las afueras de la ciudad, donde por la tarde sucedería la fiesta.

Los amigos se duchaban en turnos de dos, compartían la toalla, la burla sobre el tamaño del pene, a favor o en contra, que luego voceaban en el pasillo, donde esperaban los siguientes, atentos a propinar una cosquilla que causara la caída de la toalla protectora, o a bajar los calzoncillos del que huye, entre carcajadas y gritos, maricón, déjame en paz, ante la complacencia de Robin que, desde el salón, les fotografiaba y les ponía discos de Serrat o de Toquinho. Cantaba Robin, preparando jarras de gin-tonic: «Mis amigos son unos atorrantes. / Se exhiben sin pudor, beben a morro, / se pasan las

consignas por el forro / y se mofan de cuestiones importantes». Cantaba Robin, repartiendo los vasos en la mesa donde los muchachos se habían reunido para jugar a las cartas, antes de irse a la ducha él mismo: «En los mapas del cielo el sol siempre es amarillo / (tú lo pintarás)».

Los amigos pintaban el cielo de amarillo con timidez (Ancas, Moro, Monte) o cantaban resueltamente (Haddock, Antifaz, El Rubiales), salvo Guevara, concentrado en repartir la baraja con imágenes pornográficas que había sacado de la caja de juegos del profesor.

Monte reía con los demás para no ser el extraño, pero en realidad empezaba a detestar aquellas imágenes: la falsedad en los mohines de los labios, los pezones apretados con los dedos en forma de tijera, los culos como turgentes dianas para la flecha del levantisco pene que, inspirado por aquellas cartas, en algún momento solitario, en el cuarto de baño del profesor, iba a menearse en un enajenado y frenético e inútil impulso, una carcajada vacía también, como las que sonaban alrededor del juego y de los vasos de gintonic, cuyos hielos contenían, como lupa de aumento que se deshace, reflejos de la vitalidad de los muchachos. Después de lo que le había pasado a su padre, Monte había jurado no masturbarse nunca más, aunque no podía evitar pensar en las chicas que iban a venir con los antiguos alumnos del colegio, amigos de Robin, también invitados a la fiesta y que, casi todos ellos, conformarían el equipo de monitores de los campamentos que se celebraban cada verano.

Ellas, Silvia, María José, Raquel, iban llegando por la tarde, acicaladas y sonrientes, dejando ver en los brazos, en las piernas bajo las faldas y en el escote, una desnudez mucho más estimulante que la de las cartas. Los discos seguían sonando en el salón (elegidos por Robin, que los ponía con cuidado y tesón, alfarero ante un equipo de música), y bailaban a Rubén Blades, con el tumbao que tienen los guapos al caminar, adolescentes y jóvenes mezclados en la luz narcótica, entre cristaleras. En el exterior no sucedía el mundo, sino en las caderas de María José, que se dejaba agarrar por Monte, el más pequeño, en una travesura vigilada con complicidad por Sergio, el novio, ya estudiante de derecho, o en la voz de Miguel Ríos, Santa Lucía, llévame al baile, si ahora Monte podía abrazarse a Silvia, que tenía el pelo plateado, o a

Raquel, porque sus ojos relucían azulísimos y, sobre todo, sus pechos misteriosos, ocultos y llenos tras la tela, se apretaban a él.

La tristeza le hacía beber más que los demás, y solía retirarse a la terraza hasta que las luces lejanas de la ciudad entraban en la noche por completo. Allí escribió un poema para Raquel, a quien había elegido por tener el mismo nombre y color de pelo que su abuela muerta, de quien su padre y él habían heredado los genes, aunque su padre, en los últimos años de su vida, prefiriera afeitarse la cabeza y a él, Monte, cada vez le naciera más oscuro, como si hubiera perdido el favor del sol. Se lo entregó y ella le correspondió con un beso en la mejilla y ningún secreto del cuerpo que Monte ansiaba seducir: mujer de diecisiete años, aunque él estuviera a punto de cumplir los trece.

Luego se quedaban a dormir en casa de Robin los que habían conseguido permiso de sus padres, con frecuencia la pandilla entera, que desdeñaba la broma con la que se despedía Sergio, el mayor entre los antiguos alumnos:

—¡Poneos un corcho en el culo, sodomitas!

Pues ellos sentían el gozo de ser los camaradas que estaban aprendiendo a beberse la vida en libertad. Ya en la madrugada, juntaban los módulos del práctico sofá de Robin, que se deshacía como un rompecabezas cuyas piezas, cubos mullidos, volvían a juntarse en una cama gigante. Allí cabían todos. Robin se acostaba en el centro y alrededor, luchando por ocupar alguno de sus costados, Ancas, Haddock, Moro, Guevara y Monte. Solo El Rubiales había elegido una esquina apartada. A veces se despertaban abrazados. Robin les enseñaba a hacerlo. A poner la mano sobre la barriga del otro, empezando por la de él mismo.

—Me calma. Me duermo como un niño.

—A mí sin mariconadas —bufoneaba Haddock y todos se relajaban riendo.

Uno de aquellos días de otoño, Monte había escrito otro poema, esta vez para Robin:

Déjate ser  
aunque ya todo lo seas.  
Espejo. Muralla.

Tu cariño cerca.

*Fue una invitación a la caza*, pensó Monte en el invierno del salón chino, escuchando la polonesa de Chopin en la grabación de Rubinstein. Porque, unos días después de entregarle aquel escrito, Robin le animó a que pasara un sábado con él. La madre de Monte estaba de acuerdo. Lo había hablado con el profesor en uno de sus cafés.

–Vete, Papageno, ve con Robin. Siempre vienes contento cuando estás con él.

Al caer la noche, sonaba el silencio, despiadado, en lugar de la puerta, y Elvira no podía evitar ser atrapada por la sombra que impregnaba toda la casa y que hacía que los niños se encerraran cada uno en su cuarto, del que salían para ir al sofá, para ver la tele, en silencio, con su madre.

Por lo tanto, el sábado anterior a su cumpleaños, Monte se fue con Robin a la sierra. Coronaron un pico difícil, rodeados por el cielo resplandeciente. Robin le invitó a cenar en un restaurante de montaña, delante de la chimenea, con una botella de vino.

–Te sirvo solo un vaso.

–Mi abuelo dice lo mismo.

–No me estarás llamado viejo. Odio la vejez.

Cuando llegaron a casa del profesor, unieron los módulos del sofá, igual que hacían cuando dormían en grupo, y, quitándose la ropa salvo la interior, se acostaron uno al lado del otro.

–¿Te importa que te abrace? –dijo Robin, poniéndole la mano sobre el vientre.

Monte se estaba quedando dormido cuando sintió cómo Robin hurgaba dentro de sus calzoncillos. Aquello parecía un error, no estaba sucediendo, su propio pene se lo explicaba, pues no obedecía a los estímulos de la mano ajena.

–Qué haces.

Robin guardó silencio, como solía hacer en las cuestiones importantes.

–Lo siento, no funciona, ¿no lo ves? –insistió Monte con una serenidad llena de confianza.

Robin apartó la mano, pero no dejó de abrazar al chico.

Volvió a intentarlo, más tarde, cuando Monte se había dormido.

–Ves, ahora sí funciona –oyó al despertar.

La conciencia iluminó de nuevo el escenario. Los módulos del sofá. El aire negro de la habitación. La carne que volvía a encogerse dentro de la mano del hombre.

La voz de Monte quebró, temblorosa, el sonido del roce.

–Por qué lo haces.

Y nueve días más tarde, envuelto en la melodía de la *Heroica* de Chopin, se esforzó en reconstruir la respuesta:

–Porque la amistad es la mejor forma de amor –contestó el ícubo–. Porque amo la pureza. Porque quiero abrazar tu pureza antes de que te conviertas en adulto, y la pierdas definitivamente, como yo la he perdido. En cambio, nuestra amistad todavía es la inocencia. Una inocencia que necesita acariciarse.

*Ese era mi examen de amor.*

*Merezco que me examinen con preguntas difíciles después de haber matado a mi padre.*

*Y ser incapaz de contestar.*

Antes de volver a dormirse, Monte sintió la respiración del hombre, su olor a alcohol, como colonia que transpirara su piel. Percibió la noche concentrada en el aire de la habitación. En ese aire flotaba el mismo desvalimiento que había percibido en otras estancias ajenas, en las que había dormido durante la infancia, sin sus padres, en casa de un amigo o de un familiar. Hasta los órganos percibían una leve sensación de aprisionamiento, mientras se adaptaban al nuevo espacio y a las costumbres de los anfitriones, por los que Monte iba sintiendo un agradecimiento cada vez mayor, conforme pasaban las horas, solo porque la soledad suspicaz del principio se había encontrado con la hospitalidad y con el cariño. Hasta que llegaba por fin la desazón presentida. Porque cualquier exceso de intimidad (una visita a la nevera a destiempo, por ejemplo) había desenmascarado la disonancia.

–¿Por qué no la pides?

Una manzana especialmente fría, como el abrazo de Robin, que duró

hasta la mañana siguiente en la que, como si nada hubiera ocurrido, el profesor le devolvió a su casa.

*Aquí me resguardo del miedo*, pensó Monte, rayando con la uña el vinilo, en el track correspondiente a la *Heroica* de Chopin, en la melancólica versión de Elvira Moncada.

## Capítulo 2

Las Navidades sonaban a Sinatra en la casa de los Moncada. O sonaban a Elvira, habría que decir, quien escogía el disco año tras año, en la tarde frente a la chimenea, y comenzaba a bailar en el salón, girando, sola esta vez, en el aire donde flotaba la falda de su vestido. Detrás de las cristaleras, en la congelada respiración del invierno, los árboles deshojados acentuaban su inmovilidad, contemplando el baile que sucedía en el interior de la casa, recordando otras Navidades en que Elvira se dejaba llevar por Manuel, en época de novios, achispados con el tercer cava ofrecido por el futuro suegro; o en los primeros años de matrimonio, detrás de una gran nevada, Elvira sonreía y apoyaba su cabeza en el hombro de su marido; los árboles, desde su corteza pétrea, percibían la ternura con la que él apretaba el talle de su mujer, que se había quedado embarazada, y años después, en la esfera gélida del día, tres niños jugaron a los pies de los que bailaban *Let it snow, Let it snow, Let it snow*. Porque la nieve tendría que regresar, a pesar de que la danza entre Elvira y Manuel sucediera cada año más escéptica, como si fueran profesionales y no amantes, como si ya bailaran solo para la admiración de los suegros o de sus hijos. Ni a los árboles, sensibles en sus ramas heladas, les pasó desapercibido que llegó el tiempo en que Manuel prefería bailar con su hija Lurdes, y Elvira sacar a su padre, pues la hoguera de la chimenea, también danzante al ritmo de Sinatra, fue alumbrando, Navidad tras Navidad, un distanciamiento progresivo, rutilante de adornos. Hasta que por fin, este año, Elvira estaba bailando, viuda, con la última luz de la tarde.

Sonaron las ruedas sobre el camino de chinos. Elvira frenó el gesto y corrió al porche. La Volkswagen kombi cruzó entre los árboles desnudos y aparcó frente a la Casa de las Piedras de Río. Elvira esperaba frotándose los brazos. Se abrió la puerta metálica y dejó ver las dos filas de asientos ocupados por la pandilla completa, entre la que Monte se hizo sitio para bajar, con el sombrero muy encajado en la cabeza, envuelto en la bufanda, cerrándose el abrigo.

–No os podéis ir sin tomar algo –gritó Elvira por encima del ruido del motor.

Después de unos segundos de duda, la kombi resopló y fueron descendiendo Robin y los muchachos.

Habían salido el día 24 muy temprano con la intención de conquistar uno de los picos de la Sierra de Arana, cerca de Alfacar, y volver con tiempo antes de los preparativos de la cena. Lo habían conseguido con creces, pues no habían dado las cinco. Todos, salvo Monte. A pesar de estrenar las botas que su madre le había regalado por su reciente cumpleaños, no había accedido a la cima. Un ataque de vértigo se lo había impedido por primera vez.

Iba el tercero, detrás de Haddock y de Ancas, pensando en las zancadas de su amigo el larguirucho, en su respiración, en su melena bajo la gorra, qué sucedería ahí dentro, detrás de la mirada tímida. En los últimos días Robin le prestaba más atención que a los demás cuando se buscaban al final de clase: en el centro del corro, Ancas al lado del profesor, como si solamente ellos dos fueran notas armónicas, y el resto un adorno superfluo cuyo fin fuera resaltar el núcleo. La noche del 23 en el bar, mientras preparaban la escalada, había resultado evidente en la máquina del *pinball*. Robin y Ancas, cada uno pulsando un mando, se jaleaban con bromas. Después, los demás jugaron sus partidas sin la atención del profesor que se había retirado hacia la barra para seguir, en la intimidad, con su último alumno favorito. Como Ancas se había sentido Monte tan solo unas semanas atrás, antes de dormir junto al hombre que se había convertido en incubo.

*Si el incubo de la noche fue un traidor, también lo es el hombre del día,* pensó Monte durante la escalada, volviendo la cabeza hacia Robin, que iba el

último de todos, cuidando de que ninguno se rezagara. Fue entonces cuando sintió un insoportable mareo: la inmensidad del vacío bajo sus piernas. Respiró hondo, siguió adelante. En el bar, Monte había estado esperando el momento en el que Robin fuera al baño, para cruzarse con él en su regreso.

–¿Volverás a invitarme a tu casa?

Robin se quedó en silencio, mirándole serio, otra vez una estatua sin ojos.

–No –contestó, antes de volver a sonreír al resto de la pandilla, amontonada alrededor del *pinball*.

La mañana siguiente, cuando ascendían la sierra, Ancas se había emparejado con Monte.

–¿Qué te pasa con Robin? Me ha dicho que tienes una gran rabia dentro. Por lo de tu padre.

Monte miró cómo sus botas pisaban una piedra, luego otra, evitaban un tropiezo, quedarse enganchadas en una hendidura.

–¿Te ha invitado a su casa?

–Sí –contestó Ancas.

–¿Vas a ir?

–¿Solo? Mis padres no me dejan ni de coña.

–Mejor.

–¿Por qué?

–Por nada.

Monte aceleró el paso y dejó atrás a Ancas. Alcanzó a Haddock. La loma del pico acentuó su cuesta. Trepó con las manos, con las rodillas. Resbaló por rabia, esa rabia que Robin parecía conocer tan bien, y una piedra cayó, arrastrando a otras que corrieron hacia sus compañeros.

–Cuidado –gritó Robin.

Monte miró hacia él. Contempló el picado vertical de la montaña en la esfera del cielo, y se sintió agarrado a un trozo de papel, a punto de girar hacia la gravedad de las estrellas, difuminadas en la claridad interminable. Se aferró a la roca, tenso, en vilo, cada vez más débil. Cerró los ojos para no caer. Vio, de nuevo, su secreto.

Haddock le rebasó por un lado. Ancas por otro. Se detuvieron a mirarle.

–¿Estás bien?

Monte asintió. También sería un secreto el mareo que lo envolvía, el sudor frío, la cobardía que aflojaba sus músculos, el pánico que vencía su equilibrio. Sintió que resbalaba.

–De aquí no pasas.

Era la voz del gigantón, Antifaz. Y su brazo que lo agarraba por la cintura. Ancas y Haddock lo habían cogido de las muñecas. Guevara y El Rubiales, cada uno de un tobillo.

–Te tenemos, amigo –dijo Ancas.

Monte abrió los ojos. En el desierto del aire, no estaba solo.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Robin al llegar a su altura.

–Nada –contestó Monte.

–Ven. Apóyate en mí.

–Estoy bien aquí.

Y Robin continuó la subida. Por primera vez, coronó la cima en solitario, mientras sus alumnos, unos metros más abajo, habían formado un anillo.

Ahora ese anillo se deshacía al entrar en la Casa de las Piedras de Río y se volvía a reunir en torno a Elvira, en el salón, donde ella les estaba ofreciendo hojaldrinas, mantecados, y a Robin:

–¿Quieres pacharán?

Había bajado el abuelo Daniel de su despacho y la abuela Alba de la capilla.

–Os presento al famoso profesor de música –dijo Elvira.

–¿Te gusta Schubert? –preguntó el abuelo–. Aunque los americanos destrozaran media Europa, hay que reconocer que saben cantar.

En el tocadiscos, giraba el *Ave María* en la versión de Sinatra.

–Pero ¡si Sinatra es de los nuestros! –dijo la abuela Alba–. Un italiano. Y los italianos son unos valientes. Gracias a ellos, mi marido está vivo.

–Déjalo, mamá. No han venido a oír historietas de la guerra.

–Prefiero los villancicos tradicionales –dijo Robin, y se dirigió a sus alumnos–. Venga, cantad uno de los que hemos ensayado en clase.

Guevara, al igual que escogía la baraja pornográfica del cajón del profesor, sugirió, izando su sonriente cabeza de tortuga:

–¿*Adeste, fideles?*

–¡Fieles, acudid! –exclamó Haddock, levantando las manos como un sacerdote, impostando la voz.

–Jesús con el demonio –dijo, animada, la abuela Alba–. Vamos a darles a ellos también una copita de pacharán.

El coro, estimulado por el licor espeso, interpretó aquel villancico con voces teatrales que imitaban a Sinatra, cuya versión de *Adeste* los acompañaba, huérfana, desde el tocadiscos.

Fue el primer villancico de los que vendrían durante la tarde, antes y después de que se marcharan los amigos de Monte, aunque los anfitriones hicieron todo lo posible para retrasar su marcha.

Mientras duró la visita, no tuvieron que prestar atención al vacío.

Faltaba la voz de Manuel Montenegro.

Él había sido el encargado de proponer los brindis cada Nochebuena, declamados al inicio, en el intermedio y al final de la cena, siempre dispuesto a festejar la vida.

En el Nacimiento que se desplegaba sobre la cómoda del salón parecían faltar piezas fundamentales, *la estrella no nos guía y el Niño se ha perdido*, pensó Monte.

Sus abuelos habían sacado las panderetas arrumbadas desde el año pasado y las habían repartido entre sus nietos. Trataban de animar la fiesta, proponiendo un villancico tras otro. Cantaban:

Pastorcillos id trepando  
las veredas de Belén.

Y Elvira observaba, tras la cristalera, el camino desierto.  
Cantaban:

Pero mira cómo beben los peces en el río.

Y Elvira apuraba su copa para servirse otra.  
Todos lo hacían, también los niños.

–Tomad, que es Navidad –les decía la tía Constanza, rellenándoles los

vasos.

La habían invitado a ella y a su hija Sara, que lloraban también acordándose del tío Justo, y luego sonreían, vencidas, cuando la abuela Alba les insistía para que entonaran juntas, tocando la pandereta, ande, ande, ande, la marimorena, ande, ande, ande que es la Nochebuena. Los zagales, Miguel, Lurdes y Monte, acabaron rascando con un cuchillo las botellas de anís, buscando la risa de todos a fuerza de rimas profanas y torpes.

Después de la cena, animados por el vino, cantaron para sí mismos. Ya no se escuchaban, pero pretendían ser escuchados por los demás. En las Navidades pasadas, el padre de Monte encadenó una copla tras otra hasta que fue asaltado por la voz de los abuelos, que a su vez fue interrumpida por la de Elvira, bombardeada a mitad del canto por las panderetas de los niños que impusieron sus villancicos procaces y un combate de zambombas.

Aquel año hasta las figuras del Belén se habían tapado los oídos. Pero este, a los ojos de Monte, borracho, parecían moverse por el escenario de corcho buscando el paradero de Manuel Montenegro.

–Dónde está –preguntó un pastor.

–En el pozo –contestó el rey Baltasar.

–¿Y por qué lo habéis castigado?

–Ha sido su hijo mayor. Ese niño hace muchas cosas que no debe.

–Las hace con su cabeza –aclaró Melchor.

–Y luego suceden –intervino Gaspar–. Esa es la ley. Enterramos el carbón que recogemos. Inventamos lo que nos pasa.

–Eso lo diréis por vosotros –corearon los tres camellos–. Si ocurriera lo que nosotros pensamos, os iban a dar mucho por culo.

–De todas formas –añadió un pastor–, Manuel Montenegro se había alejado demasiado de su mujer. ¿Para qué sirve un hombre cuando ha fracasado en el amor?

–A mí se me ocurren muchas cosas –dijo el Caganer.

Monte dio un trago más a su vaso y, sin apartar la vista del Belén, recordó una conversación que había tenido con su padre, antes del verano, en el bar Orígenes.

–Los Montenegro gastamos mala uva para la vida ordenada.

Montenegros, almas negras, pedernales... Me lo advirtió mi padre desde niño y yo lo hago también contigo. Los tíos de tu abuelo eran como las langostas de la Biblia. Hacían su voluntad, devorando lo que se les ponía por delante, vino o sexo, o lo compraban o lo usurpaban. Pero, cuando se veían con dinero, nadie pagaba salvo ellos. Cuenta tu abuelo que a un empleado del casino se le cayó una peseta en un rincón, y uno de tus antepasados, amablemente, prendió un billete de mil para alumbrar la oscuridad y que aquel hombre recogiera su moneda. Otro hizo un convite en la playa, por el capricho de comer dentro del mar. Contrató camareros de librea. Hizo situar una mesa en la misma orilla. Allí comieron todos los hermanos y sus amigos, festejando el gusto de provocar y de ser admirados, y alimentando con sus acciones la guerra que vendría una generación después. Unos hijos de puta. Eso es lo que tienes en tu sangre. En cualquier caso, las cadenas no son para nosotros –continuó el padre de Monte, pidiendo otra cerveza–, pero tampoco podemos vivir sin la familia. Somos contradictorios, funcionamos como aquellos versos de Cervantes:

Busco en la muerte la vida,  
salud en la enfermedad,  
en la prisión libertad,  
en lo cerrado salida  
y en el traidor lealtad.

–Qué recuerdo tan bonito, paisano –dijo el gitano del Belén. Enjuto y cetrino, se parecía a un guitarrista habitual del bar Orígenes, que se aplicaba en el cante a cambio de invitaciones y monedas.

–El parné me lo curro para el jallipén de los churumbeles –solía decir.

Monte se sabía de memoria aquella frase. Y también la respuesta que siempre le había dado su padre:

–Maestro, usted debería estar subvencionado por el ayuntamiento.

*Te echo tanto de menos*, pensó Monte.

–Lo mismo que tu padre a ti –contestó la figurilla.

–No bebas más. Así nunca recuperarás la visión –susurró Sara, que se

había acercado a Monte, poniéndole la mano en el entrecejo y quitándole la copa de cava que le sirvió su madre—. Mira, son las doce.

En el reloj de pared, las agujas se habían juntado. Sonaban las campanadas. Apoyado en el muro, con las manos en los bolsillos, Manuel Montenegro le observaba. La cabeza afeitada, desvaída. Los ojos interrogantes. El traje desolado de la mortaja.

—Dice que nadie ha brindado por él —susurró Sara.

Monte se echó hacia atrás y chocó con el Belén. Varias figuras cayeron sobre el serrín.

—Mamá, por favor —gritó—. Brinda por papá.

Todas las conversaciones se detuvieron.

Elvira alzó su copa, con los ojos cargados de pena, sin hablar. Todos la imitaron y, después de beber, también se mantuvieron en silencio.

Era tan denso, que Monte corrió a poner, otra vez, el disco favorito de su madre. Después del chisporroteo de la aguja, la habitación se fue iluminando con la voz cálida de Sinatra. Elvira vio cómo su hijo le quitaba la copa de las manos y la invitaba a bailar. El swing quería caldear los pies tanto como las llamas vibraban en la chimenea. Y Elvira giró otra vez en el aire, rodeada por la casa, y la casa por la noche glacial, y la noche ausente hasta de nieve, *Let it snow, Let it snow, Let it snow.*

## Capítulo 3

«Y en el traidor lealtad.» Le martilleaba en la mente este verso que había recitado su padre. En él siempre acabó encontrándola, también cuando le atrapaba la desazón de la duda, cuando se pasaba días sin apenas verlo porque él llegaba tarde a casa, entrada la noche. Entonces iba a buscarlo por las tardes a la facultad, a buscarla a ella, la lealtad, en la alegría con la que su padre le recibía siempre, como si no le pudiera pasar nada mejor, apartando cualquier tarea que estuviera haciendo aquel cuyo nombre estaba grabado sobre la puerta, M. Montenegro, cátedra de literatura francesa; la lealtad y el orgullo con el que le presentaba a sus compañeros de departamento, o a sus alumnos, entre ellos a mujeres que a Monte le parecían guapas y cómplices, y que formaban aquel mundo cotidiano del padre, ajeno a las escasas horas que pasaba en familia; como si fuera otro de los secretos de Escarcha, sin serlo esta vez, ahora a la vista, en aquel despacho funcional, abarrotado de libros y papeles, donde en la mesa de trabajo habitaba, entre lapiceros, calendarios y carpetas, una única fotografía: la de Elvira Moncada, rodeada por sus tres hijos.

Y con la mirada sonriente, Manuel Montenegro emitía una especie de perdón, lo recibía y lo daba, el perdón por la ausencia, el perdón por no haber podido evitar cometer alguna travesura que quedaría invisible para la madriguera familiar. Y le apretaba la mano con calidez, con una firmeza sostenida que rayaba en la desesperación, y que a Monte le acababa por resultar incómoda.

No sabía cuánto la iba a echar de menos. Una torre se le derrumbaba por dentro. A los seis meses de su muerte, todavía podía sentir el tacto de la mano

de un padre cuando aprieta la de su hijo. Allí estribaba la lealtad del traidor.

*La traición de tu muerte, a la que yo le abrí el camino.*

En Robin, en cambio, había que inventar la lealtad en gestos casi invisibles: una mirada rápida, más vigilante que afectuosa, una palmada en el hombro, emparejado de pronto al inicio de la caminata por la sierra.

–¿Cómo te va?

A la que Monte no respondía lo que pensaba: *I'm coming along.*

Sino un breve, paradójico:

–Todo bien,

antes de quedarse solo en el sendero, silbando la canción de Supertramp, *School*, de aquel disco que le habían regalado sus amigos con retraso, por su cumpleaños, *The crime of the century*, como si intuyeran los dos crímenes que habían sucedido: el asesinato mental del padre, el asalto del incubo.

Sonaban los crímenes en los temas de aquel disco que Monte escuchaba una vez y otra leyendo las letras en inglés, *Dreamer, you know you are a dreamer*, un estúpido y pequeño soñador que había logrado la incomunicación con su maestro. De nada hablaban ya que no fueran temas menores, el tiempo o el calzado, pero habían perdido cualquier atisbo de confianza, como en aquella canción inicial, *School*, en la que podía sentir la niebla de la vida, en el colegio donde Monte ya no aprendía a ser como los demás. Se veía a sí mismo ir cada mañana a la escuela, no olvidaba los libros y lamentablemente, ¿él, en exclusiva?, había aprendido la regla de oro. Quizá Ancas estaba a punto de iniciarse en ella y ya lo había hecho El Rubiales, el primero de todos, pues él había insinuado una advertencia, al igual que el propio Monte había hecho con Ancas, pero sin revelar, ninguno, su secreto.

El secreto era la diferencia. Ya no podría ser, por mucho que quisiera, tan bueno como el *Johnie-too-good* de la canción, sencillamente porque ya no podría confiar en que, bajo el magisterio de los mayores, encontrara la llave de la vida. Había aprendido algo muy distinto: estaba solo tanto en la oscuridad como en la luz, y en esa soledad debía cuajar su fortaleza, *you're coming along*, qué ser, qué ver en el camino, a ningún guía debía entregarse ya, ni siquiera en la cima de la montaña, cada vez que se enfrentaba con el vértigo y debía cerrar los ojos, respirar hondo y reponerse. Había sido

iniciado sin solicitud alguna. Cuando se había refugiado en la cueva del cariño, la serpiente le había mordido. Pero a partir de entonces, el veneno que corría por su sangre era un asunto de su sola incumbencia:

*I'm coming along.*

Así lograba permanecer en el grupo de sus amigos, sintiéndose distinto a todos ellos y habiendo perdonado, en apariencia, a Robin, aunque, también como en la canción de Supertramp, lleno de dudas.

*And you're full of doubt*, así lo cantaba Roger Hodgson, en un débil aullido que se iba difuminando en la guitarra eléctrica que daba paso al piano de Rick Davies, tan rotundo y poderoso en comparación con la melancolía de las grabaciones de Elvira Moncada. Porque él, Monte, necesitaba ese vigor, repetir con coraje, como en el estribillo: *Don't do this and don't do that*, porque él pensaba hacerlo, no sabía qué, pero sí cómo, por propia voluntad, pues a ella le conducía el tornado de sus emociones.

¿Le ocurría lo mismo que a Orfeo? Lo había leído en uno de los libros que le había prestado su abuelo Ramón: «A menudo se sentaba en los bosques sombríos y cantaba su amor, pero su corazón no estaba en paz, pues preocupaciones insomnes atormentaban su alma cuando contemplaba al hermoso Calais».

Salvo los torpes, tímidos besos que se había atrevido a darle a Isabel, salvo los roces robados en el baile a novias ajenas y mayores, Monte no había estado con ninguna chica. Ciertamente era que incontables de ellas habían pasado por su imaginación. Cuando dudaba de su orientación sexual, desplegaba el listado antiguo de sus masturbaciones, aduciendo también que su miembro quedó inválido, además de atónito, cuando Robin lo agarró a traición. Pero, aparte de estas razones, era incontestable que su primera experiencia importante había venido de las manos de un hombre. Un hombre por el que no solo se sentía traicionado, también abandonado. ¿Había deseo en ello? *Dreamer, you stupid little dreamer*. Incontestables eran los celos que se activaban en él cuando veía al profesor marcharse con Ancas. Monte, en el salón chino, cantaba con Supertramp a voz en grito para no oír su propia conversación interna. ¿Homosexual? *So now you put your head in your hands, oh no!*

Monte había intentado responder a esta pregunta fijándose en sus amigos más atractivos. Moro, sin duda. Los labios bien dibujados. Los ojos enormes y oscuros, con las cejas tan negras que parecían pintadas con lápiz de mujer. Hacía tiempo que no venía a las escaladas porque se encontraba débil. Le estaban haciendo pruebas. Monte se sentaba a menudo en el recreo con él. Si no querían jugar al fútbol, filosofaban sobre los acontecimientos del patio del colegio. ¿Por qué Santi, el asesino de Lorca, como lo llamaban definitivamente, ponía cara de mandril cada vez que atacaba la portería contraria? ¿Por qué su compinche, Dueñas, seguía en el colegio tras haber sido denunciado a la policía e interrogado por ella? La complicidad entre ellos había resultado evidente después de que el padre de Santi, aliado con el de Dueñas, realizara una donación extraordinaria al colegio, con la promesa de que sus hijos jamás se acercarían a Monte. Dueñas y Santi la cumplían pero, por si acaso, Antifaz le había puesto un ojo morado a cada uno.

La fortaleza de Antifaz, el caminar poético de Ancas, la rapidez de Guevara, la soltura de El Rubiales, la seguridad de Haddock, ¿eran excitantes? Monte mantenía su juramento de no volver a masturbarse pero pensando en ellos ni siquiera tenía que hacer el esfuerzo. ¿Y el incubo? Detestaba a Robin. Más poderosa que los celos, era la intensidad de su rencor.

Decidió tomar la iniciativa, investigar en aquella angustia, y en la necesidad de ser aceptado por el monstruo. En su estado de confusión. Después de tanto remordimiento. Febril e incapaz de pedir ayuda a nadie, no solo por falta de valor, sino por la pretendida madurez de estar controlando su secreto, de quitarle importancia en los momentos de calma. Él sería el ejecutor de su destino.

Monte se acercó a Robin en el recreo.

–Quiero ir a tu casa este fin de semana.

El profesor guardaba los apuntes en el maletín de cuero, donde también asomaban partituras, un libro de psicología, una gorra deportiva.

Alzó la mirada de plástico, un plástico acuático y nacarado. Dentro,

destelló un pensamiento, como un alga movida por la corriente. Dijo Robin:

–Ya te he dicho que no. Pero si te empeñas, antes lo tengo que consultar con tu madre.

Por la tarde, Monte la previno. Necesitaba distraerse el fin de semana, salir de casa, dejar de oír el piano hora tras hora. Elvira, por influencia de Robin, había vuelto a tocar.

–Están volviendo a mis dedos –dijo al día siguiente en el café–. Bach, Mozart, Chopin, Schubert, Scriabin, Satie, Rajmáninov. Te lo debo a ti – continuó, extendiendo el brazo hacia el rostro lampiño de Robin, que cogió la muñeca de la mano que le había acariciado, y la besó.

Elvira sonrió, bajando la mirada, agradecida, recibiendo el beso, ahora en la mejilla, un beso casto, sereno, casi familiar, del profesor de música.

De Monte apenas hablaron.

–Sí, por supuesto, puede ir contigo.

Podía decirse que Monte había perdido toda carnalidad con Robin. Como si le hubiera tocado el rey Midas y no el incubo. El aire que les envolvía cuando estaban juntos se había transformado en una malla metálica donde resbalaban las conversaciones, un oro sordo que impedía la conexión entre ellos. Hablaban las bocas mientras los pensamientos ejercían su poder de disimulo, con una extrema amabilidad que a veces fosforecía como en los tiempos en los que habían confiado el uno en el otro, y que animaba el espejismo de aquel sábado en que volvieron a subir a la sierra. Había mucha nieve, por lo que eligieron un trayecto por las laderas boscosas. Había arroyos recién nacidos. Había viento en las hojas. La naturaleza sonaba y ellos caminaban mudos.

Al llegar a la casa, los objetos que habían decorado las fiestas pasadas ahora permanecían como testigos de la gracia desaparecida y de los monosílabos que intercambiaban Monte y Robin.

Monte juntó los módulos del sofá, para los dos. Robin se fue a dormir a su cuarto.

Monte caminó hacia la habitación de Robin.

Se lo encontró despierto, como si el profesor supiera cada paso de lo que iba a suceder y, por lo tanto, hubiera adivinado que el niño le iba a devolver la visita al íncubo. Monte se sentó al borde de la cama. Sintió que el colchón se hundía bajo su peso, como percibía nítidamente en sus pesadillas cuando alguien invisible se acomodaba junto a él.

–¿Qué haces?

–Voy a masturbarte.

Robin se dejó agarrar el pene, que enseguida alcanzó la erección. Monte anotó el tamaño y la dureza como si el habitante habitual de su mente hubiera desaparecido para ser ocupado por un científico, desapasionado, perfeccionista. No sentía nada más en su interior. El rey Midas le había convertido en un robot de oro, en un investigador sin alma, en un vengador vacío. Sacudía aquel cilindro de carne, arriba y abajo, como había aprendido a hacer tantas veces consigo mismo, pero sin cerrar los ojos. Aquel pene era mayor que el suyo. También los testículos. Lo dijo en voz alta, fría y nítidamente.

Robin no le miró. Continuó de costado. Sus labios no se movieron esta vez para elogiar la pureza de la adolescencia. Lo hicieron, con la misma serenidad de Monte, para anunciar lo contrario:

–Tú serás igual cuando tengas mi edad.

*No, no lo seré*, pensó Monte moviendo su mano, con rabia renovada, más veloz, hasta anotar con el pensamiento:

*El cetro es mío y me obedece.*

El semen de Robin se fue desperdigando, acerado en la penumbra. También el profesor no era más que un robot, que obedecía y soltaba líquidos al accionar una manivela.

Monte, el íncubo, percibió el vacío del aire y el que había dentro de sus propias costillas.

–Estamos en paz –dijo.

Se levantó y fue a la guarida del sofá. Sentía una calma que no se parecía al bienestar sino a la respiración de las máquinas. Se quedó dormido y, al despertar, no recordó sus sueños.

Por la tarde, de vuelta a casa, cuando puso el disco en el salón chino,

recordaba la vida de otro. Alguien parecía haberse vengado, aunque lo sucedido recordara más a aquella otra canción que estaba escuchando y a cuya letra encontraba, aquel domingo, un nuevo significado. La puerta cristalera del salón, cerrada, contenía una pecera de sucesos escondidos. Más allá se oía la voz de sus hermanos, la de su madre. Este lado del cristal estaba inundado por *The crime of the century*. Era la última canción del disco, a un volumen muy alto. Monte susurraba *now they're planning the crime of the century*. Y una vez que acababa la canción, la volvía a poner, después de apuntar, con la pluma que le había regalado su padre, la traducción en su cuaderno:

Y violan el universo  
y van de mal en peor.  
Quiénes son  
estos hombres  
de lujuria,  
avidez y gloria.

Monte murmuraba despacio, enfadado: *and they rape the universe*. Era el momento en que la canción pasaba desde el acompañamiento de un piano solitario al crescendo múltiple de guitarras, sintetizadores y batería. Monte se dejaba llevar por la tormenta de sonido mientras apretaba los ojos, viendo una vez más las imágenes de la noche pasada. Alguien, quizá, parecía haberse vengado. Monte murmuraba despacio, cada vez más furioso con aquel que había sido ayer: *Who are these men of lust, greed, and glory?* Y apuntaba los últimos versos de su traducción:

Arranquémosles las máscaras.  
Somos tú y yo.

## Capítulo 4

Miró el aljibe. Sobre la superficie verde, rodeada de arrayanes, flotaban las últimas hojas del invierno. Rotaban en el remolino que provocaba el surtidor de la fuente y luego eran expulsadas hacia las nubes reflejadas en el agua. Así iban ocurriendo los acontecimientos, incesantes, y luego sombras que se llevan las estaciones, sintió Monte, poniéndose en pie y caminando hacia la salida de la Alhambra. Su madre se había marchado aquel fin de semana en su primera gira de conciertos después del «regreso», como ella lo llamaba: uno en Córdoba y otro en Sevilla, en auditorios modestos pero suficientes para que Elvira Moncada fuera recuperando la seguridad. Habían hablado de ello mucho en casa. Era el tema que había sustituido definitivamente al planto por el difunto. Lurdes perseguía a su madre por el pasillo, asesorándola en los vestidos y alhajas que debía ponerse. Miguel aprovechaba el entusiasmo para escondérselas, y ofrecerlas a su madre a cambio de alguna propina.

Monte escondía solo lo invisible.

Él, por completo, era un escondite, como una pequeña encarnación de Escarcha.

Una densidad negra se había apoderado de él después de enterarse de que Robin iba a acompañar a su madre en el viaje.

–Necesito un escudero –había bromeado ella ante sus hijos, para confesar enseguida–: Alguien que me escuche en el último ensayo, y me ayude a controlar este temblor.

Era imperceptible a primera vista. Sus manos temblaban sobre el teclado cada vez que pensaba en el público. Lo temía. Temía cada uno de sus pensamientos.

–¿Para esto va a regresar Elvira Moncada?

–No ha vuelto a haber en España una pianista como tú, no te preocupes, no tienes rival –le había contestado Robin en el café.

Monte evitaba hablar con él. Era algo recíproco. Aunque el profesor, de cuando en cuando, interrumpía la fingida indiferencia para lanzarle ataques mínimos en el interior del grupo.

Hablaban, por ejemplo, de la gente que piensa demasiado. De los adolescentes que quieren ser adultos. De los que sufren inútilmente en vez de disfrutar haciendo las cosas de su edad.

Monte había contado que quería hacerse socio de Greenpeace.

–Los ecologistas sois como las sandías –replicó Robin mirando al grupo de amigos y no directamente a Monte, como alertándolos de un peligro inesperado–. Verdes por fuera y rojos por dentro.

–¿Y qué problema hay? –había contestado Monte–. Mi padre era rojo. Y mi abuelo lo sigue siendo.

–Y tu otro abuelo se alistó con los nacionales. Por qué tienes que escoger entre los dos. ¿A quién prefieres?

–A los dos mientras estén vivos. No sé qué ocurrirá cuando se mueran.

Robin se le había quedado mirando, ahora sí, fijamente.

–Es un monstruo –exclamó Antifaz para apoyar a su amigo, a quien admiraba por los poemas que escribía.

–Eso es –dijo Robin–. Es un monstruo –subrayó–, en el doble sentido, un monstruo doble.

Ayer el profesor se había ido con su madre, *y hoy habrán dormido juntos, como hacía conmigo*, se dijo Monte, deteniéndose ante la iglesia de Santa María de la Alhambra. Preguntó la hora a alguien que entraba. Había quedado con su abuelo Ramón en el Albaicín, *pero todavía hay tiempo, hay tiempo*.

Dentro de la iglesia, sonaba música. «*Stabat mater* de Dvořák», leyó en la puerta.

Avanzó por un lateral, renunciando a buscar asiento en los bancos abarrotados, y se apoyó en una columna, muy cerca del altar que ocupaban el coro y la orquesta, dirigidos por un hombre calvo y sonriente, solícito en su

manera de dar entrada a los solistas que tenía a cada lado: *soprano y mezzo, tenor y barítono*, calculó Monte, *así somos, clasificables por nuestra imperfección pero armónicamente hermosos cuando hacemos una música como esta.*

El poder de voces humanas diferentes, reunidas en un solo canto, se ampliaba en la bóveda de la iglesia, viajaba en el aire *como una explosión benéfica que cae sobre las cabezas del público y hace vibrar las cuerdas del pecho. Dentro tenemos molinos de música.*

Monte observó las primeras filas de bancos. Mujeres absortas y arregladas se abanicaban a parecido compás. Al hacerlo, repartían el perfume de sus cuellos, canela o ámbar.

*Hasta los muertos se congregan a escuchar. ¿No es verdad, padre?, a ti te habría gustado oler este perfume.*

Monte se fijó en la Virgen situada en el centro del altar. Sostenía el cuerpo del mártir de la Cruz con extrema delicadeza, aún mayor que la música de Dvořák. La mano derecha aguantaba la cabeza del Hijo ajusticiado y la mano izquierda recogía la mano inerte del cadáver, derrumbado sobre el regazo de María, que miraba el rostro vencido de Jesús con una tristeza tan humana que parecía viva. Monte había visto aquella misma expresión en el rostro de su madre, cuando después de llorar parecía observar por la ventana el pretérito caminar de su marido bajo los árboles del invierno. Pero aquella suavidad de los labios y de los grandes ojos entornados le recordaba a una amiga de su padre.

Su padre le presentó a Eloísa una tarde en que se lo había encontrado por azar en la parte del río, donde el cielo se abre hacia la sierra. La rodeaba por el hombro, sonriente bajo el brillo avergonzado de la mirada. Ella bajó los ojos para decir algo prudente que buscaba aplacar la hostilidad del chico que, sin embargo, embozado, pensó:

*Sería un pecado no amarla.*

Parecía tan acariciable esa piel como la mejilla esculpida de la Virgen del altar, imposible no querer pasar los dedos por sus labios, marcados por una carnosa melancolía, imposible eludir la tentación de besarlos, en la novia de su padre, si lo era, o en la escultura de la Dolorosa. Él quisiera recostarse en

el regazo de las dos. *Padre, déjame a mí. Señor, ahora es mi turno.*

Con Robin había perdido la pureza de corazón. Ya no le sería permitido recibir el sermón de la montaña: «Bienaventurados porque solo ellos verán a Dios». Lo oiría, pero sabiendo que él había quedado excluido, desterrado de la bienaventuranza. Lo oiría, pero no vería a Dios. Hacía tiempo que había quedado enterrado en la cicatriz de su frente. Y, a cambio, había ganado otra fuerza. Gracias a la falta de pureza había logrado convertirse en íncubo él también, atacar a Robin, acabar con los celos y con la sensación de abandono. Transformándose en él, se había liberado de él. Un monstruo, sí. Robin tenía razón en eso. Y, como tal, amaba la figura inalcanzable: la que permanecía inalterable y doliente en el altar.

Entonces se fijó. En la mejilla de la figura pálida había aparecido un rastro oscuro: una fila de hormigas rojas descendía hacia los labios de la estatua. *Hormigas líquidas, lentas, que anhelan completar el camino entre el ojo izquierdo y la boca.*

—¡Sangre! —gritó una de las mujeres, interrumpiendo el *Stabat Mater*, y señalando hacia el altar.

Una hora después, el abuelo Ramón vaticinó lo que ocurriría en Escarcha al día siguiente, y ya toda la semana, hasta que el arzobispado retiró la imagen para analizar «científicamente» aquel fenómeno que la Iglesia se resistía a calificar como milagroso. No así la gente que hizo cola durante cada día para ver las lágrimas de sangre de Santa María de la Alhambra. El propio Monte regresó para volver a ver lo que le pareció durante el concierto «un hecho demasiado material para ser cierto», como había sintetizado luego su abuelo, a quien Monte visitaba cada vez que podía.

—En el caso de que una Virgen llorara se tendría que romper el mundo, pero lo que pasa es que cae líquido espeso por un rostro de alabastro.

Ya estaba seco la segunda vez que Monte lo observó durante los pocos segundos que le permitía el empuje de la multitud.

—No estoy seguro, abuelo. Tú siempre dices que el mundo es un milagro. Si los milagros existen, deberían ser naturales.

–En cualquier caso, a los granadinos le importa la sangre de las estatuas más que la de los poetas –continuó su abuelo–. Curiosamente, la mayoría de ellos desconocerá que García Lorca participó una vez en la procesión que saca esa misma imagen en Semana Santa. Fue unos años antes de la guerra. Y, según me han contado, iba en cabeza, portando la Cruz. Supongo que es cierto si lo dice la gente del barrio. Lo que no dicen es que luego lo dejaron morir. En aquel momento no lo sabía nadie, tampoco él. Aquella cruz iba a ser la de su propia crucifixión.

Esa era la teoría de su abuelo. Todos estaban implicados, aunque fuera de manera inconsciente.

–Me gusta el nombre con que has bautizado a esta ciudad. Vivimos en la Escarcha de los vencedores, vivimos en la Escarcha de los verdugos. Si no ellos mismos, sus hijos. Si no ellos mismos, sus nietos, como ese niño de tu colegio del que me has hablado. Vivieron durante décadas aceptando el asesinato, murmurando quiénes eran los asesinos, y sin hacer nada al respecto. No es solo que temieran a Franco. Es que eran parte de él, parte de su silencio o de su indiferencia.

Monte sintió que su rabia se movía. No era justo concentrarla en el botarate de Santi. Santi era solo una piedra en el agua, la que él había visto de cerca. Pero la onda se expandía por la ciudad entera. Atravesaba la carne de sus profesores, los muros del colegio, las calles que lo rodeaban. En una de ellas estaba la casa de los Rosales, donde Lorca había buscado ingenuo refugio. La onda abarcaba circularmente el ayuntamiento, la catedral, las calles bulliciosas del mercado, los edificios de las universidades, los campos deportivos, la plaza de toros, las torres de las iglesias, sus campanadas en el aire,

*solamente por oír la campana de la Vela,*

los barrios aledaños, la vega que se extendía en su mar de tabaco, los álamos vibraban también con reflejos de sangre, manchando el aire que soplaba hacia los pueblos, carretera arriba, hacia Víznar y Alfacar. Nadie se libraba. Tampoco sus abuelos Alba y Daniel. La sombra rojiza tintaba la nieve de la Sierra, el agua de las fuentes. En Fuente Grande, entre Víznar y Alfacar, surgía el agua más transparente del mundo, en un remanso donde

bailaban las algas. Entre Víznar y Alfacar, Monte paseaba con frecuencia. Se sentaba bajo los pinos del barranco. Entre el olor de sus afiladas hojas se filtraba el del asesinato, el del entierro en la cuneta, cerca de la fuente de Aynadamar, o de Las Lágrimas, que continuaba regando Escarcha a través de una acequia que construyeron los árabes que fueron expulsados. Junto a ella le habían pegado el tiro a traición. A Lorca y a los demás. La acequia transmitía los hilos de la sangre en el agua que toda la ciudad alababa por su pureza. *No hay agua pura en Escarcha, se dijo Monte. Todos somos el 65 % de este agua. Nuestro cuerpo. Nuestros recuerdos.*

–Esa es la Escarcha que te está criando –dijo el abuelo Ramón–. La misma que embucha sangre de cerdo en las celebradas morcillas de Víznar y Alfacar.

Monte recordaba bien cómo había vomitado después de atiborrarse de uno de sus manjares favoritos y el de toda la familia. Eran las fiestas del pueblo. Giraba en uno de los columpios que habían instalado para la ocasión. No había podido digerir tanta sangre y acabó vomitando. Manchó a sus hermanos, y a los otros niños, y a algunos padres. Todos estaban manchados.

Monte, en casa de su abuelo Ramón, notó cómo los ojos se le empañaban. No era solo la Virgen de la Alhambra quien lloraba hormigas rojas.

*El cuerpo junto a la acequia.*

*Mana sangre pura en el agua impura.*

*Lavan las tripas con agua.*

*Luego las rellenan con sangre condimentada.*

*Como un manantial coagulado.*

–Tu padre me contó que una de vuestras vecinas tiene a Franco y a Tejero en un altar, en el recibidor de la casa.

Era una mujer con cara de desgracia. Saludaba con los labios apretados. Según la madre de Monte, estaba enamorada de un hombre que le dejaba promesas por cumplir. En el patio de vecinos, a veces se oía que lloraba al teléfono. También se oían los gritos de la familia del quinto. Dos hermanas que se insultaban, ante la mirada, imaginaba Monte, de la más pequeña, Olga. Se la encontraba en el portal, siempre sola. Tendría ocho años. Iba o venía del colegio. Sonreía con timidez, con dulzura. Arriba quedaban los gritos.

El mundo estaba contaminado. La sangre, al evaporarse, llovía sobre la ciudad.

–Hemos sido nosotros –dijo Monte.

–¿Cómo?

–Hemos sido nosotros.

Monte cerró los ojos. Su propia mano. La mano cínica de Robin. La mano temblorosa de su madre. La mano delicada de la Virgen. La mano exangüe de Lorca. Era él a quien ella sostenía en el altar. El cuerpo lacio del poeta en el regazo de la madre. *Escarcha es la madre*. La misma ciudad que lo había entregado lo consolaba, lo adoraba. Escarcha, desperdigada en miles de personas, iba a ver la figura con devoción. La misma ciudad que lo había asesinado lo idolatraba. Cuando llegaba Semana Santa, lo sacaban en procesión. *Santa María, llena eres de Escarcha*. Ahora, la ciudad completa hacía cola delante de la Virgen milagrosa. Pero no la visitaban a ella. Era la sangre lo que visitaban.

–Parece que llevan haciendo cola durante cuarenta años de franquismo. Lo llaman la transición –dijo su abuelo.

Algunas gotas, de la sangre de la Madre, habían salpicado el rostro del Hijo.

*También el mío. Se puso a llorar cuando pensé en besarla.*

–De quién me puedo fiar, abuelo. Ni de mí mismo. Hasta los muertos parecen esconder algo.

–Al menos ellos ya no pueden mover el pasado, en eso son mucho más fiables que los vivos. Aunque hay cosas que los vivos tampoco podemos cambiar. También yo maté a hombres en la guerra. Y a veces daría una mano, la misma que disparó, por devolverles la vida. Pero mira, ven, te voy a hacer un regalo. He visto que vas con la muñeca vacía –dijo sacando un reloj del cajón del escritorio–. Solo de estos inventos te puedes fiar. Miden la exactitud fugitiva. Miden nuestra percepción de lo que es la vida. Y, aunque esa percepción nazca de una perspectiva limitada, el recorrido de un segundero es perfecto, implacable. Cuando tengas dudas pregúntale a esa aguja. En cada golpe, contesta «sí»; o contesta «no». Nunca dice «quizá». No le da tiempo a decir «quizá». «Sí» o «no». Estas son las palabras del reloj.

## Capítulo 5

El día en que regresó Casilda, Monte apenas pudo saludarla. Ella había aparecido en la Casa de las Piedras de Río, conduciendo un espectacular BMW, del que se bajó su marido alemán, con una niña en brazos tan rubia como él. Venían a buscar a Moisés, que llevaba cavando en la huerta desde muy temprano y que, por los gritos de alegría que dio, desconocía el regreso de su hija. Monte la miró atónito desde el porche: envejecida pero ultramoderna, con su voz desalentada, inconfundible, que sacudía las hojas del peral y espantaba a los pájaros mañaneros. Cargando con su mochila, Monte caminó hacia la cancela, donde debía estar ya esperando la Volkswagen kombi. Separado solo por el seto de boj, se detuvo ante ella, que se volvió hacia él y le escudriñó con la mirada.

–¿Te acuerdas de mí? –vaciló Monte.

–Cómo voy a olvidar al niño más raro del mundo –exclamó ella, pasando de la seriedad a la risa exagerada, y achuchándole con una fuerza que le dejó pegados varios kilovatios de perfume–. Mira, esta es mi hija. Tiene la misma edad que tenías tú cuando yo te cuidaba.

Rubia, de delicados ojos azules y naricilla chata, parecía la imagen contraria de Casilda.

–¿Cómo te llamas?

–Casildina –contestó, con aflautada timidez–, como mi madre.

Sonó el claxon de la kombi en la cancela.

Había decidido ir a los campamentos tras una conversación con su madre, una vez que terminaron las giras de conciertos. Se había atrevido a insinuar:

–Tú y Robin...

Elvira negó con la cabeza, riendo, apartando la idea con un gesto.

–Te aseguro que a tu profesor no le van las mujeres.

Monte imaginó la habitación de hotel. La desnudez de Robin tal como él la conocía. La de su madre, que siempre había evitado conocer. Los dos en la cama. Elvira abrazaba al profesor por detrás, igual que había hecho él con Monte. Y, de la misma manera, ella trataba de manipular el pene, flácido, inútil salvo para mear.

En cuanto pudo, fue con el cuento a sus amigos.

–Seguro que es marica –bramó Haddock.

–No se mueve como un marica –contestó Antifaz.

–Y qué me decís de sus manos en el piano –afinó Guevara.

El Rubiales, Ancas y Monte callaron. Moro seguía en el hospital, y no había podido acompañarlos a los campamentos que Robin había organizado con sus alumnos y antiguos alumnos del colegio.

Cuando Monte se despidió de Casilda y abrió la puerta de la kombi, descubrió a una mujer en el asiento del copiloto. Mientras se hacía sitio entre Ancas y los demás en la parte de atrás del coche, le llamó la atención el pelo negro y lacio, como el de una japonesa.

–Monte –dijo Robin, conciliador, al volante–, te presento a Diana, mi hermana.

Ella, al girarse, le sonrió brevemente con sus labios ligeros, sin pintar, observándole con unos ojos mucho más vivos, aunque más entornados, que los de su hermano, del color amarillo-verdoso de los líquenes.

–Así que tú eres el pequeño Poe –dijo.

Monte llevaba meses hablando de su descubrimiento de las *Narraciones extraordinarias*. Le habían fascinado tanto que se sabía de memoria fragmentos de algunos cuentos.

–El monstruo –aclaró Guevara.

Todos rieron, salvo Diana, ajena a la broma, y Monte, que siguió recibiendo en la mirada de la mujer una complicidad todavía misteriosa pero que estaba inaugurando un entendimiento exclusivo entre ellos.

–«Juro por mi alma que no puedo recordar cómo, cuándo, ni siquiera dónde conocí a lady Ligeia» –dijo Monte.

—«¿Podía ser realmente Rowena, lady Rowena Trevanion de Temaine, la de los cabellos rubios y ojos azules?» —contrató Diana, continuando el juego, ante el silencio de los demás.

Y Robin pisó el acelerador, carretera arriba, camino de la sierra, subiendo el volumen de la radio del coche, donde en ese momento sonaba *Michelle*, la canción de los Beatles que se iba a convertir en el himno de los campamentos.

La historia de cada uno parecía suceder dentro de su propia manera de silbar *Michelle*. La canción vibraba en los altavoces colocados en los troncos, dentro del bosque, a la hora del desayuno. Y luego en la mente de los monitores que se dedicaban a la limpieza de la cocina o de la fosa séptica, y animaban las actividades de los muchachos, escaladas o yincanas, también en ellos cuajaba la canción, *ma belle*, con una sensación de pertenencia a un grupo mejor, idílico, adolescentes libres de sus padres. Robin silbaba *Michelle*, solitario, bienintencionado en sus gestos y, a diferencia de los demás, en el interior de un hueco permanente, rodeado por todas las miradas que se concentraban en él, pero a distancia. Su hermana era la única que entraba con naturalidad en ese hueco. Pero los demás se protegían entre sí, se comunicaban a través del silencio. Se notaba claramente en las noches en que, después de subir alguna cumbre, los acampados dormían a la intemperie, amontonando los sacos unos al lado de los otros. Las miradas, atentas al firmamento, parpadeaban después de haber compartido su conversación secreta. Entonces los monitores se colocaban en círculo alrededor de los más jóvenes. En la densa oscuridad, interrumpida por el canto intermitente de los búhos, se oían respiraciones y ronquidos, el apacible viaje del planeta en el espacio. Hasta que por la mañana se despertaron con las bravatas de Haddock, quien había dormido al lado de Robin, y con voz teatral, gruesa y bienhumorada, exclamaba:

—¡Resulta que este maricón me ha echado mano al paquete!

Se reía señalando a Robin, que se disculpaba con una sonrisa:

—Quien se acuesta con niños *meao* amanece.

–Mariconazo –continuó Haddock, zafándose del saco y saliendo al aire de la mañana, mientras, todavía dentro del suyo, los monitores se reían también, se miraban definitivamente comunicados, cómplices, *Michelle, todos lo saben*, pensó Monte, no solo El Rubiales, no solo Ancas, si es que había recibido la visita del incubo, los monitores guardaban el mismo secreto, sus antecesores en las fiestas del profesor y en los módulos del sofá, como ahora dormían en el campo, protegiendo a las ovejas del lobo. *Porque los perros no saben hablar, actúan en silencio, sin desvelar lo que saben*. Todo sucedía en los ojos, todo sucedía en el silbido, *ma belle*.

Al anoecer, Monte buscaba la compañía de Diana. Se juntaban bajo los álamos, entonando *Michelle*, y algunas canciones de Serrat, *Lucía, Penélope*, todas con nombre de mujer. Diana tocaba la guitarra y cantaba con una voz aguda y frágil, en voz quebradizamente baja. A veces su vergüenza se rompía en una carcajada nerviosa.

–Ahora toca *Ligeia* –dijo Monte, animado por el vino y el calor de la mujer, contra cuyo cuerpo maduro se apoyaba, en el costado, mientras ella sacaba unos acordes dubitativos de blues, suficientes para que Monte inventara una melodía para el final del cuento de Poe:

Estos son los grandes ojos,  
estos son los ojos negros,  
los extraños ojos de mi perdido amor,  
los de lady Ligeia,  
los de lady Ligeia.

Cantando, diferentes, se notaban unidos. Monte simulaba ser adulto en compañía de una mujer. Robin se había encargado de que lo fueran él y el resto del grupo, y de que así se sintieran a su alrededor. Y muchos, no se podía afirmar cuántos, eran iniciados en algo de lo que no podían hablar pero latía en las voces que cantaban con timidez, en el silbido que se perdía en el bosque cuando alguien, *Michelle*, se internaba en él.

–Siéntate bien –Le había dicho Casilda a su hija, unas semanas más tarde, en la casa de Alfacar, bajo el parral del porche, donde los Moncada escuchaban, otra vez, cómo a la hija de Moisés le había cambiado la vida cuando había conocido al Alemán en Múnich. Ella intentaba hacerles ver, a quienes habían sido sus patronos, que en el fondo todos ellos eran unos paletos–. He dicho que te sientes bien.

La niña Casildina permanecía de rodillas sobre el asiento, y los adornos calados en el metal se le marcaban en la piel. Monte se acordó de cuando a él le repetían esa misma frase en numerosas ocasiones, de niño, sobre todo a la hora de comer.

–Siéntate derecho –le decía su abuelo Daniel.

–No te sientes en el borde –le decía su padre.

Y su madre:

–Apóyate en el respaldo.

–No te retrepes en la silla –le encarecía su abuela Alba–, que te vas a caer.

Pero él acabó por caerse al suelo, porque se rebelaba contra lo que era una parte fundamental de su educación: aceptar la norma del asiento como quien acepta la horma del zapato, los límites para caminar tanto como los límites para estar quieto.

Y él no los soportaba. *Michelle*, sonó en su pecho, como una escapatoria. Los días del campamento habían quedado atrás, pero no habían podido engullir la canción. Tampoco el otro nombre, el que él asociaba a Diana y al poder mágico de algunos libros.

–Se encarnan en nosotros, anulando la muerte de aquellos que los escribieron –había dicho ella.

–Venga, lady Rowena, vamos a dar un paseo –propuso Monte a la niña Casildina.

La había acostumbrado a llamarla así, en un juego que ella aceptaba y que ayudaba a que la niña le respondiera, cuando estaban en compañía de su madre.

La antigua niñera que maltrataba a Monte le había pedido que cuidara de su hija, a cambio de generosas propinas que le daba delante de Elvira,

subrayando el poder adquisitivo que La Alemana había alcanzado.

Cuando Monte recibió el ofrecimiento, pensó que el espíritu de la madre, morena y con los ojos negros, siempre estaría presente en aquella niña de ojos azules, al igual que, en el cuento de Poe, Ligeia se había apoderado de lady Rowena. Y que en la hija tenía ahora la oportunidad de superar la relación turbulenta que había mantenido con la madre durante su primera infancia.

*Te devolveré bien por mal.*

*Te convertiré en amor, lady Rowena.*

A Casildina también le gustaba estar con Monte. Él le contaba versiones edulcoradas de los cuentos de Poe, le enseñaba a subir a los árboles y a nadar en la piscina. Daban largos paseos donde ella aprendía el nombre de los árboles y de los pájaros. Y Monte era un feliz maestro de ceremonias en lo que tanto le había fastidiado de niño: enjaular la realidad en sus respectivas palabras.

Dejaron atrás la conversación del porche, oyendo el crujir de los chinos bajo sus pasos.

–¿Ves?, tu sonido es más pequeño.

Casildina sonrió y apretó más la mano de Monte.

Sonó la campana de la iglesia. Parecía cruzar no solo el espacio que les separaba de la torre (invisible en el fondo del pueblo), también el tiempo, un tiempo donde se concentran las campanadas que han sonado, un día tras otro, en cada ciudad y en cada siglo, uniéndolos, donde Monte daba cada paso de la mano de Casildina, sobre los terrones del huerto, que se desmoronaban como las campanadas.

–Lady Rowena –repitió él–. Lady Rowena Trevanion de Temaine, la de los cabellos rubios y ojos azules.

Casildina le sonrió y le echó las manos al cuello.

–Cógeme en brazos.

Monte lo hizo. La cargó y ella se recostó en su hombro, dejando que su pelo rubio descansara como un río sobre la camiseta negra del muchacho.

Así fueron hasta la higuera. Se internaron bajo las ramas. La sombra de las hojas, proyectada por el foco dorado de la tarde, bailó sobre sus cuerpos como manos.

Monte se sentó en la tierra, con la niña sobre las piernas cruzadas.

–Cuéntame otro cuento –pidió ella.

–Primero, dame un beso.

Monte sintió felicidad en el gesto rápido y natural de Casildina.

*Eso sí es la inocencia, pensó. No aquella de la que hablaba el incubo.*

La higuera desprendía su frondoso aroma de verdores fermentados, clorofilas silentes, evaporadas.

Monte percibió cómo el deseo dibujaba en su pecho la silueta de una acción, todavía indeterminada, pero a punto de tomar forma.

–Dame otro beso –dijo Monte.

Esta vez agarró la cabeza de la niña, cuando ella se movió hacia él, y la detuvo enfrente de su rostro.

Los ojos azules sonrieron, aún con la luz que venía de la candidez y de la confianza tanto como del giro de la Tierra, que se resistía a entregar definitivamente el crepúsculo.

Pero Casildina vislumbró la extraña llama que se había encendido en la expresión de Monte. Comprendió el mensaje de aquellas manos que le apretaban la cabeza. Forcejeó por soltarse y Monte cedió a la presión. En la mirada de la niña la inocencia estaba siendo invadida por una corriente ciega. Entonces Casildina corrió en dirección al porche.

Monte, con los ojos empañados de lágrimas, vio a la niña tropezar entre los terrones, bajo el sol poniente. Caer una vez. Levantarse.

## Capítulo 6

Monte sintió alivio cuando las Casildas regresaron a Alemania a mediados de agosto. Lo que había estado a punto de hacerle a la niña le había dejado tan impresionado como el hecho de haberse visto reflejado en ella. Aquel instante donde aquel repentino y sí, monstruoso, deseo se estaba convirtiendo en un hecho que ya no tendría vuelta atrás, por fortuna se había transformado en un espejo en el que vio al mismo tiempo el alma de Casildina y la suya propia, quebrándose simultáneamente, en un solo cristal. Aquellas grietas le habían enseñado el insecto que ocultaba en su interior (una cucaracha que, como en el relato de Kafka, había nacido de una herida humana) y, horrorizado ante sí mismo, supo liberar de sus manos aquella preciosa cabecita. Para no seguir pensando en ello, escuchaba una y otra vez la Sexta de Chaikovski, en el salón de la Casa de las Piedras de Río, cuya música moldeaba su corazón como un alfarero que hundiera sus manos en la arcilla, la ahuecara, deshiciera ventrículos, aurículas, válvulas, y en lugar de ellos instalara timbales, trompas y violines con amarga dulzura, con melancólica plenitud. A través de los muros, se oían las zambullidas y las risas de sus hermanos en la piscina, y se adivinaba el bailoteo espejeante del agua.

Había venido a pasar unos días con ellos la prima Rebeca. Su madre, hermana de Elvira, había decidido enviarla desde Canarias para que conociera a su familia peninsular y animara a sus primos en el primer verano sin padre. Monte la había visto en bañador. De sobra había cumplido quince años. Parecía una escultura de madera africana, tensa, antes de tirarse de cabeza desde el trampolín.

—¿Qué haces aquí solo? —le preguntó su abuelo Daniel. Venía de la

capilla, con un libro en la mano—. Toma, deberías leerlo. Es el mismo que leía tu padre. Teníamos muchas diferencias. Pero siempre podíamos hablar de san Juan de la Cruz.

Monte tomó el libro pero no lo abrió.

—Esta es mi sinfonía favorita —continuó el abuelo cerrando los ojos—. Escuchando esta música no puedes estar solo.

A contraluz se acentuaba la soledad del abuelo Daniel. Había formado una familia en un tiempo que ahora desaparecía, fundido en hábitos nuevos. Dogma, disciplina, decencia, oración, entrega, los valores que él representaba parecían escurrirse lentamente, como un trapo que se estruja encima del fregadero.

Monte se sentó en el bordillo de la piscina. Su hermano Miguel se lanzaba como un misil para cazar a su hermana, que reía entre salpicaduras azules. Rebeca, a punto de sumergirse, huyendo también del niño que les perseguía, enfocó sobre Monte su mirada de color tabaco entre el reflejo del sol, batido por el agua. Monte sintió que se había parado el reloj que le había regalado su otro abuelo. Más exactamente: sus famosas palabras, sí, no, se pronunciaban con meticulosa lentitud. Inclino la barbilla hacia el sol, inclinado ya en el oeste. Él era el inmenso ojo donde todo estaba sucediendo. El eje alrededor del cual giraban, con la Tierra, las acciones humanas. Monte pensó que el sol también era una piscina.

Imaginó que se lanzaba en su interior y que nadaba entre raudales de fuego, sin quemarse, pletórico, expirando el aire de su pecho. Lo absorbió de nuevo. Se dejó ocupar por aquella energía incandescente. Él, que amaba la noche, era hijo de aquel astro. Podría estar en cualquier planeta del sistema solar, sentado en un bordillo como aquel y haría lo mismo: lanzarse al agua, sentir la presión fresca del líquido al invadir sus músculos, encontrarse con la tersa excitación del cuerpo de la prima Rebeca, mientras recibe en un costado el golpe de su hermano en forma de proyectil.

Rebeca será la alegría. Ella la contagiaba, inventando otra vida en un pueblo que seguía latiendo en una tristeza dura, en una sequedad quemada en la posguerra.

Mientras el abuelo Daniel escucha la Sexta de Chaikovski, sus nietos bajan a la plaza de la iglesia, disfrazados de rockeros, escandalizando a las ancianas que van a misa de última hora.

Mientras el abuelo escucha la Sexta sinfonía (él había ido a la misa de la mañana), sus nietos han subido al cementerio para fumar cigarrillos a escondidas, beber licor en una cantimplora y contarse historias de miedo junto a las tumbas de los caídos en la guerra.

Ya no hay otra canción para los muertos que la risa a la que se van sumando algunos adolescentes del pueblo, atraídos por la belleza de las dos primas, cuyas bromas y provocaciones cruzan sobre las tumbas como metralla resplandeciente.

Así giraban en la discoteca Los Jardines, cada noche, donde Lurdes y Monte (Miguel ya ha tenido que regresar a casa), imitan de Rebeca la manera de bailar.

Isabel, la enamorada de hace un año, delicada en un vestido rojo, con los ojos divertidos, los mira displicente, pellizcando el brazo de un chico mucho mayor que ella, con el que se morreará a continuación.

–Mírame a mí –dice Rebeca cogiendo los brazos de Monte, para darle una media vuelta en un paso de rock-and-roll.

Mientras su abuelo escucha la Sexta de Chaikowski, Monte besa a su prima hermana en los lavabos de la discoteca, y también en la casa, a escondidas. Cierran la puerta y se devoran la boca, con urgencia, mientras suenan los puños de Lurdes en la puerta, celosa.

–¡Qué hacéis!

–Nada, lavándonos las manos –contesta Rebeca saliendo disparada, momento en que Monte se sitúa delante de la taza del váter, y se saca, rápidamente, el pene de la bragueta, como si estuviera meando. Tiene que esperar a que baje la erección.

–Date prisa –dice Lurdes–, que no llegamos a misa.

–Date prisa –insiste Rebeca, que regresa al baño con sus chanzas–: ¡Picha

brava!

Y Monte, con los nervios, se pilla el pellejo con la cremallera.

Los gritos se oyen en toda la casa, mientras su abuelo escucha la Sexta de Chaikovski, en el salón.

–Yo te lo quito –dice Rebeca.

–Respira –interviene Lurdes.

–A mi edad, la mía es más grande –se mofa Miguel.

–Qué pasa –llega Elvira.

–Un burro por tu casa –le suelta Rebeca.

–¡Arghhh! –se oye el alarido de Monte cuando consigue arrancar la piel de los dientes de metal.

Es entonces cuando podrán marchar corriendo (salvo Miguel, a quien no permiten acompañarles), arreglados, hacia la iglesia, que rebasan sin mirar, para seguir subiendo al cementerio.

Allí les esperan sus amigos del pueblo con botellas, y con las historias de los que reposan bajo las lápidas.

–Aquel sacristán murió aplastado por el culo de su burra. Adivinad qué hacía detrás de la burra.

Pero Rebeca y Monte no están escuchando el chiste. Han salido corriendo de la mano, han saltado la tapia, por la parte de atrás del cementerio, y se han acostado, los dos boca arriba, bajo un olivo, entre cuyas ramas se cimbreaba la luna.

Monte se sitúa encima de Rebeca. Por fin sus labios son para él sin que nadie les apremie al otro lado de una puerta. Es la primera vez que besarán con detenimiento a una mujer.

Rebeca ha cerrado los ojos. Monte ha dejado una mano bajo la cabeza de ella para que no se le llene el cabello de tierra. Le acaricia la oreja, la barbilla, los labios que se mueven como pidiendo agua, besar es esto: beber, beber un mordisco de carne, ser bebido en un aliento nuevo, que va desapareciendo en la mescolanza, hojas de olivo, visión de luna. Monte desciende por el cuello. La cabeza de Rebeca se inclina hacia atrás. El pecho se ofrece bajo la tela. Debe ser el ébano blando que Monte ha visto en la piscina. Que él desnuda, extrañado al notar que los pezones se endurecen en su boca, y que la carne

del pecho es similar a la del vientre o el muslo, y no a los globos mágicos que él había imaginado en los dibujos japoneses de la tele.

—¡Socorro!

Corren hacia la voz de Lurdes, que les busca, despavorida, por todo el cementerio.

Los demás han huido.

Han estado jugando con la leyenda de Berta, la legendaria enferma del antiguo hospital para tuberculosos de la sierra, también bombardeado en una época que no acaban de entender y de la que solo queda el nombre de un fantasma. Una tarde de verano, dentro de las ruinas, uno de los chicos del pueblo les ha enseñado el juego.

—No pronunciarás cuarenta veces el nombre de Berta. Si lo haces, un espectro se aparece.

Todos se detienen, atropellados, entre el número treinta y el treinta y cinco, es imposible determinarlo a la velocidad que alcanzan repitiendo el nombre. Monte se ha parado una vez en el número treinta y nueve, como hizo con Casildina, mientras su hermana y su prima le miran con horror.

Pero aquella noche, en el cementerio —les cuenta Lurdes—, uno de los muchachos ha completado por fin la cifra maldita.

—Incluso los cincuenta. Se ha bebido toda la cantimplora. Se estaba riendo cuando se le cambió la cara y miramos hacia donde él miraba. ¡Había un enano entre las tumbas, os lo juro! Tenía el pelo rasta. Se movía como un mono.

Lurdes abre los brazos, imitando a un chimpancé, en el camino que baja del cementerio.

Es entonces cuando el monstruo se les cruza en el camino. La luz de las farolas proyecta sobre el suelo la simiesca silueta. Lurdes y Rebeca chillan como dos loros. Monte recoge una piedra del camino y está a punto de lanzársela al engendro cuando Miguel se descubre:

—Soy yo —partiéndose de risa y quitándose la fregona de encima de la cabeza—. Todos vuestros amigos han huido. La próxima vez me dejáis ir con vosotros.

Poco más tarde, al entrar por la cancela de la Casa de las Piedras de Río,

ven a Sara *la Albina*, de rodillas en el sembrado. Parece rezar a la luna, la mayor piedra del río del firmamento.

–Mira la loca –se ríe Rebeca.

Monte no dice nada pero vislumbra el insecto de su interior. El tiempo vuelve a ser un transcurrir extraño.

*El tiempo real no es el tiempo de los adultos, en eso tiene razón Robin.*

Hay luz en el salón. Se asoman para saludar. Suena el último movimiento de la Sexta de Chaikovski. Los abuelos se han quedado dormidos, uno al lado del otro, en el sofá. También Elvira, en su mecedora. Otra mecedora, que está vacía, se mueve lentamente, como si alguien acabara de levantarse.

–Papá.

Lurdes lo ha dicho en voz alta.

*Nos acompaña*, piensa Monte.

–No hay nadie –dice Miguel sentándose en la mecedora.

–Pero qué hacéis, niños –dice la abuela Alba, restregándose los ojos.

Elvira y el abuelo también se han despertado.

–Venimos de dar un paseo –dice Rebeca.

–Hemos ido hasta el cementerio y Miguel nos ha dado un susto –se chiva Lurdes.

–Mentirosa.

–Os lo tenéis merecido por ir a molestar a los muertos –dice Elvira.

*El muerto está aquí*, piensa Monte, o es el pensamiento de su padre que viaja a la mente de su hijo. *Los muertos somos aquí. Cualquiera. Si desaparece el antes y el después.*

–¿Podemos dormir juntos? –pregunta Lurdes–. Tengo miedo.

–Jesús con el demonio –exclama la abuela.

–Monte, te dejaste aquí a san Juan –el abuelo señala la repisa de la chimenea.

–Buenas noches –dice Monte, cogiendo el libro, y se dirige hacia la escalera.

–Ni hablar –está contestando Elvira–. Ya sois mayorcitos para eso. Cada uno a su cuarto.

Pero no le obedecen. En la escalera, Lurdes le susurra algo a su hermano

mayor.

Monte se acuesta en el cuarto que comparte con Miguel. Espera leyendo a san Juan y atento a la respiración de su hermano. Cuando esta ha cambiado, camufla la almohada bajo las sábanas y se dirige a la habitación de Rebeca y Lurdes.

Le reciben tapándose la risa con las manos.

–Tú duermes entre las dos –dice Lurdes, que ha juntado las camas–. Si viene un fantasma nos proteges.

Monte lee algunos versos del libro, en la página marcada por su abuelo.

Por la ventana abierta, se asoma la curiosidad de las estrellas, cabecitas de serpientes diamantinas que se mueven en el negro lodo. Laten. La brisa agita las ramas del manzano y de los cerezos, y el olor de la fruta madura invade el interior del dormitorio.

Lurdes se ha quedado dormida. Rebeca y Monte aguardan, acariciando la mano del otro, mirando al techo.

En el allegro de los grillos, Monte se sitúa encima de ella. Igual que le ha guiado la luna del olivo, ahora le conduce el fragor de la fruta. Manzana tersa en el cuello, para los dientes. Ciruela endurecida en los pezones, para los labios. Monte ha abierto el camisón de Rebeca, quien a su vez desnuda a su primo por completo.

Por primera vez una mano le agarra el pene erecto, que lanza cada vez más sangre a los tejidos, con cada caricia.

*¿Has visto, incubo? Ahora sí funciona.*

Rebeca lo conduce entre sus pechos, amasándolo con ellos. Monte, temblando, se atreve a descender con la mano hasta las braguitas de su prima y, tentando con los dedos bajo la tela, los hunde, con sorpresa, en la hendidura caliente.

Se mueven como si remaran y el ritmo lo estuviera marcando la respiración de Lurdes, perdida en el mar del sueño.

Monte siente que se salva. Como si hasta ese momento hubiera sido un tronco marcado por la navaja de los otros. Y su corteza se resquebrajara con cada caricia de su prima. Los pedazos muertos se desprenden de su cuerpo, obligado a contener los gemidos (los suyos, y los de Rebeca, con la mano

libre), cuyas vibraciones las va absorbiendo la casa, navegando, navegada, amada en el amado transformada, hasta que ambos se quiebran, y se rompen, la corteza desperdigada por el suelo, bebidos por las serpientes en las estrellas.

Como antaño bebieron de las jarras de leche, hoy lo harán del silencio y del secreto.

## Capítulo 7

*Dan. Dan. Dan. Dan.*

Así traducía Monte las campanadas de las ocho de la mañana, mientras corría cerro abajo persiguiendo el vuelo de una paloma.

No la había conseguido identificar a primera vista: estaba seguro de que era una paloma salvaje, zurita, y no una vulgar paloma de urbe. El campanario de la iglesia se perfilaba muy abajo, detrás de las gibas de colinas y olivares, pero las campanadas parecían flotar sobre su cabeza.

Había salido muy temprano, con sus prismáticos, para ver pájaros. Había apuntado en su cuaderno:

Un águila me vigila sobre la cruz de la sierra.

Los carboneros del pinar cuchichean en el molino donde mataron a Lorca.

Pero hoy la acequia Aynadamar solo repite el nombre de Rebeca.

En los recovecos de la corriente, donde el agua de Fuente Grande hace vibrar la mala hierba de la orilla, Monte aguzaba el oído, metía la mano en el líquido para sentir cómo el manantial huía hacia delante, siempre presente pero siempre otro.

*Otro instante del agua.*

El anterior ya iba cien metros más allá, y enseguida otros cien, y después... *Rebeca se va mañana.*

Y él, a las seis, se había despertado.

Había sido el primero de la casa, antes incluso que su abuelo. Había

subido al monte y ahora regresaría, después de pasar por el horno de Lucas, para conseguir, antes de que se agotaran, las tortas de chocolate que tanto celebraba Rebeca. Lucas llevaba el verano sin hablar. Hacía el pan en silencio, durante la noche, y luego lo vendía en silencio, durante el día.

–Qué te pasa.

Le había preguntado Monte aunque de sobra conocía la respuesta. Casilda se había paseado por el pueblo con su cochazo y su Alemán y ni siquiera se había pasado a saludarle.

–¿Es que los alemanes no comen pan?

Había dicho Lucas, con la cara blanca por la harina. Monte no sabría decir si envejecía, pues aquella película blanquecina le cubría el rostro como una máscara.

Cerca del ojo, se humedecía la harina.

*Masa de lágrima*, pensó Monte.

Se incorporó sobre la acequia. Fue entonces cuando la paloma pasó por encima. La enfocó con los prismáticos, pero escapó fuera de su campo de visión. La persiguió. Volaba hacia la alameda, monte abajo, planeando, ingravida, afortunada. En cambio, Monte corría salvando matorrales y rocas, buscando la pisada segura, a pesar de la velocidad que iba tomando en la pendiente. Tropezó, pero consiguió retomar el equilibrio. Sus amigos le llamaban el Buey por el Tejado, porque solía trastabillar en las sendas de montaña, se le doblaba el tobillo, o la puntera de su bota chocaba contra una piedra, aunque acababa incorporándose sin daño.

*Me agarra mi ángel de la guarda*, pensó Monte.

*O mi demonio.*

*Don demonio.*

*Don dan demonio.*

Continuaban dando las ocho. La pendiente se inclinaba.

*Dan un paso tras otro.*

*Dan sonido.*

*Dan un salto.*

*Dan un vuelo. La paloma rasante hacia los árboles.*

*Dan otro impulso.*

*Dan la piedra.*

Monte la saltó, pero la punta de la bota se enganchó en un saliente.

Se vio caer a sí mismo.

Un instante.

De boca.

*La oscuridad.*

Despertó. La sangre le chorreaba por la frente. Se tocó la cabeza. Podía ver a través de aquel celofán rojo. El sol, escorado en el cielo. El cráneo no estaba partido. Se puso en pie. Caminó despacio. Recordó la paloma. La maldijo. Sintió pánico, parálisis. Le flojearon las piernas. Se concentró para recobrar el control del cuerpo.

Nuevas campanadas en el aire. Trató de contarlas, pero se distrajo al ver que la sangre ya empapaba su camiseta.

Buscó el camino, corrió otra vez, hacia el pueblo, eligiendo los atajos para llegar cuanto antes y no encontrarse con nadie.

Cruzó la cancela.

Vio el líquido rojo, goteando sobre los chinos blancos.

–Abuelo.

Estaba en el porche, con un libro en la mano.

Le miró y la serenidad de sus ojos azules apenas cambió.

–Corre, ven, desnúdate.

Lo metió en la bañera. El agua sacaba de las heridas una mescolanza de tierra y sangre, también en los brazos y en las piernas, como si se estuviera descascarillando.

Su abuelo lo secó, vendó y vistió con enorme cuidado. Lo llevó al hospital. Allí le cosieron.

Rebeca aplazó su regreso. En los días siguientes, en cuanto se quedaban solos, le acariciaba las heridas con las yemas de los dedos, y le besaba los labios hinchados. A Monte le dolían los besos, pero no dejaba de darlos.

La última noche, mientras todos dormían, la condujo debajo de la misma higuera donde llevó a Casildina. Envueltos en el aliento de las hojas, ella le desnudó y se quedó desnuda, para que él la tocara.

–Soy como la Bestia del cuento, con el alma y el cuerpo deformes.

–Pero hay alguien que te quiere como eres. Quién sabe cuándo nos veremos de nuevo.

Monte, sacudido por lo que le acababa de decir su prima, entendió que se había caído para lograr ser él mismo. Que cuando la hinchazón bajara terminaría por producirse la transformación que necesitaba. El monstruo se despojaría de sus costras para ser solo humano. Por eso había llevado a Rebeca bajo la higuera. El monstruo, con rostro de insecto, se había descubierto a sí mismo en el espejo de Casildina. Y ahora el cuerpo de Rebeca, en aquel rito de despedida, le mostraba que solo era un muchacho cuya espalda estaba pegada a la tierra, y cuyas manos necesitaban abrazar.

–¿Te encuentras con fuerzas para volver a Garrucha? –le preguntó Elvira cuando Rebeca se hubo marchado–. Así pasamos los últimos días del verano con tu abuelo Ramón.

Monte recobró una imagen del año pasado: sus padres, en el paseo marítimo, al anochecer. Sentados uno al lado del otro, Manuel susurraba algo en el oído de Elvira, y ella reía, dejando una cascada de luz en el aire.

Cuando llegaron, la casa seguía habitada por el difunto. Los niños se encontraban su sombra al abrir un armario (su caña de pescar), al cruzar una puerta (su manera de andar y sonreír), el olor de su bálsamo de afeitarse al echar el pestillo en el baño y quedarse solos.

Para vencer el pasado, Elvira se empeñó en llevarles a Carboneras, a la casa del pescador donde su marido pretendió invitarla la noche del accidente. Sortearon inseguros, estremecidos, las curvas de la carretera. Y, en el restaurante, pidieron el pescado favorito de Manuel Montenegro. La cocinera les mostró los peces primero en una bandeja: el color azul concentrado en las escamas; la vida no acababa de secarse en sus ojos. Tras pasar por la sartén, ya terrosos salvo en la carne blanquísima que mordían, al comerlos

sacrificaban lo perdido. Engullían los recuerdos al masticar. Los abandonaban en las cabezas que quedaron en el plato, unidas a las raspas, que estructuraban el amor que había resistido a pesar de la muerte, a pesar de que la cola no estuviera bien harinada y se pudiera descubrir todavía un pedacito de mancha azul.

Jorge, con la estola sobre la camisa florida, volvió a dar misas dentro de la casa, inseparable de su madre, Magdalena, como si oficiara también ella, sacerdotisa del vestido naranja y escotado. Su hermano gemelo, Juan, el editor madrileño, había decidido venir a verlos durante el verano, aunque pasaba la mayor parte del tiempo apartado de los demás, imbuido en la lectura. Magdalena se acercaba a besarlo, ofreciéndole un dry martini, a los que Juan era tan aficionado como a los libros. También en el porche persistía su padre, Juanmaría, jugando a las cartas con su amigo Ramón, muy callado en aquellas vacaciones, absorto en la silla que antaño ocupara su hijo Manuel.

Monte se quedaba con ellos mientras su madre y sus hermanos entraban en la capilla improvisada. No podía borrar de sus oídos las campanadas que sonaron el día en que cayó por el barranco, y, todavía con las cicatrices vivas en el rostro, de cuando en cuando las hacía sonar en un vaso con una cucharilla.

*Di, di, di, di.*

—¿Por qué el Espíritu Santo se representa en forma de paloma? —le preguntó a Jorge cuando acabó la misa.

—Así es como Dios desciende sobre Jesús en su bautismo. Pero si te fijas bien, mirada desde abajo, la paloma tiene forma de cruz. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada.

Luego, como otras tardes, se fueron juntos a jugar al tenis. Monte vencía al sacerdote colocándole la bola en ángulos inalcanzables.

—¿Por qué das esos saltos tan raros al golpear con la raqueta?

Monte tampoco supo responder. Quizá por la misma razón que sus amigos encontraron para llamarle el Buey por el Tejado. Por la misma que cayó persiguiendo una paloma en lugar de recibir a Dios a través de ella.

Porque tenía que expulsar al íncubo, aunque fuera destruyendo el cuerpo.

Por eso brincaba. Por eso, caía. A ver si por la sangre de la frente escapaba aquel demonio. Pero la cicatriz de la verruga había quedado intacta. Cuando su abuelo Daniel le lavó las heridas, Monte fijó la mirada en el desagüe de la bañera. Un pequeño remolino de sangre y barro iba dejando grumos atrancados en la rejilla. Él mismo los desmenuzó con los dedos. Eran diminutos humanoides, la arcilla palpitante del Génesis, los habitantes de su carne.

Volvió a tintinear en el vaso con la cuchara. Daban las siete de la tarde. Magdalena se asomó al jardín desde la penumbra de la casa.

–Tengo que hablar contigo. ¿Qué te parecería si tu amigo Jorge se fuera a vivir con vosotros?

Juan, que acababa de dar un trago a su segundo dry martini de la tarde, dejó la copa sobre la mesa, con un ataque de tos.

–¿A Granada? –consiguió decir.

–Me han destinado allí –contestó Jorge.

–¿No estarás pensando en colgar los hábitos? Tus camisas hawaianas, quiero decir.

–Jorge quiere mucho a la familia de Elvira –le defendió Magdalena–. Y las personas que se quieren pueden vivir juntas. Son como imanes, que se atraen. A Elvira no le importa, ya lo he hablado con ella. Tiene una habitación libre.

–No está libre. Es el despacho de mi padre –protestó Monte.

Juan, con una media sonrisa, ajena a su hermano gemelo, dijo:

–La iglesia va a conquistar el mausoleo de un intelectual. ¿Y qué va a hacer mamá sin ti?

–Nos vamos a quedar muy solos –dijo ella.

–Depende de la cara que tengas –murmuró Monte.

–¿Cómo dices? –se alarmó Jorge.

–Depende de la cara del imán –dijo Monte–. Si tratamos de juntar dos caras del mismo polo, los imanes se rechazan.

Ahora estalló la risa de Juan, mezclada con la tos.

–Hay que poner el imán en la posición correcta, dentro del pecho –dijo Magdalena, muy seria.

–Vámonos, Monte.

Afortunadamente, Juanmaría acababa de salir de la casa y le estaba invitando, un día más, a acompañarle a pasear por el puerto. Le gustaba mirar los barcos pintados de verde y rojo, porque había sido pescador en el Estrecho cuando era adolescente, antes de la guerra. Seguía siendo aquel joven alto a pesar de ser muy viejo. No menguaba como los otros. Era joven en la piel rasurada que se arrugaba en la zona del cuello. Era joven o, más bien, intemporal, en la guayabera blanca, en los brazos morenos, en el perfume alimonado de la ropa, en la gorra de tela ligera. Era un hombre que en su juventud se había acostumbrado a no tener, pero parecía poseer el mundo con la mirada.

–Está muy triste mi abuelo.

–No puedo ni imaginar lo que debe sentir. Su único hijo ha muerto antes que él, como ya murió su esposa. Desde la guerra siempre se las arregló para sobrevivir, muchas veces a su pesar. También saldrá de esta.

–¿Y por qué peleaste tú?

–Los vacíos, yo los llamaba así. Yo quería que los vacíos tuvieran algo, lo digno. Primero aprendí a no tener miedo y luego aprendí a dudar. ¿Tú sientes miedo?

El muchacho asintió mirando el agua estanca entre los barcos amarrados frente a la lonja, donde flotaban los peces muertos que habían caído cuando los marineros descargaron las cajas con sus capturas.

–Cuando era pequeño no tenía miedo. No podía concebir que mis dos abuelos hubieran sido enemigos en la guerra. No podía concebir que los dos tuvieran dos enemigos diferentes sino uno solo. No sé cuál. Un mismo enemigo para toda la gente que yo quería. Cuando comprendí que no era así, sentí miedo.

–¿Acaso se han portado mal contigo?

–Lo peor que han hecho fue enseñarme sus canciones –sonrió Monte–. Me sé de memoria el himno de la Legión y el himno de Riego. Los puedo cantar uno detrás de otro, como si fueran el mismo.

–Mi canción favorita la aprendí en el exilio, un salmo: no cantaremos a Dios en tierra de extraños. Erradicar el miedo del corazón es el primer deber

para poder vivir. Aunque el miedo se abraza al corazón de uno, con tal fuerza que no hay diferencia entre la carne del corazón y el propio miedo. Una vez que hayas conseguido esto, debes aprender a dudar, dudar de todo lo que has aprendido, dudar de todo lo que has heredado, también de las canciones, dudar o sospechar del origen de cada uno de tus actos, sobre todo si hablamos de guerra o de simplemente dañar a otros, pero en general de todos los actos que nazcan de una pasión, política, amorosa, cualquiera. De una pasión o de una canción. Y cuando hayas conseguido interrogarlo todo, es el momento de buscar cuál es tu verdadero destino, el que vive en ti y solamente tú sabes. Quizá tú consigas conocer cuál es. Yo, después de todo, creo que mi destino ha consistido solo en aprender a dudar. Aunque espero no suspender en aquello que tanto repetía tu padre: «Al final solo te examinarán de amor». Poner lo mejor de uno en otro, eso es amar para mí.

–A mi abuelo Daniel también le gusta san Juan. Él me curó todas estas heridas.

–Pues claro, es un buen hombre. ¿Cuántos años tienes?

–Voy a cumplir catorce.

–Comparado conmigo, acabas de nacer.

–Entonces he nacido huérfano.

Salieron del puerto. Atardecía. Desde el malecón, donde las rocas olían a erizo abierto, oyeron las campanas.

*Dan nada, nada dan*, descifró Monte.

*Nadadarán.*

–Quién será el muerto ahora –dijo Juanmaría–. Es como una carrera de relevos. Quien agarra el testigo desaparece. Y el desaparecido extiende el brazo hacia el siguiente. Mientras tanto, las campanas suenan para despertarnos.

# SACRIFICIO

## Capítulo 1

Las campanas seguían doblando dentro de la luna, donde el rostro de Juanmaría no acababa de desaparecer. Ya siempre le acompañaba, igual que su padre. La energía que habían liberado sus muertes estaba transformando la visión de Monte. Poco más que amor y libertad eran importantes, le había enseñado su padre, a lo que había que añadir el legado de Juanmaría: cuando temiera algo, debía aventurarse en su interior.

*Vencer al miedo abrazando el miedo.*

Así haría con Laura, ahora, en la oscuridad centelleante por las decenas de velas que bajaban hacia el río.

Sábado Santo. Un bosquezuelo de olivos, en un monte de Sevilla. La luz de la luna en las ramas: hojarasca de aluminio.

Para celebrar la Pascua, se habían juntado colegios de toda Andalucía, bajo la guía del hermano Marcos y de Dostoyevski. Así llamaban a aquel hombre de barba larga y rectangular, que les arengaba con furiosos parlamentos místicos y capaz, según la leyenda, de tirar a los alumnos díscolos por la ventana. En las sesiones de oración, en cambio, cuando se sentaban en círculo en la capilla, alrededor de la penumbra candelaria, predicaba con extrema suavidad acerca del sacrificio de Cristo. No así el hermano Marcos, quien prefería hablar bajo las luces de neón de las aulas, con voz agitada y estridente:

–Yo creo en la acción y no en el éxtasis. Sirvamos al prójimo en lugar de tanto orar.

Luego se limpiaba las gafas, como si parte de su ardor hubiera empañado los cristales, y sus ojos, en el rostro lampiño, se volvían, sin las lentes,

extrañamente opacos.

En la mañana de Sábado Santo habían vuelto a disentir delante de los Hermanos provinciales y de los púberes apóstoles de ambos sexos que habían congregado en aquella casa de retiro.

–Somos fragmentos desgajados de Dios –exclamó Dostoyevski– por culpa de nuestros impulsos. Solo podemos volver a Él aquietando nuestros deseos.

A través de la ventana, Sevilla, ciudad de los jolgorios, destellaba a lo lejos.

–Sólo podemos volver a Él entregándonos a los demás –replicó el hermano Marcos.

*Solo podríamos volver a Él a través del amor*, pensó Monte mirando a Laura, una sevillana muy morena, de Triana, a la que había conocido el día anterior. *Te equivocas, Dostoyevski, hacia Dios nos guían impulsos y deseos.*

Observó cómo la mirada taciturna de Laura le correspondía desde el otro lado del círculo.

Ahora escuchaban la experiencia de Palma, el apóstol favorito de Dostoyevski y alumno de piano de la madre de Monte, después de que se lo desviara su primer profesor en el teclado, Robin, según él porque no se entendía con aquel muchacho quisquilloso y ultrasensible.

Pero Monte, después de frecuentarlo en su casa, intuyó que la razón era justo la contraria: Robin le temía, porque a Palma no podía engañarle.

Palma el blanco, Palma el de las manos pálidas, algo menos sobre las teclas. Palma el de los ojos amarillos. Palma el tímido, el manojito de nervios que solo se tranquilizaba tocando el piano, o en la capilla; Palma, que se entusiasmaba en el vigésimo visionado de *Cantando bajo la lluvia*. Palma disfrutaba interpretando las bandas sonoras de sus películas favoritas. También le gustaba hablar con Monte.

Los dos capitaneaban el grupo de alumnos religiosos, a los que se había sumado Haddock de entre los amigos habituales.

Después de escuchar las Escrituras, meditaban diez minutos en un silencio transitado por las melodías que escogía Palma (la *Cavatina* de Myers o el *Adagio* de Barber), al que seguía una rueda de intervenciones en el que

cada apóstol compartía sus experiencias de oración.

–Esto parece una sesión de alcohólicos anónimos –bromeaba Haddock.

Aunque Monte hubiera fracasado en la comunión con el Dios oficial de su infancia; aunque desconfiara del sacerdote de las camisas floridas; ahora que Jorge llevaba meses instalado en el despacho de su padre, había tenido una paradójica reacción: cuestionar su magisterio acercándose al grupo apostólico del colegio, el único espacio que le dejaba un margen de libertad y de aceptación, después de que en su grupo habitual Robin le tratara con mayor frialdad y displicencia, y Ancas se hubiera consolidado como segundo líder. Los apóstoles acogieron a Monte con su singularidad o quizá gracias a ella, alguien que, según había confesado, se había sentido alejado de Dios, pero la naturaleza y la poesía le acercaban a una manera de imaginarlo. Lo entreveía en las puertas del sagrario. Y en su propio corazón, como si en él Monte hubiera hundido los dedos, y tratara de abrir las cortinas de carne, que se atascaban cuando hacía más fuerza.

Monte, ayudado por sus dotes de poeta y estimulado por el magisterio de Dostoyevski, intervenía a menudo con visiones oníricas acerca del Crucificado que, si bien no eran entendidas del todo, le daban un aura de santo loco, al que ayudaba el poncho que le habían regalado sus amigos por su último cumpleaños y que él usaba como prenda cotidiana.

Sobre el poncho colgaba una ocarina que Monte tocaba cada vez que se aburría, y que había multiplicado el mote de Papageno por el orbe de sus conocidos. *Papageno el Santo. Papageno el Loco. Papageno el Enamorado.*

Famoso por entregar poemas a cada una de las chicas de las que se enamoriscaba, Dostoyevski le había pedido contención en aquella Pascua donde, por primera vez, habría catecúmenas junto a los exaltados varones.

–Hemos venido a unirnos en Cristo y no a ligar, Papageno.

Pero Monte no había podido evitar fijarse en Laura, acompañarla en el paseo nocturno de Viernes Santo, coger su mano, después de que ella confesara en público que había ido a aquella Pascua porque se sentía perdida.

Escondiéndose de la gente, habían alcanzado los álamos de la verja.

Aquella muchacha de pelo como antracita rizada hablaba oculta por su flequillo, entreabriendo los labios carnosos y violáceos, como si hubieran sido tibiamente golpeados. Laura contaba su historia en palabras sueltas, un puzle del que se le iban escapando las piezas más ligeras, las que todavía no tocaban la figura central y que escondían un novio violento, una madre maltratada y un padre opresor.

*Eres Laura la Triste*, pensó Monte.

Le acarició la barbilla y consiguió lo que quería: una mirada aceitosa y melancólica, intensamente fijada en él.

–No es tu mundo –dijo Monte–. Parece serlo, pero es un teatro. ¿Te acuerdas de lo que dijo Jesús? Mi reino no es de este mundo. Él ha venido a redimirnos de este teatro, a tirar sus paredes y enseñarnos la realidad.

–Pero ¿cuál? –preguntó Laura.

–Tu verdadero ser –titubeó Monte señalando el corazón de la chica bajo el jersey, atreviéndose a tocar la lana con los dedos–. Tenemos que abandonar a los padres si es preciso, y también a los novios que no nos acompañen en nuestro camino.

Monte se decidió a coger otra vez la mano de Laura.

Ella no la apartó.

–Tú no sabes lo que dices –dijo.

Caminaron bajo los álamos. Monte se dio cuenta de que oía sus hojas. Sintió el abismo del tiempo. Tembló. Apartó el pelo de Laura *la Triste*.

Al día siguiente, después de las charlas del sábado, debían guardar silencio. Con el fin de meditar, se habían repartido por los jardines. Ráfagas de aire molestaban las ramas de la primavera temprana. El cielo se había encapotado con espesas nubes grises y negras, como en las páginas dolorosas de la Pasión. Dostoyevski, avizor en sus cavilaciones, los vigilaba. Una de sus ojeadas furiosas bastaba para separar a los muchachos que, habiéndose encontrado por causalidad, intercambiaban una sonrisa cómplice. Pero Monte y Laura habían conseguido escabullirse otra vez.

Al anochecer, el cielo se había despejado y la luna del horizonte

derramaba su ceniza sobre los troncos, avisando de que Cristo resucitaría pronto. Dostoyevski les había explicado que ellos también tenían que hacerlo, comenzar otra vez aquella misma noche, dejando atrás, como una piel de serpiente, la deformidad que había modelado en ellos la sociedad ciega donde habían nacido. Resucitar en Cristo era convertirse en el hombre nuevo.

Monte ni siquiera pensaba en Robin. Atrás. Muy atrás el hombre viejo. Delante, el cabello de la chica sevillana, su andar pausado, como de gata lenta.

–Yo no siento nada –dijo ella–. ¿Cómo voy a dejar atrás mi casa, mi madre, las personas con las que debo regresar mañana?

Pero aún no habían llegado al río.

Divisaron, entre los árboles, un desfile de velas encendidas. Prendieron las que les había dado Dostoyevski y se acercaron al grupo.

Junto al río, había una fuente donde cada apóstol se estaba lavando la cara y los brazos para que la corriente se llevara los disfraces.

Monte y Laura hicieron como los demás. Pero, a diferencia de ellos, se lavaron el uno al otro.

Al recoger la vela del suelo, Monte sin querer apagó la mecha. Laura la encendió acercando la suya. Sin hablar, mantuvieron las dos llamas unidas durante segundos incalculables.

Pasaron a su lado Palma, Haddock, los Hermanos de la congregación, Dostoyevski, Marcos, sombras alrededor de aquellas dos velas, que eran una sola.

Laura y Monte vislumbraban una fusión desconocida. Como si las almas de ambos, no convocadas hasta entonces y perdidas entre los bloques de hormigón de sus respectivas infancias, hicieran acto de presencia en aquel diminuto pero agitado fuego.

Se apartaron hacia un bosque cercano. El resto de las velas, más allá de los árboles, continuaron el camino de regreso. Entre las ramas, arriba, también centelleaban los incontables soles de la noche.

–Estas velas se van a apagar –dijo Monte–. Pero nadie podrá tejer lo suficientemente fuerte el cielo para que no sintamos las estrellas.

En la luna le hablaban su padre y Juanmaría.

*Es el temblor, qué vas a hacer con el temblor.*

Monte lo notaba en todo su cuerpo, y se lo transmitió a Laura a través de una primera caricia.

Al amanecer, cuando regresaron, los dos tenían los labios rojos de besarse.

–¿A esto habéis venido? –les preguntó Dostoyevski.

Ellos sostuvieron su mirada, seguros de que no se habían equivocado.

–Daos prisa –les ordenó.

Corrieron a sus habitaciones para recoger los equipajes. Los autobuses que les iban a separar salían en breve. Apenas tuvieron tiempo de despedirse.

Monte ocupó un asiento de la ventanilla para ver cómo se alejaba el autobús de Laura, aparcado el primero de la fila. Después, cayó dormido.

Al despertar, recordó que se había sentado al lado de Palma.

–¿Qué se siente? –Preguntó él. Llovía en los cristales. El aire gris matizaba la luz amarilla de sus ojos, la entristecían.

Monte percibió la mano de Palma sobre la suya y la retiró después de un par de segundos.

–¿Qué se siente al ser el ángel caído? –insistió Palma.

–¿Lo dices por la bronca de Dostoyevski?

–Lo digo por mí.

Monte contempló, en primer plano, las gotas de lluvia, que se deformaban en la ventana por la velocidad del autobús.

–¿No lo oíste ayer? Es Dios el que quiere regresar a sí mismo a través de cada uno de nosotros.

–¿También es Dios entonces el ángel caído?

El autobús rodaba. El motor repetía *Laura* la Triste, *Laura* la Triste, y hacía vibrar toda la estructura metálica. Monte volvió a cerrar los ojos.

Especulaban sobre el ángel caído sin saber que una de sus formas respiraba

en su guarida, el hombre que en unos meses se iba a hacer famoso en toda la ciudad. Con la luna llena del Viernes Santo, había salido a las calles para cazar a una niña. La percibía, vibrante en las aceras mortecinas. Olga, que vivía en el mismo edificio de Monte, había vuelto a escapar del apartamento del quinto, huyendo de los gritos de su madre y sus hermanas. Aquel volumen ensordecedor era el mejor escondite para hacerlo. Las escaleras en penumbra, la sombra tras el portal. Mariano, de vacaciones.

Y en la calle, la sombra le sonreía, la protegía, le ofrecía la mano.

—¿Adónde vas tan sola? Tienes un rostro pequeño. El pelo bonito y corto. Los ojos muy negros.

Olga sollozaba y apretaba la mano cálida del hombre. Dieron una vuelta a la manzana. Alguien les miró a los ojos. Dudó el ángel caído, abrió los dedos, la dejó marchar.

Olga llamó al telefonillo. Los gritos tendrían que haber terminado porque su madre oyó el timbre y abrió la puerta.

Ahora la iban a regañar.

Subió andando, despacio, aplazando el futuro.

Al pasar por el segundo escuchó el piano de la señora Elvira.

El autobús se había detenido. *Escarcha*, pensó Monte. Caminó hacia su casa por lo que le pareció un proscenio formado por callejuelas, entre bastidores de ladrillo. Cuando llegó al portal, imaginó actores y actrices que habían realizado allí sus movimientos de entrada y de salida, invisibles ahora.

El lunes de Pascua, su madre le mandó por el periódico. Monte llevaba en el pecho la chapa que el hermano Marcos había repartido entre los apóstoles: un rostro barbudo y sonriente, dibujado en negro sobre blanco, con el lema «Jesús ha resucitado».

Se habían comprometido a llevar la buena nueva a sus vidas cotidianas, a continuar con el entusiasmo recibido en aquel monte de Sevilla: la redención de saber que ya no eran huérfanos, que Jesús los había resucitado también a

ellos, y que estaban unidos a Él, como Monte se había unido a Laura, y de algún modo a todas las personas que habían participado en aquel retiro, gracias a aquel rito del agua y del fuego. Gracias al río que se había llevado las viejas y usadas carcasas. Y gracias a los besos prohibidos.

Pero hoy aquellas intensas vivencias parecían alejarse, como un maravilloso sueño que se estuviera borrando. Monte sintió la normalidad de Escarcha. Algo anodino emanaba de las aceras y de los árboles.

Al comprar el periódico, se señaló la chapa.

El hombre de los ojos color de hierba sonrió con timidez.

Y le devolvió el cambio en monedas que apenas pesaban.

Al salir de la tienda, Monte se encontró con Eloísa, aquella mujer que conoció abrazada a su padre, *hace casi dos años*. Le alarmó su rostro demacrado. Pasó por delante de él, sin reconocerlo, atenta a las ventanas del edificio donde Monte vivía.

El muchacho sintió la soledad de la chapa. Su insignificancia en el vacío. *La ciudad, sin mi padre y ahora sin Laura, es el vacío.*

Alzó los ojos hacia el cielo blanco.

*Ya no puedes mirarme, Cristo, sin verla.*

## Capítulo 2

Había visto a Eloísa otras veces en el portal de la casa. Con el dedo dudaba si llamar. La había descubierto al volver del colegio, y se había parapetado detrás de uno de los coches aparcados. ¿Por qué estaba allí? *Si quiere ver a mi padre, mejor lo encuentra en el cementerio.* Eloísa pulsó el timbre. Esperó hasta que sonó la voz de Elvira. Vaciló. Acabó por marcharse.

Solían llamar al final de la tarde y Monte, sabiendo que era ella, se adelantaba a todos para abrir la puerta.

–¿Diga?

Un temblor eléctrico le respondía, con algún sonido de la calle.

–Qué raro –comentó Elvira, intranquila.

Monte no se había atrevido a contarle a su madre lo poco que sabía. Era uno más de sus secretos, sellado en este caso por la lealtad hacia el difunto. Pero algo tenía que hacer. Por eso, la siguiente vez que sonó el timbre, corrió escaleras abajo.

Eloísa, a través del cristal de la puerta, parecía un fantasma de sí misma. Como si la tristeza hubiera alargado sus rasgos y quisiera escapar del cuerpo, hacia el dedo que pulsaba, en el timbre redondo y metálico, todo aquello que no podía tener.

Monte abrió el portal y ella se le quedó mirando, absorta. Parecía no reconocerlo. No obstante, le preguntó:

–¿Está tu madre en casa?

Monte mintió.

–Dile que quiero hablar con ella –dijo Eloísa, caminando hacia atrás, despacio, antes de girarse y continuar calle arriba, como una mujer vieja con

la espalda cargada.

Monte subió por las escaleras. Tan concentrado estaba imaginando la conversación que le aguardaba, que no contestó el saludo de Mariano y por poco se chocó con Olga en el descansillo, que en ese momento se cruzaba con una muñeca en la mano.

–¿Vas a jugar a la calle?

Olga asintió, apretando sus pequeños labios, para que no se escaparan las palabras.

–¿Tú sola?

La niña negó con la cabeza y bajó la mirada: el flequillo hacia la frente, el pelo lacio y moreno sobre el uniforme escolar.

Monte supuso que la estaría esperando alguna amiga aunque no había visto a nadie en el portal, salvo a Eloísa, quien volvió a ocupar por completo su conciencia mientras la niña continuaba su camino escaleras abajo. Monte la había olvidado cuando Elvira le abrió la puerta, preguntando:

–Pero quién era.

–Nadie, mamá –contestó Monte–. No había nadie. Me encierro a estudiar.

Dejando en la mesa los libros del colegio, se tumbó en la cama con las *Obras Completas* de Lorca. Sus poemas estaban llenos de pasiones como las que ocurrían en su propia casa. No eran más que los hijos de esas pasiones, que los iban erosionando como el viento a las rocas. Había que domarlas, como decía Dostoyevski. Debía hablar con alguien antes de que Eloísa volviera, y, aunque le reventara hacerlo, no se le ocurrió nadie mejor que Jorge. Cuando lo oyó regresar de la parroquia, salió de su cuarto y lo asaltó en el pasillo. El sacerdote, al entender de qué se trataba, le propuso continuar la conversación en el Orígenes, que había comenzado a frecuentar tanto como hiciera el difunto Manuel Montenegro.

*Hace el mismo recorrido que mi padre, pensó Monte, del mismo despacho al mismo bar. Como si mi padre le estuviera poseyendo. Otra vez como en el cuento de Ligeia.*

–O tengo el mar o tengo el bar –bromeaba con Gerardo, el dueño del

establecimiento, con el que había trabado amistad. Jorge no solo había cambiado Garrucha por Escarcha; también las camisas hawaianas por las negras reglamentarias, con alzacuello blanco—. ¡Y a mi madre por el pirriake! —decía con dos vinos de más.

—Don Sotana, escúchame, Occidente es una poligamia mal organizada — exclamó Gerardo, dejando sobre la barra otra caña para el sacerdote y una clara para Monte—. A ver cómo arregla eso la Iglesia. Mujeres y hombres sentimos constantemente amores que ni la moral ni el orden nos permiten cumplir. A esa Eloísa de la que habláis habría que contarle la teoría de los planetas.

Monte miró con odio a Jorge. Por intentar ser discreto, había conseguido que se enterara el dueño del bar, y a saber qué más gente a partir de ahora. Su padre se lo había advertido una vez:

—Los camareros hacen como que no escuchan pero no se les pasa una. La gente habla delante de ellos como si no existieran. Pero vaya si existen. Qué haríamos nosotros sin los camareros.

—¿Qué teoría es esa? —preguntó el sacerdote.

—Cada uno de nosotros somos el centro de un sistema. Y alrededor giran las personas que hemos amado, de manera simultánea. Unas están ya lejos, y otras todavía cerca. Nuestros amores permanecen alrededor de nosotros en un tiempo circular, se alejan y parece que pierden su fuerza gravitatoria, pero ninguno se marcha absolutamente. Van cambiando de posición, eso es todo.

—Cabrón de filósofo —rió el sacerdote mirando de reojo a Monte, que se bebió la clara de un trago.

Al lanzar sus peroratas, la piel de Gerardo se hinchaba de sangre y sus dientes asomaban muy blancos.

—Pero ¿tú sabes por qué le puse al bar este nombre, don Sotana? —voceó palmoteando la barra—. En memoria del filósofo que se quitó las gónadas para dedicarse a la sabiduría. ¡Orígenes, qué ejemplo! Los amores nos distraen de nuestro destino. Mejor cortarse las pelotas de una vez. —Y esgrimió el cuchillo del jamón que usaba para el tapeo.

El gitano del Orígenes, que en ese momento pasaba el cepillo después de unos rasgueos de guitarra, sentenció:

–Sin duda, la sabiduría pasa por las gónadas.

Monte sonrió recordando la frase, bajo la luna menguante de la sierra. Había perdido a personas fundamentales, pero a cambio había encontrado a Laura, una mujer que no era ninguno de los planetas de los que hablaba Gerardo, sino el centro de luz de su universo.

Le había enviado cartas durante meses, reclamos escritos en su dormitorio de Escarcha, o en su cuaderno de campo, cuando perseguía pájaros ardientes en los campos de Alfacar. Se apartaba de todos para estar con la imagen de Laura, a solas con su cuerpo de ausencia. Sara *la Albina* sonreía, entrecerrando sus ojos oscilantes.

–La veo en tu aura. Te veo de lejos, entre los árboles, con una corona de luces sobre la cabeza, donde revoletan demonios enamorados.

–Conmigo solo están Jesús y Laura. Mi padre y Juanmaría.

–Una multitud sigue tu calor, como perros hambrientos.

Monte había escrito a Laura: «Sembraría semillas de tu piel por las tierras del mundo».

Y al mismo Dios le había escrito: «Señor, los dos somos la carne que tú no tienes, los dos juntos somos tu carne».

Las manos de Laura le habían ayudado a abrir del todo aquellas pesadas cortinas que Monte sentía dentro del pecho, y ahora le parecía percibir a Dios, más que en las iglesias, en la naturaleza vibrante, en el movimiento incombustible de los pájaros de rama en rama; en su propia nostalgia por aquella chica sevillana, casi desconocida, que le hacía pasar de la plenitud a la desolación. De su amor por Laura, nacían sus oraciones.

Durante meses, ella le había contestado una de cada siete cartas, con páginas melancólicas sobre su mundo cotidiano, al que no encontraba el sentido religioso, ni siquiera poético, del que le hablaba Monte, y en las que se traslucían los problemas con su padre y con aquel novio del que no lograba separarse, aunque continuaba sin explicar los detalles.

Pero, por fin, en verano, habían vuelto a reunirse en otra casa de retiro, en la Sierra de Córdoba. Para asistir, el filtro acordado por Dostoyevski, Marcos

y el resto de Hermanos de Andalucía había sido más exigente esta vez:

–Solo aquellos que quieran orientar su vida a Cristo.

Monte y Laura, desde sus respectivas ciudades, habían asentido pensando el uno en el otro. Haddock y muchos otros se habían quedado en casa, pero no Palma, cada vez más meditabundo. Cuando se cruzaba con Monte, le miraba con la intensidad amarilla de sus ojos, y sonreía mortificado y beatífico. Como si adivinara que Monte iba a sacrificar su formación religiosa a cambio de un amor mundano. Laura y él se buscaban en cada descanso ante la vigilancia, paulatinamente irritada, de los Hermanos. Solo contaban con la simpatía del padre Alonso, un sacerdote que vivía en la casa de retiro. Encorvado por la edad y elevando sentencioso su bastón, contenía las iras de Dostoyevski con cualquiera de las citas que guardaba en su frágil calavera.

–Simone Weil nos advirtió que todos los pecados son intentos de colmar vacíos –dijo en la meditación de la tarde, creando un pequeño revuelo–. Deberíamos considerar entonces si el pecado no es más que una forma de plenitud, imperfecta pero comprensible.

Cada tarde, Laura y Monte escapaban de la mano hacia una cruz de piedra clavada en las rocas, desde donde contemplaban el atardecer sobre un pantano. Se besaban al resguardo de la cruz, hasta la hora anunciada en que se cerrarían las puertas y debían volver a la cárcel.

No importaba. Si no podían dormir fuera, si no podían dormir juntos en las habitaciones segregadas por sexos, se encontrarían antes del amanecer, aunque para ello tuvieran que saltarse la oración de la mañana.

–Nos descubrirán.

–Así sea.

Monte la condujo, escaleras arriba, hacia el desván. La penumbra del alba, a través de las ventanas, no tocaba ningún objeto. En el tiempo vacío, Laura respiraba agitada. Monte le desabrochó la blusa, mordiendo los labios morados, recibiendo los brazos de ella sobre la espalda, y su boca en el cuello. Cuando la blusa quedó abierta, los ojos se pausaron en la luz que amanecía en la sierra. Laura apartó la tela para dejar sus senos al aire,

endurecidos por la excitación, afilados los pezones como puntas de lava.

Monte llenó sus manos y sintió que, hasta entonces, habían permanecido en la oscuridad. Amanecía. Los volcanes se habían activado en el planeta entero. El fuego no era más que piel que había ignorado el amor hasta aquel momento, y Dios mismo, por ser Dios, un goce infinito y concentrado en las caricias. Era Él quien palpaba con la lengua los pezones de Laura. Era Él quien recibía, estremecido, los labios de Monte.

Oyeron voces, que invadían el tiempo, cada vez más cerca.

Dostoyevski los capturó cuando trataban de huir escaleras abajo.

—No voy a tener más remedio que expulsaros —dijo, y los llevó ante el padre Alonso.

—Un poco de calma, nuestro Señor no pide tanto —refunfuñó el sacerdote—. Cuando le preguntaron cuál era el mandamiento más importante de la ley, Él mismo respondió: Ama al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu inteligencia. Y al prójimo como a ti mismo. Lo demás es secundario.

Ante el enmudecimiento repentino de Dostoyevski, Laura cogió de la mano a Monte y lo guio hacia la puerta.

Amar a Dios y al prójimo, significó, para ellos, huir, más allá de la cruz de piedra, hacia el pantano que se divisaba al fondo.

Cuando llegaron, entrevieron una gruta que se abría a ras del agua. Después de esconder la ropa en un matorral, se sumergieron. Al bucear con los ojos abiertos, Laura vio, como una llama, la desnudez de Monte, quien la conducía entre el líquido verde. Emergieron en un vientre de arcilla. Como habían hecho en el desván, se acariciaron, pero ahora tenían todo el cuerpo y todo el tiempo. Una luz tibia se reflejaba en la superficie del agua, a pocos centímetros de la entrada de la cueva. Eran de oro, fundidos; eran la alquimia del impulso masculino y femenino. Sus miradas iniciaban el mundo; sus manos lo completaban. Del techo, goteaban estalagmitas en formación, a las que respondían las ondas en el agua, con sus círculos que rompieron en el cuerpo enlazado de los dos muchachos. Unidos, no solo eran invencibles: eran inmortales. En el amor sentían una explosión sagrada capaz de atravesar los mundos y las épocas.

Al anochecer, buscaron al padre Alonso para pedirle que les casara, en aquel instante. Él les sonrió y los llevó a la cruz de piedra. Allí les bendijo, pero también les comunicó que los Hermanos habían acordado expulsarlos del retiro, y que, aunque él había intentado defenderlos, cada uno tendría que volver a su ciudad de inmediato.

Uno de los frailes sevillanos se llevó a Laura en un coche. Monte se quedó en la cruz esperando a Dostoyevski, que había decidido conducirlo él mismo hasta Granada.

Imaginó el viaje que se avecinaba. Sonrió con angustia, hacia la luna menguante, que parecía subrayar la ausencia de Laura. Y echó a andar por la carretera. El bosque silencioso; el aire, cálido. Conocía la dirección de Laura en Sevilla. *Amar es hacer, caminar.* Aunque acabara de perder su puesto en aquel grupo religioso que le había acogido cuando quiso alejarse de Robin, había encontrado ese motor alocado y sin fin que llaman corazón, y que se pone en marcha hacia cualquier cosa, hasta que la consigue. Definitivamente, perderse era el único camino para hallarse.

## Capítulo 3

–La sangre es un espejo y una ventana –dijo Sara *la Albina*–. Sirve para verse a sí mismo y también el resto del mundo.

Sostuvo con fuerza el animal y, acercando el cuchillo a una de las patas, le hizo un corte. Antes de dejarlo marchar, untó su dedo en la herida y lo llevó hacia la cicatriz que Monte tenía en la frente.

Tumbado en el corral, entre los conejos que correteaban, sintió la humedad pegajosa y se concentró en la imagen de Laura. Estaba a punto de cazarla, allí en la calle donde vivía, pero se iban imponiendo rostros monstruosos y cambiantes:

un niño con ojos de insecto,

un mono que sonreía al vestirse con un hábito de monje,

claramente Robin, sentado en el sofá de su casa, y apretando un botón en el mando del vídeo.

¿Por qué Palma le había regalado aquella película de Pasolini y, sobre todo, cómo la conocía él? Ambas preguntas eran idiotas. Palma, tan aficionado al cine, con la entrega de aquella cinta le estaba diciendo: Robin, los dos conocemos nuestro secreto. ¿Se lo habría contado Monte? Esta pregunta subrayaba su propia imbecilidad. Él, Robin, se lo había puesto en bandeja pidiendo a Elvira que diera clases de piano al chico de la mirada amarillenta. Robin leyó: *Saló o los cien días de Sodoma* y se dejó llevar por las imágenes, más alegres de lo que esperaba, muchachos y muchachas que iban siendo capturados por soldados de la Italia fascista y ofrecidos a un grupo de hombres notables quienes, desde el balcón de un palacete, leían reglas de conducta cuyo incumplimiento se pagaba con sangre.

Había sido después del regreso de Monte, cuando todos los amigos se habían citado en el Cannonball, ya empezadas las vacaciones de verano, para recibirlo como a un héroe. Robin se había sumado precisamente después de la reunión extraordinaria que había convocado el director del colegio para valorar la expulsión de Manuel Montenegro Moncada, a propuesta de Dostoyevski. El hermano Marcos había dado mucha menos importancia a la fuga de aquel alumno, ejemplar en su comportamiento en la mayoría de las ocasiones, y que ahora había obedecido a causas pasionales, fácilmente reconducibles.

–Se nos ha escapado uno de nuestros pescadores de hombres, eso es todo.

A Robin le disgustaba aquella jerga religiosa, pero sintió cuánto le convenía aquella oportunidad para alejar lo más posible a Monte de su vida. Sin dudarlo, habría apoyado la propuesta de aquel exaltado Dostoyevski, que mezclaba los principios académicos con los espirituales, si el día anterior no lo hubiera llamado Elvira, llorando, después de saber, por el director del colegio, lo que se disponían a debatir en aquella reunión convocada con tanta urgencia.

–Después de todo lo que hemos vivido juntos –le rogó Elvira–, tienes que ayudarme.

Haber compartido la habitación con ella en aquella gira por Andalucía había sido más humillante para Robin de lo que Elvira podía imaginar. Se esforzó en hacer el amor con aquel cuerpo que le gustaba por su calidez pero no conseguía mantener la erección que, sin ir muy lejos, se había activado con su hijo al instante de tocarlo o ser tocado por él. Después del tercer intento fracasado, tuvo que contarle que tenía ciertas dudas sobre su posible homosexualidad.

–Por ejemplo, tu marido me parecía un hombre muy atractivo.

Y ella, que no pudo dejar de reír en los días restantes de la gira, ahora era guardiana de una parte de su secreto, una parte que, de divulgarse entre los padres de alumnos, quizá le valiera a él y no a Monte la expulsión del colegio.

–Señor director –dijo Robin–, me ofrezco a hablar con él, y garantizo a los Hermanos que una situación como esta no volverá a repetirse.

Después se dirigió al Cannonball, un pequeño café regentado por una japonesa y un holandés adictos al jazz, que se había convertido en el lugar de reunión de la pandilla.

Todavía sin haber visto a los muchachos desnudos de *Saló*, vejados salvajemente por los fascistas, descubrió, tras las cristaleras, en sus jóvenes amigos, sentados a la mesa e inclinados hacia Monte, narrador de sus hazañas, una imagen alegre de la inocencia y de la fuerza. Sintió en el pecho un hueco de plenitud mientras empujaba la puerta del café. En compañía de Ancas, Haddock y los demás, esa tarde también se encontraba Palma, quien, del interior de su mochila había sacado una copia de aquella película.

—¿La conoces, profesor?

Muy abiertos sus ojos amarillos.

Y él se apresuró a decir que no la había visto, aunque desde luego había oído hablar de ella, tratando de ocultar la ansiedad que le producía que Palma la hubiera traído para dársela en medio de sus alumnos predilectos.

Hoy que veía aquellas imágenes de una crueldad sexual sin límites no podía dejar de sentir asco por sí mismo. La excitación primera ante los desnudos de los muchachos que se enculaban entre sí, había ido remitiendo ante el despiadado abuso de poder que, en aquellos adultos, se había convertido en una depravación que Robin no compartía: felaciones bajo la amenaza de las armas, alimentación con excrementos, apaleamientos y degüellos.

Tenía que interrumpir la película en el mando, respirar hondo, ir a la nevera a por otra cerveza, antes de continuar con el visionado. Al terminarlo, dijo en voz alta, como hablando a la pantalla negra:

—No me alejaré de ellos, porque me resultará imposible, pero haré el sacrificio de no tocarlos.

Monte, tumbado en el corral, se había quedado casi dormido. Notó de nuevo sobre la frente el dedo de Sara y vio una pantalla oscura, donde de pronto su padre caminaba con Eloísa, por un bosque. Su padre, antes de morir. Atrás quedaba el coche aparcado, naranja entre los pinos.

Manuel la trataba de llevar del brazo, pero ella se soltaba. Gritaba, desde unos metros adelante, y luego se volvía hacia él, que extendía los brazos para que ella aceptara calmarse, así, otra vez en su pecho, todo pasará, Eloísa, esto nos distrae de nuestra verdadera tarea, la vida es encontrarse y despedirse, qué podemos esperar de un mundo que acaba con la muerte; aunque ahora estuviéramos juntos, la Parca nos partirá en dos con aquella espada que separó a Lancelot y Ginebra. Ven aquí, mi querida Ginebra, mi amor de cuarenta grados, debo volver con mi familia, todos nuestros amores están dentro de nosotros como cuevas en el corazón.

Eloísa parecía haberse tranquilizado en el abrazo de Manuel. Respiraban los dos dentro de la respiración verde del pinar, interrumpida por la bulería del pájaro carpintero. Pero Eloísa se soltó y corrió por el bosque. Manuel la llamó.

Esperó dentro del coche.

Miró otra vez el reloj.

Arrancó el motor.

Monte sabía lo que era tener que ir andando kilómetros y kilómetros por una carretera. Se escondió cuando pasó por su lado el coche de Dostoyevski y luego anduvo durante horas hasta el primer pueblo. Un juerguista lo llevó hasta Córdoba, en un Seillat tuneado que olía a alcohol. Y, allí, al amanecer, volvió a hacer autostop. En el asiento enorme de un camión, Monte se quedó dormido. Despertó en Sevilla. Ni siquiera recordaba el rostro del hombre al que había dado las gracias, pero sí la caminata por el laberinto de la ciudad, íntima en las plazas, atropellada en las avenidas, cegadora en el río.

Cruzó uno de los puentes y, en Triana, encontró la dirección a la que había enviado tantas cartas: un edificio bajo y corriente, de ladrillo, que sustituyó a la casa encalada que había imaginado. El portal sin reja conducía a un patio poblado por geranios, en donde se distribuían los apartamentos a modo de corrala. Antes de pulsar el timbre, Monte percibió el tambor que percutía dentro de su pecho, y cuyo ritmo aumentó cuando oyó gritos más allá de la puerta. Pensó en marcharse. Pensó en defender a Laura. Pulsó el

timbre, y a la campanilla le siguió el silencio, segundos pesados y largos como vigas.

Monte miró el reloj de su abuelo:

Sí.

No.

Abrió Laura, con enormes ojeras oscuras, que no estaban ayer mismo cuando él la abrazaba en el pantano. Ahora, con la mirada perdida hacia dentro, se alarmó al reconocerlo:

–Qué haces aquí –susurró–, vete.

–¿Quién es?

Detrás de la voz débil, quejicosa, que llegó del fondo de la casa, Monte vio la silueta de una señora, más bajita que Laura, que trataba de asomarse. Y, al fondo, en el cuarto iluminado por una ventana, intermitente, paseaba nervioso un muchacho con el pelo ensortijado y largo, la camisa abierta hasta el pecho, donde relucía una gruesa cadena.

–¡Nadie! –gritó Laura–. ¡Un testigo de Jehová!

Luego apretó la mano de Monte. Expresó algo muy triste con la mirada, resignando los labios, negando con la cabeza, y cerró la puerta.

A partir de ahí, el regreso había sido borroso. Afuera sucedía el deambular por la ciudad, el autostop en la carretera, en dirección a Granada, Escarcha, aunque Escarcha ahora también era Sevilla y cualquier otro lugar que Monte pisara. Porque no podía prestar atención sino a la repetición de imágenes que sucedían en su interior y al sonido de las palabras, oídas en una voz cada vez más distante de la original: «¡Un testigo de Jehová!». Tenía gracia que hubiera elegido precisamente esa excusa.

*Dios,*

*que no podías verme sin verla,*

*tú serás testigo*

*de que yo no soy testigo.*

Enseguida, ya en casa, donde apenas había prestado atención a la alegría y a los reproches de su familia, comenzó a escribirle cartas, varias el mismo día, que no obtuvieron respuesta.

Por eso había recurrido a Sara *la Albina*, permitiendo que le untara la frente con sangre.

Pero no la veía. Como cuando se empeñaba en soñar con cualquier cosa, y tenía sueños intensos pero nunca aquel que había anhelado. Laura permanecía invisible.

Veía el rostro de Moro, a quien había ido a visitar al hospital, donde se recuperaba de una leucemia.

Veía el rostro melancólico de Ancas, en una esquina, rodeado de tráfico, que se encendía para defender a Robin:

—Él no es lo que tú piensas. Él se preocupa por nosotros.

*Yo soy testigo.*

*Yo soy testigo.*

*De Jehová.*

Veía el rostro de Olga, inquieta dentro de los ojos de un hombre joven, que cojeaba al andar y que la llevaba hacia los bosques de la Alhambra, apretando la pequeña mano.

Pero no veía a Laura.

No veía a Laura.

Solo el recuerdo que le cerraba la puerta.

Y sentía asfixia, la misma que experimentó hacía unos días en Garrucha, adonde habían ido a visitar a Magdalena después de la muerte de Juanmaría. La viuda había abandonado su vestido naranja. Vagaba negra dentro de la casa y, por respeto a ella, Jorge no había vuelto a ponerse tampoco sus camisas floridas.

El abuelo Ramón deambulaba alrededor de la mesa de cartas, donde ya no jugaban su hijo ni tampoco su mejor amigo.

Solo el silencio cortado, en el horizonte, por el azul intenso del mar.

Lurdes pasaba con su madre todo el día en la playa.

Monte había convencido a su hermano Miguel para que le ayudara a pescar a pulmón.

La idea se la había dado el abuelo cuando supo que su nieto necesitaba dinero para volver a Sevilla. Le presentó al dueño del restaurante del puerto, donde se tomaba los vinos y también unas almejas de gran tamaño que se

pescaban en una playa cercana.

Monte y Miguel aprendieron a reconocerlas. Eran diminutos ojos de nácar que se escondían en la arena cuando ellos se acercaban impulsados por las aletas. Allí, a unos siete metros de profundidad, debían enterrar la mano, cuidándose de recibir las picaduras de los peces araña que guardaban su territorio y ascendían desplegando sus espinas venenosas. Entonces aferraban el tesoro invisible que, por hacerse material solo al tacto, producía una sensación milagrosa, desacorde con el ahogo progresivo que iban sintiendo conforme ascendían a la superficie, donde les aguardaba, atada a una boya, la red donde iban depositando las conchas. El sol les cegaba en el ascenso, a través del agua, a cambio del alivio de poder respirar.

Día tras día, entregaban las almejas al restaurante, donde Monte y Miguel se repartían las ganancias. Día tras día, debían pescarlas a mayor profundidad. Entonces sucedió la picadura. La recibió Miguel en la mano. Su brazo serpenteó dentro del agua como un animal marino que deseara escapar del dolor. Monte agarró a su hermano por la cintura para ayudarle en el ascenso. Pateando con fuerza perdió una aleta: una sombra negra que se hundía, mientras arriba la luz bailoteaba en la superficie, ajustando, en el oleaje, un péndulo de asfixia.

Llegaron al aire. Y, aunque se habían salvado, en el pecho de Monte continuó esculpida la misma opresión.

La asfixia sin Laura.

Ahora que tenía el dinero para ir a verla, necesitaba una respuesta a su última carta.

Monte percibía, además de la asfixia, el vértigo.

Su madre había dispuesto que debían volver al restaurante de Carboneras.

Como si allí estuviera esperándoles Manuel Montenegro junto al pescador de peces azules.

Volvieron a comerlos.

Después, pasaron la tarde en una playa rocosa, bajo unos acantilados.

Miguel se empeñó en subir por uno de ellos. Ni los peces araña ni los pájaros chillones de los roquedos podían detenerlo.

Monte lo siguió.

Subían en bañador, ignorando los gritos de Elvira y Lurdes, cada vez más abajo, y apoyando con cuidado las chanclas en los salientes de las rocas.

Miguel alcanzó la cima. Monte se golpeó la rodilla con una piedra, afilada como un cuchillo.

Monte vio manar la sangre entre la carne abierta.

Las gotas cayeron hacia el azul en movimiento, distante, hacia la espuma que rompía al pie del acantilado.

Como guijarros líquidos.

Caían en lugar de él.

Podía abandonarse.

Se tambaleó.

Oyó la alerta de su hermano, que le agarró del brazo.

Ahora era Miguel quien le salvaba.

Monte se concentró.

Continuó subiendo.

El calor pegajoso de otra gota de sangre embadurnó su frente.

–Despierta –dijo Sara–. La sangre es un espejo y también un aviso. Servirá para que Laura responda tu carta. Pero recuerda que la sangre llama a la sangre.

## Capítulo 4

Laura echó el pestillo. Lo había instalado para refugiarse de su padre, aunque tanto él como Bernardo lo desencajaron a puñetazos. Luego ellos mismos habían vuelto a apretarlo con el destornillador, cada uno una vez, mientras le pedían disculpas. Perdona, no volveré a hacerlo, se me va la olla, te quiero más que a mi vida, las palabras siempre eran las mismas.

La última vez había sido cuando la expulsaron de la casa de retiro. Ella se había encerrado en la habitación para llorar a gusto, después de la explicación que había dado el Hermano a sus padres. Y al marcharse él de regreso a donde Laura había sido tan feliz con Monte, el hombre que en ese momento debía abrazarla y comprenderla comenzó a golpear la puerta: para eso me gasto el dinero en tu educación, para que lo tires como una puta, mientras su madre chillaba por detrás, tratando de sujetarlo. Tal como había roto el pestillo, al rato lo había arreglado, pero sin dejar por ello de telefonear a Bernardo:

–Átala corto.

Había oído, nítida, esa frase. A la mañana siguiente apareció Bernardo, tal para cual, casi idéntico a su suegro, camisa chulesca, cadena en el pecho, pelo engominado, como si quisiera imitarle en todo, complacerle, y en realidad casarse con él a través de su hija, como una manera de estar a la sombra del Gran Rai en el negocio, donde Bernardo iba ascendiendo a pesar de su juventud.

Don Raimundo, como le llamaban a la cara. La Rata Rai, como lo llamaban sus enemigos.

Por eso a ella le resultó paradójico, casi cómico, ver cómo los golpes de

Bernardo iban aflojando los tornillos que la noche anterior había apretado el Gran Rai, ábreme, Laura, ábreme, y luego él mismo volvía a atornillarlos con premura cuando su novia le avisó de que había estropeado lo que ayer había arreglado don Raimundo.

Fue entonces cuando sucedió, cuando, ayudada por su madre, Laura trataba de convencer a Bernardo de que no le había sido infiel en la Sierra de Córdoba. Justo entonces, Monte llamó a la puerta.

Ninguno de los guantazos que le habían pegado los dos hombres de su vida le habían dolido tanto como tener que cerrarle a su verdadero amor la puerta en las narices.

Antes de que la delataran los Hermanos, ya había tenido que ir ocultando las cartas recibidas en el fondo de un cajón, con la complicidad de su madre. No podía arriesgarse a mantener aquella relación sin que ocurriera algo grave, a ella, a su madre, o al mismo Monte. Trató de mantenerlo alejado dilatando sus respuestas, pero leía sus cartas a escondidas. Tomaba cualquiera de las muchas que Monte escribió después de Pascua y se detenía en algún fragmento donde ella quería sentir fiebre, entrega, delicadeza, o, por lo menos, un mundo distinto al que estaba acostumbrada:

Siento tu distancia hasta en la luz de la ciudad. Porque incluso Dios se muere de nostalgia.

Pero quién era ese Dios. Monte le respondía en aquellas cuartillas escritas en letra pasional, arábica, difícil de leer:

La tierra es una diosa, la Madre de la que somos parte. El sol es otro dios o el ojo mayor de nuestro Dios. Sin su mirada no existiríamos. Hay un ojo en el centro de cada sistema solar, alumbrando la existencia, haciéndola posible con su mirada. Cada planeta es un dios. Esto nos lo enseñaron los griegos. Somos fragmentos de dioses. Nada hay que no sea divino. Y Jesús se hizo hombre para tratar de explicarnos esto, a los tontos y salvajes humanos. Él ama la vida, tenlo por seguro. Somos hijos del amor.

Laura comprendía cada una de las palabras, pero no podía encajarlas con su propia existencia. Tampoco cuando Monte le contaba sus inquietudes:

Me pregunto qué será de mí mañana. Quizá una máquina, como tantos otros. Eso es lo que más temo. Las personas viven y mueren como máquinas que sufren al funcionar y se divierten al descansar. Eso es todo. Yo necesito buscar otro sentido. Y hacer algo también por los demás, como dice el hermano Marcos. Por la gente que necesita encontrar su esencia.

«Tendrás que empezar por mí, no tengo alma, o la he perdido», le había confesado Laura en una de las primeras cartas que ella había sabido contestarle.

He leído en uno de los libros de mi abuelo –le había escrito Monte–, que a veces sufrimos el robo del alma. Los ladrones son los espíritus del provecho propio, hadas, vampiros, íncubos o seres humanos. Las personas somos todos esos monstruos sin saberlo. Pero la peor ladrona de almas es la sociedad en la que vivimos. Yo te ayudaré a recuperar la tuya.

¿Lo había conseguido? Laura había empezado a tener esperanza en la Pascua en la que se conocieron, y a sentir plenitud aquel día que pasaron este último verano en el desván y en la cueva del pantano. Luego había perdido el alma del todo cuando su padre le volvió a marcar la cara, y Bernardo, después, la sujetó por los brazos, apretando los dientes, repitiendo sin parar: espero que sea mentira, mientras le marcaba, también él, la carne con los dedos, en medio de los gritos de su madre. Y, sobre todo, cuando, inmediatamente, para escapar de la furia de Bernardo, tuvo que inventar otra mentira mucho más dolorosa: la del testigo de Jehová, y abandonar a Monte en la calle.

Pero las cartas siguieron llegando. Su madre y ella habían llegado otra vez al pacto de recogerlas ocultándolas del Gran Rai.

Había una que le había irritado especialmente, por lo mucho que

contrastaba con su propia situación:

He aprendido algo este verano en el que no has contestado ninguna de mis cartas. He sufrido pero al final el mar me ha contagiado con su serenidad indefinible. Lo miro y siento que está vivo. No sé cuánto durará esta paz. Pero sí que el latido del mundo suena más fuerte que las pequeñas aguas que agitan nuestro interior.

Pequeñas aguas, eso era humillante. La melancolía le había hecho abrazar a Bernardo ese día con especial fuerza y él le había correspondido con una ternura enorme, hasta que Laura sintió aquel latido del mundo del que hablaba Monte. Pero a mediados de septiembre le había llegado una carta muy distinta:

He conseguido dinero para ir a verte. Quiero verte. Necesito verte. Dame una oportunidad. Estoy leyendo un libro de Jack London: *El peregrino de las estrellas*. Cuenta la historia de un condenado a quien los carceleros torturan cada día atándolo con una camisa de fuerza. Pero él escapa con su mente y viaja hacia sus vidas pasadas. Así hago yo contigo. Cada noche. Atrapado. Sin poder moverme. Viajo hacia ti.

Laura se miró en el espejo de su cuarto. Odiaba su pelo negro y rizado. Odiaba sus ojos de aceite y su mirada de tristeza. Siempre le habían parecido demasiado grandes, al igual que sus labios, tan carnosos, que a Bernardo le volvían loco. Y también a Monte. Odiaba querer a su padre en lugar de odiarlo. Odiaba haber creído las promesas de Bernardo de sacarla de Sevilla. Ahora ella permanecía atrapada por él como Bernardo se había dejado atrapar por el Gran Rai, con quien pasaba la mayor parte del tiempo, en aquel tugurio que llamaban oficina. Y luego en la cofradía. Un arma en la mano; una estampita en la otra. Se entregaban a aquella religión del pan de oro con un fanatismo supersticioso, muy diferente a la espiritualidad que predicaban los Hermanos. Por eso se había refugiado con ellos y había pedido ir a las casas de retiro, donde conoció a aquel muchacho granadino que la trataba con tanta

suavidad.

Laura miró los pósters de Queen que poblaban las paredes de su habitación. Eran rostros pintados y ojerosos, como el suyo, pero al menos ellos hacían una música que a ella le salvaba. Pulsó el interruptor en el equipo de música.

*It's a kind of magic.*

*It's a kind of magic.*

Quizá también ella tuviera derecho a un poco de magia. Se acercó a su mesa. Tomó un folio y lo partió por la mitad.

Jorge abrió la puerta y, al descubrir el desamparo en los ojos de Eloísa, notó que la respiración se le cortaba. Tragó saliva, murmuró una bienvenida y la hizo pasar a su despacho.

Ella se sentó, muy pálida. Le tembló la voz al decir:

–Doña Elvira no conoce la verdad sobre Manuel.

–¿Perdón?

–Quiero ver a esa mujer. ¿No está en casa?

Monte se habría cruzado con Eloísa de no haber tomado el primer autobús de la tarde del viernes. En cambio, se había encontrado de nuevo con Olga en el portal: él empujó la puerta del ascensor con la mochila cuando ella escapaba escaleras abajo.

–Pero adónde vas tan corriendo –le preguntó Monte.

–En mi casa se están peleando –dijo ella con una seguridad extraña, sin detenerse.

Monte había escuchado las voces en el patio de vecinos mientras terminaba de hacer el equipaje, imaginando a la pequeña Olga en medio, como dentro de una hoguera. Ahora le aliviaba verla en carne y hueso, saliendo ya por el portal hacia la libertad de la calle. Pero adónde iría. Quizá

con el mismo hombre con quien la había entrevistado alguna vez, *un tío suyo, un amigo de la familia, alguien a quien ella se agarra, o es al contrario, él la agarraba a ella.*

Monte también tendría que correr si no quería perder el autobús. En la estación ya le estaría esperando Palma. Esa había sido la única condición que le había puesto su madre para dejarle volver a Sevilla. Palma el Pelma.

Aunque Monte no había querido contar a nadie el episodio del testigo de Jehová, Elvira lo había visto tan triste, tan solitario que no se fiaba de lo que su hijo pudiera encontrar en ese amor primerizo con una sevillana. Sí se fiaba en cambio de Palma, tan educado, tan serio, tan leal a Monte y con buenas aficiones, ¡la música!, no como aquellos descarriados del grupo de Robin; aunque fueran tan cariñosos con su hijo, se notaba que eran unos golfos, seguramente gracias a su profesor, de cuya nobleza comenzaba a dudar. Esa inquietud se había apoderado de ella cuando quedó con Robin para rogarle que no expulsaran a Monte del colegio, y vio algo en el fondo de sus ojos: alegría, cálculo, *o había sido tan solo una nota de crueldad, como un acorde disonante que se toca con la mano izquierda mientras la derecha trata de transmitir una melodía luminosa.*

Se había distanciado del profesor desde que Jorge viniera a vivir a casa para llenar el vacío de Manuel. *Un vacío depositado sobre un hueco anterior: la soledad, mi soledad cuando Manuel vivía. Ahora Jorge ha abierto la puerta a esa mujer y yo iré a conocerla como si nada, una señora que no tiene nada que perder.* Eso había dicho Jorge:

–No tienes nada que perder.

–Salvo el pasado –había contestado ella.

Se miró en el espejo. Le plateaba el cabello, recogido en la nuca con ese peinado clásico que tanto le gustaba a Manuel y que un pintor había sabido plasmar en el cuadro que permanecía colgado en el despacho y que Eloísa ya estaría contemplando en ese momento. El pintor también había sabido captar sus labios finos, aunque abultados en el arco de cupido y en el borde inferior.

–Son de cisne –decía Manuel cuando se ponía cursi.

Elvira sonrió ante el espejo. Juraría haber escuchado su voz.

Palma se sintió abandonado en cuanto llegó a Sevilla. *Me siento abandonado porque he sido abandonado.* Se había fabricado la esperanza de no serlo gracias a la insistencia de Elvira:

–No te separes de él.

Pero Monte había sido muy claro.

–Vienes conmigo a condición de que me dejes solo. Nos veremos por la noche en el hostel.

Y ahora Palma vagaba a lo largo de aquella enorme plaza con columnas en cada extremo. Quería ir a visitar la catedral antes de que cerraran, donde se quedaría rezando un buen rato, *por ti, Monte, para que encuentres tu amor pero también para que comprendas el mío,* aunque se sentía incapaz de aventurarse por aquellas calles. Para hacerlo, tendría que sortear la mirada de algunos greñudos que deambulaban por la plaza, con ropa suelta, el pelo largo, algunos con los hombros encogidos, como encorvados. *Saben qué soy, me ofrecen sus servicios.*

Uno de los desgarbados se acercó a Palma.

–¿Quieres costo?

En ese momento Palma se fijó en una pintada que había en un muro, justo detrás de las greñas que se le habían acercado:

RAID PARA LA RATA RAI.

–No te preocupes, no quieren fumigarnos, solo quieren expulsarnos de su territorio. Pero tenemos que seguir vendiendo allí.

Lo había dicho con el aplomo que le habían otorgado el nombre del Gran Rai, pero don Raimundo hacía mucho tiempo que no salía de su despacho en Triana, desde donde movilizaba a su gente. Y a Bernardo le había asignado el otro lado del río, el más peligroso.

*Lo hace para probarme, para saber si soy digno de él.*

Bernardo apretó el mango de la navaja en el interior de su bolsillo.

Podría hacerle falta en la Alameda, donde habían aparecido las pintadas y

donde tenía que entregar la nueva mercancía a uno de los *pelúos* del barrio. El Gran Rai traía la mejor y esa olía maravillosamente. Pero Bernardo no la probaría. Se lo había prometido a Laura. Haría cualquier cosa por ella.

*Cualquiera.*

Lo pensó o lo había pensado el mango de la navaja, a través de los poros de su mano.

Esta noche no la vería. Se iba otra vez de retiro, *con esos frailes que no son ni curas ni ná, enemigos de la auténtica Semana Santa y de la Feria, para eso mejor se viene a la Hermandad de la Esperanza, menuda nazarena de lujo. Eso sí que es religión, como cuando tocaron Mi amargura en la madrugá, y se me caía la espalda con la mecía del puto Paso y entonces sudo hasta el Diablo. ¡No blasfemes, Bernardo! ¡Mete riñón, costalero!*

Cruzaba el anochecer por el puente de Triana. Sentía que la Torre del Oro no brillaba al otro lado del río, sino dentro de la burbujita líquida que se le había formado dentro de los lagrimales.

## Capítulo 5

Palma miró el reloj. Las ocho de la mañana y Monte no había regresado. Se asomó al callejón adonde daba la ventana de aquel cuarto. Las paredes encaladas y tachadas con grafitis no le darían pista alguna de su paradero. *My Lord, ¿me escuchas?* Porque Él habría de estar atento a sus vidas. *¿Solo para jugar? Para observarme sufrir en este deseo prohibido, Monte nuestro que estás en los cielos.* Porque dónde si no habría pasado la noche. *Con Laura en su casa imposible. En otro hostel, pero Monte no tiene dinero, va siempre con los bolsillos rotos, salvo lo que pescó para venir y que ya paga esta habitación que no usa y mi billete de autobús. Soy la condición que le puso Elvira. Palma el Pelma. ¿Es que pensáis que no sé cómo me llamáis? Se lo oí a Monte protestando a su madre en la cocina, mientras yo tocaba el piano en el salón, con suave suavidad, como a mí me gusta, Palma el Pelma, Palma el Pausado, Palma el Pusilánime. Un cobarde. Todo el viaje ayer para decirle que no es pecado mostrar lo que uno ama, la verdad crucificada en alto, como tú, my Lord, nos enseñaste. Monte ninguno que estás en los cielos. Lleno eres de ausencia.*

Palma sintió fiebre. Los grafitis de la pared de enfrente parecían moverse en un desfile de garabatos flotantes.

Entonces Eloísa dijo:

—Yo amaba tanto a Manuel como Manuel la amaba a usted. No quiso corresponderme. Mientras exista mi familia, decía, siempre estaré con ellos. Al final fue él quien dejó de existir. Pero no he venido a contarle esto, señora

Elvira. He venido a contarle algo más importante. Usted estaba casada con un hombre que no conocía.

Elvira miraba a Jorge esperando a que interviniera, pero él había estado escuchando la historia casi todo el tiempo en silencio. Y, en cambio, en cuanto la muchacha se hubo ido, no paró de hablar. Que si dudaba de la historia, que la investigaría. Que si era la rabieta de una alumna enamorada de su profesor con la que él no había querido marcharse. Pero Jorge no entendía nada. Eloísa tenía razón en lo que contaba, fuera o no fuera cierta la historia. La historia solo era una metáfora de la verdad, como una partitura es solo un cifrado que esconde la música. Elvira la había escuchado permitiendo que la joven le hablara de usted, sin ofrecerle el tuteo, sin interrumpirla, sin hacerle preguntas. Para qué. La única respuesta válida se la daba, cada noche, la cama vacía. Lo exacto: el lado de la cama que ocupó cotidianamente Manuel y al que ella se abrazaba al acostarse, poniendo la almohada en su lugar.

Ahora que había amanecido, sentía ese hueco de las sábanas deshechas, el vacío en su espalda, sentada en el borde izquierdo, con el espejo de su dormitorio enfrente. Después de haber dado vueltas toda la noche tenía el pelo como una maraña. Elvira era sus ojos atónitos y tristes y rotos en escamas de amatista. Ella era su presencia limitada por el camisón de seda, por las manos en las que quería encerrar la cara y donde ya sentía el calor de las lágrimas. Porque Manuel había sido definitivamente ajeno a su vida, contara lo que contara la muchacha, aquel que había dormido cada noche con su esposa, sin faltar una, y le daba calor y le despertaba con ronquidos los días en que venía con varias copas.

A veces Elvira había sentido odio por él, pero esos sentimientos eran como líneas negras en un gran mantel blanco. El resto de la tela era un amor extraño, mejor dicho, un amor al extrañamiento, a alguien cuya vida creía conocer pero sabía que no compartía la suya, salvo unos instantes al día, apenas sin tiempo para hacerse algunos reproches; el raro, cotidiano y rabioso amor a aquel hombre con el que sus padres le habían dejado casarse a regañadientes y quien, según Eloísa, tenía una única obsesión en la vida: combatir contra aquellos que querían manchar la libertad que tanto había

costado instaurar en España.

Habían tomado el nombre de un antiguo grupo de anarquistas andaluces. La Mano Negra actuaba contra los gerifaltes de la ciudad: políticos, banqueros, constructores, policías o jueces, nostálgicos de Franco, secuaces de Stalin, socialistas hipócritas, señoritos populares, nacionalistas de celofán. La etiqueta era lo de menos, había dicho Eloísa, sino el oficio de ofrecer prebendas y recibirlas, de destruir la democracia por la que tanta gente había muerto en España y en Europa, ya fuese por corromperla desde dentro o por tratar de propiciar un regreso a la dictadura. El resultado era el mismo: los privilegios en unas pocas familias.

–El caciquismo –escupió Eloísa, mirando el retrato al óleo de Elvira sobre la cabeza de Elvira.

Entonces mandaban una carta con escuetas amenazas de muerte. El caso había salido en la prensa de la ciudad, pero alguien lo acabó silenciando, según Eloísa, para debilitar la influencia de La Mano Negra. Elvira recordaba haber leído la noticia y comentarla con Manuel, quien se rio, diciendo:

–Menudo invento. También los periodistas necesitan trabajar.

La Mano Negra la había inventado el profesor Montenegro con algunos compañeros de la universidad y gente de los sindicatos que Manuel conocía en los bares, algún poeta también había. Eloísa no quiso revelar sus nombres y probar así la veracidad de lo que contaba.

–Yo me arriesgo solo porque usted, señora, no me va a creer y va a seguir pensando que a Manuel Montenegro solo le interesaba la música de su mujercita.

Elvira no le había contestado. De sobra conocía las ideas políticas de su marido, con quien había discutido en tantas ocasiones, lo que le había costado un progresivo distanciamiento, especialmente cuando ella sintió que Manuel no respetaría jamás a su suegro, por mucho que ella tratara de mostrar lo que los Moncada habían hecho por los demás, sobre todo su padre, quien había ejercido su profesión de médico sin cobrar a los pobres y sin vanagloriarse por ello; todo lo contrario que el padre de Manuel, que había seguido matando gente después de que terminara la guerra, aunque se hubiera quedado sin país, porque una cosa era perder una guerra y otra tener que

seguir matando por ello.

–Conseguimos desterrar a varios de Granada –dijo Eloísa–, con la ayuda de algunos amigos navajeros, a los que Manuel les prestaba sus escopetas. Lo que más nos gustaba era reventar negocios amañados. Nos lo chivaba algún político amigo. Nosotros solo teníamos que mandar cartas firmadas por La Mano Negra a periódicos y juzgados, y al interesado, claro, que si no reculaba recibía también el amago de un pinchazo en algún callejón o un disparo en la ventana de su casa. Lo increíble es que un método tan inocente funcionara. Y la policía no podía ni imaginar que todo lo pensaba Manuel Montenegro en su despacho de la facultad rodeado de libros de literatura.

Aquí fue cuando Jorge se decidió a abrir la boca:

–Mira, niña, esto no te lo crees ni tú. Ya te hemos escuchado. Ahora deja de molestar y sobre todo de llamar al timbre. Cuando quieras nos volvemos a ver, pero ya en la parroquia. La Iglesia te puede ofrecer mucho consuelo.

Pero Elvira sabía que aquella joven macilenta decía la verdad. No en cuanto a la posible existencia de aquella Mano Negra. Sino acerca de la historia invisible del hombre que había sido su esposo, el padre de los hijos que habían concebido en aquella misma cama en la que Elvira permanecía sentada, en jugosas tardes de siesta o en la madrugada cuando los mayores ya tenían oídos, con un placer tan lento y profundo que se parecía al dolor, mientras él la besaba en el cuello y murmuraba su nombre con la misma voz que se guardaba los secretos del día, *los secretos de esta ciudad donde Manuel tendría que seguir viviendo si no se hubiera empeñado en llevarme a aquel restaurante de Carboneras, estar aquí ayudando a sus hijos, aconsejando a Monte en esas pasiones que siente tan fuertes, demasiado para su edad, qué habrá pasado, por culpa de Eloísa casi me había olvidado, Pelma, digo Palma estará cuidando de él.*

Monte miró con asombro su mano empapada en sangre. Sintió la presencia de su padre entre el río y él, pero al buscar su rostro solo vio uno de los arbustos de los jardines. Comprobó que la sangre resbalaba hacia el suelo inundando las líneas de la vida, corazón, inteligencia, nada podía hacerse, nunca sabía

cuál era cuál, Sara se lo había contado varias veces pero todas lo olvidaba. Ella le advirtió sobre la llamada de la sangre, y allí estaba aquel tibio manantial que, al manar, le desmayaba. Monte delimitó esa tibieza en el dolor. La luz del sol ya alcanzaba el río, rompiendo el gris de la noche en añicos de oro, que, también ellos, se enrojecían.

La tarde anterior había sentido tibieza en la inquietud. Laura le dio un abrazo intenso, sin besarlo, nada más abrirle la puerta. Luego lo llevó de la mano hasta el salón, donde aguardaba aquella mujer pequeña que Monte había entrevisto ya una vez, y que ahora se levantó para sonreírle y cogerle la barbilla antes de darle dos besos.

Monte se sintió incómodo con esa efusividad que contrastaba tanto con su primer intento de visitar la casa, pero fue comprendiéndola a lo largo de la tarde, después de que la madre de Laura les ofreciera una cena temprana de huevos y patatas fritas, que la señora cortó y llevó a la sartén en un momento, con su mantilla negra al hombro, el pelo recogido, tan negro como el de Laura, la nariz afilada, entre fotografías de Vírgenes y Cristos de Semana Santa, estáticos en sus túnicas, barrocos tras los velones, con los lagrimales adornados con gotas de cristal.

Comieron en el salón, donde en la pared colgaba el retrato de un hombre moreno de pelo largo y camisa abierta que dejaba asomar el fuerte pecho. Allí brillaba un grueso cordón de oro, entre los caracoles del vello, culminado en un medallón de cofrade.

–Quiero algo mejor para mi hija que esto –dijo la madre de Laura señalando vagamente el aire de la habitación–. Tú eres el único amigo que tiene fuera de aquí. –Luego miró nerviosa el reloj–. Tenéis que aprovechar el tiempo.

Pero en la puerta se toparon con el rostro del hombre del retrato, que, sin entrar todavía a la casa, solo dijo, sin saludar a Monte:

–Quién es este.

–Nadie, un amigo que ha venido a recogerme para ir juntos al retiro –contestó Laura, tirando del brazo de Monte, hasta alcanzar el patio, donde ella murmuró–: no le mires, ven, corre.

Monte siguió a Laura pero, antes de salir por el portón, volvió la cabeza y

se encontró con la mirada dura, interrogante del hombre, que parecía hacerle una radiografía de todo lo que ocultaba.

Todo parecía suceder dentro de esa mirada negra. La carrera por el barrio hacia el puente. El paso lento del río. Las naranjas verdes en la fronda. Pero la luz de Sevilla la fue desvaneciendo. La ciudad parecía resplandecer incluso cuando la noche se apoderaba de las calles. Paredes añiles, farolas de albero, plazas repletas de gente, vasos rubios en las manos.

–Por aquí no vienen nunca –dijo Laura, dejándose agarrar de la cintura y encaminando a Monte hacia una pequeña iglesia que, al entrar, les envolvió con su olor a incienso.

Laura le condujo hacia una oscura capilla y allí se dejó besar, ante la silenciosa mirada de los santos.

No hablaron de Dios, pero fueron de iglesia en iglesia para encontrar un lugar seguro donde mordarse. Y luego de bar en bar, felices, en los callejones de los estudiantes, pidiendo cañas que los camareros les daban sin preguntar, hasta que se quedaron sin dinero en el filo de la madrugada.

Callejearon tambaleantes, riendo, besándose abiertamente ya en cualquier rincón, hasta llegar a los jardines del río, debajo de la Torre del Oro, bajo la que se abrazaron sobre un banco. Allí se tumbaron. Unieron sus fríos, que desaparecieron en el roce de los cuerpos, en las pieles que ardían bajo las manos que viajaban por dentro de la ropa. Monte hundió los dedos en aceite vivo. Laura barnizó el astil de carne. En el cuenco de la noche. Bajo la pétrea vigilancia de la Torre.

Se habían quedado dormidos.

Enlazados.

Así los encontró Bernardo.

Había sido alertado al filo de la medianoche, cuando regresó al despacho a depositar los cobros. Allí estaba el Gran Rai, aguardándolo, para contarle la mentira de Laura, a quien había encubierto su madre y a quien don Raimundo ya había puesto en su sitio.

–Menos mal que se me ocurrió ir a invitarla a cenar, porque esta mujer

nunca sale. Y en lugar de eso no he tenido más remedio que cruzarle la cara.

Bernardo salió en busca de los fugitivos, apretando la navaja en la mano. Peinó todos los bares de Triana. Luego cruzó hacia el centro de la ciudad. De garito en garito. De plaza en plaza. Una extensión inabarcable pero no para su rabia. Cuando se hartó, se mató a garrafones en un bar cualquiera. Se peleó con alguien a quien no miró a la cara. Lo echaron de allí. Se tambaleó hacia la iglesia de San Lorenzo. Cerró los ojos ante los azulejos de la fachada, que representaban el Cristo del Gran Poder. Los apretó mucho para no pensar en su vida. Para no tener otra vez nueve años. Para que no surgiera de la oscuridad la figura de su padre, en un pueblo donde jamás volvería a poner el pie. Entraba en su cuarto. Siempre con palabras amables, convincentes. Mientras se sentaba en su cama.

Casi amanecía cuando llegó al río. Decidió regresar por la Torre del Oro. Entonces vio a dos pringados dormidos en un banco. Sintió que el Diablo le mordía en el estómago y pensó en acuchillarlos a los dos. Tiró del bulto de Laura hasta arrancarla del muchacho y arrojarla al suelo. Él se estaba incorporando, gritando, cuando le clavó la navaja.

Nada. La paz vacía. Y de pronto el ícubo. Había abierto los ojos. Pero esta vez el fantasma no había desaparecido. Le había envenenado con sus garras. Monte se tocó el golpe. Se miró la mano. Antes de caer la extendió hacia el río, pero la luz no la lavaba.

## Capítulo 6

Si no le hubieran regalado aquel libro, el día sería más ingenuo, más afable a través de aquella ventana de aluminio, aún estaría dando gracias por seguir viviendo a una invención, la invención del amor, la invención de Dios padre que estás en los cielos, santificado era tu nombre, era un canto nada más, un mismo canto Dios y amada, pero ¿podía ser la verdad una canción por muy bien que sonara, por mucho que necesitara cantarla? Apretó en su mano aquel libro editado en pastas negras y se fue quedando aletargado por el efecto de los medicamentos.

Veía una y otra vez lo que había ocurrido, la metralla de los sucesos, como fotogramas desordenados que cayeran en el aire más allá de los cristales de aquel segundo hospital, en Escarcha, y que ahora iba a tratar de ordenar en su cuaderno, para comprenderlos, con la ayuda de la pluma de su padre. Ella le ayudaría, la punta de oro, pero solo tenía fuerzas para apretarla sobre el papel y ver cómo los poros de celulosa se iban inundando de tinta negra, del traqueteo de la ambulancia por Sevilla, del olor de la máscara de oxígeno, la caída de conciencia, había visto un ángel al fondo que le ofrecía la mano y, al aceptarla él, se transformaba en el habitual demonio de su infancia, ya estaba acostumbrado a su presencia, había visto la luz del quirófano, un mal sueño de anestesias y cuchillas, y el alivio de despertar, ya operado, en la planta de cuidados intensivos.

Después de una larga noche de desconcierto, cuando al día siguiente lo trasladaron a planta, sintió la alegría de ver que su madre esperaba en la habitación, y lloró con ella, dentro de su abrazo, sin descubrir todavía a Palma quien, según supo, no se había movido del hospital desde que la

policía le diera el aviso gracias a aquella muchacha que sabía perfectamente quién era el acuchillado, dónde se alojaba en Sevilla y dónde vivía en Granada.

Envuelta fugazmente en un aura de heroína, Laura, quien había evitado que se desangrara en la calle, lo había visitado en cuanto los médicos lo permitieron, aunque la madre de Monte la había echado de la habitación cuando oyó cómo la novia de su hijo le rogaba, después de abrazarse a él, que no contara a la policía quién había sido el autor del navajazo, algo que Monte imaginaba más que saber con certeza.

Conforme él la vio marchar, *una sombra obediente que se desvanece en el umbral*, comenzó a sentir por ella un tenue rechazo que tan pocas horas atrás habría resultado imposible, pero que agrietaba los meses de espera, las cartas volcánicas, los interminables minutos de apnea en los que pescara las conchas. *Si tiene que elegir, lo escogería a él*. Y esas grietas se acrecentaron mientras su madre le instaba a decir una verdad que él había decidido seguir ocultando, otra vez el secreto, otra vez integrar las deudas ajenas en su propio cuerpo, ahora en la profundidad de la carne sajada y cosida, como antes dentro del tesoro del ícubo.

Fue el momento en que Palma, prudentemente, regresó a Granada. Monte trató de incorporarse, le dio las gracias, aunque ya solo podía pensar en cómo zafarse de su madre, quien trataba de arrancarle aquella lealtad con Laura, una última lealtad a cambio de irse desgajando de su amada y de su gente. La debilidad le ayudaba a sentirse lejano, no me encuentro bien, mamá, no sé a qué se refiere Laura, será alguien que ella conoce.

–Pero ¿tiene hermanos?

*Tiene un novio, el mismo que la mató en mí, y acuchilló a la criatura que la amaba a ella, porque Laura ha venido a defenderlo, a él y a su familia. Cuando me abrazó a mí seguía abrazándolo a él, y a su padre.*

Monte trataba de acurrucarse por donde no le molestara la herida, para esconderse de la verdad y de su madre, apretando los dientes para no pensar en el dolor, donde desembocaban simultáneamente la decepción, el orgullo, los fluidos de la infección y las células cauterizantes.

Y aunque Laura volvió a intentar visitarlo, Elvira había dado

instrucciones al hospital de que no la dejaran pasar para que no molestara a su hijo. De hecho, había pedido a la policía que volviera a interrogarla, porque la versión que había dado la chica sobre el atraco a mano armada no encajaba con aquella misteriosa petición que había hecho a Monte.

Esa insistencia era innecesaria.

La policía había interrogado ya a Laura, mientras el herido se recuperaba lo suficiente para hablar. Y, al comprobar la identidad de la muchacha, dedujeron que el agresor debía ser alguien del entorno del Gran Rai, a quien tenían vigilado hace tiempo.

La descripción posterior de Monte, aunque silenciara el vínculo del navajero con la chica, fue suficiente.

–Igualito que La Rata Rai. Será su ayudante –sentenció un policía.

Por supuesto, ya habían interrogado a don Raimundo, quien había declarado desconocer los asuntos amorosos de su hija y el paradero de Bernardo. Y lo mismo la madre, una señora que permaneció asintiendo y negando, pero muda, mirando al suelo, durante el interrogatorio.

Sin embargo, a los pocos días, se presentó en el hospital. Monte la reconoció enseguida cuando entró en la habitación con su vestido negro, como si estuviera guardando luto por ella misma, contra cuya tela contrastaba el ramo de rosas blancas que llevaba en los brazos, casi como si acunara a un niño.

Las depositó al pie de la cama, sonriendo humildemente, y se presentó ante Elvira, quien apenas la dejó hablar.

–No puedo aceptar sus disculpas porque usted no tiene culpa alguna –le dijo–, pero tampoco puedo aceptar su compañía, porque quiero alejar a mi hijo de este ambiente que casi lo mata. Ahora váyase, se lo ruego.

Ella, pensó Monte, ya esperaba aquel rechazo porque asintió con la cabeza sin añadir palabra, salvo aquellas que se iban a quedar en la memoria del paciente, *un puñetazo en una lámina de estaño*, y que la madre de Laura pronunció mirándolo al modo de aquellas vírgenes que decoraban su cocina:

–No le cierres el corazón a mi hija.

Monte la vio marchar como ya había visto la espalda de Laura, la madre mucho más encorvada, pero de andares y altura parecida, *la hija será igual*

*cuando sea vieja, y sintió que ya se le había endurecido la carne del pecho, la misma que se había enternecido cuando conoció a Laura en Semana Santa, la carne que venía de haberse convertido una primera vez en piedra después del asalto de Robin, el maestro al que él también había amado. Y ahora Laura, el amor por quien se hubiera ahogado si hubiera hecho falta, le había pedido encubrir un nombre que de todas formas la policía había descubierto. Y ella acaricia al perro que me ha mordido para recuperar su hueso.*

–Gentuza, nada más que gentuza –murmuraba Elvira, mientras el vestido negro de la madre de Laura desaparecía por la puerta, y Monte, sin querer, empujaba con los pies el ramo de rosas, que se desparramaron por el suelo.

Aquel mismo día, Elvira pidió el traslado a un hospital de Granada, y, aunque los médicos desaconsejaron mover al enfermo, ella se empeñó y firmó los papeles cuajados de advertencias.

–Aquí no se va a poder recuperar en paz.

Sin embargo, durante el viaje por carretera, se abrió la herida de Monte.

*Conforme el corazón se me iba cerrando, se dijo dos semanas después, apretando en la mano El árbol de la ciencia de Pío Baroja, cuya lectura acababa de terminar, ahora que se había quedado solo en la habitación del hospital, donde se recuperaba de una segunda operación. Los órganos funcionan correctamente, salvo el que tengo enterrado detrás de la coraza.*

Allí sentía una presencia metálica. Como si en el quirófano donde le habían cosido las entrañas alguien hubiera aprovechado para sustituirle el corazón *por una lata de conservas recogida en la basura, un molinillo de café, una picadora de carne o una estufa de butano perpetuamente apagada en invierno.*

La tinta negra de la pluma de su padre seguía invadiendo los poros del papel y aún no tenía fuerzas para apuntar todo el mal que había sucedido después y que dejaba su propio caso en la papelera de las páginas de sucesos. Allí, sobre una de las sillas, se acumulaban los periódicos donde se contaba la historia, y también los suplementos culturales del *ABC* que siempre le guardaba su abuelo Daniel.

–Si te cultivas, recogerás los mejores frutos de ti mismo.

Ya no le hablaba de religión, aunque en el hospital había rezado un

rosario por él, acompañado por la abuela Alba, sentada a su lado, correctos, sencillos, uniformados por el rezo.

También en esa silla se había sentado el abuelo Ramón. A su lado, el asiento vacío parecía estar ocupado por Manuel Juanmaría. A veces también por Manuel Montenegro. A esos muertos se los imaginaba siempre sonriendo.

–Están contigo él y otros –le había dicho Sara, que también se había sentado en esa silla, frente a la cama.

–No me hables ahora de eso –le había contestado Monte, que ya había comenzado a leer *El árbol de la ciencia*, y se había propuesto atenerse a lo que le dictara una mente científica, como la del protagonista de la novela, Andrés Hurtado.

También se habían sentado en aquella silla los que le trajeron el libro, sus amigos fieles en la desgracia, aunque el que lo llevaba en la mano había sido Ancas.

–Nos lo han mandado en el colegio –dijo.

Vinieron Haddock, Antifaz, Guevara, Rubiales y Moro, a quien le habían dado el alta en aquel mismo hospital, casi a la vez que ingresaron a Monte.

–Nos hemos sustituido uno al otro –bromeaban.

Pero algo en la ley de las causas y los efectos parecía haberlos encadenado, y a partir de aquella circunstancia permanecieron más unidos.

Se había sentado, por supuesto, Palma, entre los primeros. Monte le apretó la mano con cariño, hasta que se sintió incómodo, porque Palma no la soltaba. Le entrelazó los dedos un largo rato, mientras le contaba que el padre Marcos se había ido a África «a dar su vida por los demás» y que él, Palma, estaba pensando en hacer lo mismo. Entonces le estrujó un poco más la mano, en la que Monte sintió el ruego de que no le permitiera marchar.

Se habían sentado Diana y Robin, que habían venido juntos, sin el grupo de amigos, por primera vez como una familia evidente, un dúo de amabilidad, suficiencia e inteligencia, cada uno a su estilo, *apolíneo*, pensó Monte en el caso de Robin, *élfico o umbrío*, en el caso de Diana. Monte, en su convalecencia, los analizaba al modo de Andrés Hurtado, el personaje de Pío Baroja.

Le resultaba sorprendente la naturalidad con la que se desenvolvía Robin ofreciéndole atenciones y chistes. *Es un hipócrita como yo lo soy, se protege como yo me protejo*, concluía Monte, *la diferencia es que yo no trato de demostrárselo a nadie. Yo me protejo en mi refugio. Él en su campo de caza.* Concluyó que Diana, en cambio, no sabía nada de las andanzas de su hermano. No tenía turbia la mirada, se peinaba como las japonesas de los libros sobre los que le gustaba hablar, y de cuando en cuando recitaba unos versos de Cernuda o de Rimbaud. Le animaba a escribir, no instándole a que lo hiciera, si no preguntándole por los poemas que ya había escrito, en lo que Monte encontraba una enorme consideración, porque se sentía tratado como algo que ya era y no como lo que debía ser en un futuro.

En la silla, por supuesto, se había sentado Jorge, más veces de lo que Monte habría querido. Cada día, acompañando a su madre. No le gustaba verlos juntos siempre. No le gustaba que Jorge le hubiera contado a él, todavía convaleciente, lo que había pasado con Eloísa, hecho que generó una discusión entre el sacerdote y Elvira, de desagradable tufillo matrimonial.

–A los niños hay que contarles la verdad.

Este dicho le recordó uno de los chistes que Robin solía repetir con voz aflautada y gangosa, pero hinchándose, entre las risas del grupo, imitando a sus admirados humoristas argentinos, Les Luthiers, en el colmo de la hipocresía:

–A los chicos hay que decirles siempre la verdad.

Tampoco le gustaba a Monte la sotana de Jorge, como ninguna otra, cada vez le causaban más recelo. Ellas, a través de su educación, le habían inculcado aquella idea improbable de Dios. Con un empeñamiento sin límite. Y, para colmo, la búsqueda de aquel Ente le había conducido a Laura y a la ilusión de un amor bendecido, que había acabado –aquel novelesco amor cristiano– con una navaja en las costillas.

Jorge no pasaría el examen concienzudo de Andrés Hurtado.

Y quizá tampoco su hermana Lurdes y su hermano Miguel, que también se habían sentado en aquellas sillas, un poco a lo suyo, como si estar a punto de morir no fuera importante, como si el sueño de vivir fuera estar siempre despierto.

No lo aprobaría Andrés Hurtado.

En la silla también había estado Mariano el portero, que le había regalado otra flauta en recuerdo de los buenos tiempos.

Pero no se había sentado Olga.

No había estado ni podido estar, salvo en forma de noticia impresa en los periódicos que se amontonaban justo ahora en aquella silla.

Un hombre la había llevado a los bosques de la Alhambra para violarla y asfixiarla.

Un hombre que ya habían arrestado y que invocaba el influjo de la luna creciente.

La misma que Monte había visto desde la Torre del Oro.

El mismo hombre que Monte había entrevisto cuando observaba cómo Olga salía corriendo de su casa, huyendo de su familia.

Veía sus ojitos negros, tan sonrientes como suplicantes, como si pidiera permiso para morir y para ser querida, las dos cosas al mismo tiempo, ser querida por alguien, desaparecer del dolor.

Ahora ya no podía hacer nada por ella. Monte había continuado su propio camino cada vez que se la cruzó.

Monte podía leer, eso sí, la novela de Baroja.

Escribir en su cuaderno:

Puedo tocar mi vacío:  
mi interior total.

Y, cuando le dieran el alta, se sabría infestado de una nueva enfermedad:  
la del corazón cerrado.

## Capítulo 7

Habían entrado en aquella mina abandonada por propia voluntad. El trabajo de fin de curso de ciencias naturales consistía en una observación anotada sobre estratos geológicos, y el grupo había decidido que el lugar idóneo estaba en las mismas entrañas de la tierra. Habían discutido el libro de Pío Baroja lo suficiente como para percatarse de que debían desarrollar el espíritu científico con el fin de descifrar los fenómenos externos y que, al mismo tiempo, solo podrían conseguirlo fortaleciendo la vida interior. Recorrer aquel laberinto cavado en una colina cercana a la ciudad les parecía una metáfora perfecta. Se sentían con fuerza para arriesgarse. Era una inminente generación de ateos en un colegio religioso, niños malditos que se aventuraban en juergas y en conversaciones extrañas para su edad, convencidos de que la amistad que sentían entre ellos era un talismán. Tenían entre quince y diecisiete años y, como grupo, habían sobrevivido al navajazo de Monte, a la enfermedad de Moro y al liderazgo de Robin, al que iban apartando de sus actividades. Empezaban a tratarlo como a un familiar fastidioso, siempre acompañado de una cámara y empeñado en hacerles fotos, al que sin embargo seguían necesitando, aunque no para entrar con las linternas en aquel túnel apuntalado con gruesos maderos y que enseguida llenó sus pulmones de un aire espeso, con un olor oscuro y húmedo.

Después de salir del hospital, Monte había relativizado los acontecimientos de su vida. El contacto con la posibilidad de su propia muerte y, especialmente, la violación y asesinato de Olga, le habían hecho volver a aceptar el ya lejano asalto del íncubo como una causa menor. Robin, un rey Midas, le había convertido en adulto antes de tiempo, justo lo

contrario de lo que predicaba.

–Es un hipócrita –le había dicho a El Rubiales.

–Y los Hermanos le dan trabajo.

–¿Crees que lo saben?

–¿Qué es lo que deberían saber?

Insinuaban lo que les había ocurrido sin atreverse a desvelarlo. Ambos sabían que compartían ese secreto. Durante una de las tardes del Cannonball, habían lanzado la inquietud a los demás. Sombras cruzaron las miradas. Pero Robin llevaba tiempo sin molestarles.

Conforme se adentraban en la mina y las paredes y el techo se estrechaban, percibían la oscuridad rota por la luz de las linternas, la consistencia del vacío.

*Un ataúd, un espejo, pensó Monte.*

Ancas lo había resumido en una de sus conversaciones sobre el libro:

–Nos rodea tanta muerte que es un milagro estar vivo.

Así se sintió Monte cuando regresó del hospital a su casa y entró en el portal. Vio el espacio encajado entre paredes de mármol, como un mausoleo en donde irían entrando todos los vecinos del edificio. Se contempló ante el espejo de la entrada, más allá de la oficina de Mariano. Supo que había vuelto a nacer y que tenía otra oportunidad.

*Ser, en libertad, yo mismo.*

Allí, en el espejo. Donde ya no se reflejaban ni su padre ni Olga.

El asesinato había devastado sus convicciones. No lograba comprender a un Dios que parecía indiferente a tanta desgracia.

«Oigo un ataúd de pasos en el piso de arriba», había escrito en su cuaderno.

A través del patio de vecinos llegaban los llantos de la madre, que se iban intensificando en alaridos.

Otra de sus hijas no había podido soportar la desdicha y se tiró por la ventana.

Sucedió en pleno día. Se acercaba el buen tiempo. Los bares habían

instalado ya sus terrazas sobre planchas metálicas que ampliaban la acera. Allí se oyó el golpe, un estallido seco. Monte se asomó y vio el cuerpo de la muchacha, con los brazos en cruz, pero con uno de ellos en una posición extraña, desencajada. Apuntó en su cuaderno:

La muchedumbre gira alrededor del cuerpo como en un accidente de circo. La plancha desamparada donde las niñas saltan para hacerse oír.

Monte buscaba a Ancas para desahogar su angustia y su decepción con Laura. Paseaban por la plazas donde los árboles se hinchaban de primavera. Y Ancas lo consolaba según lo aprendido en el libro de Baroja:

–Si el tiempo y el espacio es una invención humana, qué es todo lo que sucede. Solo podemos vivir.

En una galería donde la mina se ampliaba, se detuvieron para investigar los estratos.

–Se trata de un terreno sumamente arcilloso –recitó Haddock imitando la voz del profesor de ciencias.

Haddock nunca perdía la oportunidad de bromear. Y, cuando conseguía el triunfo de una frase, la repetía durante una temporada como un mantra. Sus últimos intentos estaban relacionados con la religión, que él había profesado al principio con tanto convencimiento como Monte, y de la que se fue distanciando hasta que los Hermanos pusieron como lectura obligatoria *El árbol de la ciencia*:

–Nos dieron la puntilla. Los curas nos han hecho una generación de ateos –insistía.

O también:

–Solo Palma entrará en el paraíso.

Se refería a que «el lánguido pianista», como Haddock. lo llamaba, había decidido solicitar la entrada en el seminario.

A Palma el horror le había acercado más a Dios. Habían asesinado al hermano Marcos en las misiones de África. Unos soldados le habían cortado

los brazos y las piernas y las habían situado en forma de cruz junto a su cuerpo. También le habían sajado la lengua en un claro mensaje de que allí no necesitaban las palabras de los cristianos del norte. Las imágenes, sacadas por un periodista de guerra, habían dado la vuelta al mundo. Y habían servido para que los Hermanos reivindicaran la necesidad de su labor ecuménica.

–Pero no así. Civilización sin iglesia. El Dios del padre Marcos ha desembocado en un asesinato macabro –le había dicho Haddock a Monte.

–No nos podemos fiar de nuestras ideas, porque en ellas proyectamos nuestras necesidades, eso es todo. Pero ¿qué pasa con el corazón? A ese le volvemos la espalda, al mismo tiempo que a Dios.

–Déjate de chorradas. Tenemos que vivir con el máximo de independencia y fuerza –intervino Guevara–, como ocurre en la vida salvaje. También nosotros somos naturaleza.

Todos se sentían Andrés Hurtado, el protagonista de la novela de Baroja.

–¿Por ejemplo, como estas arañas? –avisó Haddock.

Las arañas, a la luz de las linternas, proyectaban una inquietante sombra. Desperdigadas en el suelo de la mina, parecían aguardar una visita o una batalla.

–De qué se alimentarán aquí.

–De gusanos.

–¿No lo sabéis? Se encuentran, luchan y se devoran. Esa de ahí, la más gorda, se ha zampado a las que ya no están.

–El punto de vista de la naturaleza –recordó Haddock.

–Sacadme de aquí –exclamó Guevara.

Corrieron, riendo, mina adentro, pero el túnel se estrechó tanto que debieron avanzar a gatas.

Las linternas enfocaban primeros planos de tierra. Y el aire se hizo de plomo.

Monte seguía imaginando a las arañas dentro de su camisa, por la espalda y bajo la tela de los pantalones.

Trató de concentrarse en dominar la angustia, aunque tener delante a

Guevara, tan nervioso, no le ayudaba demasiado.

Guevara discutía con frecuencia de lo que el libro de Baroja llamaba «la cuestión social». Y cuestionaba la última iniciativa de Monte: dar clases particulares de lengua española a las recogidas en un convento de monjas, adolescentes que huían de la prostitución o de la droga. Guevara también recitaba el libro de memoria:

–La naturaleza es sabia. Hace el esclavo y le da el espíritu de sumisión. No las vas a redimir. Piénsalo, es tu manera de no renunciar al cristianismo.

Monte tenía dos alumnas favoritas: Sandra –pelo erizado con laca, boca estridente; grandes los ojos, los pechos, los brazos; buena, grosera– y Mary Jane, una muchacha dulce, mustia –pelo pajizo, piel transparente, un bizqueo en la mirada desvaída–. Monte paseaba con ella por los barrios desmochados del extrarradio, al final de las clases, tratando de salvarla e inventándose el amor. Le escribía poemas que ella recibía avergonzada. Y, cuando él intentó besarla, Mary Jane lo rechazó argumentando que pertenecían a clases tan alejadas que aquello no iba a funcionar.

–Te lo dije –dijo Guevara–. Ella es más sensata que tú.

Del extravío nacía la tristeza, que proyectaba el vacío hacia el futuro, como la impenetrable oscuridad de la mina, apenas lanceada por la luz de la linterna. Y el vacío lo ocuparían las sombras, ya fuera en la profundidad de la tierra o del alma.

También ellos tenían que haberse perdido en el recorrido planificado por Haddock, aunque Antifaz mantuviera la confianza de todos abriendo el camino y con la mentira piadosa de que el final del túnel se acercaba. Él, que detestaba el libro de Baroja, pedía de sí mismo y de los demás solo voluntad, y no perder el tiempo en el laberinto del pensamiento.

Por eso Antifaz era el único capaz de sacarles de aquella mina, que estaba aplastando la seguridad que a Monte le había costado tanto conseguir después de la historia con Laura.

–Solo puedes olvidarla –insistía Antifaz.

Pero era imposible si ella seguía escribiéndole cartas.

En la primera le pidió que declarase no reconocer a Bernardo, a quien habían arrestado, durante el juicio que iba a celebrarse en Sevilla. De hacerlo, las consecuencias asolarían a toda la familia. Laura afirmaba que había pensado en suicidarse una vez que paseó «junto a nuestra Torre del Oro». Monte, que se conmovía con ella, odió que mencionara aquel último símbolo del clímax y del fracaso. Y también que le mandara una segunda carta agradeciéndole, después del juicio, que Monte hubiera renunciado a la justicia y a la verdad por ella. Y se angustió con una tercera donde Laura aseguraba que, en esa renuncia, había descubierto que él la seguía amando. A la que sucedió una cuarta en la que ella sugería que volvieran a verse. Al leer aquellas líneas, Monte sintió el mismo vértigo que le había asaltado en los acantilados de Carboneras. Parálisis, pánico.

–Qué te pasa –dijo Ancas, que se arrastraba detrás de Monte en la mina.

Se había quedado pegado al suelo, sin poder avanzar. Le aplastaba el peso de la tierra.

Había contestado a Laura:

Tú no sabes que la escarcha  
se está borrando en mi mano  
sin que yo pueda pararla.

Aquellos versos parecían enredarse en sus piernas como una maldición.

Antifaz se hizo sitio en el túnel para agarrar los brazos de Monte y, al moverse, desplazó unos soportes de madera, pegados a la pared, que no habían enfocado las linternas.

Mientras Antifaz tiraba de Monte hacia la primera posición, Moro descifró el sonido que empezó a envolverles y dio la alarma para que se arrastraran a toda velocidad.

Moro tenía esa virtud. Percibía antes que los demás lo que iba a suceder. Se había acostumbrado a indagar en la falta de sucesos durante los meses que pasó en el hospital luchando contra la leucemia; a buscar en el aire

parpadeante de tubos fluorescentes, en el olor a yodo de la noche, y en la voz de las enfermeras que hablaban en el pasillo como si nadie estuviera a punto de morir, los destinos del resto de personas que sí podían desarrollar sus propósitos en la vida, más allá de las ventanas. Monte había ido a verlo a menudo en el último año y Moro había sabido adivinar la continuación de las historias que su amigo le contaba. No adivinó el navajazo de Bernardo, pero sí alguna forma de venganza. Y siempre que veía a Monte le preguntaba:

–¿Cuándo es la boda de tu madre?

Porque su apuesta era que el sacerdote colgaría los hábitos, y se convertiría en el padrastro de Monte.

–Mi madre se opondrá, llegado al caso –contestaba él.

Elvira y Jorge decidieron reunir a los tres hermanos unos días antes de la excursión de la mina. Los llevaron a un antiguo palacete del Albaicín, reconvertido en restaurante, y allí les anunciaron que se casarían en septiembre.

*Tú no sabes que la escarcha se está borrando en mi mano.* El derrumbe acababa de cegar el camino de regreso.

Escarcha parecía tocada por la mala suerte. Pero Monte, siguiendo las enseñanzas de Andrés Hurtado, pensaba que los acontecimientos solo podían deberse a la decadencia moral de la ciudad.

–De las ciudades, mejor dicho –le había corregido Antifaz, que ahora iluminaba en el plano el trayecto que debería conducirlos al aire libre.

Habían llegado a una sala mayor, en la que podían estar de pie. Antifaz encendió una cerilla que apenas alcanzó volumen. La acercó a la boca de un túnel y estuvo a punto de apagarse. Lo acercó a otra boca. La llama se hinchó.

Monte había recibido una última carta de Sevilla, firmada por Bernardo, una hoja de libreta, arrancada de las anillas.

«Te debo una.» No decía nada más, aunque Monte se quedó igualmente impactado.

–Es una forma de amenazarte –apostó El Rubiales–, por si te arrepientes

de haber mentido ante el juez.

Moro negó con la cabeza y dijo:

–No te vas a quitar de encima a esa familia.

Si salía de aquella mina, Monte cumpliría la promesa que había hecho suya leyendo *El retrato del artista adolescente*, otro de los libros que le habían ayudado en su convalecencia: «No serviré por más tiempo aquello en lo que no creo. Y trataré de expresarme de algún modo en vida y arte, tan libremente como sea posible, tan plenamente como sea posible». En el hospital había aprendido que no recibiría una curación completa sin el radical deseo de vivir.

Por eso él iba a escapar por el hueco que le estaba señalando Antifaz, mientras le empujaba las piernas, desde abajo, y todos los demás le jaleaban, dejándole emerger primero, demostrándole que estaban dispuestos a sacrificarse por él, por aquel cielo que Monte ahora comenzaba a entrever y en el que resplandecía, inalcanzable, el plato de la luna.

# EL BOSQUE

## Capítulo 1

### *Las mismísimas puertas de San Pedro.*

Las bodas de Elvira Moncada con Jorge Juanmaría habían poblado de chascarrillos las esquinas burguesas de la ciudad. Nadie había charloteado sobre este asunto en los barrios altos del Albaicín, ni en los extrarradios del Zaidín, de la Chana o del Polígono de Almanjállar (el Polígamo del Más Allá, para los burlones del centro), pero en las churrerías de la plaza Bibarrambla, ante el surtidor llorón de los Atlantes, y en las terrazas de la Plaza Nueva, entre el ir y venir de una cerveza, se cruzaron todo tipo de chismes sobre la decisión del sacerdote de casarse con la viuda que lo había cobijado en su casa.

- Será por salir del concubinato.
- ¡Esto ya lo tienen solucionado en Inglaterra!
- Aquí nos conformamos con Gibraltar.
- Habría que invadir el Peñón por bulerías.
- No te puedes fiar de los españoles.
- Se cambia la sotana por la cama.
- ¡Somos la polla!
- ¡La vin!, mira lo que le pasó aquí con Lorca.
- Lo atraparon en la casa de su amigo.
- El íntimo de sus enemigos.
- Dicen que no había nadie en la casa.
- Lo habían dejado solo.
- Los mismos que debían protegerlo.
- Los hermanos y el padre.

–Alguien se había chivado por envidia o por salvarse.

–¡Granada es la polla!

*¡Escarcha!*, pensó Monte al subir al púlpito, *está aquí toda Escarcha. En las mismísimas puertas de san Pedro.*

Le habían pedido que leyera un texto en el momento de las peticiones, durante la celebración del matrimonio, y él había escrito un poema de tono satírico, que solo conocían sus amigos, desperdigados en las últimas filas, y también Diana, situada en la primera decena de bancos, junto a su hermano. Vestida ella de raso amarillo (donde mejor contrastaba la cascada de su cabellera negra), y Robin con un sofisticado traje verde, habían conformado sin ponerse de acuerdo una suerte de bandera de Brasil, cuya connotación tropical resaltaba en la narcótica multiplicidad de afeites y adornos que los asistentes a la ceremonia habían reunido aquella mañana de sábado con la que terminaba el verano.

Perfumes de canela, de vainilla, de rosas, tocados y sombreros, mantillas, pedrerías, oropeles, emplastos, olores a desodorante y a tinte, rímeles cargados, cal en las mejillas, carmines estridentes, calzoncillos de estreno, calcetines y medias agobiantes, betún multicolor, reflejos de las velas en los charoles de zapatos y bolsos, sudor por las espaldas; la multitud apretaba las naves de la iglesia de San Pedro, y se iba abriendo, ya bajo el sol de la plazoleta, tras el portón, hacia la carrera del Darro.

Monte observó los rostros. Algunos aguardaban el regusto de conmovearse ante las sentidas palabras de un hijo. Buscó la mirada de su abuelo Ramón, benevolente y discreto en su traje gris claro, a quien sentía que de algún modo desagradiaba, y pensó en su padre, Manuel, a quien dirigió un último pensamiento, antes de desplegar el papel, y comenzar a leer con manos temblorosas:

No tuvieron tan gran atrevimiento  
los más audaces novios de la Historia.  
Han venido a unirse en sacramento  
a las ansiadas puertas de la gloria:  
las mismísimas puertas de san Pedro.

¿A quién de todos ellos estaba dedicando Monte la lectura, vestido con un traje oscuro que obviamente le quedaba grande, tal como le había advertido su hermana entre risas, mientras Elvira trataba de justificar el corte argumentando lo mucho que le quedaba por crecer al muchacho, pintón de todas formas con aquella corbata de seda azul, en la que Monte se había empeñado, estampada con un gran saxo dorado en el centro?

A su hermana Lurdes, en la primera fila, pijísima a la última moda, quien le lanzaba miradas de complicidad burlesca.

A su hermano Miguel, junto a ella con el ceño fruncido y apretando los puños sin gemelos (no había tenido la paciencia de encajárselos, igual que se había negado a intervenir en el púlpito).

A Juan Juanmaría, que había venido de Madrid para la boda de su hermano, atildado en un traje de color camel, la corbata roja, y una insignia con la hoz y el martillo en la solapa, «solo por el placer de provocar», había dicho.

A Robin, por supuesto, más allá de las cabezas, con sus ojos de estatua, tan cercanos al rostro de Diana, cuya mirada de musgo, sin embargo, perseguía Monte, musgo luminoso, musgo admirado.

A su madre, a unos pasos a la izquierda, en el altar, engalanada con un escote palabra de honor, el pelo recogido, el cuello adornado por la sombra de dos largos pendientes, joven en su alegría de novia, como si nunca se hubiera casado antes, escoltada por el padrino de la boda, don Daniel Moncada, impecable en su traje cruzado, conmovido porque el destino hubiera trucado el antiguo matrimonio con un rojo en el enlace definitivo con un hombre de la Santa Iglesia, si bien fuera hijo de otro rojo, ¡y encima del exilio! Y aunque su condición de excusa le otorgara, para siempre y a partir de ahora, la mácula de no haber sabido conservar la suficiente devoción.

A su padre, el muerto del que nadie quería hablar y a quien Monte imaginaba detrás de Elvira, doblemente mudo y resignado, traído por algún conjuro de Sara *la Albina*, arrodillada a destiempo y en traje de chaqueta junto a la abuela Alba, quien brillaba satisfecha sobre la doble vuelta de su collar de perlas.

A Palma, vestido con ropas sencillas de novicio, un pantalón y una

camisa ligera, con zapatos de rejilla, como el apóstol que había elegido ser y sobre quien, al verlo entrar, Haddock había vuelto a susurrar, para risa de los demás y del propio Monte, quien se disponía a avanzar hacia la primera fila:

—¡Solo Palma puede entrar en el Paraíso!

Y, desde luego, a Jorge Juanmaría, timorato y sonriente al lado de Elvira, repeinado y temblón al depositar las alianzas sobre el altar, impecable en un Armani regalo de la otra viuda de la ceremonia, Magdalena, su madre, quien se lo había visto a Richard Gere en *American gigolo* y deseaba cambiar definitivamente la imagen de su hijo, tan afín a las sotanas como a las camisas de Hawái.

Ella, atrevida en un vestido negro de encaje, le pisaba la sombra y estiraba con disimulo cualquier arruga en el traje del novio.

A Manuel Juanmaría, *si es que Sara ha conseguido traerlo*, pensó Monte, justo antes de comenzar la segunda estrofa:

La novia, que era experta en el piano,  
cambió sus partituras por gemidos,  
los hábitos de viuda por un ramo,  
y así dejó a sus hijos tras las puertas,  
las mismísimas puertas de san Pedro.

¿Qué sintieron, pensaron o recordaron algunas de las personas mencionadas que estaban escuchando la lectura del poema?

Si seguimos la dirección del murmullo que se estaba levantando en la iglesia, esto es, desde las puertas hacia el altar, en volumen proporcional a la lejanía del sacerdote, excluyendo a los asistentes que quedaban ya fuera del perímetro de la construcción sagrada —de estilo renacentista y mudéjar, sobre la base de una antigua mezquita—, podríamos destacar las siguientes acciones invisibles o disimuladas.

Las sonrisas incondicionales de El Rubiales, Haddock, Antifaz y Guevara, los cuatro de pie, atrás, con las manos cruzadas en el regazo, adultos definitivos, casi superhéroes en sus trajes de estreno, a pesar de haber cumplido dieciséis, diecisiete o dieciocho años según el número de cursos

repetidos.

La melancolía distraída de Ancas, quien acababa de descubrir la cabeza de Robin entre la multitud. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que recibiera sus caricias. Las había entendido tal como Robin las explicó: actos de amor. Y ahora echaba de menos ser importante para alguien, ser amado quizá por la propia Diana que parecía preferir a Monte por sus poemas, pero con quien también, él, Ancas, se sentía ligado por compartir con ella, además de con su amigo, las lecturas, las risas, la sensación de ser diferente a los demás.

Moro, turbado, porque la última noche en aquel pueblo donde Robin tenía alquilada una casucha, había recibido la visita del maestro, hace solo unos días, cuando el muchacho se acostó antes que los demás ciego de cubatas, en aquel cuarto que los amigos compartían sin molestarse, porque caían extenuados de ron, ginebra, whisky o coñac, según el caso. Moro había sentido en sueños que alguien le acariciaba por encima de los calzoncillos y, al despertar, había visto cómo Robin salía de la habitación, transformando en inquietud lo que durmiendo le había resultado muy agradable.

Palma, unas filas adelante, con los ojos amarillos atentos a la figura de Monte sobre el púlpito. Sentía una opresión creciente en el pecho. Y no porque su amigo leyera aquel poema que tanto tendría que estar doliendo a su antigua profesora de piano. Palma seguía oyendo las palabras que Monte le había enviado por carta, antes del verano: «Pretendes esconderte de tu propia naturaleza. En ese seminario, repites un melodrama de naftalina. No reces por mí a tu Dios». Pero él sabría hacerlo en aquel momento, rezar por Monte y por Robin, cuya cabeza se erguía entre la gente, vanidoso, como si fuera el único capaz de ponerse aquel traje verde y esconder a la vez todos sus secretos.

Robin, satisfecho de haber conseguido controlar de nuevo la situación, a pesar de no haber podido contenerse ante Moro el último fin de semana. Había sido casi un accidente, un lobo de ternura que no caza, desliza un tocamiento, y allí estaba otra vez ante Monte, porque aquella ceremonia le regalaba otra oportunidad para ser olvidado y a la vez seguir perteneciendo al grupo. No obstante, sabía que Monte estaba cabreado en el fondo, como

resultaba evidente por el poema que estaba leyendo. Diana le había avisado pero Robin no había querido impedir aquella insignificante venganza. Qué era aquel poema en comparación con el matrimonio de Elvira con aquel sacerdote que pretendía sustituir al padre de Monte en el confesionario y en la cama. Al contrario que a muchos de los biempensantes que le rodeaban, lo que hiciera el sacerdote en la cama de Elvira no le preocupaba en absoluto (seguro que lograba algo mejor que lo que él mismo le había ofrecido en aquellos hoteles de Córdoba y de Sevilla), pero sí el confesionario donde Monte podría encontrar la tentación de delatar a su maestro Roberto, Robin para ellos y por ellos. Era él quien, entre todos, cuidaba de sus discípulos, los había iniciado en la vida, alejándolos de esas convenciones en las que se veían envueltos los demás alumnos, y eso a cambio de una caricia robada. Esto no lo comprendía nadie. Él había renunciado a una sexualidad plena por una pequeña compensación. Cualquier manual de psicología justificaría así su comportamiento. Aunque comprendía el desconcierto que causaba al principio en los muchachos. Por eso trataba de compensar a cada uno de ellos. Guiar a Ancas, por ejemplo, hacia la primera chica que le gustara. Burlarse estratégicamente de Jorge Juanmaría delante de Monte, quien le había correspondido con cierta complicidad que activaba, en grado mínimo pero efectivo, la vieja alianza. Para eso, había pedido a Diana que le acompañara paulatinamente a las reuniones del grupo. Sabía que en ella encontraría Monte lo que necesitaba para seguir desarrollándose y quizá algo más, eso no se lo iba a pedir por ahora, pero quizá algo más. Sabía, sobre todo, que Diana, en caso de conflicto, seguiría protegiendo a su hermano.

Diana estaba sintiendo orgullo. Aquellos endecasílabos que leía Monte estaban bastante bien para lo que eran, un epitalamio cómico, pero también agrio. Se lo merecía toda aquella gente que la rodeaba como los restos de un naufragio emperifollado. ¿Por qué se pintaban tanto? Así la muerte los ve mejor, como también a ella la estaba contemplando, por eso se había puesto su vestido amarillo, para que la muerte la mirara a su gusto entre aquella multitud acaudalada y superficial. Monte no pertenecía a aquel mundo. No era casualidad que los primeros poemas que él le había enseñado se titularan *Versos de Caín*. «Me llamaban Caín, / nací dentro del mar de la tristeza». De

hecho, lo que estaba infligiendo a su familia, en aquel instante, era un castigo cainita. Hacía bien si quería ser un poeta que mereciera la pena, no como Cantos-Torre, que no paraba de cortejarla con sus sonsonetes edulcorados. Ella haría de Monte un nuevo Rimbaud, aunque ahora se limitara a leer aquella última estrofa, que ella se sabía de memoria y que pronunciaba moviendo apenas los labios, exactamente como rezarían las viejas de aquella iglesia:

Los hijos en las puertas de esta historia  
aunque ya hemos leído su final:  
Gloria se llama Infierno, Infierno Gloria,  
las abejas devoran su panal,  
las mismísimas puertas de San Pedro.

Monte dudó entre plegar el papel para guardarlo en el bolsillo o abandonar de inmediato el púlpito, obviando el estupor que acababa de descender sobre los asistentes.

¿Y qué hacía o pensaba don Torcuato, párroco de aquella iglesia tan mentada innecesariamente por el hijo mayor de la novia?

Meditaba con la cabeza inclinada, sentado en su estrado detrás del altar. No le había gustado aquel asunto desde el principio. Casar a un exsacerdote con una viuda. Le daba mala espina. No importaba que el obispo hubiera dado su bendición ni que los papeles estuvieran en regla. Había que ser precisos: un exsacerdote es un divorciado de Dios, un traidor que se ha dejado arrastrar por pasiones elementales. Imposible que no surgieran detractores.

¿Tendría que levantarse ahora, y reconvenir a aquel muchacho, quizá tan enfadado, en el fondo, tan a disgusto, como él mismo?

Don Torcuato alzó el rostro y miró a la novia, que en aquel momento lanzaba a su hijo una sonrisa de agradecimiento, llena de amor y de perdón.

Y se sintió tranquilo al instante, antes de levantarse alarmado al ver cómo otro de los hermanos, el que había estado en la primera fila, también aguantando y furibundo, algo evidente por su rostro, se había abalanzado

sobre el altar, estaba robando las alianzas sin que nadie lo detuviera, y ya corría entre las filas de bancos y entre los murmullos que de nuevo se estaban levantando, a un lado y otro del pasillo central, como debieron separarse las aguas del mar Rojo para permitir que los elegidos alcanzaran la tierra prometida.

## Capítulo 2

Ahora le tocaba a él acelerar, sentir bajo las ruedas el empedrado de aquella calle que atravesaba el Albaicín y también la madrugada, en el vespino de Ancas, para terminar de cumplir los dieciséis y por tanto llegar a Plaza Nueva antes que los demás, que aguardaban allí con los últimos tragos, cronometrando el tiempo que cada uno tardaba en hacer el círculo completo: desde la carrera del Darro, por la cuesta del Chapiz, y luego la estrecha, la sinuosa, la de curvas traicioneras, San Juan de los Reyes, de nuevo hasta la plaza. Era una vertiginosa forma de culminar la fiesta de un cumpleaños que había empezado en realidad con el regalo de Diana. Podían rematarlo matándose, apostó Monte, a esa velocidad, contra las paredes blancas, o atropellando fantasmas iluminados por las farolas.

La tarde había sido aquel disco de Stéphane Grappelli en el que cada uno de sus amigos había escrito una dedicatoria en la pegatina central, para que la música sonara una y otra vez con la amistad tatuada en su núcleo. La tarde había sido el giro del vinilo bajo la aguja que los salpicaba a todos de *Smoke gets in your eyes*. Elvira les había dejado fumar, preparar en la coctelera intentos de dry martini sobrados de ingredientes, mejunjes descubiertos por la ocurrencia, whisky, contreau, granadina, el humo cegaba los ojos, el alcohol el alma. Monte había sacado a su madre a bailar como en los viejos tiempos, El Rubiales se había atrevido con Lurdes inyectando picardía en un pasodoble donde, aunque se entrelazaron las palmas de las manos, se contoneaban en realidad en el encuentro de las miradas. El Perfecto Casado, como lo había bautizado Haddock, observaba el baile sentado en el sofá, debajo de aquella virgen que había presidido la primera masturbación de

Monte, quien, ¿cuántos años después?, soltó una carcajada al percatarse de ello, a lo que Jorge respondió extendiendo su vaso de Pálido a modo de brindis. Ahora que había dejado el vino de misa, prefería beber el ron que se producía en la costa, ron hasta que caía aturdido en la cama si sabía que esa noche no habría posibilidad de hacer el amor con Elvira. Cómo podía habérselo perdido tantos años, sentir el cuerpo amado bajo la fuerza, penetrarlo con suavidad, con poderosa suavidad, o salvajemente. Qué le importaba a él no llevar en el dedo la alianza que Miguel había arrojado al Darro en cuanto escapó de la iglesia.

Jorge perdió la sonrisa mientras Monte giraba con su madre y volvió a recuperarla cuando el rostro de Elvira quedó de nuevo frente a él, alegre por fin en la fiesta de su hijo, aunque por la mañana permaneciera tan triste por la ausencia de Miguel.

El día después de la boda, Juan les había ofrecido llevárselo a Madrid durante aquel curso, para calmar la violencia que venía estallando en aquel chico de catorce años, desde que la nueva pareja anunciara el matrimonio. Miguel había roto varias puertas a patadas e incluso había llegado a golpear al exsacerdote, después de un forcejeo en el que Jorge agarró al niño por detrás para taponarle la boca mientras Miguel gritaba que su madre era una puta.

–Le va a venir bien terminar de educarse lejos de este nido de fachas – había concluido Juan, nublado por un whisky.

–No lo dirás por mí –había contestado Elvira.

Entonces se renovó la vieja discusión familiar, que iba perdiendo interlocutores en el reino de los difuntos e incorporando otros con los nuevos lazos, entre los que Jorge se llevaba la peor parte.

–Traidor –le reprochó su hermano–. Y ahora otra vez traicionas al traidor que fuiste.

–Yo no he traicionado a nadie.

–A tu padre. Al exilio. A la República.

–No me jodas.

–Y ahora a tu mismo Dios.

–No ves más que tus propias ideas. Por eso no entiendes nada.

–Debería daros vergüenza. Vuestro padre os quería a los dos por igual – intervino Magdalena, que al día siguiente volvería a Garrucha–. Juan, yo traicioné la memoria de mi padre por irme a Francia con el vuestro. Ramón es testigo.

El abuelo Ramón se había servido una copa de tinto hasta los bordes y la apuró en dos tragos, antes de decir:

–Magda, hiciste bien. Tu padre era un asesino.

Jorge se había servido otro Pálido, y Juan estaba abriendo una botella de Cardhu.

–Vosotros vivíais en el extranjero –protestó Elvira–. Nuestro mundo era muy distinto.

–Nosotros vivíamos en Francia con la conciencia de nuestra historia común –dijo Juan–, pero vosotros, los hijos de los vencedores, nos habíais olvidado.

–Te equivocas –contestó Elvira, sirviéndose una copa de vino blanco muy frío–. No habíamos olvidado nada. Simplemente no sabíamos que existíais. Yo me enteré de que había habido una Guerra Civil casi con dieciocho años. Me lo descubrió una tarde un amigo del barrio, uno de aquellos con los que me había pasado la infancia jugando en la calle, absolutamente despreocupados y felices, lo reconozco. «¿Tú sabes que hubo una guerra? Tendríamos que hacer algo», me dijo. Recuerdo muy bien su expresión en ese momento. Como si nosotros hubiéramos tenido la culpa y acabáramos de descubrirlo. Y lo que hice fue casarme con un hijo del exilio. ¡Don Ramón! – exclamó Elvira ofreciéndole un brindis–. ¡Por Manuel!

«Por Manuel», respondieron todos salvo Jorge que, ofuscado, bebió en silencio.

Miguel se marchó a Madrid con Juan.

Monte giró el acelerador del vespino y esquivó un gato que se cruzó en la calle.

Había llevado a Ancas hasta su cuarto para enseñarle la postal de la

Venus de Botticelli. La había puesto en el cristal, apresada por el marco de la ventana como si estuviera reteniendo a Diana allí, pálida y con el pelo largo, estilizada y lánguida, con otro color de pelo y de ojos, otro dibujo en la boca, pero con algo familiar.

–La idealizas tanto que da risa –dijo Ancas–. ¿De verdad te gusta tanto? Casi nos dobla la edad. Dónde ha quedado tu espíritu científico.

Ancas había presenciado el momento en que se besaron por primera vez, en casa de Diana, cuando se tendieron los tres sobre la alfombra para ver alguno de los clásicos que sacaban del videoclub, Lang, Preminger, Hawks o Cukor. Hacía frío y se taparon con una sábana que Diana había desvestido de la cama de su dormitorio. Hacía frío pero bebían gin-tonic con mucho hielo, noche de sábado en el otoño, los tres, elegidos en toda Escarcha, iluminados por las imágenes exquisitas de la pantalla, mientras el resto de la ciudad se dedicaba presuntamente a cosas banales. Pero Monte no estaba concentrado en la película, miraba el perfil del rostro de Diana, el cristal cóncavo de los ojos donde se movían, diminutas, las figuras de la pantalla; miraba las comisuras de su boca, tan cerca, que, inclinándose apenas, podía besar. Lo hizo. Ella se dejó. Luego se apartó.

–Lo bueno si breve dos veces bueno –dijo.

–Lo bueno si breve dos veces breve –respondió Monte, antes de perseguirla bajo las sábanas, en un juego de cosquillas en el que también participó Ancas para quedarse sin nada entre las manos, porque Monte se había encaramado sobre Diana, había aferrado sus brazos, besándola decididamente en el cuello, hasta que ella cedió a la excitación. Ancas se había marchado en algún momento y ella tomó la mano de Monte para llevarlo al dormitorio. Allí se desnudaron.

–Su cuerpo también es como el de Botticelli –aseguró Monte con la postal en la mano.

–Y tú tan objetivo como Andrés Hurtado. ¿Llegaste a follar con ella?

–Es demasiado pronto.

Pero la verdad fue que Diana, después de un rato de caricias mutuas, le acabó por ofrecer un preservativo que sacó de la mesilla de noche.

Quizá porque Monte pensó que serían los que usaba el poeta Cantos-

Torre, con quien por entonces Diana había estado saliendo y de quien a veces se quejaba con sintéticos comentarios («Ama peor que escribe, aunque escribe peor de lo que él cree»). Y seguramente porque Monte apenas atesoraba las experiencias de Rebeca y Laura, con las que no tenía muy claro el qué ni el cómo de lo que había sucedido; seguramente porque se enganchó a la imagen macilenta de Laura, sobre quien su madre le había enviado una carta («Está mal. Ven a verla»).

O quizá porque no le excitaban tanto los cuerpos de Botticelli, y hubiera preferido uno como el de las odaliscas de Ingres que había descubierto en la enciclopedia de Historia del Arte (impresa en Francia), que había heredado de su padre.

O porque era homosexual en el fondo, idea que le seguía inquietando a menudo a partir del asalto del incubo; y, seguramente, debido a los nervios; el caso es que no consiguió ponerse el preservativo ni mantener una erección suficiente. Con ninguno de los dos hermanos lo había conseguido.

*Será que no me excita esta familia*, sonrió Monte bajo el casco inclinando el cuerpo para hacer la primera curva endiablada de las dos consecutivas que había en la calle San Juan de los Reyes, una hacia la derecha y otra hacia la izquierda, según le había advertido Moro, que había hecho la carrera antes que él.

No se empalmaría con ella pero nada le gustaba más que estar con ella. Esa misma mañana, antes de la fiesta en casa, Diana le había citado en la terraza del hotel Palace. Allí, sobre la ciudad que se fragmenta hacia la vega y tomando sendos bloody marys bien picantes, Diana le hizo el mejor regalo del día: una novela exótica y única, *Sueño en el pabellón rojo*. Monte había querido besarla en los labios allí mismo, apretarla en sus brazos, pero tenían el pacto de no mostrar esos afectos en público.

–No querrás que me metan en la cárcel –bromeó Diana.

–Yo te salvaré –contestó él, enardecido.

La acompañó a casa. Aceptó la invitación a entrar. Diana puso un bolero en el tocadiscos.

«Tú no sabes nada de la vida.»

Bailaron. Monte adivinó que ella había elegido ese bolero a propósito. Ya

la iba conociendo. Cuando no quería explicitar sus pensamientos, se los transmitía en forma de canción.

«Qué sabes tú lo que es pasar la noche en vela», subrayó Diana en el oído de Monte, con un susurro que él acabó cazando en sus labios, besándola y arrastrándola al sofá donde la dejó desnuda y con los muslos, después de haber vibrado a cada lado de la cabeza del muchacho, ruborizados y dormidos.

–Dónde pollas estará mi moto –se lamentó Ancas.

Se la acababan de regalar sus padres con el propósito de paliar una tristeza de origen inclasificable para ellos, pero que para Ancas estaba vinculada al desierto que había recorrido en su interior después del alejamiento de Robin. No era idiota. Sabía que por eso le había presentado a aquella chica, vecina de su urbanización. Pero Robin, como en la mayoría de los casos, había acertado también en esto. Gelen era deliciosa, divertida. Tenía un aire perfeccionado a Liza Minnelli y siempre iba canturreando alguna canción de Edith Piaf y bailoteando por la acera con una minifalda y medias marineras. El mismo día que Ancas había salido con ella la había besado en el portal, de regreso, después de subirla a la urbanización en el vespino recién estrenado. Un solo beso los había sometido. La vida a veces parecía contada por un narrador que supo perfectamente lo que los personajes iban a necesitar. Si él se iba a echar una novia a cinco kilómetros de Granada, sus padres, una semana antes, habían decidido regalarle un vespino blanco. Si la Venus de Botticelli se había acostado con Monte y no con él, sería para que su amigo acabara matándose el día de su cumpleaños. Porque seguía sin aparecer.

–Habrà parado para cantar a la luna –se burló Guevara.

–¿Habéis visto cómo se ha puesto su hermana? –dijo El Rubiales.

–Cuéntalo tú –dijo Haddock–, que has sido quien le ha arrimado la cebolleta.

–Parad, que solo tiene catorce años –dijo Moro.

–Ya ha cumplido quince –precisó El Rubiales.

–Voy a subir a buscarlo –dijo Ancas.

–Con lo despistado que es –dijo Antifaz, dando un trago a la botella–, seguro que se ha equivocado de calle. ¿No lo conocéis?

–¿Al Buey por el Tejado? –dijo Haddock, señalándose la sien del lado izquierdo.

Antes de la boda, y para calmar la intranquilidad de Monte, Haddock lo había invitado a pasar unos días en la urbanización donde veraneaba su familia, junto a un campo de golf, en la costa. Haddock trató de enseñar a Monte a manejar los palos pero fue imposible. Monte golpeaba la hierba, el aire o rozaba la superficie de la bola. Harto del fracaso, quiso solucionar su falta de pericia usando todas sus fuerzas, de tal modo que la cabeza del palo volvió a ignorar la bola y ascendió violentamente hacia la izquierda, justo donde estaba situado Haddock, quien recibió el golpe cerca de la sien y cayó desmayado al suelo.

–Casi me mata ese cabrón –terminó Haddock.

Monte cojeaba calle abajo, con el casco en la mano.

Como había adivinado Moro, no pudo superar la segunda curva. La tomó sin miedo, siguiendo aquel consejo que le diera Manuel Juanmaría:

–Cuando temas el bosque, entra en el bosque.

En el bosque, sintió cómo perdía el equilibrio. Cómo la moto resbalaba entre los helechos. Cómo crujían los huesos contra el empedrado de la calle. Cómo no sabía nada de la vida.

## Capítulo 3

¡Oh, que mi quilla estalle! ¡Ah, que me hunda en el mar!»

Así que vivir era sobrevivir a la Muerte, dejarle a ella el sentido escurridizo de la vida, el que se va delegando en el tiempo venidero. Será él quien acabe confirmando los errores y los aciertos. El presente es mirar la luna desde el bosque y no saber. Verla, blanca cegadora y pisar la tierra, un paso tras otro. ¡Oh, que mi quilla estalle! ¡Ah, que me hunda en el mar!

En el bosque habita Diana flechadora. Su ley es perseguir la presa y abatirla. Allí queda arrojada en los arbustos. Por su boca entreabierta penetran las hormigas. Buscan el corazón para hacer su nido, donde aún resuena el nombre de la diosa que ya corre lejos con sus perros, y acecha la sombra de otra presa, ajena a su verdugo, que abandona la barra del bar y se sienta en la mesa.

–Encantado de conocerte.

La Muerte era la que sabía lo que iba a suceder en cada historia. La que dictaminaba si los vivos habían resultado cobardes o necios o ciegos o convencionales o imprudentes. La que toma el brazo de Diana y le pregunta:

Qué estabas haciendo con Monte. Hiciste bien en ligarte al cantante de tangos que conocisteis en el Cannonball, cuando ampliaron el local para construir un escenario y allí se fueron congregando los poetas ilustres de la ciudad, el catedrático Cantos-Torre, Saba *el Juglar*, y el gordo y vetusto Tonsura (aunque la grasa estiraba sus arrugas y lo hacía rollizo y prematuro como un cochinitillo).

Diana flechadora con su chupa de cuero entra en el local, sonríe, dicta algo ingenioso a aquel que la saluda y se dirige a la última mesa, redonda y

de mármol, con sillas lacadas a mano por la propietaria japonesa del Cannonball. También la japonesa ha creado el gran cuadro que preside el local, con un sol naciente en el centro, en altorrelieve, colocado sobre un mar de espuma seca, cubierto con una red de pesca. La red de Diana ha cazado el sol. Junto a ella, Monte parece su escudero y no su amante, su guardaespaldas y no su cómplice, el que inventa tolerancias y esconde la rabia cuando toma cerveza y Diana se acerca al tanguista que anoche escucharon cantar un bolero, y que ahora, bebe solo en la barra.

¡Oh, que mi quilla estalle! ¡Ah, que me hunda en el mar!

La excusa la había puesto el frío de la noche. Habían vuelto al Tocón sin Robin, riéndose en grupo de aquel nombre: El Tocón. Como si los dioses estuvieran estallando a carcajadas en su eterno banquete, donde comentan las anécdotas de las viandas que engullen, aderezadas con pasiones descontroladas, barrocas, renacentistas, románticas, qué importaba. Lo divertido había sido contemplar el viernes cómo el cantante de tangos, recién emigrado de Argentina, se la llevaba a la cama, después de cantar:

«Llévatela.»

O si puedo insistir, dice la Muerte, más bien fue Diana la que se lo llevó a él a su cama mientras Monte los acompañaba parte del camino, sintiendo cómo iba estorbando y le miraban de reojo para hacerle entender que ya era hora de que los niños volvieran a casa.

—¡Quédatela!

Más sólido resultaba agarrar aquella botella de coñac y seguir caminando por el bosque, aunque le molestara la piedrecita que se le había metido en el zapato, la luna alta, insensible al frío de enero, las voces de los amigos detrás, donde habían encendido la hoguera. Y recitar, ya no el verso de Rimbaud, que conocía de memoria después de que Diana le regalara aquella revista con una nueva traducción de *El barco ebrio*, sino su propio canto a la noche:

Ven ahora  
dulce Muerte.

Aquí llamo  
en la luna  
tu beso oscuro.

–Escucho y obedezco –responde la Muerte.

A quién si no iba a besar él.

A Ancas y a Gelen los habían dejado solos en la casa, para que follaran tranquilos. Los demás se habían quedado ahí detrás, en la hoguera, repartiéndose a las amigas de Gelen, juego en el que Monte había intentado participar para vengarse de Diana, y donde había perdido desde el principio.

–Eres muy raro –repetían esas chicas apretadas en sus telas.

Sería porque él de cuando en cuando declamaba:

–¡Oh, que mi quilla estalle! ¡Ah, que me hunda en el mar!

Las habían invitado a casa de Robin, pero sin Robin. Le habían pedido al Tocón la guarida del Tocón y él se la prestó.

Así lo llamaban entre ellos y el apodo parecía útil para aliviar el peso del secreto, o, mejor dicho, de los detalles del secreto que se ocultaban, salvo El Rubiales y Monte quienes se seguían sincerando poco a poco y aquella misma tarde, durante un paseo por el campo, habían compartido épocas de caza y procedimientos del cazador.

–Un íncubo –dijo Monte, aunque El Rubiales no celebrara con entusiasmo el tecnicismo.

Lo destacable era el método, idéntico cada vez:

acercamiento en la debilidad,

ejecución prudente,

excusa amorosa,

aislamiento posterior de la víctima dentro del grupo.

–Es verdad, Rubiales, de ti decía que eras un facha.

–Y de ti que eres un perturbado peligroso. ¡Y tiene razón!

«¡Oh, que mi quilla estalle! ¡Ah, que me hunda en el mar!»

Juan había venido con Miguel a pasar la Nochebuena desde Madrid, y los demás, especialmente Elvira, los colmaban de atenciones.

Jorge se movía inexperto en la familia, trataba de agradar, ofrecía a destiempo los platos que había preparado Elvira, el marisco antes que los entrantes, el tinto antes que el cava, un halago excesivo para Miguel o para el abuelo Ramón, quien aceptaba encantado el tinto en lugar del cava, el marisco en lugar de los entrantes y entonces preguntó:

–Juan, ¿quién es el mejor escritor que has conocido en tu trabajo?

–Max Aub, sin duda. Cuando vino a Madrid desde el exilio. Se quejaba de que nadie conocía su obra, lo cual era verdad, pero sobre todo no podía comprender aquella España a la que había llegado y donde la vida ocurría como si la guerra nunca hubiera existido, y no hubieran muerto miles de españoles. ¿Te acuerdas, Elvira, de lo que hablamos la última vez?

–Ahora repetirás ese cuento de que Franco te metió en la cárcel –la defendió Jorge, que venía rumiando su ataque desde la discusión de septiembre–. No estuviste allí ni cinco minutos.

Juan suspiró, cerrando los ojos. Al abrirlos, el abuelo Ramón estaba diciendo:

–Yo conocí esa historia por vuestro padre. Él estuvo en un campo de concentración en Francia y yo en una prisión en Navarra. ¿Es que tenemos que enseñaros los estigmas para que nos creáis?

–Pero lo vuestro fue en la guerra o al principio de la dictadura –protestó Jorge–. En la época en la que mi hermano y yo vinimos a Madrid podíamos vivir en paz si no te metías en líos.

–Mira, Jorge, no me toques las narices –dijo el abuelo Ramón–. Qué te iban a hacer a ti. Tú aprendías a decir misa mientras tu hermano militaba en el FRAP. Lo tenían vigilado y le pillaron unos folletos que imprimía con una vietnamita, que, por si no lo sabéis, no es una mujer sino una imprenta de andar por casa. Ahí fue cuando comenzó su carrera de editor. Aunque antes lo encerraron en la Dirección General de Seguridad, en la Puerta del Sol. Juan, corrígeme si me equivoco.

–La mazmorra era muy pequeña –dijo él, observando la superficie del tinto dentro de la copa–, no tenía ventana. La ventana estaba al otro lado del

pasillo. Allí iba cambiando el día. Sabía que había llegado la tarde por los pasos de las personas que salían del cine de enfrente. Me parecía que llevaban la atmósfera de la película pegada a los zapatos.

–¿Qué es el FRAP? –preguntó Monte.

–¡Un grupo revolucionario chino! –exclamó Miguel.

–Había unos cuantos partidos de inspiración maoísta que luchaban contra el régimen –dijo el abuelo Ramón–. Por entonces, los socialistas, a los que luego se apuntó vuestro padre, no pintaban mucho. Pero yo sostengo que el FRAP, en particular, fue creado por los servicios secretos para tener controlados a los comunistas que no podían afiliarse al PCE. Pero se les fue de las manos. El FRAP creía en la lucha armada y se cargó a varios policías. ¿No es así, Juan?

–Cada mañana me daban café de aguachirle, y también algo de comer. Pero yo no podía tragar nada. Me pegaban poco porque estaba muy flaco. Pensaban que me iba a quedar en el sitio. Lo que más recuerdo era que me ponía a girar sobre mí mismo, como una peonza. Lo hacía por soledad y por tristeza y para espantar el tiempo y para que pensaran que estaba loco y me sacaran de allí.

–Y lo conseguiste –dijo el abuelo Ramón–, eso me contó tu padre.

–Me llevaron a un hospital y, después de recuperarme, me juzgaron. Durante el juicio me enseñaron un papel que por lo visto yo había firmado bajo tortura. Negué que su contenido fuera cierto. Me condenaron a un mes y un día. Desde que me soltaron, he tenido que contar esta historia muchas veces. Pero, aunque no lo creáis, los demás la escuchan con una normalidad asombrosa, como si me hubieran castigado levemente por haber cometido una travesura. Y todavía me pasa, ya habéis oído a mi hermano. El franquismo sigue siendo un estado mental inconsciente. Quizá es inevitable en los españoles que se han criado en esta época, pero en tu caso, Jorge, tuvo que ser el seminario el que te comió el pensamiento.

–Estáis llenos de prejuicios. En el seminario, había más gente de izquierdas de la que te puedes imaginar, comprometida hasta la médula. Uno solo de ellos ha hecho por el bien común más que todos los que estamos aquí juntos. Con diferencia. Y yo soy un demócrata, no te equivoques.

–Tú eres un acomodaticio, nada más, como la mayoría de la gente que conozco.

–¿Y tú no estás muy cómodo en esta casa comiendo lo que yo he comprado y Elvira ha cocinado?

–¿Y se puede saber de qué trabajas? –dijo Juan levantándose.

–Voy a dar clases de religión en el colegio de Monte. Empiezo en enero.

–¡Aún no ha empezado y ya tiene mote! –intervino Monte, achispado, para aliviar la situación.

–Miguel, yo me voy al hotel –dijo Juan–. Elvira, ¿lo traes tú cuando terminéis la cena?

–¿Y cuál es? –estaba preguntando Jorge–. Vamos, suéltalo.

Hasta Elvira, que estaba tratando de convencer a Juan de que se quedara, se rio al oírlo. El propio Juan soltó una larga carcajada y volvió a sentarse. A partir de ese momento, cumplieron sin conflictos el ritual de Nochebuena, aunque Miguel, para vengar a su protector, de cuando en cuando proponía el mismo brindis, que los demás iban ignorando:

–¡Por el Perfecto Casado!

–¡Por el Perfecto Casado, compañero de trabajo del íncubo! –repitió Monte con la botella de coñac en la mano, elevándola hacia la luna–. ¡Oh, que mi quilla estalle, ah, que me hunda en el mar!

Se tambaleaba entre los arbustos. Tropezó y, al caer en la maleza, se acordó de una de las frases que había leído esa misma mañana en el *Sueño del pabellón rojo* y que había apuntado en su cuaderno: «Fluye el agua y las flores caen, sin piedad». Riéndose, se quitó los zapatos. Necesitaba dormir, se preguntaba si Diana había vuelto a abrirle el corazón que había cerrado el mal de amor de Laura, pero eran las hormigas, amaestradas por la diosa cazadora, las que se abrían camino con sus diminutas mandíbulas.

Diana fumaba cigarrillos observando, desde la ventana de su apartamento, la misma luna que Monte. *Queremos como las fases de la luna*, pensaba. *Quiero*

*al tanguero que sigue en mi cama porque no tiene dónde quedarse, cuando está llena. Y al pequeño Monte cuando está menguante. Y al pobre Cantos-Torre en luna nueva. Si la verdad residiera en las emociones, y nosotros obramos sin prejuicios, sería posible gozar de tantos amantes como de lunas. ¿Una luna de dieciséis años? Por qué no. Mi hermano lo repite a menudo: mira los griegos. Mira Walt Whithman. ¿Lo hizo mal Walt Withman? Amar a cada ser con la libertad y potencia de amor que cada uno desprende, sin rechazar a nadie por su procedencia ni por su edad o por su sexo. ¿Y la responsabilidad de hacerle daño? De consumirlo, pensó observando la brasa del cigarrillo.*

Antifaz y El Rubiales, preocupados, habían ido a buscar a Monte y lo encontraron gracias a que oyeron un extraño borboteo en la oscuridad. Iluminaron el rostro desvanecido. Se estaba ahogando en su propio vómito.

–Mi beso oscuro –dice la Muerte.

–Ayúdame a darle la vuelta –dijo Antifaz.

Como también estaban borrachos, los dos cayeron de culo al cargar con él. Se partían de risa, mientras Monte volvía a golpear el suelo como un fardo. Así le salvaban.

–Tiene que potarlo todo –dijo El Rubiales–. Vamos a apoyarlo sobre ese tronco.

El cuerpo de Monte se quedó ovillado, con el estómago pegado a la madera.

–No pota –dijo El Rubiales.

–Salta sobre su espalda.

El Rubiales se sentó un poco más arriba de las lumbares de Monte y comenzó a dar botes sobre el cuerpo, hasta que este reaccionó y empezó a vomitar.

Lo cogieron, cada uno de un brazo, para llevarlo hacia la hoguera. Allí se habían quedado los demás besando a las muchachas.

–Le has hecho daño –dijo Antifaz–. Mira cómo gime.

Con regularidad sonámbula, Monte se iba quejando con cada paso.

–No es eso, cojones –dijo El Rubiales enfocando la linterna hacia el suelo–. Son las piedras. No sé por qué, pero ha perdido los zapatos.  
Y se fundieron, intermitentes, en la noche.

## Capítulo 4

Si aquel locutor no callaba podría soportar la llegada del día. Sin que aquel vestido arrojado en la esquina volviera a convertirse en el Extraño que le tiraba del cabello cuando cerraba los ojos. Se acercaba arrastrándose detrás del otro lado del colchón y entonces se encaramaba sobre ella, ocupando el hueco que había dejado él al marcharse. Eso es lo que detestaba de Monte. Que no se quedara abrazándola toda la noche. No le importaba que no supiera hacerle el amor, le bastaban sus caricias, sus palabras apasionadas al oído:

–Hablas en poemas –solía decirle, riendo, se reía mucho con él, era feliz recibiendo la escritura de sus dedos en la piel, a la que el muchacho prestaba completa atención.

*Luego los hombres pierden ese cuidado, la devoción por la página en blanco, el papel dispuesto a temblar en cada nervio, como bajo el pincel de un calígrafo japonés. Luego los hombres solo quieren demostrar su fuerza, ilustrar muscularmente que siguen siendo poderosos como si lo hubieran sido alguna vez, convencer de que saben embestir en un par de posturas sin correrse pues hay quien se precipita antes de tiempo, como le pasa a Cantos-Torre y a la mayoría de los que me he encontrado. Claudio está mejor, me susurra tangos en el oído mientras ya me está agarrando con sus manos, y va cambiando el tono, como si se estuviera enfureciendo, y ya me muerde, Claudio, me hace olvidar mi nombre cuando me levanta las piernas y luego termina el tango, pero ya se lo canta al techo y no a mí, feliz de haber cumplido.*

*Él sí se queda a dormir hasta que sale el sol, incluso luego es difícil echarlo de casa, ahora que por fin se ha buscado una, pero no Monte, él*

*tiene que volver con su mamá antes del amanecer. No sabe que cuando él se va se levantan los Extraños, ocupan su vacío, se van acercando desde las esquinas. Solo la radio consigue frenar su avance. La voz del locutor es un fuego en mitad de la noche. Los Extraños se mantienen a una distancia prudente. Relumbran en el sonido pero no terminan de encaramarse a la cama si ahora el locutor vuelve a saludar:*

*–¡Bienvenidos, náufragos de la noche!*

*Y suena el hilo musical del programa, On the sunny side of the street. Hasta en lo más oscuro, es un foco de luz la voz de Louis Armstrong. Esta tarde la puse en el tocadiscos para que la bailáramos Monte y yo, y sobre todo para protegerme y acordarme justo ahora cuando escucho el programa de siempre de mi insomnio y soledad, ahí sí me agarra bien el muchacho, casi como Claudio, and that happy tune is your step, se abre un foco en el techo y todos los Extraños se retiran, life can be so sweet.*

«*On the sunny side of the street*. Sonoro cetro de rey del viento», apuntó Monte en su cuaderno acordándose de Louis Armstrong por la luz cegadora que asociaba a su trompeta y que ahora estallaba en los cristales del autobús que le llevaba hasta Sevilla. El baile con Diana había sido «una ondulación de confianza y alegría», apuntó también mirando de reojo a Lorenzo que permanecía enfrascado en la relectura de *Luces de bohemia*, a pesar del volumen de la radio con la que el conductor había decidido martirizar a los pasajeros. Por imitar a Valle-Inclán, Lorenzo usaba lentes redondas y había cogido el hábito de exclamar, como uno de los personajes del libro, cada vez que le gustaba algo o de algo se quería burlar:

*–¡Admirable!*

Era un año mayor que Monte y se habían conocido en el Cannonball, rondando la mesa de los escritores, presidida, por edad, por el gordo Tonsura, aunque bajo el mando práctico de Cantos-Torre, el único de los poetas granadinos que publicaba en editoriales nacionales y que, muy joven, había sacado una cátedra en la facultad de Filosofía:

*–Apenas tuve competencia. En nuestra tierra se piensa poco.*

Monte había leído sus libros antes de intimar con Diana y, cada vez que se lo encontraba por la calle, con su boina de artista parisino y la barba poblada, se quedaba congelado un instante, como si se hubiera encontrado con un profeta al que no osara saludar. Después, cuando lo conoció en casa de Diana, y ella se burló de él llamándolo «rimador de Schopenhauer y lírico-anarquista-solo-de-boquilla», Monte comenzó a leerlo cada vez con menos ilusión. Y cuando Diana le contó que era su amante, Monte terminó por arrinconar los libros de Cantos Torre. Suyo era el verso: «Mi voluntad no anhela infinitos sin ti», que Monte ingenuamente recitó a Diana en un raptó de seducción. Ella, que había sido años atrás la inspiradora del mismo, le contestó:

–Cualquier bolero dice lo mismo con más gracia.

Monte, que iba padeciendo las inconstancias de Diana, se solidarizó en el fondo con Cantos-Torre, y atendía sus palabras en la tertulia con tanto interés como otros jóvenes poetas, aunque con menos adulación. Entre ellos, Lorenzo y él eran los únicos adolescentes que solían ir al café a partir de las ocho de la tarde, donde permanecían hasta la madrugada, especialmente si aquella noche había aparecido Saba, con su aspecto lampiño y rubio de un cuadro de Fray Angélico y su capacidad de beberse él solo una botella de ginebra en el tiempo en que los demás despachaban dos cubatas. Jocosó e iluminado, componía sobre la marcha romances acerca de cualquier tema de actualidad, y había sido el inventor del mote para Tonsura, por su calva marcada entre los abundantes rizos y su aspecto de abad. Tonsura, un poeta franquistón que se había travestido al marxismo, peroraba con la boca llena de los cacahuetes que había rebañado en los cuencos que servía la japonesa. Sus versos canónicos carecían de interés pero todos celebraban unas *Coplas a la muerte de su puta madre*, impresas en autoedición grapada, que había dedicado, una década después, al sepelio del Generalísimo y al desfile de desdichas de cuarenta años de dictadura.

Diana frecuentaba también aquella mesa, donde reinaba con sarcasmos elegantes acerca del panteón literario. Monte aprendió a apreciar a Cernuda sobre Alberti. A Salinger sobre Hemingway. A Onetti por encima de los demás narradores en lengua española. De hecho, no sería exagerado afirmar

que Monte comenzó a pensar a través de la mente de Diana, quien, ya lejos del café, en el sofá o sobre la cama, seguía ejerciendo su magisterio. Para Monte, Diana suponía, más que una pasión, una adicción que ella fomentaba a través de la empresa insegura que suponía verla. A menudo anulaba las citas, ya fuera porque había venido alguna visita ilustre a la ciudad, un director de teatro o un escritor con los que Diana mantenía correspondencia, o porque le hubiera asaltado la infausta melancolía que a veces la encerraba en casa. Monte mordía los frutos de su desazón encerrado en su cuarto, aislado de su familia, y, cuando los había apurado hasta el hueso, caminaba hasta la calle donde Diana vivía, recorriéndola de arriba abajo, a punto de llamar al telefonillo para preguntarle si necesitaba algo, y deseando encontrársela en la calle.

El día anterior a su viaje a Sevilla, Diana había estado defendiendo el suicidio como una salida necesaria a la normalidad insoportable de una vida solo iluminada por algunas obras maestras y los ciclos fugitivos del amor. Diana trabajaba como auxiliar en las oficinas municipales, un agujero, decía, donde las jornadas se vaciaban por el desagüe de un salario. Monte la recogió ese viernes en la puerta del ayuntamiento con una rosa amarilla en la mano, la misma que, según le había contado Diana, García Márquez ponía a la vista cuando escribía sus novelas. Y luego quiso estar con ella toda la tarde, acariciándola y distrayéndola de aquella idea del suicidio con cualquier ocurrencia. A Monte se le acumulaban los amores que preferían morir a vivir. Bailaron a Louis Armstrong. La abrazó durante la noche hasta los prólogos del alba, cuando corrió a su casa y, apenas sin descansar, salió disparado hacia la estación de autobuses donde le esperaba Lorenzo.

Jorge había querido conocerlo antes de autorizar el viaje que Elvira nunca hubiera permitido.

—No parece muy fuerte.

Monte había decidido pedir la ayuda de su padrastro, una madrugada de sábado, cuando regresaba del Cannonball junto a Lorenzo, tambaleándose por las aceras, como solían, y se había acordado del juramento de Joyce: «No

serviré a aquello en que no creo».

–Pero podría servirme *de aquello* en lo que no creo. El matiz es importante –aseguró–. Solamente para cumplir altos fines.

–¡Admirable!

A la mañana siguiente, templada la resaca, habló con Jorge, quien recibió como el maná aquella confianza del hijo mayor de una familia que, salvo Elvira, seguía sin aceptarlo. Monte le mostró las cartas en que la madre de Laura le rogaba que visitara a su hija, hundida en una devastadora depresión.

«Dice que quiere quitarse la vida», había escrito la señora.

–Yo no quiero ser la causa –dijo Monte.

Jorge le daría el dinero necesario pero a cambio de que le acompañara alguien para protegerle de una posible agresión.

–¿Alguno de tus amigos sabe artes marciales?

–Lorenzo –afirmó Monte.

Lorenzo era un esmirriado con la cara muy blanca, donde los ojos, azules y enmarcados por las lentes redondas, resaltaban como dos charcas.

Ya en el autobús, no prestaba atención más que a la lectura. Monte estaba intentado rescatar los buenos recuerdos con Laura, cada vez más irritado por el volumen de la radio.

–¡Es el colmo! –exclamó.

Lorenzo levantó la vista del libro.

–Qué pasa.

–¡Escucha! *Cruz de navajas por una mujer*. La canción de Mecano.

–¡Admirable!

–Bendice la mesa –dijo la señora.

El Gran Rai santificó los alimentos y Bernardo se apresuró a persignarse, mientras Laura y su madre se santiguaban despacio, con los ojos cerrados, y sin ver, por tanto, la inmovilidad en las manos de Lorenzo y Monte.

–¿Cómo se llama usted? –preguntó Lorenzo.

–Emilia.

Nadie se la había presentado por su nombre. Al llegar a la casa, Lorenzo

había estrechado la mano de los varones, besado la mejilla de la enferma y también la de la señora, al parecer anónima, pues tampoco Monte parecía saber cómo se llamaba.

–Cómo no lo voy saber –le diría después–, con la de cartas que me ha mandado.

Pero en el momento de entrar en aquella casa de Triana, nada parecía encajar con la famosa historia de Monte, sin contar las fabulaciones sobre el recibimiento que tendrían por parte de aquella familia de peligrosos delincuentes.

–Si tanto temes, para qué vienes.

–Al parecer, para que Laura no muera.

La habían encontrado postrada en un sillón, envuelta en la falda de la mesa camilla, absorbiendo el calor eléctrico de la estufa sujeta al armazón de madera, exangüe y mucho más delgada que las descripciones de Monte.

Lorenzo vio cómo su amigo la abrazaba, en el mismo sillón, y que la señora cuyo nombre conocería después se limpiaba los ojos en las mangas, mientras don Raimundo y el muchacho miraban al suelo.

–Necesito que me perdones –dijo Laura, recobrando algo de color en las mejillas.

Monte tomó sus manos, las apretó. Dijo:

–Tú nunca tuviste culpa de nada.

Esta frase dejó un incómodo silencio en el ambiente. Lorenzo dedujo enseguida que los demás habían entendido que, en consecuencia, la culpa les correspondía a ellos. Iba a desarrollar este pensamiento, según las teorías marxistas que les inculcaba Tonsura y que ajustarían las cuentas, en origen, con la sociedad burguesa, cuando Bernardo se acercó por la espalda de Monte.

–Soy yo el que tiene que pedir perdón.

A pesar de que aquel muchacho con camiseta de ACDC, pelanas recogidas en una coleta y grueso cordón al cuello, hubiera clavado una navaja a Monte, Lorenzo sintió una suerte de vergüenza ajena mezclada con náuseas. Era una escena demasiado melodramática, sin el baño esperpéntico que la hubiera salvado estéticamente.

Bernardo y Monte se estrecharon la mano.

–Aquí tienes más que un amigo. Un cofrade. Si no fuera por ti, ahora mismo estaría en el talego.

–Solo fingí no reconocerte. Lo hice por Laura.

*Repugnante*, pensó Lorenzo.

–¡Admirable! –exclamó.

Y todos se volvieron hacia él.

–Este chico está muy delgado –dijo el Gran Rai–. Vamos a comer. No sé qué os darán en vuestra tierra, pero en Sevilla vais a comer gloria.

Lorenzo calculó el peso de aquel hombre. Parecía la reencarnación sevillana del increíble Hulk, aunque en versión fofa: pelo ensortijado, medallón de oro en el pecho, *algo menos verde, más bien aceituna clara*.

Hulk había señalado la mesa, ya puesta bajo el gran retrato de sí mismo. *No serán necesarios ni el karate ni el aikido*, pensó Lorenzo. Comían aquel estofado de ternera con patatas, que se deshacían entre las hebras de los pimientos choriceros, trasegándolos con tinto, *como una familia de chupacirios que reciben la visita de dos primos del ciberespacio*.

Hablaban de fútbol. El Gran Rai y Bernardo profesaban la fe bética mientras Monte presumía de su devoción por el Atleti, aunque Lorenzo jamás hubiera oído hablar de ello. Laura interrumpió la conversación afirmando que iba a ser policía en lugar de estudiar una carrera.

–Estas cosas las dices para provocarme delante de las visitas –contestó su padre–. No te doy un sopapo porque estás enferma, pobre mía. Tú lo que tienes que hacer es ponerte a trabajar conmigo. Se te iba a quitar tanta pamplina de la cabeza. –Y sorbió una cucharada del guiso.

–Yo me casaría contigo aunque fueses policía –dijo Bernardo, que bajó la cabeza ante la mirada asesina del Gran Rai.

–Anda, serviros más vino y dejad de decir tonterías –culminó este.

–Lo que estoy diciendo es que estoy dispuesta a todo por cuidar a mamá –exclamó Laura, llorando de pronto.

Nadie contestó. La señora Emilia sonrió mirando a su hija, y luego a Monte, que se había incorporado para consolar a Laura. En los ojos de la mujer se adivinaba una historia que había soñado y que la vida se había

empeñado en condenar.

El Gran Rai aprovechó ese silencio para levantarse y traer una caja plateada, que entregó al muchacho que había estado a punto de morir a manos de su yerno.

–Ábrela. Para que lo disfrutes con tu familia.

Monte obedeció y sacó una botella de Chivas. Traía pegado un sobre.

–Vamos, ábrelo también –le animó el Gran Rai.

Monte extrajo un billete de 10.000 pesetas.

–Ahí dentro hay diez como ese.

Monte miró a Lorenzo, con una expresión alucinada.

*Dime que no lo vas a aceptar. Dime que no me vas a dar el gusto de presenciar más esperpentos.*

Monte se levantó en silencio. Le dio un torpe abrazo al Gran Rai.

## Capítulo 5

Aunque no fue fácil que los dejaran a solas, Laura y Monte lograron dar un paseo por la orilla del Guadalquivir. El día era gris, pero algunos resplandores del sol se escapaban en el cielo encapotado y se reflejaban en el río. A unos metros, les seguían Bernardo y Lorenzo, hablando entre ellos. Monte se sentía en una película antigua donde los novios son vigilados por las mujeres de la familia para evitar una intimidad incontrolable. Solo que los novios ya no eran ellos, ni al parecer lo iban a ser otra vez.

–Siento haber cogido el dinero de tu padre –dijo al fin–. No he sabido reaccionar ante la situación.

–Él trata a su manera de arreglar las cosas. No te preocupes por eso. Qué importancia tiene, respecto a lo que te pasó a ti.

Laura caminaba con los brazos cruzados sobre el jersey, para protegerse del aire que le movía el pelo y que le obligaba a entrecerrar los ojos, luminosos, torturados. Monte la sentía más frágil que nunca y tenía que aguantarse para no abrazarla delante de Bernardo.

–Me ha pedido que me case con él –dijo Laura–. Todavía no le he dicho que sí. Quería verte primero. Mi familia te debe mucho. Si hubieran condenado a Bernardo, el siguiente habría sido mi padre.

Monte pensó que eso hubiera sido bueno para Laura y para su madre, pero no dijo nada. Laura entendió el silencio.

–¿Tú querrías eso para tu padre? –continuó ella.

Se detuvo. Sacó un cigarrillo y lo encendió. A unos metros, igual que en la película imaginaria, Bernardo y Lorenzo aguardaron hasta que Laura y Monte retomaron el paseo.

–No sabía que fumabas –dijo él.

–No sabes muchas cosas de mí. Trataba de quitarme cuando iba a los retiros –sonrió Laura–. Pero al final no ha podido ser.

Monte entendió que se estaba refiriendo, en el fondo, a su relación.

–Laura –comenzó a decir, pero ella le interrumpió:

–Necesito a Bernardo contento y cerca de mí. Es el único capaz de controlar a mi padre. Esa es la única condición que le he puesto para que sigamos juntos –dijo, mirando un momento hacia atrás–. Que los dos cuidemos de mi madre.

–Pero, Laura, tú tienes derecho a hacer tu vida.

–Esta es mi vida –contestó ella dando una profunda calada a su cigarrillo, mirando el suelo–. ¿Se te ocurre otra? –dijo, volviendo el rostro hacia él.

Monte, perdido en los ojos empañados de Laura, que se le clavaban como un anzuelo, percibió su propio egoísmo, una especie de muñeco de alquitrán que vivía en su interior y que había dejado crecer a partir del navajazo de Bernardo. Para protegerse, para sobrevivir, quizá. Pero, a cambio se había vuelto ciego ante el amor que había sentido por aquella muchacha y por sus problemas, ante los cuales la había dejado sola, sin más. Trató de apartar a aquel muñeco de su mente, pero se le embadurnaban los pensamientos, se bloqueaban con los sucesos del último año que se iban precipitando dentro de aquel alquitrán, uno tras otro, construyendo un muro en su boca, que no conseguía encontrar las palabras adecuadas para aquel momento, ni mucho menos la verdad de su corazón, una especie de cloaca donde resonaban los consejos de su madre, las chanzas de sus amigos, los boleros de Diana.

–Pero ¿Bernardo te trata bien? –consiguió decir, para asegurar al menos una de sus muchas inquietudes–. Me preocupa que sea violento contigo.

–Ahora está muy suave –contestó Laura, mirando hacia el río, que parecía llevarse la conversación muy lejos, a un lugar donde nunca hubiera sucedido o donde no importaba que sucediera–. Sabe ser cariñoso cuando quiere. Lo pasó muy mal de niño. Ni siquiera a mí me ha contado lo que ocurrió. Solo sé que dice que mi padre es el único que él ha tenido. Bernardo a veces se ofusca y le sale toda la rabia. Es difícil de entender.

Monte resopló por la nariz y sonrió.

–¿Por qué te ríes?

–Por nada.

Él tampoco le había contado nunca a Laura su secreto.

–Me gustaría que te llevaras bien con él.

Monte asintió.

Amor, posesión, secreto, *a ellos obedecemos*, en la calle de Diana donde Monte acechaba su entrada o su salida, sola o acompañada. Tiene dieciséis años, dieciséis años largos. Trata de no pensar. *Es a su ausencia a quien obedezco*. Está fumando un canuto del hachís que le regaló Bernardo antes de regresar de Sevilla. El humo azul serpentea alrededor de su rostro. La adolescencia le ha marcado las mandíbulas y, aparte, la piel con algunos granos. El humo enrojece sus ojos, que han tomado un definitivo color gris oscuro, como el de los metales apartados en la sombra. Ya no es rubio o lo es como son los rubios en Escarcha. Apura el hachís para tener una visión anestesiada: Diana del brazo de Claudio o de Cantos-Torre.

Hacía dos días que no lograba hablar con ella y sus obligaciones escolares no le habían permitido ir a recogerla a la oficina. Ahora comenzaba a tomarse en serio los estudios. Le importaba conocer. A pesar de la presencia de Jorge en el colegio.

Podría contarle a Jorge que Robin era un ícubo. En el grupo de amigos, El Rubiales ya había hablado abiertamente, Ancas y Moro habían asentido con la mirada, y los demás, intocados, no se habían sorprendido en absoluto. ¿Qué iban a hacer con el tío Robin?, había preguntado Guevara. Nada. Pedir otra cerveza.

Podría contárselo al Gran Rai a ver qué opinaba. O mejor a Bernardo. Quizá su misterio tenía algo que ver. Había prometido venir a verle en su Maserati descapotable biturbo. También se había despedido de él con un abrazo, todos beodos, como había recalado Lorenzo mientras aligeraban la botella de Chivas en el viaje de vuelta. Monte le había pedido mantener el

secreto de las 100.000 pesetas que ya iban disminuyendo en los bares de Escarcha, en invitaciones a cada uno de los amigos que, por separado, iban desgranando el tema más importante de sus vidas: la experiencia de desvirgarse, para unos, y de seguir practicando, para otros.

Ancas, con la magnética Gelen, había perdido la virginidad en la casa del Tocón.

Moro estaba saliendo con Susana, la mejor amiga de Gelen. Los dos (Moro había repetido curso en dos ocasiones) habían cumplido dieciocho años y el sueño de desvirgarse enamorados, también en la casa del Tocón.

El Tocón daba para mucho.

El Rubiales, Guevara y Antifaz, que llevaban dos años fogueándose en las vacaciones de verano, se iban turnando las muchachas del grupo de Gelen, a quienes bautizaban con distintos mote según lo que iban compartiendo de sus respectivas coyundas: la Vinagre, la Uñas, la Chillidos, las cuales se reían de que ellos mismos se dieran a conocer solamente por sus apodos, salvo Lorenzo, quien empezaba a frecuentar el grupo.

Él y Haddock eran los únicos que permanecían oficialmente vírgenes. A Lorenzo solo le importaba la lectura, pero Haddock se sentía solo, frustrado, hormonado, incómodo, harto de pajas.

Monte mantenía en secreto su relación con Diana. Cuando desaparecía, le explicaba a sus amigos que iba a visitar a una egipcia llamada Dilhua, una mujer de treinta años que lo invitaba a un imaginario carmen en el Albaicín, cercano a la casa del abuelo Ramón. Los amigos de Monte lo miraban burlones, ¡*American gigoló!*, le apodaban, pero no preguntaban más. Ni siquiera Ancas conocía qué había ocurrido después de aquella noche en que los tres se habían hecho cosquillas debajo de una sábana, delante del televisor. Monte y Diana habían pactado el silencio. Un silencio que a Monte le quemaba el corazón como plomo derretido y que solo se enfriaba en el humo acerado del hachís. Un silencio que también se había apoderado del teléfono y que, al parecer, iba atrapando todo lo que tenía que ver con Diana.

Después de su regreso de Sevilla, Monte se las había arreglado para entrar en su portal con la intención de dejarle una nota en el buzón. Pero se atrevió a subir hasta su apartamento. Apoyó la oreja en la superficie de la puerta, hasta

descubrir una huella sonora de actividad en el interior. Se quedó tranquilo, porque, al menos, Diana no había cumplido con la idea de suicidarse. Le había escrito en un papelito una frase entresacada de *Sueño en el Pabellón Rojo* y lo introdujo por debajo de la puerta:

Si accedes a venir borraré los pétalos del sendero para esperarte.

Funcionó. Ella lo invitó a su casa, donde a pesar de las expectativas de Monte, no se dejó besar, abrió una botella de cava y le contraatacó con un poema de Stevenson, que ella iba corrigiendo y versionando sobre la marcha, igual que hacía con los poemas que Monte le iba enseñando:

El mar que nadie puede conocer por completo, las lágrimas y el tiempo nos separan, como nos separan las hazañas de los héroes y los asesinatos de los reyes. Me resultas extranjero, como cuando los navegantes descubren una tierra a lo lejos, desconocida y peligrosa. Así me he acercado a ti, vacilando, así he navegado en torno de tu isla enigmática. Después, me he retirado inquieta, pensando, desde el timón, en aquella fulgurante tierra donde temí desembarcar.

Monte se marchó ebrio de cava y de Stevenson. Pasó por el Cannonball, aguantó dos lecciones del gordo Tonsura sobre el Arcipreste de Hita y la situación en Cuba. El bar estaba casi vacío pero los ceniceros repletos como un campo de batalla. Monte esperó la madrugada para llegar a casa y que nadie descubriera su tristeza. Había luz en la habitación de Lurdes, mucho más obsesionada que él con los estudios. Monte, antes de caer en la cama, escribió en su cuaderno: «Hoy me sería grato un dardo en el entrecejo». Al día siguiente, tras nuevos intentos telefónicos de dar con Diana, le dejó otra nota en el buzón:

Te buscaré.  
Un pequeño tigre de seda  
llevaré conmigo

para espantar a los demonios.

Uno de los fines de semana en que fueron a Alfacar para visitar a los abuelos Daniel y Alba, Sara *la Albina* se había acercado a él.

–Estás atrapado por un súcubo –le dijo–. Haz caso de tus abuelos, no los vas a tener siempre.

Monte se alejó por la huerta, encendió un cigarrillo de hachís, y dejó que el humo abrazara el horizonte.

–Eres como un ciervo en una ciénaga –le había dicho Sara.

Diana reapareció otra vez. Había preferido quedar en un bar y Monte entendió la advertencia. Haría cualquier tontería para agradaarla: pedir tres cervezas para dos, fumarse los cigarrillos a pares. Una mujer se le acercó desde el otro extremo de la barra.

–He tenido cáncer de pulmón. ¿Tú sabes lo que te estás haciendo? –Y, luego, dirigiéndose a Diana–: ¿Y usted es su madre? Debería darle vergüenza.

Al salir del bar, cuando Diana quiso despedirse, Monte la cogió en brazos.

–Yo te llevo a casa.

Diana reía ante la ocurrencia del muchacho, que se empeñaba en transportarla en volandas por la calle y, finalmente, se dejó acompañar. Monte la atacó con besos en el ascensor. La desnudó en la cama. Recorrió ávidamente su cuerpo. Esta vez lo lograría.

–Amor –exclamó ella–, mi dulce amante.

Monte sintió el miedo de no saber entrar en aquella mujer que cerraba los ojos, acariciándole la espalda, pero sin guiarle.

Intentó ponerse un preservativo de los que había en la mesilla de noche. Monte imaginó el cuerpo desnudo de Claudio. El de Cantos-Torre. Ellos habían hecho el mismo movimiento. Abrir el cajón. Rasgar el envoltorio. Desenrollar el plástico sobre el falo. El palo faro. El faro que le había llevado hacia Diana y que ahora se desinflaba a la misma velocidad que el pensamiento. La misma piel que Robin. Y un olor de familia, un olor muy blanco y un poco ácido.

Monte acabó por pegar el rostro al pecho níveo de la mujer, envolviéndose el rostro con la cabellera oriental.

Ella se levantó de la cama.

–Tengo un bolero para ti. –Y él supo que le iba a entregar otro mensaje.

Había sido la última vez que se habían visto. Y ahora Monte volvía a vigilar la calle, con el canuto entre los dedos, entrecerrando los ojos por si ella aparecía en las rendijas de los párpados, o entre dos coches mal aparcados sobre el bordillo de la acera. Susurró la canción con la que ella lo había despedido:

Tú, que llenas todo de alegría y juventud.

Oía en el altavoz interior la voz añorada del viejo cubano, Bola de Nieve, rota como un barril que rueda derramando ron por una sentina que transporta orquídeas y que huele a mar y a terciopelo:

No te detengas a mirar  
las ramas muertas del rosal  
que se marchitan sin dar flor,

las palabras en las que ella cifraba su mensaje, y que había enfatizado con su voz quebradiza y sonriendo con la timidez de alguien intachable que comete una chiquillada por necesidad. Extendió los brazos hacia Monte, rígidos de ternura, frágiles en su fe:

Tengo las manos tan deshechas de apretar  
que ni te puedo sujetar.  
Vete de mí.

Él lo entendía. Cómo no hacerlo. Empezando por la diferencia de edad que había descubierto de inmediato la mujer del cáncer y continuando por todos esos amores adultos que a Diana le correspondían y le seguían

esperando en Cantos-Torre o en el cantante de tangos o en todos los poetas y músicos de la ciudad y del extranjero, que quizá habían pasado o iban a pasar por su cama para acabar escuchando, como él, aquella canción:

Seré en tu vida lo mejor  
de la neblina del ayer.

La niebla del hash.

Ese era el mejor tiempo posible.

La narcotizada espera.

Entonces el humo se abrió como una cortina, y frente al portal, apareció Diana. El hombre con quien entraba hacia su casa era Robin y discutían en voz baja. Los gestos, sin embargo, marcaban la alteración de ambos. Monte se agachó detrás de un coche. Las manos de Diana subieron hacia el rostro de su hermano, pero se apaciguaron en un gesto de cariño.

## Capítulo 6

–No puedo seguir jugando con él.

–Quiero que estés cerca.

–Le estoy haciendo daño.

–Tienes que cuidar de mí.

Las voces flotaban en la habitación desordenada. Armonizaban en un timbre similar, algo más grave en el caso de la voz masculina, vacilante en el caso de ella. El silencio, cálido, contenía mínimos sonidos: el del ritmo de las respiraciones, acompasadas y en espera; el de los dedos que acarician, sin interés, una piel muy conocida. Se oía el roce de la inquietud sobre las sábanas.

–¿Qué hace el niño?

–Está escribiendo en su habitación.

–¿Está borracho otra vez?

–Ha cogido la botella de whisky. He visto cómo la ocultaba entre los pies cuando he entrado en su cuarto.

–¿Qué te ha dicho?

–No eres mi padre, déjame en paz, eso me ha dicho.

–Voy a hablar con él –dijo Elvira incorporándose en la cama.

–Déjalo. –Jorge la retuvo por la muñeca–. No vas a conseguir nada hoy. Espera a mañana.

–Pero se está haciendo daño.

–Igual que cada vez que sale. Una noche más no cambia nada. Se tomará

un trago y luego se dormirá.

Elvira se tumbó en la cama y se abrazó al pecho de Jorge.

–Estoy muy preocupada. ¿Qué hace con esa droga que he encontrado en el cajón? ¡Metida en un calcetín! Y tanto dinero. ¿Será traficante?

–Con esa china no tiene ni para empezar.

–¿Una china? Hablas como si fueras un entendido.

–Yo era un cura progre. ¿Es que no lo sabías cuando te casaste conmigo?

–Llevo todo el día esperando para hablar con él y ahora no me dejas.

–¿Te estoy atando acaso? Son las cuatro de la madrugada. Es mejor mañana.

–¿De dónde crees que saca el dinero?

–Lo habrá ganado en las tragaperras. Hay una máquina en la cafetería que hay enfrente del colegio.

–Ahí es donde Robin y yo quedábamos para tomar café.

–No me gusta ese hombre.

–Me ayudó mucho cuando murió Manuel. Y a Monte también.

–Lo descubro muy a menudo observándome. Y callando.

–Estará celoso. –Elvira acarició el pecho de Jorge–. No supo tenerme y ahora me tienes tú.

–No creo que sepa relacionarse con las mujeres. Siempre está lejos de las profesoras del claustro. Hay únicamente dos. Y nunca lo he visto hablar con ellas.

–Pensaba que erais amigos.

–Al principio me caía bien. Ahora solo lo invito a café para conocerlo mejor. Hay algo en él que me escama.

–Lo que haces no es propio de un cura –se rio Elvira–. Robin no acepta su homosexualidad, eso es todo. Seguramente tú le gustas.

–No lo creo. Ya veremos.

–Y Lurdes, ¿está durmiendo?

–No ha apagado la luz.

–Estudia hasta muy tarde.

–Porque viene muy tarde.

–Está saliendo con alguien.

–¿Y sabes con quién? Con El Rubiales. Los veo muchas veces juntos a la salida del colegio. Ella viene a recogerle a él. Yo haría lo contrario.

–¿Y Monte lo sabe?

–Claro. Está con ellos.

–No me ha dicho nada.

–A esta edad los chicos no hablan con los padres. Solo te piden dinero.

–Monte ya no.

–No le hace falta.

–No puedo dormir.

Tomé sus manos entre las mías, sus manos largas de piel fina, tienes manos de pianista, dije pensando en mi madre. Pero como para Diana esa expresión es un tópico y los tópicos le molestan enormemente, me replicó: y tú tienes manos de mutante. Riéndose. Abriendo mucho la boca. Mostrando la hilera de dientes. Dos de ellos parecen hundidos a propósito para poder pulsar sobre la superficie.

Qué rico whisky.

Pero ¿de verdad la quiero? Podría haberla amado más que a sus hormigas.

Si mi corazón hubiera sabido abrirse sobre el de ella.

Este es un final sin manos.

Por eso voy a masticar un trozo de cristal, rezando a cualquier dios que me proponga otra vez el problema de su cuerpo.

¿Ahora viene este capullo?

Entra Jorge y me dice qué haces bebiendo a estas horas.

¡Cierra la puerta!, le contesto y se ha marchado.

Que muera el secreto genital del sacerdote y el jugo de mujer con que aliña sus recetas favoritas.

Que muera el sapo dentro de mi lengua, que muera sangrando.

Diana seguro que no puede dormir. Una noche más con la radio encendida.

¿Estás durmiendo bien, mi amor, cabalga sobre ti la yegua de la

noche?

Me quedaba a tu lado igual que los trovadores ofrecían la prueba suprema. Acostados toda una noche junto a la mujer deseada pero sin tocarla. Amor udrí lo llamaban. Amor *puđrđ* es el mío. Porque yo sí te tocaba. Ponía sobre ti mi mano de mutante. Una hoguera en cada dedo. Se apagaban en la fuente helada que nace entre tus piernas.

Ya no conozco más noche que tu pelo sobre el rostro. Te lo ponías a un lado, largo y liso, y jugabas con él sobre mi cara, sobre mi cuerpo, te deslizabas hacia abajo, aunque nunca más abajo del ombligo.

¿Bajabas más con Claudio?

¿Acababas masticando su canción?

La canción del macho alfa.

Por eso te ofrezco mi lamento de macho alfalfa, blando como una espiga verde.

Tú eres Diana flechadora entre los campos de alfalfa.

Ibas de caza con tu hermano Apolo.

Matabais juntos a animales y a hombres.

Porque sois dioses que no quieren amar sino cazar.

Lo he comprendido al veros en el portal de tu casa y, como Acteón, me corresponde ser devorado por mi propia jauría.

Mis perros me despedazan sin reconocerme.

Me engullen con hambre de ti.

Ibas con tu hermano Apolo por los campos de segar, el carcaj al hombro.

Descubristeis extraviado al macho alfalfa.

Tu hermano disparó primero. Me dio entre las piernas.

Y después tú te tumbaste, para mí, en medio de las espigas.

¿Cómo utilizar la blanda cruz de carne y flecha?

En mis visiones del hachís, se me aparece un sabio chino.

Viene del *Sueño en el pabellón rojo*.

Está sentado en el aire con una túnica azul.

Gira sobre sí mismo y, cada vez que se encuentra con mi rostro, me mira furioso acariciando el hilo reluciente de su barba.

La radio apagada parecía un nicho y, dentro de la caja de plástico, una mortaja el altavoz.

–A veces al salir a la calle me lo he encontrado frente al portal. No se conforma con que no le conteste el teléfono.

–¿Y tú qué haces?

–Hacerme la tonta y regresar a casa. Anular una cita, quedarme sin hacer la compra o sin ir al cine.

Dentro de la radio se oyó un crujido. Como si deseara encenderse siguiendo la inercia de cada noche.

–Contigo no aparecen los Extraños.

–Como cuando eras niña. Los dos encerrados en el sótano. Qué hijo de puta papá. Para maltratarla tranquilo.

–No hables más.

–Pobre mamá. Desde entonces.

–Te he dicho que no hables.

–Eres la única persona con la que.

–¡Calla!

Monte cerró el cuaderno y salió al cuarto de baño. Orinó con fuerza, tratando de centrar el tiro. Al volver al pasillo, se quedó mirando el túnel de la oscuridad, el túnel de la espera. La luz en el cuarto de su madre estaba apagada. Pero seguía manando un resplandor debajo de la puerta de Lurdes. Monte giró la manivela sin llamar, igual que antes había hecho Jorge cuando fue a importunarlo.

Lurdes, de pie y desnuda, salvo por unas braguitas blancas, se volvió hacia él cubriéndose los pechos con las manos.

–Qué haces. Vete. No ves que me estoy poniendo el pijama. Imbécil.

Monte cerró la puerta.

Por qué se ponía así. La había visto en carne viva otras veces. Incluso se había acostado con la prima Rebeca delante de ella. Aunque ella no se había enterado. O se había hecho la dormida. A saber. No había manera de destapar lo que se cocina en la memoria de los demás.

–No hables así de mi hermana. No sé qué ves en ella.  
–Lo siento, es que está buenísima –repitió El Rubiales.  
–No le vayas a contar nuestros secretos.  
–¿Lo de Robin?  
–Ni ese ni ningún otro.  
–De acuerdo.  
–Y no la traigas mucho con nosotros.  
–Coño, Monte, le he pedido que sea mi novia.  
–Y no le pongas los cuernos.  
–Yo, si me enamoro...  
–Ya. Pero ni un morreo ni un tonto con otra. Nada. Es mi hermana, ¿lo entiendes?  
–Pero...  
–Te has acostado con la Vinagre, con la Chillidos y con la Uñas.  
–Sí, pero eso fue antes de declararme a Lurdes.  
–Me da igual. Lo considero una infidelidad retrospectiva.  
–¿Cómo?  
–No me hace gracia que salgas con mi hermana.  
–A ti lo que te hace falta es echar un polvo. ¿Ya no ves a esa egipcia del Albaicín?  
–No. Ha vuelto a su país.

Le habían preparado a la Uñas. Susana, la novia de Moro, se iba a encargar de hablar con ella.

–Monte necesita a alguien sensible –había dicho Antifaz.  
–¿Y os parece que esa persona es Marta? –preguntó Susana con sorna.  
Moro la miraba embobado. La cogía del brazo, sin soltarla.  
–Se pinta las uñas de azul. Eso es propio de una mujer delicada –dijo Guevara mirando a El Rubiales y Antifaz con complicidad.  
Los tres amigos estallaron en una carcajada.  
–Moro, ¿tú qué dices? –le preguntó Susana.  
Él se perdía en la mirada cobriza de su novia y en el movimiento de sus

labios, y en el olor de su pelo tintado con henna.

–Nunca me escuchas –dijo ella, mirando a Haddock, que en ese momento pasaba por delante del porche, oyendo música con los cascos.

–Es un poco raro, ¿no crees?

–Es poeta, eso es todo. Y le rompió el corazón una sevillana, me lo han contado sus amigos –dijo Susana.

–¿Y yo de verdad le gusto?

–Mucho. Le encanta el color de tus ojos.

–¿Y no sabe que son lentillas?

–Qué va. Dice que tienes mirada de duende. Y el pelo de oro.

–Pero si es pintado.

–Estás monísima. Y tus uñas, se pirra por tus uñas.

Después de cenar, habían salido todos a pasear por el bosque, para ver la luna llena, y los dejaron atrás.

Marta y Monte iban hablando, pero lo importante sucedía en las manos que se rozaban o que ascendían un instante hacia la cintura contraria para comprobar la aceptación o el rechazo.

Monte, estimulado por el vino de la cena y el perfume que desprendía el cuello de la muchacha, interrumpió sus palabras para besar su boca.

Marta apoyó la espalda sobre un tronco.

Monte recibió el cálido placer que le daba su lengua pero se acordó enseguida de Diana. Detuvo un instante el beso. Sintió tristeza, sintió rabia. Marta se pegó a su cuerpo.

Cuando Monte y Marta regresaron, se encontraron la casa vacía. La puerta abierta del dormitorio de Ancas y Gelen, por primera vez sin ellos dentro. Y velas encendidas al pie de las paredes.

La ebriedad y la risa les condujo de la mano hasta el lecho y todavía,

mientras Monte desabrochaba la camisa de Marta, vaciló entre la urgencia de desear aquel cuerpo y la culpa de pensar en otra mujer. La lengua de Marta le atosigaba como el camaleón a la hormiga, se ancló esa imagen en su cabeza, aunque ella, ya desnuda, arqueaba el torso con sus pechos breves y duros. Eran ellos los que, al ser apretados y mordidos, emitían los gemidos que envolvían a Monte con una placentera sensación de crueldad, enrabiado por continuar con algo que juzgaba a la vez falso para su alma e inevitable para su cuerpo, que respondía de manera totalmente contraria a la impotencia que había sentido con Diana. *Por tanto, mi alma también está de acuerdo*, pensó Monte, lamiendo el ombligo de la muchacha, hacia sus muslos, desde donde descubrió que las uñas de sus pies también estaban pintadas de azul.

Se detuvo durante un segundo y regresó piel arriba, buscando otra vez la boca de Marta, borrando de su memoria la manera lánguida de Diana cuando echaba la cabeza hacia atrás. Marta trataba de zafarse de los mordiscos en el cuello moviendo la cabeza de un lado a otro, urgente pero anhelante, con una excitación entregada donde Monte recuperaba la seguridad perdida. Tomó un preservativo de la caja que había preparada sobre la mesilla de noche, y rasgó el envoltorio con los dientes después de fracasar en el primer intento de abrirlo con los dedos. Lo desenrolló fácilmente sobre su carne y navegó entre las piernas de Marta *como una nave de combate entra en la nave nodriza*, pensó, acordándose de *La guerra de las galaxias*, no sabía por qué su mente le regalaba imágenes tan estúpidas, pero ya estaba dentro de ella, moviéndose sin la torpeza que tanto temía, con un ritmo constante que ella seguía con las caderas y (ahora Monte se fijó) también con las manos extendidas hacia atrás, que se abrían y cerraban como agarrando algo invisible, las uñas azules que se mostraban en los dedos y luego se ocultaban en el puño, sístole, diástole, un fenómeno que también sucedía en los pies de Marta, cuyos dedos se agarrotaban con cada empuje de Monte y se relajaban en el segundo de calma.

Entonces Monte oyó las risas. En la ventana asomó el rostro de Guevara, y la puerta se abrió para que Antifaz corriera hacia la cama y les arrojara un puñado de cubitos de hielo.

–Fundidlos, fundidlos –clamaba.

Mientras, atrás, sonaban los vítores de Gelen y Susana. Y también los de Lurdes. Tenía que haber venido justo ese día.

–Cabrones, dejad a mi hermano –gritó sobre la risa creciente del grupo, que se apagó cuando Ancas cerró la puerta.

Comían la paella que había preparado Lurdes con extra de colorante, como a ella le gustaba, en el porche, bajo el sol, sentados alrededor de la mesa de plástico, Monte al lado de Marta pero distante interiormente, con una incómoda sensación de espejismo y de haber triunfado sin trascendencia. La oía hablar sin escucharla cuando percibió que, sobre el plato de ella, donde se amontonaban los granos amarillos, destellaba, como en la cima de un volcán, un intenso pero pequeño disco de color violeta. Así Monte descubrió que Marta usaba lentillas de color. Un ojo de simpleza oscura, decepcionante por el engaño, y otro que seguía resplandeciendo, entre la risa creciente de los amigos. A veces todos juntos se empeñaban en que la vida se alejara de la verdad.

## Capítulo 7

Cómo podemos haber olvidado a Olga.

Está enterrada.

En su casa ya no hacen ruido los supervivientes de su familia.

Gastan su tiempo en terapias. Y en silencio.

También los vecinos callamos cuando nos los encontramos cara a cara. Por respeto. O por temor al contagio. La desgracia, una enfermedad.

Mariano ha vuelto a tallar flautas, dentro de su garita. Para regalar un instrumento al fantasma de la niña.

Todos acabamos entretenidos en nuestras propias vidas.

El asesino desayuna, hace ejercicio, estudia en la cárcel.

Lo llaman amor, es delirio. Robin y Diana y yo. Laura y Bernardo y yo. Caza, posesión, conflicto. El amor era entregar bien a otro.

Aunque hay una tercera vía, dice Ancas: la entrega como éxtasis.

Monte encuentra éxtasis en sus discos de jazz, cuando, en el humo narcótico, giran Lester Young, Duke Ellington y el furioso sabio chino. Pasa la tarde con Ancas en casa si Elvira y Jorge se han ido a Alfacar a pasar el fin de semana. Monte prefiere quedarse en libertad. Además, recela de sus abuelos. Juan le ha dicho en su última visita con Miguel:

–Al menos por parte de madre, sois los nietos de la España de Franco. Si no lo sabéis, no comprenderéis nada de vuestro mundo.

Para Miguel, que va a cumplir quince años, el mundo se ha convertido en política. Sigue sin hablar con Jorge.

En el salón chino, cualquier sábado por la tarde, Monte y Ancas fuman hachís y beben ginebra a ritmo de jazz. Se cuentan sus penas de amor. Monte le ha confesado por fin toda la historia de Diana. Ancas le habla de su relación con Gelen. Él sí ha sentido el éxtasis. El éxtasis de la fusión con otro, en la que ni siquiera importa morir.

–Sin embargo hay mujeres que te hacen pensar en la muerte, no en morir de amor, sino de vacío –contesta Monte.

–Mujeres y hombres.

Han vuelto a ser amigos. Habían perdido la confianza por culpa del secreto.

Monte incluso le ha presentado a Bernardo.

Bernardo viene a verlo en su Maserati biturbo cuando tiene que hacer negocios en Granada. Una vez los ha llevado al Polígamo del Más Allá, junto a Lorenzo, a quien Bernardo ha bautizado Kung Fu.

Han cruzado barrios donde (asegura Bernardo) no se atreve a entrar la policía. Han subido a edificios donde los burros que pastaban ante las cuevas del Sacromonte avientan la paja por los pasillos. En las bañeras, las gallinas empollan huevos para los churumbeles.

–El parné me lo curro para el jallipén de los churumbeles –recita Monte cuando se reencuentra al guitarrista del Orígenes en un tugurio con barra de zinc–. ¿Te acuerdas de mi padre?

–¡Un inmortal! –exclama el viejo en la penumbra, donde, desde temprano, los borrachos cantan flamenco y Bernardo distribuye apretadas bolas de costo. Flacos *pelúos*, gordos ensortijados, canijos en chándal con botas de cowboy, recogen la medicina y pagan el estipendio que aumentará las arcas del Gran Rai.

–El imperio sigue en Sevilla –se queja uno.

–Por un Polígamo independiente –brinda otro a un extremo de la barra.

Monte, Lorenzo y Ancas, amedrentados, se embriagan con botellines de cerveza Alhambra, cuya fábrica, a unos cientos de metros, es el templo de Escarcha.

–Aquí la ciudad reza desde el mediodía –dice Monte.

–No presumas, achispado –contesta Bernardo–, que en el imperio nos

refrescamos con Cruzcampo.

–¡Admirable!

Se acerca un hombre de pelo ensortijado. Balbuciente y con los ojos confusos, extiende la mano para recibir una moneda.

–Este chaval bailaba muy bien por bulerías –explica el guitarrista–. Pero lo que vende aquí vuestro compadre es cosa fina.

Bernardo sonríe, se rasca una oreja, pide otro botellín y se santigua.

–En Granada faltan cofradías. Con un paso a la espalda, se suda todo lo malo. Da igual lo que te metas. ¡Mete riñón, costalero!

–Aquí no somos tan capillitas –dice Ancas–. En Sevilla manda más una cofradía que el ayuntamiento.

–Aquí manda la malafollá –contesta Bernardo.

–¿Y tú sabes qué es eso, sevillano? –le reta el guitarrista.

–Lo que tú digas, maestro.

–Lo que yo digo es que me encuentro a mi primo Carrasco después de unas duquelas. Y le pregunto: ¿Cómo estás, primo? «Pues aquí», me contesta, «¡de Rodríguez por cojones!» ¿Y cómo es eso?, le pregunto. «¿Es que no te has enterado de que ha muerto mi mujer?», me dice. «Pues eso. De Rodríguez por cojones.» Eso es la malafollá.

Bernardo se atraganta con el botellín y escupe la espuma al suelo. Pide otros cuatro.

–Ve y dile a ese yonqui que se eche a las espaldas la Virgen de las Angustias –dice Lorenzo.

Detrás de la ventana, un esqueleto envuelto en pergamino se asoma al bólido aparcado frente al bar.

El Maserati rojo acelera por las curvas de la sierra, inundando de polvo los pinares, y aparca frente a la casa del Tocón.

–Quédate a comer –invita Monte.

–Demasiada gente –responde Bernardo, mirando al grupo que se ha puesto de pie en el porche para observarles mejor–. Me vuelvo a Sevilla. ¿Quién es ese?

Robin había dado un paso adelante, interrogando a Ancas con la mirada a través de la ventanilla.

–Nuestro profesor de música –dice Monte–. El dueño de la casa.

–Da grima –contesta Bernardo arrugando la nariz.

Y, mientras el Maserati regresa rugiendo hacia la carretera, Robin se ha quedado mirando el vertiginoso metal, donde el sol disemina reflejos de damasco hasta que se esfuman en el bosque.

Han quedado en subir el domingo a uno de los picos más cercanos de la sierra. Es una excursión fácil, y han venido también las chicas, incluida Lurdes, que no tienen experiencia en la montaña.

Siguen a Robin, como han hecho siempre. Se han levantado tarde, con resaca. Monte se ha vuelto a acostar con Marta en una de las tiendas de campaña que han montado delante de la casa para que las parejas tengan más intimidad.

Haddock y Lorenzo son los únicos que no las han usado nunca.

Robin ha despertado a Monte de malos modos irrumpiendo en la tienda de campaña. El chico estaba abrazado a la Uñas, y, al levantar la cabeza, ha visto la sonrisa congelada del profesor.

–Eres el último otra vez.

Monte se ha rezagado entonces a propósito, ha querido permanecer en la cola de la fila india mientras serpentean montaña arriba. La propuesta de Robin es rodear el pico, regresar por el otro lado, antes de que caiga la noche. Todavía atardece temprano.

Justo antes de la cima, el vértigo va inundando el cuerpo de Monte, que se inclina, se vence, acaba de rodillas. Robin, de pie en el pico, con su cámara, al contraluz de la tarde parece un tótem caído del cielo para fotografiar la debilidad. Los débiles se acercan a Monte, uno por uno, para tratar de ayudarlo. Pero Monte pide espacio. Se concentra en la respiración. Se sienta. Cierra los ojos. La montaña no puede caerse. Abre los ojos. La inmensidad del aire es la inmensidad de la muerte, que espera. Tiene que reconciliarse con ella. Tiene que reconciliarse consigo mismo y con la muerte

que late en su interior como una bomba programada. O es el amor. Una inmensidad desconocida. En la que desea arrojarse, sin éxito, con todas sus fuerzas. Se acuerda de Palma. Nunca contestó a sus cartas. Monte le quería. Le escribió duro para hacerle daño, para que aceptara que era homosexual además de que quisiera ser sacerdote. ¿Y qué era Monte sino un fumador de hachís atravesado por las flechas de Diana? Habría aceptado a Palma si hubiera sentido deseo por él. Pero el deseo era su vacío. Como aquel aire bajo el que flotaba la Tierra, aquella esfera donde giraban, perdidos, en el laberinto infinito del espacio. Monte se puso en pie. Trastabilló. Lurdes le cogió del brazo.

–Vamos, hermano.

Se iba a poner el sol.

–Nos queda solo una hora –vuelve a gritarles Robin.

Los demás permanecen en la cima, perfilados como en un desfile, algunos con las manos en la cintura. Parecen aguardar algo que está en equilibrio entre suceder y no suceder.

Haddock y Ancas dudan:

–¿Estás seguro de que nos da tiempo?

–Seguro, si dejamos de perderlo –insiste Robin.

Le siguen una vez más. Todos piensan en él. Qué significa su espalda. Su manera segura de andar. Su barbilla alta, que mira el cielo del que ha caído y que va perdiendo luz. Notan, bajo los pies, que la humedad nocturna va contagiando las rocas. Comienzan a resbalar. La temperatura baja.

–No llegamos –advierte Haddock.

–Con esta luz nos sobra –vacila Robin.

Dudan de su espalda. Dudan de su columna vertebral. Podría desmoronarse en cualquier momento, como todo su magisterio. Podría desmontarse vértebra a vértebra como la propia historia de Robin, salvada por una médula espinal, cada vez menos oculta.

Luz de ceniza en el cielo.

Gelen cae. Después, Susana. Se ha torcido el tobillo.

La sostienen entre Moro y Haddock.

Han dado la vuelta al pico.

–¿Lleváis linterna? –pregunta Robin.

Todos, salvo los que van a la montaña por primera vez.

Guevara cuenta la historia de unos montañeros a los que sorprendió la noche cerca de un refugio, invisible por la oscuridad. Los encontraron muertos al día siguiente, abrazados entre sí.

–No hace tanto frío –protesta Robin.

Pero hace cada vez más. Las piedras, ahora totalmente empapadas, les hacen resbalar a cada paso.

Van despacio. Salvo Robin, todos se caen, de culo o de lado, se van magullando, se dañan la muñeca de la mano que les ha salvado de un golpe en la cabeza. *A Robin su orgullo le protege*, piensa Monte, quien está guiando a Lurdes del brazo. Ahora es él quien la cuida. Hace tiempo que no siente vértigo. Porque está concentrado en salvar la vida, la suya y la de su hermana. La claridad del aire, helando, resulta letal. Las estrellas se afilan despiadadas.

Casi todos se turnan para ayudar a Susana, que va muy despacio, y está llorando.

Robin no se ofrece. Va en cabeza. Es el guía. Un día más, un paso más montaña abajo.

Cuando llegan al bosque, la temperatura se eleva unos grados, asciende desde las raíces del pinar.

Cuando sale la luna, saben que se han salvado.

–Admirable –exclama, quieto, mirándola, Lorenzo.

Es tan fuerte que parece un foco que los interroga.

Todos se entienden en silencio. Todos siguen pensando en Robin.

Cuando encuentran el camino, el profesor de música corre hacia el lugar donde han dejado el coche. Van con él Antifaz y Guevara. Los demás esperan alrededor de Susana, que definitivamente no puede andar.

Van directos al hospital, a la ciudad.

En la kombi nadie habla. Querrían hacerlo entre ellos. Pero no con Robin delante. Miran su cabeza inexpugnable, obsesionada en compatibilizar la velocidad excesiva con las curvas iluminadas por los faros.

Se alejarán de él. Dejarán de ir a la casa del Tocón. Se citarán en cualquiera de los cientos de bares que no frecuentaban con Robin.

–Nos hemos quedado sin picadero –se lamenta Antifaz.

–Tendría que ser un servicio básico –dice Guevara–. Del ayuntamiento. Para adolescentes sin recursos.

La primavera es oscura.

Robin les llama. Incluso llama un día al número de Monte.

Todos le dan largas.

Vuelve a sonar el teléfono en casa de Monte.

Es Diana. Se encuentra enferma. Necesita su compañía.

Monte siente que el centro del pecho le va a reventar como si las hormigas quisieran abrirse paso desde dentro.

Corre hasta la casa de Diana flechadora. Lleva consigo el disco de Grapelli y otro de Louis Armstrong donde canta *On the sunny side*, lleva *Sueño en el pabellón Rojo* e incluso los tesoros que conserva de su padre: el tomo de la Historia del Arte correspondiente a Ingres, las *Obras Completas* de Lorca.

–Para que te hagan compañía. Para que te cuiden cuando yo no estoy.

Le acaricia el pelo. La sostiene en sus brazos. Parece febril, desmayada. El sudor sobre los labios. La piel de nácar y fría.

Monte se había propuesto recoger sus discos y libros una semana después. Pero el abuelo Daniel acaba de morir. De repente. En la huerta de la Casa de las Piedras de Río. Mientras cavaba un surco ayudando a Moisés.

–Era su tumba –llora la abuela Alba ante el cadáver, que Moisés ha depositado en la cama conyugal por la mañana.

Es por la tarde. Toda la familia rodea a la abuela. Ella habla con Elvira sobre cómo debe ser el velatorio. Quiere disponerlo sobre la mesa del salón, como la tradición manda. Entonces cierra los ojos, apretando la mandíbula. Tiembla. Se pone rígida.

Monte la agarra de los brazos. Como Lurdes hizo con él en la montaña. Pero ahora el vértigo triunfa. La inmensidad la está absorbiendo. El vacío o el

amor. El éxtasis.

# LA CONJURACIÓN

## Capítulo 1

Habían venido también los que no habían sido invitados. Sara sonrió al ver que, en la cabecera de la mesa del salón, tras los cuerpos amortajados permanecían las sombras de Daniel y Alba, con las manos cruzadas a la altura de la pelvis, graves, pero con mejor semblante que sus propios cadáveres rodeados de cirios encendidos, como si estuvieran esperando el inicio de una ceremonia que no era otra que velarse a sí mismos, desprendidos de esa carne que ya no era más que una materia desinflada y huera, con la misma consistencia inerte que la madera donde habían sido velados los anteriores Moncadas. Reunidos por la energía de la muerte, se acumulaban en filas que se perdían más allá de la pared del salón.

En torno a la mesa, se sentaban los vivos en sillas de enea, apretadas las unas contra las otras. Se oían sus murmullos, sus rezos. Al amanecer habían llegado, desde Madrid, Juan y Miguel, que se sumaron a la familia que velaba, junto con Moisés y su mujer. Las visitas del pueblo, engalanadas con luto, lloraban, a veces ostentosamente, la desgracia de don Daniel y doña Alba.

–Murieron uno detrás de otro como pajarillos sin agua –se desgarraban las plañideras.

–Nos hizo pensar que seguiríamos viviendo –musitaban los antiguos pacientes de don Daniel.

–Ay, doña Alba, qué tímida orgullosa, nadie le llegaba a los calcañares.

–Se los ha llevado el Señor.

–Los tiene en su gloria.

–Aquí seguimos viniendo a su servicio de usted y de su señora.

–Una última vez.

Y ninguno entraba en la Casa de las Piedras de Río con las manos vacías. En la cocina se iban acumulando guisos y botellas para pasar las horas hasta el entierro.

Tardaron en aparecer el abuelo Ramón, Mariano y Antonio, el hermano mayor de Elvira y padrino de Monte, al que nunca veían desde que se mudara con su mujer, Esperanza, enferma de Alzheimer, a una urbanización de la costa, donde ella gastaba el día en un balcón acristalado, sentada en una butaca.

–La pobre no puede dar ni un pésame –dijo el tío Antonio.

Lurdes había avisado a El Rubiales y este se había tragado el orgullo de llamar a Robin y pedirle que trajera en la kombi a todo el grupo, aunque supo que había metido la pata cuando vio cómo se endurecía la cara de Monte al recibir el rápido abrazo del profesor de música, y buscaba, en la puerta por la que iba entrando el resto de sus amigos, una presencia que no llegaba.

–No he encontrado a Haddock –se disculpó El Rubiales–. Y no tengo el teléfono de Lorenzo. A las chicas no les he dicho nada. Solo a los íntimos.

–Has hecho bien –respondió aturdido Monte, pensando en Diana–. Gracias por venir.

Sara podía ver colores en la penumbra de la habitación –persianas echadas, candelas temblorosas–: nubes azuladas sobre los que velaban los cadáveres, una isla roja alrededor de Moisés quien, ante el cuerpo de doña Alba, se apretaba los ojos con el pulgar y el índice; amarillo oscuro sobre la cabeza de Robin. Tibia luz dorada brotaba de las manos entrelazadas de El Rubiales y Lurdes, y en las de Elvira y Jorge.

Sara trataba de identificar las sombras de rasgos nítidos que seguían a los vivos, igual que a ella misma le seguían, a cada lado, sus padres, Justo y Constanza. No le gustaba el hombre de pelo rubio y mirada helada e irónica que custodiaba al profesor de Monte, ni los malencarados que rodeaban al abuelo Ramón, hombres que él había matado en la guerra, lo supo por las heridas de bala. Menos mal que le acompañaba también, abrazándolo por

detrás, como si quisiera protegerlo, aquel amigo suyo que había venido a la primera comunión de Monte, al que había creído ver también, ya muerto, en la boda de Elvira. Entre Miguel y Monte, se elevaba la sombra de su padre.

Manuel Montenegro, sin apartar la mirada de don Daniel y doña Alba, les estaba perdonando historias secretas, que, sin embargo, Sara, podía adivinar: pequeñas deslealtades, críticas susurradas en aquel mismo lugar, a la hora de la sobremesa, cuando aquellos que fueron Manuel y Elvira se habían subido a la habitación a echar una siesta; preguntas o insinuaciones que pusieron a Elvira en conflicto, relacionadas con las ideas políticas de Manuel, su desprecio de la Iglesia, defendida con ardor por la familia Moncada, siguiendo las enseñanzas de don Jaime, tío de doña Alba, sacerdote famoso por sus sermones y su ayunar. Allí estaba también, junto al cadáver de su sobrina, menos gris que los demás, aunque desvaídas la sotana y la cruz del pecho. Su barriga transparentaba un jardín con diminutos animales, los que había renunciado a comer: cerdos, pájaros, vacas, corderos, conejos, patos, ranas, se movían o dormían en una fronda edénica. Sara se distraía con las historias de los muertos, interminables y obsesivas, como si contar el cuento de la vida pudiera perdonar haberla malgastado. Molestos, irritados, detectaban las inquietudes de los vivos y jugaban a intervenir en sus emociones.

Sara veía al padre de Monte pellizcar a sus hijos cada vez que miraban a Robin o al tío Antonio, y a Robin mordisqueado por aquel hombre rubio de mirada bella y cruel. Veía a los heridos de bala acumularse, además de con Ramón, detrás del tío Antonio o de Mariano o de Juan o de Moisés, aunque a este no se acercaban tanto como a los demás, porque el aura de amor que desprendía su cuerpo, ante el cadáver de doña Alba, mantenía alejados a los espectros como el fuego a las fieras. *Los malvados siempre tienen miedo del amor*, pensó Sara y sonrió.

Los presentes vieron esa segunda sonrisa de Sara. Sabían que estaba loca y cerraron los ojos, negándola con el pensamiento.

—Déjame pasar, tío Antonio —le pidió Miguel.

El padrino de Monte, en su conversación con Robin, ocupaba el hueco de la puerta que separaba la cocina del patio, donde se iban deslizado los que se habían provisionado en la despensa de un tentempié y un vaso de vino, o querían echar un cigarrillo sin molestar a los que permanecían en el salón del velatorio. Era mediodía. La misa sería a las seis en la iglesia del pueblo. Después, subirían al cementerio.

Las conversaciones se filtraban hacia las paredes del patio. En una esquina, Juan hablaba con Ramón y con Mariano; en otra Elvira con Moisés y la mujer de Moisés, que se llamaba Casilda, como la hija y la nieta que seguían viviendo en Alemania; en otra, los amigos de Monte habían formado un corro en torno a él y le explicaban la ausencia de Haddock; las conversaciones viajaban en sus ondas a través de los muros y, en el silencioso salón del velatorio, llegaban en forma de murmullo hasta los oídos de Jorge, que permanecía sentado, con los codos en las rodillas, recordando las misas de difuntos de un pasado que parecía pertenecer a otra persona y en absoluto a él, y le hacía dialogar consigo mismo en una conversación absurda:

–*¿Sigues creyendo en la vida después de la muerte?*

–*Esa vida de la que hablas sucede durante la vida ordinaria. El más allá sucede durante el durante.*

El murmullo del patio llegaba hasta las orejas de Lurdes, que no lo oía porque seguía llorando despacio, como una música que se cantara a sí misma, una música donde flotaban los rostros de sus abuelos, y no aquellos que se habían hundido definitivamente hacia dentro y que ella acababa de besar, tan fríos; cada rasgo, aspirado por la muerte; un frío que no abandonaba sus labios. Se había distraído un momento con la llamada de la prima Rebeca, desde Canarias, una voz cantarina que prometía visitarlos después de tantos años, y que le había traído el recuerdo de aquella noche en que Lurdes había fingido dormir mientras Monte y Rebeca hacían lo que fuera delante de ella.

Las conversaciones llegaban hasta los oídos de Sara, que casi podía desmenuzarlas y localizarlas en cada esquina del patio, pero prefería no pensar en ellas, para no contribuir con el pensamiento a seguir alterando a los otros visitantes, los invisibles, muchos de los cuales se habían ido desplazando también hacia el patio. Un corro detrás de cada corro. Como si

sucediera dentro de un espejo. Muertos que escuchan a otros muertos que escuchan a otros vivos que acabarán muriendo. Las conversaciones llegaban hasta las pantallas auditivas de don Daniel y doña Alba, sordas como cal que se desconcha, se adentraban por el oído que tan solo un día atrás recogía incontables estímulos, y ahora pulsaban cilios inservibles, continuaban su viaje células adentro, detenidas, que ya se combaban sobre sí mismas, progresando en el movimiento iniciado poco después de que el soplo de la vida regresara a la dimensión de la que hubiera venido.

Juan contaba la historia del último embajador que el Gobierno de España en el Exilio había nombrado en México, a quien había conocido en Madrid, una noche, en un bar donde se juntaban viejos republicanos que, después de regresar a la ansiada patria, se habían quedado ahitos de pasado y con poco que hacer en el futuro. El Gobierno de Suárez, después de restablecer las relaciones diplomáticas con México, que fue leal a la República durante décadas, había enviado al primer embajador de la democracia española, para sustituir al que hasta entonces había representado los anhelos democráticos en el exilio contra el régimen de Franco.

–Irónico, injusto –insistía Juan ante Mariano y Ramón–, por mucho que le reconocieran los servicios prestados. El embajador de la República recogió a su perro, metió una caja con libros en el coche, y se marchó mientras el embajador oficial de la Democracia se instalaba en la misma casa.

–España es una flauta desafinada –dijo Mariano–. Cada agujero es de su padre y de su madre. Y la armonía todavía es impuesta.

–Eres un Séneca –dijo Ramón.

–Para Séneca tu nieto –dijo Juan.

–¿Monte?

–Miguel. Un fiero. Ahora está obsesionado con el *Manifiesto comunista*.

–Ya se le pasará. Empiezan comunistas. Unos se vuelven totalitarios, otros pragmáticos. Todos obedecen a un líder. El conocimiento comienza contra la obediencia ciega.

–También está leyendo a Bakunin.

–Ese fue el camino de tu padre, que se sabía de memoria el anarquismo. Mejor que lea poesía.

–La poesía no cambiará el mundo.

–Cambiar uno mismo es lo importante.

–Y todo para acabar fiambres –intervino Mariano.

–El siguiente soy yo –aseguró el abuelo Ramón–. A mi entierro venid sin himnos.

–¿Ni siquiera el himno de España? –bromeó Mariano.

–El himno de España es el cuchicheo.

–Ramón, ten esperanza en tus nietos –dijo Juan–. ¿Sabes lo que me dijo Max Aub cuando vino del exilio? Nos han borrado y nos seguirán borrando, salvo que nuestros nietos cuenten nuestra historia.

–Ojalá. Ahí tienes uno que a lo mejor lo intenta –dijo el abuelo Ramón–, mirando a Monte, que escuchaba atentamente lo que le decían sus amigos.

–De todas formas, no es el día para hablar de esto –dijo Moro.

Monte asintió asombrado por la historia que le estaba contando su amigo, cómo Haddock le había quitado la novia poco a poco, quedando en secreto con ella, con cualquier excusa. Había venido a decírselo él mismo, Haddock, un par de días atrás. Moro había quedado con Susana y se presentó él en su lugar para contarle que nada podía hacerse, que se habían enamorado y que, aunque lamentaba lo ocurrido, si volviera a verse en una circunstancia parecida, elegir entre la lealtad a un amigo y una mujer como Susana, volvería a hacerlo.

–Esta mañana habían quedado –aseguró Ancas–, lo sé por Gelen, quien, por cierto te envía un abrazo, se me ha olvidado decírtelo. Haddock es otro traidor. Lo ha sido con Moro y ahora contigo. Cuando lo he llamado para que viniera, me ha dicho que se encontraba enfermo.

–Ya lo demostró la noche en que por poco te ahogas en tu propio vómito –añadió Antifaz–. Él se quedó en la hoguera a ver si pescaba a la Chillidos.

–O a tu amiguita la Uñas –dijo Guevara, abriendo y cerrando espasmódicamente las manos.

Todos rieron.

Monte miró hacia su madre, con alarma, pero ella también se estaba riendo.

Elvira escuchaba las historias de la mujer de Moisés, que había servido muy joven en la casa de los Moncada, cuando ya eran viejos los padres de don Daniel. Acababan de inventar el televisor, y el abuelo de Elvira, inválido en un sillón, pedía todas las tardes que lo encendiera:

–Niña, dale cuerda al periódico.

Elvira, que había pensado que nunca volvería a reír, se llevó la mano a la boca, y entonces oyó, dentro de su oído, la voz de su madre:

–Pero qué ciribulle eres, ¿no ves que nos estáis velando?

Tal como se lo decía de pequeña, «ciribulle», cuando huía de su hermano Antonio y se escondía entre las piernas de su madre. Entonces se dio cuenta de que lo que estaba oyendo era la protesta de Antonio, en la puerta:

–Pero qué prisa tienes.

Vio a su hijo Miguel justo en el momento en que tropezaba en los zapatos de Antonio, que apenas había hecho el gesto de apartarse, y caía entre él y Robin, con quien Antonio estaba hablando.

–Facha de mierda –le insultó Miguel desde el suelo.

Se hizo el silencio en el patio.

Y surgieron las palabras del tío Antonio, dirigidas en teoría a Robin, como retomando la conversación truncada:

–¿Ves? Este es el ejemplo de una generación mal influida. Franco mató poco y mató tarde.

Monte se escuchó el corazón, retumbando desde dentro. Y luego las palabras que salían de su garganta:

–¿Lo dices por mi padre, hijo de puta?

Miguel ya se había lanzado de cabeza hacia el tío Antonio.

Mientras lo golpeaba en el estómago, mientras Antonio caía hacia atrás, con la respiración perdida, Robin trató de agarrar al muchacho por el cuello.

–Suéltalo –le gritó Monte–. Hipócrita de mierda.

Robin, forcejeando con Miguel, buscó con los ojos alucinados la mirada de Elvira, antes de sentir cómo Monte lo empujaba.

–Vete de esta casa, lo voy a contar todo.

Monte no había previsto decir esas palabras. Habían venido a sus labios.

Sintió un fogonazo de miedo, al que siguió una sensación de alivio.

Y vio cómo Sara, esquivando los cuerpos que habían caído en el suelo, aparecía en la puerta del patio, iluminada por otra inexplicable sonrisa.

## Capítulo 2

Después de que Robin se marchara, ofuscado y altivo, disculpándose ante las súplicas de Elvira, disimulando un ataque de pánico y con el objetivo de refugiarse en los brazos de su hermana, sin entender la imagen deplorable de señorito granadino que estaba dejando en las retinas de los alfacareños endomingados de oscuro, pero también ante los Moncada y los Montenegro que ponían en una balanza la desagradable violencia de los muchachos y en otra las circunstancias del velatorio doble; sin escuchar las atenuaciones del tío Antonio, quien, de todas formas, pudo despacharle un guantazo a su sobrino Miguel, antes de sacudirse el traje e invocar la memoria de sus padres, de cuerpo presente.

Después de que los amigos de Monte se miraran con expectación y sin hacer un solo amago de seguir a Robin –ya se repartirían en los coches que regresaran a Granada–, admirados del incendio familiar que se había producido en el patio, ante el que Jorge y Juan, aquellos gemelos que parecían opuestos, impusieron la paz, abrazando respectivamente a los otros dos hermanos Monte y Miguel; sabiendo, Ancas, Moro, Guevara, Antifaz y El Rubiales, que habían dado un paso imprevisto en la conjura contra Robin, sin los cálculos de aquel Catilina cuya historia según Salustio estaban traduciendo en clases de latín.

Después de que los coches fúnebres por fin se presentaran.

Después de que, para salvar la distancia entre el aparcamiento de la plaza y la iglesia del pueblo, el féretro del abuelo Daniel se meciera en los hombros de Elvira y Monte, Lurdes y Moisés (en un último gesto servicial, aunque sin dejar de mirar hacia atrás, donde la procesión continuaba con el ataúd de la

abuela Alba, en los hombros de Antonio y de Miguel, de Juan y de Jorge).

Después de la misa multitudinaria, y de que la lenta comitiva ascendiera hasta el cementerio para escuchar –truenos de cascarilla– las paletadas de tierra que caían sobre las maderas nobles.

Después de que Sara se riera por última vez aquel día mirando hacia el cielo, cuando ya todos se desperdigaban tras la ceremonia, como si estuviera despidiendo un tumulto de resplandores.

Después de que esa misma noche, ya en Granada (*Escarcha*, pensó Monte), Elvira preguntara a su hijo qué había querido decir cuando empujó a Robin, mientras Lurdes instaba a su hermano:

–Lo cuentas tú o lo cuento yo. –Pues El Rubiales se había encargado de transmitirle los detalles del caso, porque las pasiones traicionan cualquier intimidad.

Después de que Lurdes contara lo que sabía ante las miradas atónitas de Elvira y de Jorge, mientras Monte trataba de quitarle importancia, más preocupado de la vergüenza que sentía que de la verdad, más inquieto por el cuestionamiento de su virilidad que por los sucesos que iban a desencadenarse a partir de aquel momento.

Después de que, al día siguiente, la calculada baja por depresión de Robin sorprendiera a Monte y a sus amigos, a un par de semanas de las vacaciones de verano y, en principio, despejara el camino para cumplir el recado que Monte, muy nervioso, traía de su madre, esto es, pedir una cita con el nuevo director del colegio, el hermano Dostoyevski.

Después de que Monte, recibiendo todavía en el pasillo el pésame de sus compañeros, llamara a la puerta del señor director, y este le saludara con sorna, hombre, Papageno, has venido tú a mí antes de que yo fuera a buscarte, toma, te entrego esta carta de expulsión por agredir a un profesor que se ha molestado, además, en ir al velatorio de tus abuelos, es una conducta inexcusable y para mí un placer remediar la injusticia que cometimos al no expulsarte del colegio cuando te fugaste a tu capricho del retiro de Córdoba, insultando a Jesucristo y a mí, réprobo y apóstata y lujurioso Papageno.

Después de que Monte se quedara sin palabras ante la barba flotante de

Dostoyevski y ya no escuchara su perorata abstraído en el apelmazamiento de salvilla que se le formaba al director en las comisuras de la boca, y aún más enmudecido al oír, en la invectiva, que también iba a despedir a Jorge, profesor de religión, porque sería incoherente expulsar al hijastro y mantener al padrastro, quien, por cierto, dijo Dostoyevski, no había estado en absoluto ejemplar en la defensa de Roberto cuando fue agredido sino que más bien parecía un cómplice, según el testimonio del profesor de música.

Después de que se personara Jorge en el despacho, indignado tras recibir la noticia por Monte, quien lo había buscado en un aula antes de abandonar el colegio, pero obligado sin remedio a seguir los pasos de Jorge, quien lo aferraba por el brazo, y regresar al espacio que Dostoyevski custodiaba con crucifijos sencillos de madera, incienso natural y música de Santa Hildegarda de Bingen, para ver cómo su padrastro arrojaba a las barbas del director la pederastia de Roberto-Robin, que Elvira, la madre del niño, quería explicarle en persona, y no él, como ahora las circunstancias le estaban imponiendo.

Después de que convocaran a Elvira por teléfono (siempre el lunes después del entierro de sus padres, y con la falta de sueño correspondientes al dolor y al velatorio); y, ya reunidos los cuatro en aquel habitáculo donde humeaba una varita hindú, la madre de Monte anunciara, con perífrasis merodeadoras y palabras sustitutas, lo que su hijo tenía que testificar.

Después de que Monte consiguiera balbucear lo acontecido años atrás y en exclusiva, pensando en no implicar el honor de sus amigos, ante el rostro pasmado e incrédulo de Dostoyevski, que se acariciaba la barba flotante como el sabio chino giratorio (pensó Monte, intentando dejar en el desván los recuerdos explícitos, sintiéndose culpable por haber sido víctima y por no haber hablado antes, un cobarde y al mismo tiempo un delator del que fue su buen maestro, y avergonzado por publicar la homosexualidad y la vejación).

Después de que Dostoyevski lo pusiera en duda, recordándole que precisamente Roberto-Robin había mediado ante el claustro para que Monte no fuera expulsado en su momento, lo cual Elvira reconoció bajando la cabeza pues ella había intervenido también con insistentes ruegos al profesor de música. Y teniendo en cuenta, dijo Dostoyevski, que quien no ha sido fiable en el pasado, es decir, tú, Monte, no tiene por qué serlo en el presente.

Después de que Elvira reaccionara mencionando la existencia de testigos (gracias a la versión de Lurdes), y Dostoyevski volviera a mesarse las barbas al oír los nombres de los posibles alumnos afectados.

Después de que Dostoyevski exclamara que ahora lo importante era defender el buen nombre del colegio, y exigiera el secreto de la conversación hasta que las acusaciones se probaran.

–Porque una posible mancha de una parte no mancha todo el conjunto.

–Depende precisamente de las partes –intentó bromear Jorge, inspirado por sus chanzas filosóficas con Gerardo en el bar Orígenes.

Después de que esta inoportuna intervención de Jorge fuera ignorada por los presentes y Dostoyevski recuperara la carta de expulsión (en lugar de pedirla) entre las manos de Monte, y la rompiera en pedacitos a la altura del rostro de Elvira, quien suspiró con alivio, pero de todas formas exigió un trato ejemplar contra Robin.

Después de que Dostoyevski bajara por fin él también la mirada, aduciendo que Robin estaba de baja por depresión, que por el momento habría que esperar a que regresara al trabajo (cosa que bien podría ocurrir ya después de las vacaciones), y rogando que, por favor, nadie hablara con la policía ni con otras autoridades que no fueran él mismo, bajo la promesa de que el colegio denunciaría ante el juzgado lo que fuera menester.

Después de que Elvira recordara (es decir, volviera a pasar por el corazón) los consuelos con Robin en el café, las camas inútiles en las giras, la ayuda que el profesor había prestado para que Monte permaneciera en el colegio, tal y como había mencionado Dostoyevski, y teniendo en cuenta que su hijo seguía minusvalorando el presumible delito, llamándolo «pequeño tocamiento: una mano que te agarra de improviso una parte del cuerpo y después la abandona cuando uno protesta».

Después de que Monte pensara que él ya había hecho bastante y que lo mejor era dejarlo en manos del colegio porque se sentía definitivamente cansado y confuso.

Después de que Jorge insistiera en que Dostoyevski no esperara ni un solo día en emprender investigaciones a pesar de la baja laboral, que probablemente era una patraña, a lo que Dostoyevski contestó que

interrumpir una baja podría ser contraproducente en caso de juicio, y que, por favor, confiaran en él, que la institución que representaba tenía como más alto valor el de la decencia, pues estaba consagrada al Alumbramiento sin Pecado y, por tanto, a la custodia de la pureza, y que el colegio haría todo lo necesario, empezando por readmitir a Jorge, por supuesto, aunque todavía no hubiese sido despedido formalmente.

Después de que Dostoyevski dijera, dirigiéndose a Monte:

–Al final, encima, voy a ser yo el que tiene que pedirte perdón a ti – hablando no con el tono exaltado que había utilizado hasta el momento, sino con la suavidad gatuna que mostraba durante la oración en la capilla.

Después de que Monte narrara a sus amigos (salvo Haddock) los sucesos, esa misma tarde, en reunión urgente en el Cannonball, y discutieran lo que había que hacer, ir ahora todos de nuevo a ver al director, denunciar a la policía o hablar cada uno con sus padres, cosa que no habían hecho ni querían hacer, porque ya eran hombres para resolver estos asuntos por su cuenta.

Después de que se emborracharan copa tras copa, hasta que la rabia pasó como una nube, y pensaran que quizá mejor fuera perdonar a Robin, porque si comparaban lo que habían vivido gracias a la independencia que el profesor de música les había proporcionado con aquellos «pequetocamientos» o «pecatocamientos» (como los estaban bautizando beodos), podrían pedir a la mano izquierda que olvidara los actos de la derecha.

Después de que terminaran el colegio y todos se fueran de vacaciones habiendo pactado el silencio, hasta ver lo que hacía Dostoyevski con Robin a principio de curso.

Después de que ese mismo pacto se fraguara entre Jorge, Elvira, Lurdes y Monte, dejando fuera, en el ruido, al resto de la familia.

Después de la tregua del verano, cuando la familia Montenegro Moncada se refugió en la casa de la viuda Magdalena, en Garrucha, junto a los hermanos Juanmaría, Jorge y Juan, gemelos tan opuestos, pero esta vez armónicos hasta jugando al póker con el abuelo Ramón, cariñosos el uno con el otro y especialmente con los dolientes Elvira e hijos, que ya habían conocido tres veces la muerte.

Después de que Monte volviera a pescar con Miguel, en efecto obsesionado con las lecturas de Bakunin y de Kropotkin, base de sus críticas al colegio que él ya había abandonado por suerte y que llamaba, por eufemismo, «el lugar del crimen» (y eso que aún desconocía el caso Robin), el lugar que les había infestado de ideas conservadoras y de a saber cuántos traumas futuros.

Después de que Lurdes se quejara de recibir solo dos cartas de El Rubiales a lo largo del verano, zascandil aquel seguramente entre los bikinis de las playas granadinas donde veraneaba el resto de los amigos, cada uno en un pueblo pero a veces reunidos (salvo Haddock) para seguir tomando unas copas y reír ligando con muchachas bronceadas y perfumadas de verano.

Después de que se reincorporaran al colegio, y comprobaran que Robin continuaba de baja.

Después de que Monte buscara con la mirada a Dostoyevski y este, escurridizo, continuamente la evitara, y Elvira, al conocer la situación, dijera:

–Vamos a esperar un poco. Tú haz tu vida normal.

Después de que Monte hiciera su vida normal, esto es, emborracharse ahora casi cada noche en el Cannonball junto con su amigo Lorenzo, estrechando lazos con el bohemio Saba, alejado de Cantos-Torre, que le recordaba a Diana (de quien nada había vuelto a saber) y desde luego de Tonsura, a quien consideraban tan engreído como vacuo.

Después de que Monte y Lorenzo jugaran a traficar con el hachís que les traía Bernardo, tratando de imitar el malditismo de los personajes de Onetti, el autor que ambos y Ancas, hermano en el humo azul, leían con fruición.

Después de que los tres se compraran chupas de cuero y botas de caña alta para caminar por las calles de Escarcha escuchándose los pasos.

Después de que tuvieran un encontronazo fortuito con Santi y Dueñas, aquellos exalumnos del colegio (dedicados ahora por entero a la venta de droga), una noche, en la plaza de la Trinidad, compitiendo por unos clientes.

Después de que Dueñas volviera a mostrar su navaja, como antaño, a lo que Lorenzo respondió desarmándolo con una llave de judo y el efecto sorpresa de que le atacara aquel enclenque.

Después de que Bernardo acudiera a la llamada de Monte en su bólido

abarroto de compinches para conquistar las plazas de Granada a mayor gloria del Gran Rai, y, con tal fin, molieran a palos a Santi y Dueñas, indicándoles que podían vender cualquier droga salvo el hachís que, en Granada, sería sevillano.

Después de que Monte y Lorenzo rechazaran el privilegio de ser cabecillas de aquel hampa ante la mirada compasiva de Bernardo, quien tendría que organizarse a partir de entonces con gente del Polígamo del Más Allá.

Después de que Bernardo, pasando su brazo alrededor del cuello de Monte, le anunciara que Laura deseaba quedarse embarazada y que habían decidido casarse en Triana, dónde iba a ser, en una boda organizada por la cofradía, a la que Monte y Lorenzo necesariamente estaban invitados.

Después, el 18 de noviembre de 1987, los tres hermanos Maradona, Diego Armando, Hugo y Lalo, este último fichado triunfalmente por el Granada Club de Fútbol para celebrar el ascenso a segunda división, vistieron la camiseta rojiblanca, en partido amistoso y en el estadio de los Cármenes, donde vencieron al Malmö por tres a dos, con gol de Lalo (a pase de Diego Armando, quien procuraba que su hermano se luciera) y otro de la Mano de Dios desde el borde del área. Aunque dicen que fue el mejor de los once, Hugo se quedó sin marcar en el único partido de la historia donde los tres hermanos jugaron con la misma equipación.

## Capítulo 3

–El fútbol ha sustituido a Dios y es el nuevo opio del pueblo –dijo Cantos-Torre en la mesa más cercana al escenario–. El materialismo de nuestra época ha sido elevado a nuestra más instintiva estupidez. ¿No os dais cuenta? No se habla de otra cosa. Fichajes millonarios, exhibiciones de fuerza. El fútbol depreda las ideas y anida en el corazón de la gente como los pajarracos usurpan los nidos de otras especies.

–Exageras –dijo Tonsura, llevándose un puñado de maní a la boca–. Ahora que el Granada ha subido a segunda división, no nos vas a aguar la fiesta. Qué, Monte, ¿te gustaron los goles de los Maradona?

Monte asintió mirando el escenario. Casi no oía la conversación, tan nervioso estaba. Su primer recital. Su presentación en público. Cantos-Torre los había invitado a los dos, a Monte y Lorenzo, para que acompañaran a los mayores en aquella lectura organizada en el Cannonball.

–No sabía que eras aficionado al fútbol –dijo Saba–. Eso es dinero regalado al sistema. Si lo sé, no te invito a mi casa. ¿A ti también te gusta, Lorenzo?

–Es un esperpento que no lo parece. Y a mí me gusta el esperpento.

–Mejor el estadio de los Cármenes que la guarida del Rives –dijo Tonsura, vaciando media cerveza de un trago.

Llamaban así a la casa de Saba, porque desde la entrada, por el largo pasillo del apartamento, se acumulaban en fila botellas vacías de ginebra, de la marca favorita del poeta. Solo había que seguirlas, como los garbanzos del cuento, para encontrarle a él, sentado en un sillón, mediando una nueva botella de Rives y a punto de decir alguna barbaridad:

–La poesía de Cantos-Torre debería estar impresa en los tãmpax de señoritas.

–¿Y la de Tonsura? –le provocó Lorenzo.

–Ni en los prospectos de los condones.

Angélico solo en los rizos de su pelo y en el desconcierto cãndido de su mirada, Saba aseguraba que sus amigos no querían otorgarle un espacio en la ciudad, a pesar de ser el poeta más importante de Andalucía.

El día anterior Monte y Lorenzo habían ido juntos al estadio.

–Vengo a buscar a mi padre –comenzó a repetir Monte, tras fumarse un canuto, subiendo a la grada–. Vengo a buscar el fantasma de mi padre, Lorenzo, avísame si lo encuentras.

Y no dejó de imaginarlo durante todo el partido, junto a él, celebrando los goles de los Maradona, como cuando le llevó de niño a Madrid a ver al Atleti.

–Estaba tan ciego –le contestó Monte a Saba, todavía en la mesa, frente al escenario– que el césped parecía agua radiactiva, donde los jugadores chapoteaban.

–Admirable –dijo Lorenzo.

–Coño, Monte –contestó Saba–. Todavía tengo esperanzas en ti.

Monte pidió un gin-tonic a la japonesa, quien justo en ese momento pasaba junto a su silla.

–Yo invito, Monte san, yo invito a todos –dijo ella–. Mi marido y yo recordar cuando eras niño y tú venir con tus amigos. Estãbamos solos. Y hoy mira cuánta gente.

Monte observó al holandés, que ponía una cerveza tras otra en la barra, envuelto en la música de uno de sus pianistas favoritos, Mal Waldron.

Cuando se quedaban a solas, le contaba historias del jazz perdidas en el tiempo.

–Waldron fue el último pianista de Billy Holliday. Él era muy joven, pero estaba enamorado de aquella señora tan cercana a la muerte que ponía toda la vida que le quedaba en la canción que estaba cantando –dijo el holandés, con su acento peculiar, masticando chispas de cristal–. ¿Conoces estos versos de

Frank O'Hara? «*While she whispered a song along the keyboard to Mal Waldron and everyone and I stopped breathing.*»

Pero Monte, por entonces, apenas había leído más que poesía escrita en español y, además, necesitaba que le repitieran varias veces cualquier frase en inglés.

Su madre le había regalado por su decimoséptimo cumpleaños las *Obras Completas* de Rimbaud en edición bilingüe, perseguidas por Monte desde que Diana le diera a conocer *El barco ebrio*.

Elvira había sabido entresacar del libro los versos perfectos para la dedicatoria: «Vuelves –aquella noche– a los cafés brillantes, pides jarras de cerveza, o tal vez limonada... No puedes ser formal a los diecisiete años mientras en la avenida se cimbrean los tilos verdes». Y así lo invitaba ella a continuar entregándose al mundo, con una vitalidad que no trataba de compensar ninguna herida (la orfandad del padre, de Robin, de Dios mismo) sino que era la fuerza pura de vivir.

–Bébetela vida, hijo, tú que puedes, solo estás empezando –le había dicho al regalarle el libro.

La misma tarde del recital, cuando Monte se asomara a la cocina preguntando por una cerveza con la que aplacar los nervios, Elvira le había contestado siguiendo aquella fe de Rimbaud:

–¡Qué clase de madre sería yo si no tuviera cerveza en la nevera!

Monte sonrió al verla aparecer en la puerta del Cannonball, junto a Jorge y al abuelo Ramón, quienes, sin divisarlo entre el gentío, se sentaron cerca de la entrada.

Y su padre, en qué negrura estaba.

Y Rimbaud, dónde estaba.

Hacía un rato, antes de entrar en el Cannonball, Lorenzo y él se habían fumado un canuto citando de memoria la famosa carta que Rimbaud había escrito a Paul Demeney.

–Charleville, 15 de mayo de 1871 –comenzó Lorenzo.

–¡Digo que hay que ser vidente. Hacerse vidente! –exclamó Monte.

–El poeta se hace vidente por un largo y razonado desarreglo de los sentidos.

–¡Todas las formas de amor, de sufrimiento, de locura!

–Busca por sí mismo, agota todos los venenos, para quedarse solo con las quintaesencias.

–¡Pidamos a los poetas lo nuevo: ideas y formas!

Y luego continuaron improvisando por su cuenta:

–Pero qué buscas, amigo mío –exclamó Lorenzo.

–Busco el éxtasis –contestó Monte–. El mejor instrumento para encontrar el alma.

–Pero dónde está el alma.

–En algún sitio, dentro de nuestro movimiento.

–¡Busquemos el Grial futuro!

–El Grial es el presente.

Dicho esto, Monte animó a Lorenzo a inhalar el humo y mantenerlo en los pulmones.

–Hasta que veas al sabio chino.

–¡Di «perdedor» conmigo!

–¡Perdedor!

Cuando visitaron a Saba en su casa, le habían preguntado por el secreto para ser poeta. Y él les había contestado:

–Lo mismo que os habría dicho vuestro querido Rimbaud. Vivir, beber, bajar al infierno tomando nota de lo que veis. No leáis a los poetas de aquí. No me leáis a mí. Leed a los exiliados. Leed a Pedro Garfías, que escribía sus versos en servilletas de bar, en México, donde se emborrachaba para olvidar que era español. Perderos y amad a los perdedores. ¿No decís que habéis perdido a Dios? ¡Cantad, perdidos, a los perdedores! Cantad, derrotados, nuestra derrota.

El codo de Lorenzo lo golpeó.

–Despierta. Hay que subir ya al escenario.

Monte veía a Rimbaud y a Lorca si cerraba los ojos: los retratos que había mirado tantas veces pero en un enfoque cercano, como si sus rostros se pegaran a un espejo. Había escrito poemas para ellos que luego había

quemado sobre un cenicero, meticulosamente, hasta que no quedara una brizna blanca, en la ventana abierta al patio donde, hace unos años, la pequeña Olga habría olido el humo. Poemas que ascendían como un sacrificio que debían aceptar los dioses tangibles, Rimbaud, Lorca, Valle-Inclán, los únicos capaces de comprender la ofrenda de Caín, no como el Dios del Antiguo Testamento, que solo a Abel soportaba; ellos, los videntes, sabrían escuchar a Monte, el que se estaba matando a sí mismo en lugar de a su hermano. «Para vosotros, mis difuntos, estas palabras que nadie leerá sino vuestra ardiente sombra», y veía cómo los trazos de tinta se deshacían en la llama. Ellos eran sus mejores compañeros. Los muertos. Había que incluir a los recién llegados, los abuelos Alba y Daniel, todos en la misma danza, junto con Manuel Juanmaría y Manuel Montenegro, todos entremezclados con el público del Cannonball, cogidos de sus brazos para el próximo baile.

Monte subió detrás de Tonsura. Él seguía riendo. Acababa de delatarse como el autor misterioso de los versos que alguien había escrito en el retrete de hombres, sobre los azulejos de la taza del váter, y amenazaba con abrir el recital declamándolo:

¡En este trono divino  
donde pasa tanta gente  
hacen fuerza los cobardes  
y se cagan los valientes!

–Preséntalo mejor a uno de tus premios –le cortó Saba, ocupando el asiento central.

–Tonsura, eres un plagiaro. Ese poema lo he visto yo en el váter de un bar de carretera –dijo Cantos-Torre, ya sentado en un extremo.

–No reveles mis fuentes –contestó Tonsura–. Y menos ahora. A vosotros os presento yo –dijo dirigiéndose a Lorenzo y a Monte.

–Lo suyo es que lo haga Cantos-Torre –protestó Saba–, que es el único profesor y el que tiene más laureles.

–De acuerdo, yo os marcaré la entrada –dijo Cantos-Torre, ignorando la provocación.

Sobrio en apariencia, levemente teatral, Saba había comenzado a leer sus versos de ángel expulsado del paraíso.

Pero Monte, concentrado en detener el movimiento involuntario de sus piernas, no podía escuchar más que palabras aisladas: asesinos, hoteles, burgueses, discotecas. Acababa de saludar a Ancas con la mirada. Llegaba tarde pero impecable en su uniforme de onettiano, que le proporcionaría un aire de distinción allá donde se encontraran un *rocker* o un *mod*. Gelen le acompañaba abrazada a su cintura. ¿Y el resto de sus amigos, fundadores del Cannonball? No habían venido. No les interesaba la poesía ni el Cannonball desde que se había convertido, según decían, en un nido de rojos.

–Así hablan los fachas –había concluido Lorenzo.

–Los queremos igual –respondió Ancas–. También ellos nos quieren como somos.

–¡Admirable!

Monte regresó de sus pensamientos cuando Cantos-Torre comenzó con la presentación de «los alevines», dijo. «En esta ciudad donde en cada calle vive un poeta hay dos que, sin haber cumplido la mayoría de edad, ya están cumpliendo con la poesía», estaba diciendo con la generosidad que le caracterizaba. Entonces, Diana asomó por la puerta.

Se quedó allí, gélida pero sonriendo de cara al escenario. Monte había elegido un poema reciente y, por tanto, uno de los que ella no había revisado, lo que produjo en él, al leer, una doble emoción de pánico y de libertad:

Sin identidad nacen.  
Con identidad mueren.

Bajo el agua de Granada  
hay océanos secados.  
Amanecen como Escarcha  
y duermen como pasado.

Entre las algas los niños,  
en bandada, desnudados,

buscan tesoros de oxígeno  
en la herencia de los náufragos.

Abre, Granada, tus grifos  
y escucha el vacío helado.  
Suaves ascienden los gritos  
de sueños petrificados.

Sin identidad nacen.  
Con identidad mueren.

Diana no se inmutó. Y Monte no pudo dejar de pensar en ello mientras duró el recital, por mucho que admirara los nuevos poemas, extravagantes e ingeniosos, de Lorenzo.

Al finalizar, Diana se acercó al escenario, para alivio de Monte, que temía la violencia de un encuentro con su madre. Cantos-Torre la abrazó rápidamente y se fue hacia la barra, dejándola con la palabra en la boca. Monte la saludó con dos besos. ¿Nunca habían sido amantes dentro del *Sueño del Pabellón Rojo*? Sintió una tristeza que le desgarraba el pecho de arriba abajo, como si fuera de gasa.

–Has estado muy bien –dijo Diana–. Como Zorrilla en la tumba de Larra. –Y recitó a continuación, con voz meliflua e irónica–: «Que el poeta en su misión / sobre la tierra que habita / es una planta maldita / con frutos de bendición».

*Tú sí que eres zorrilla*, pensó Monte con repentino rencor, mirando a Cantos-Torre de reojo, quien también les observaba desde la barra.

–Dicen que le temblaba la voz como a ti hoy –añadió Diana–, pero todos se quedaron impactados por su poema. Y yo también.

–¿Ya estás mejor? –preguntó Monte, arrepentido de sus pensamientos.

–¿Mejor?

–Cuando estuviste enferma. Después murieron mis abuelos y ya no pude llamarte.

–Ah, sí. Aquello. Nada, ya pasó. Lo siento mucho por tus abuelos. Era yo

quien tenía que haberte llamado a ti.

–Quería pedirte los libros y discos que te presté. Si ya no los necesitas, claro.

Diana hizo una pausa.

–¿Pues sabes que se los dejé a Robin? Como el pobre está de baja, pensé que ahora le vendrían bien a él.

Monte le miró la boca vacía, los labios que abrían y encubrían el vacío.

En ese momento se le acercó otra persona, a la que tardó en reconocer, porque sus rasgos parecían haberse derretido con los años.

–¿Ya no te acuerdas de mí? Soy Eloísa.

## Capítulo 4

–Ven a la capilla –dijo Dostoyevski–. Quiero que me repitas allí todo lo que me has contado en el despacho.

Roberto le siguió por el pasillo a oscuras, y luego escaleras abajo, hacia el sótano. A través de las ventanas de cada planta se veía la soledad del patio, interrumpida por las luces encendidas en el edificio que ocupaban los Hermanos. Era la hora de cenar. No había riesgo de encuentros.

–Arrodíllate como hago yo –dijo Dostoyevski, ofreciéndole un cojín de apoyo–, ahí, enfrente de mí.

Habían dejado el sagrario entre los dos, iluminado por el pequeño candil de luz perpetua. La llama oscilante proyectaba sombras sobre sus rostros.

–Ahora habla.

Roberto bajó la mirada, y habló suavemente hacia sus manos, recogidas en el regazo.

–No sé bien lo que he hecho. Pero está claro que en algo he debido equivocarme si he perdido la confianza de mis alumnos más queridos. Ese ha sido mi gran error. Haberlos amado demasiado sin saber poner un límite. ¡Les he entregado todo!, empezando por mi tiempo libre, en lugar de dedicarlo a mis estudios de Psicología o al desarrollo de mi carrera profesional como pianista. Parece mentira que mi gran mentora, mi amiga Elvira, lance sobre mí esas acusaciones. A veces me pregunto si se deben a los celos... ¡Cuando son solo malentendidos tras tantos años de dedicación a mis alumnos! Les he llevado a donde han querido... ¡a cuerpo de rey! Les he dado mi propia casa, todo lo que sé, todo lo que tengo.

–También mucho alcohol, según he sabido –le interrumpió Dostoyevski.

–Lo admito –dijo Roberto levantando un momento la mirada, que enseguida regresó hacia sus manos–. Les he dejado hacer todo lo que deseaban. ¿Me acusan de acariciarles? ¡Dios mío! Otra muestra de amor más. Reconozco que...

–¿Qué reconoces?

–Ellos me pidieron que les enseñara... cosas. Teníamos mucha confianza y ellos muchas ganas de saber. Ya sabes que con su edad el cuerpo no les obedece.

–Y tú, Roberto, ¿y tu cuerpo?

–Juro que solo quería ayudar.

–¿Tocándoles?

–Guiándoles. Nunca fui más allá de su consentimiento.

–¿Consentían?

Roberto bajó aún más la cabeza.

–¿Te correspondían? –titubeó Dostoyevski.

La cabeza asintió.

El silencio de la capilla dejaba oír las respiraciones agitadas de ambos.

–Eran pequeñas caricias, nada más, muestras de amor, solo a algunos, salteadas en los años, en medio de miles de vivencias. Hemos sido hermanos. Una comunidad como la vuestra, aunque laica. De hecho...

–No te atrevas a comparar. Tendría que expulsaros a todos.

–Ellos tampoco tienen la culpa.

–Aléjate de ellos de ahora en adelante. Espero de ti una distancia ejemplar con los alumnos, dentro y fuera de clase.

–Entonces ¿puedo pedir el alta?

–¿Qué le has dicho a tu médico?

–La verdad. Que me pegó un alumno, que estoy deprimido y no puedo dar clase.

–Nadie debe saber nada, ¿entiendes? Nadie.

Elvira había soportado en el Cannonball el saludo de Eloísa y de Diana, se le mezclaban las dos voces, debía ser el parecido en la fragilidad del aire que

exhalaban mientras, con la diferencia de unos pocos minutos, marcaban un rictus similar en la sonrisa y se escabullían ocultando sus verdaderos pensamientos. Los de Eloísa podía imaginarlos; los de Diana había intentado sonsacárselos a Monte.

–¿Y ella no sabía nada?

–Seguro que no, mamá.

–Mucho me extraña. Fue muy amiga tuya.

–No tanto.

Había algo común en la mirada de los mentirosos: un brillo fugitivo y una persistencia de luz vacía. Lo que se fugaba era la verdad. Ahora podía comprobarlo otra vez en el discurso interminable del director del colegio ante ella y ante Jorge. No podía comprenderlos, ni a ellos ni a sí misma. Jorge llevaba meses indignado porque en el claustro de profesores nadie comentara la baja de Robin, protestando contra aquella institución que sabía lavar tan bien los trapos sucios, y ahora, sin embargo, permanecía mudo ante Dostoyevski, que volvía a rogarles que confiaran en él. ¿Había que dejarse llevar por los argumentos de aquel barbudo que parecía capaz de encantar a las serpientes? ¿Era ella también una serpiente?

–Roberto ha pedido perdón y, al parecer, la famosa imaginación de tu hijo ha actuado como una lupa sobre los sucesos. En cualquier caso, os garantizo que el profesor de música no volverá a acercarse a él ni a sus amigos fuera de sus deberes estrictamente académicos.

Las discusiones en casa fueron terribles. Elvira reprochaba a Jorge complicidad con el colegio por miedo a perder el trabajo o, en última instancia, con la Iglesia, a la que él también había pertenecido.

–No se me ocurre un lugar más necesario donde extirpar la hipocresía. No la puedes poner por encima de la honradez, ni de tu familia.

Y él argumentaba que, si tan segura estaba de lo ocurrido, debía ir a la policía.

–Haremos lo que Monte quiera –concluyó Elvira.

Monte se debatió durante días interminables. Le hervía la cabeza. Sentía

en las sienes dos trozos de corcho, donde las ideas se acumulaban como clavos. Se perdía en largas sesiones de hachís, en la plaza de los Aljibes de la Alhambra, contemplando cómo la noche iba tintando las paredes blancas del Albaicín, donde relumbraba el oro falso de las farolas.

–Le tengo cariño en el fondo –le dijo a Ancas–. No quiero que vaya a la cárcel. Pero al mismo tiempo sé que no es justo.

Esa sensación de injusticia la aumentó el propio Robin en las primeras semanas de su regreso al colegio. Caminaba con la cabeza más erguida de lo acostumbrado, sin saludar a ninguno del grupo fuera de clase. Dostoyevski, a su estilo, actuaba igual.

–Los ofendidos parecen ellos. Y nos perdonan la vida –lo dijo primero Antifaz.

Lo planearon durante muchas tardes, cambiando de cafeterías para que los camareros no pegaran el oído. No irían a los juzgados. Pero se encargarían de que todo el colegio supiera la verdad, o al menos la imaginara.

–¿No han dicho que tenemos mucha imaginación? La usaremos a la manera de William Shakespeare.

Aprovecharon el trabajo que les habían pedido en clase de latín sobre *La conjuración de Catilina*. Con el visto bueno del profesor, feliz por salir del aburrimiento cotidiano, lo convirtieron en una representación tejida con textos traducidos de Salustio. La llamaron *La conjura contra Shakespeare*.

La particularidades de Shakespeare Catilina, encarnado por Ancas, eran las siguientes: profesor de música en un conservatorio napolitano, hijo de un fanático del autor inglés y de una catedrática de latín, y aficionado a subir con sus alumnos por las vertientes del Vesubio. Su descripción psíquica, leída desde el atril por Monte, como autor principal del texto y encargado de enunciar las acotaciones, le pareció al profesor una esmerada traducción del texto de Salustio, como se encargó de resaltar al final de la función, a pesar de las licencias que se habían tomado los traductores:

Deseaba sobre todo la intimidad de los jóvenes, cuyas almas moldeables e inseguras eran seducidas fácilmente con engaños. Pues, según la pasión que devoraba a cada cual, a uno le proporcionaba chicas guapas, a otros le compraba un coche o una botella de whisky; en definitiva, no le importaban los gastos ni su dignidad con tal de mantenerlos sumisos y fieles.

Estos jóvenes, uno de ellos con una barba postiza (interpretado por Moro), iban siendo invitados a las sesiones privadas de Shakespeare Catilina, durante las cuales este ofrecía a cada uno algo más que a los demás. A cambio ellos solo tenían que entregarle la virginidad (para lo cual los actores se metían detrás de un pequeño biombo, que les llegaba a la altura del pecho y, mirándose a la cara, se ponían en cuclillas de golpe y desaparecían de los ojos de los espectadores un instante, que estos aprovechaban para armar bulla). «La avaricia –recitó Monte desde el atril–, destruyó la lealtad, la honradez y demás virtudes. La ambición los forzó a hacerse falsos, a tener una cosa guardada en el corazón y otra dispuesta en la boca.»

En este ambiente de depravación, el barbudo le quita a su mejor amigo una chica cándida que termina por suicidarse. Esta muerte provoca que los demás (los jóvenes interpretados por Antifaz, Guevara y El Rubiales) despierten de la enajenación moral a la que han estado sometidos y se confiesen sus secretos. Deciden entonces denunciar los desmanes de Shakespeare Catilina al director del conservatorio, quien resulta ser cómplice del profesor de música. Por lo tanto, deciden tomarse la justicia por su mano. Disimulan un tiempo su sumisión a Shakespeare, y, en la siguiente excursión al Vesubio, lo empujan entre todos a la boca del volcán. Entre todos no, porque también empujan al barbudo. Y aquí termina la obra, con la siguiente coda de Salustio: «Es necesario que todos los hombres que deliberan sobre casos dudosos estén despojados de odio, ira y compasión. Cuando estos sentimientos se interfieren, llegan a la verdad con muchas dificultades».

Esta ingenua obra, representada en clase de latín, en el estrado, bajo la

pizarra, desencadenó un dominó de comentarios y de inquietud. El truco de Hamlet había surtido efecto, incluso sin que el rey estuviera entre los espectadores. Ellos, los alumnos que habían interrumpido los diálogos con chistes y clamores, y que conocían bien e incluso habían envidiado en cursos anteriores las preferencias del profesor de música por el grupo de Ancas, Monte y los demás, ataron enseguida las ilusiones de la ficción con la verdad. Y, nada más los vieron bajar del estrado, cuando los inexpertos actores ocuparon sus pupitres, comenzaron a asaltarlos con todo tipo de preguntas, murmuradas, que no recibieron respuesta alguna. El grupo de conjurados había pactado callar en lugar de consentir, para propagar la incógnita con inocencia y no poder ser acusados abiertamente de lo que, sin embargo, querían publicar.

Haddock, que asistió atónito a la obra, empalideciendo conforme comprendió que él mismo estaba siendo caricaturizado; cuando vio que sus antiguos compañeros de uña y carne utilizaban su historia de amor con Susana, en la que él se había sentido incomprendido y humillado (cosa que había comentado con Robin, en los posteriores «cafés de abandonados», como así llamaban –por ocurrencia de Haddock– sus citas obligatoriamente ajenas al grupo); al contemplarse tan malparado en aquella afrenta –por parte de Moro y los demás– que se basaba en negar que el amor es libre, además de caprichoso; al verse sometido en la ficción a las mismas llamas que el profesor de música (a quien él –hacía solo unos meses– habría condenado también con gusto); corrió con el cuento a Robin en el primer descanso entre clase y clase.

Igualmente hizo don Ignacio –que así se llamaba el profesor de latín– en el claustro de profesores, aunque con ignorancia sobre la historia de Roberto, pues, quizá por vivir imbuido entre diccionarios y textos latinos, no había sabido atarla con la de Catilina. Orgulloso de sus métodos de enseñanza, habló de lo ocurrido como ejemplo de que las letras clásicas podían seguir inspirando incluso a aquellos botarates adolescentes, ante el asombro de sus compañeros, la risa ahogada de Jorge y el enrojecimiento bilioso de Roberto, quien todavía no había tenido tiempo de alertar a Dostoyevski, después del aviso de Haddock.

Los alumnos lo comentaron en sus casas. El chisme se paseó entre la asociación de padres del colegio y llegó de vuelta al director, quien atemperó las suspicacias contestando que se trataba nada más que de una versión de Salustio, realizada por los imaginativos alumnos del colegio, y cuyas consecuencias no serían otras que sus autores escogerían seguramente la carrera de letras, con las más altas calificaciones, como garantizaba la institución que ellos –los padres de alumnos– pagaban cada mes.

Susana, herida en sus sentimientos, se quejó a Gelen. Gelen lo celebró con Lurdes. Lurdes con Elvira.

Después de ganar esta batalla, los conjurados quisieron festejarla con una juerga monumental, que debía terminar estrenando el coche que los padres de Moro le habían regalado (y no Shakespeare Catilina), por haber salido indemne de las últimas pruebas de la leucemia y haber cumplido la mayoría de edad. Fueron, tribales, sin las novias, de bar en bar: calles de la Trinidad; tascas de Bibarrambla; garitos de calle Elvira. Habían empezado al mediodía del sábado y no eran las ocho de la tarde cuando, subiendo por un callejón del bajo Albaicín, entraron en un antro que no conocían y del que Monte se encaprichó por el nombre: *La luna al revés*.

–¿Cómo es una luna del revés? –le estaba preguntando Monte a Antifaz, ya entrando en el local, cuando este dijo:

–Menudo ojo tienes.

Al fondo de la barra, se había vuelto a mirarlos un corro de enfermeras, todas con cofia y de gran envergadura, que identificaron enseguida como hombres disfrazados.

–Es una fiesta privada –dijo un camarero esbelto, vestido de negro y con los labios pintados–, pero aquí todo el mundo es bienvenido. Podéis pedirme una copa si queréis.

Las estaban recibiendo cuando se les acercó una de las enfermeras, un chico angélico y radiante, que se abrazó a Monte sin previo aviso.

Era Palma. Rodeado por el grupo, contó cómo una de las cartas que Monte le había mandado le había mortificado tanto que había decidido

intentar vivir abiertamente como homosexual, por lo que había dejado el seminario, aunque había sido la decisión más dura de su vida.

–Como no sabía a quién recurrir hablé con vuestro amigo Robin. Sé que ahora estáis enemistados, pero él a mí me está ayudando mucho. Tendríais que entender lo difícil que es vivir aquí para gente como nosotros. A mí me pasó también, ¿te acuerdas?

Y, achispado como estaba, y ante la estupefacción del resto, contó lo que Monte ya sabía: el sufrimiento que había causado a Palma por no corresponder sus amores.

Palma *el Santo* parecía otro: sobreactuaba cada gesto, especialmente la manera de hablar. A cambio, según aseguraba, era feliz por primera vez en su vida.

Seguía contando su historia, cuando Robin se acercó desde el grupo de enfermeras. Se había quitado la cofia, pero dos grandes perlas seguían pegadas a sus orejas, sobre el uniforme de la bata blanca.

–Hijos de puta. ¿Sabéis lo que me habéis hecho con vuestro chiste shakesperiano?

Se acercó a Monte con tanto ímpetu, que Antifaz se interpuso y dio un empujón a su antiguo líder.

–¿Tú también me empujas, bruto? –dijo Robin desde el suelo, sonriendo ante su propio chiste, manteniendo la calma, y llevándose una mano al lóbulo para comprobar que lo que había oído rodar eran sus pendientes–. Panda de fachas. Esto es una agresión ante testigos, ¿sois conscientes?

Ancas fue a levantarlo.

–Déjame.

Se marcharon, entre los gritos de las enfermeras, en busca del coche de Moro.

## Capítulo 5

–¡Coño, que es Carnaval! –exclamó Guevara en una de las curvas, apretujándose contra El Rubiales y este contra Antifaz y este contra Monte, mientras Ancas, lívido, en el asiento del copiloto, miraba cómo Moro, ceñudo, mantenía con fuerza el volante para que aquel Seat Marbella blanco y de estreno no se saliera de la carretera.

–Conduce igual que tú con el vespino –protestó Ancas, mirando a Monte por el retrovisor.

–Pero de qué Carnaval hablas –exclamó El Rubiales.

–De las enfermeras, joder –contestó Guevara, inclinándose ahora hacia el otro lado y recibiendo el peso de sus tres amigos.

–¡Frena, Moro, frena! –gritó Antifaz.

No lo hizo hasta Almuñécar. Salieron tambaleándose del coche igual que en un poema de Pedro Garfías, pensó Monte, borrachos de curvas, borrachos de alcohol y también de amor. El encuentro con Palma le había recordado el viaje que habían hecho juntos a Sevilla y donde había perdido tantas cosas: a Laura, a Dios, casi la vida misma. De allí había regresado aquella variante de Andrés Hurtado enganchado a los porros. ¿Y qué había encontrado después en Diana? Un espejismo de amor, como el de aquella Isabel de Alfacar que no había vuelto a ver.

–Se habrá casado, habrá mudado como los pájaros de país o de plumas.

Se consolaba con Ancas subiendo por los callejones desiertos de aquel pueblo de la costa, en busca de un bar.

–¿Y Marta? A ella le gustas.

–Me aburro con ella. Le miro los labios. No sé ni lo que dice. Es como si

al hablar fuera creando a mi alrededor una cápsula de corcho.

Entonces Moro señaló un bar donde conocía al camarero.

–Aquí ni nos disfrazamos ni le ponemos limón al gin-tonic –dijo, un rato más tarde, el camarero, que se había dedicado a beber con sus únicos clientes–, eso es de maricones. Aquí no hay un alma hasta el verano. Pero entonces me pongo las botas. Me follo a todas las extranjeras que puedo y hasta alguna paisana, si se estira, que aquí son unas estrechas, ya lo sabéis vosotros, porque allí arriba, en Granada, pasa igual. Por mí no perdono a ninguna. Ni a ninguno, aunque no le ponga limón a las copas. No hay que hacerle ascos a nada, hombre, eso son tonterías. Me he follado hasta a mi primo, ¿que no? Claro que sí. Me pidió que le diera por detrás mientras él lo hacía con su novia. Le encantó. Ahora me llama todos los días, y yo me voy escaqueando.

Monte salió a tomar el aire. Las formas vibraban en sus ojos. Las cuadradas se convertían en trapecios. Las redondas se ovalaban.

–¿Qué piensas de este tipejo? –le preguntó Antifaz, que había salido también.

–Ojalá yo fuera como él. En lugar de estar preocupado por todo. ¿Tú sigues creyendo en Dios?

–¿Por qué me preguntas eso? Yo creo que a Dios le damos asco. ¿Estás bien?

–No. Ahora vengo.

Monte se tambaleó calle abajo hasta la playa. Vio el mar. Una inmensa e inerte masa negra. Recordaba cuán vivo lo percibió, el mar, el mundo, hacía unos años, cuando escribía aquellas cartas a Laura. Pero ahora se sentía desconectado de todo. Era solo un muñeco, que iba a vomitar en la arena.

Lo que aún no se había convertido en cuerpo.

Lo que ansiaba salir para empañar la arena.

Lo que el estómago no había enviado a la sangre.

Aquel insecto que había entrevisto alguna vez en su interior.

El cuerpo mismo, como si quisiera darse la vuelta hasta encontrar la madriguera del alma y expulsarla a ella también.

*No me dejes solo.*

*No me abandones del todo.*

Se sentó en el bordillo del paseo, con los codos en las rodillas y las manos en la frente. Vio pasar una cucaracha del tamaño de un pulgar. Normalmente las mataba, pero hacía unos días había leído de nuevo *La metamorfosis* de Kafka.

–Tú no conoces *El árbol de la ciencia*, pero todos tenemos una manzana hundida en el caparazón –le dijo. Y la contempló mientras se perdía hacia una zona de sombra.

Su manzana se llamaba Laura. Ella podría haber sido la historia de su vida, pero Monte no la había sabido continuar. La había dejado hervir en su propio infierno, sin tomar sus manos cuando ella las alzó como en aquellos cuadros de ánimas que le enseñaba su abuela. Y, en poco tiempo, el sacrificio que había elegido Laura, salvar a su madre, iba a tener su culminación: la boda con Bernardo. Y, encima, querían tener hijos. Para que aquel niño también se condenara o, todo lo contrario, ayudara a redimir al resto de la familia. Quizá fuera así. La última carta de Laura contaba que su padre seguía insultando a su madre, aunque no había vuelto a ponerle la mano encima. «Algo es algo», decía Laura. Así que para ese «algo» estaba sirviendo su ofrenda. *Ella, sobre quien yo me sentía superior, es mucho mejor persona que yo.* «Bernardo me está ayudando mucho –continuaba Laura–. Habla muy bien de ti. Parece mentira que una vez estuviera a punto de matarte.» *Ese hubiera sido el mejor final para la historia*, pensó Monte mirando la oscuridad por donde había desaparecido la cucaracha. *Hubiera muerto amando a Laura y creyendo en Dios. Esa es la otra manzana que tengo hundida en el caparazón. La tuve entre las manos, llegaba a relucir. Me parecía que lo bañaba todo con su luz. Y ahora también yo, como la cucaracha de Kafka, me escurro en las tinieblas.*

Monte volvió a ponerse el sombrero por Semana Santa, para ir a visitar a su

abuelo. Lo hacía para parecerse a él, el ser más noble de Escarcha, a pesar de aquellos muertos de la guerra. Él les pedía perdón cada día, concentrado en la quietud roja de su vaso de vino.

–No les convenceré nunca –dijo el abuelo Ramón–. Es más, ellos me han convencido a mí de que es preferible morir que matar. Eso me dice el vino, Monte.

Una música desgarradora flotaba en la habitación. Tras la ventana se enrojecía, al atardecer, la silueta de la Alhambra.

–¿Qué estás escuchando?

–Mi querido nieto, tengo el placer de presentarte a Giuseppe Tartini y su *Sonata del diablo*. Cuenta la leyenda que se la dictó su daimon en un sueño, porque conscientemente Tartini no lograba componer nada que le satisficiera.

–¿Un daimon?

–Según Platón a todos nos acompaña uno que cuida de que cumplamos con lo que hemos venido a hacer en el mundo. Nos ayuda si pisamos nuestro camino. Nos destruye si nos alejamos de quien realmente somos. Es lo que nos ocurre a la mayoría. Vivimos perdidos, lejos de nosotros mismos, arrastrados por el no saber.

–Así me siento yo.

–Nuestro yo, tan convencido de cómo debe ser el mundo, ha arrojado el alma a la oscuridad. Porque ella no quiere normas muertas, solo una conexión libre con la existencia. Por eso no deja de regresar en forma de miedos irracionales o de angustia. Continuaremos locos mientras no recuperemos el alma. Tú tienes la suerte de escribir poesía. Allí afluye aunque no quieras. Como le pasó a Tartini con su sonata. Tu daimon te ayuda.

–Yo tengo pesadillas horribles.

–Es tu alma, que te está reclamando su existencia.

–El alma no existe, abuelo.

–Claro que sí. Es la energía que une todo. Plantas, animales, minerales, seres humanos. ¿Te crees que estamos separados en este planeta? Somos parte de lo mismo. Aunque, me temo que pronto me tocará a mí comprobarlo del todo, como ya lo han hecho Daniel y Alba.

Monte apretó la mano de su abuelo, sobre la mesa, entre la botella y los

dos vasos de vino.

–No hables así.

–Pero antes tenemos que solucionar lo de tu profesor de música. Lo sé por Jorge. Y también lo de la obra de teatro. Buen golpe. Mejor que el empujón que le diste al profesor en el velatorio. Ahora lo he entendido todo. Tendrías que habérmelo contado antes.

–A ti no quería llenarte con esa basura.

–Jorge está a punto de llegar. Con Juan y con tu hermano. Así que date prisa.

Monte sonrió, con la mirada triste. Prefirió cambiar de tema:

–Miguel no se lleva bien con Jorge. Dice que ya tuvimos un padre, y que tener otro es innecesario.

–No piensa en tu madre.

–Solo piensa en estructuras marxistas, y en destruir las que hacen daño a la gente. Desde que llegó y se enteró de la historia de mi profesor, insiste cada día en que hay que quemar el colegio.

–Ya le he aconsejado a Jorge que dimita de su puesto –dijo el abuelo Ramón–. Cuando lo haga, deberíais denunciar al profesor y al director.

Hasta la ventana subía un rumor de clarines. Un aroma de cirios encendidos. El clamor de las procesiones, pero también su silencio. Los pasos lentos de los penitentes, pero también las melodías metálicas de las orquestas, y, ritmando aquella diversidad de sonidos, la ensoñación metódica del tambor, un golpe sombrío, regular, que se iba acercando y alejando, circularmente, como un reloj que caminara.

Dos días después Bernardo regresó a Granada para traer más hachís. Hablaban a voces en un bar abarrotado. La gente, que bebía sin parar, había comenzado a asomarse a la calle porque volvían a acercarse los tambores y los encapuchados.

–¿Tu cofradía sabe que mercas en Semana Santa? –le atacó Lorenzo.

–Yo ya he purgao. Mi madrugá fue la del jueves. Y le di todo a mi Esperanza. Las pasé putas, no podía con mi alma. ¡Mete riñón, costalero!

Pero conseguí devolverla hasta su casa.

–¿A Laura?

–¡A la Virgen, coño, a quién va ser, Kung Fu! Además, no sé para qué queréis una Semana Santa aquí, si allí ya tenemos una. Mi Sábado Santo solo cuenta en Sevilla.

–Cristo todavía no ha resucitado –le pinchó Monte.

–Pero está a puntito.

–Allí no tenéis a Santa María de la Alhambra, una Virgen que llora sangre. Ni un poeta como Lorca, que le sirvió de guía. Ese es nuestro Cristo granadino.

–Yo con las saetas de Triana tengo poesía bastante.

Como si la hubiera convocado Bernardo, en la calle alguien se puso a cantar. A través del cristal de la puerta, vieron acercarse una figura temblorosa: la Virgen con el Cristo en brazos, ambos reconcentrados en una expresión de dolor, *como en el cante*, pensó Monte, *pero con el vacío de cualquier materia inerte*.

–Acordaos de que tenéis que venir a mi boda –les insistió Bernardo.

Monte fue al baño, y al orinar en la oscuridad, pensó otra vez en Laura y en la conversación que había tenido con el abuelo Ramón acerca del alma. Sí, fue a partir de extraviar a Laura, cuando comenzó a caminar por la tierra como un extraño. Se había independizado del mundo. Se había introducido en una cápsula. El alma se había quedado fuera. Estaría fundida con el universo, pero ajena a Monte. Él se había quedado fuera dentro de sí.

–Los seres humanos son solo un conjunto de tejidos y huesos –le dijo a Sara el Domingo de Resurrección. Había quedado con ella para ver las últimas procesiones–. En esas Vírgenes y Cristos solo veo muñecos.

–Esas imágenes están habitadas, para empezar, por la devoción de toda la gente que las mira. El artista que las hizo las llenó con su alma y quizá con una inspiración divina. Tu verdadera procesión va por dentro –bromeó ella.

–Sí –contestó él, muy serio.

–Pero también allá en lo alto –continuó Sara–. ¿No los ves? Son seres del

color espeso de la sangre. Se alimentan de nuestras bajas pasiones y de nuestra desesperanza. –Monte miró las nubes, que navegaban fundiendo inconcebibles rostros–. Cuando de niña venía a Granada con mi padre, yo iba en procesión detrás de él. No quería que la gente supiera que aquella albina que caminaba detrás era su hija. Pero las albinas no somos tan malas como pensaba mi padre. A ti te va a espabilar una de nosotras. Te va a cambiar esa carita que tienes. Bueno, no es una albina exactamente como yo. Pero sí tan rubia como si lo fuera. Se está acercando. Solo hay que apartar esas nubes rojas para verla del todo.

## Capítulo 6

¿Por qué había aceptado ir a aquella corrida? Cosas de su madre. Allí estaba a su lado gritando entusiasmada: ¡torero! Fiestas del Corpus, jolgorio de abanicos, gorras y sombreros, cubatas en vaso de plástico, habanos con olor a orín, soflamas de entendidos, como si lo que sucediera en la plaza fuese un asunto filosófico, ¡trascendencia!, proclamaban la vida y la muerte y el arte, nada más y nada menos, y olé al capote embadurnado de sangre que flamea en la embestida del animal, y olé al traje de luces que relumbra, como un cosquilleo del sol sobre la tela ajustada de arlequín, y olé a la danza lenta del matador que se aproxima al toro en pasos mínimos de bailarina. ¿Por qué? Para alejar del pensamiento a Diana. De todo lo que tuviera que ver con ella y con su hermano. Le resultaba absurdo, ahora que se acercaba el final de la comedia, que ellos hubieran llegado a su vida para marcarla tanto. Quién los había puesto en su camino, allá en Escarcha, para enseñarle qué, para joderle cómo, para confundirle tanto, y aun así menos que aquel animal que no podía preguntarse lo mismo porque no sabía, tratando de sacudirse el ancla de las banderillas, qué demiurgo le puso en el óvalo gualda de aquella plaza. España. Escarcha. Las dos eran lo mismo. Gente que había acordado beoda un estado de ánimo. Gente que había acordado a golpes un estado político. Gente impulsada por el desasosiego. Por la necesidad de desahogo, ¡olé!, ¡guapo!, ¡me cago en tu puta madre!, ¡monumento, te voy a hacer un monumento! Y su madre otra vez: ¡torero! Cruel Escarcha que se deshace, la vida en la muerte, girando en la plaza, polvo en el gznate, y una sed tremenda. Monte hizo un gesto al hombre de la camisa abierta que pasaba con el cubo de latas de cerveza.

*Olé tus óvalos, Diana, pensó al abrirla, y olé mis huevos sobre todo,* recitó internamente en el largo trago, porque de nuevo se había plegado a ella cuando lo llamó por teléfono a casa después de tanto tiempo para convocarlo para un asunto urgente y, allí, en la misma calle donde tantas veces quedaron para inventar el mundo, llegó ella llorando, como si trajera las lágrimas arrastradas desde la oscuridad de su dormitorio.

–No nos puedes hacer esto, Monte, ¡después de tanta vida que hemos compartido!

Entonces ¿era todo una encerrona, un encierro como aquel con las suertes pautadas de principio a fin donde el toro siempre moriría al final despedazado aun en el caso de que él matara al torero? Pero de qué muerte estaban hablando.

–Aquello había sido tan solo...

Diana balbuceaba por primera vez unas palabras que se parecían mucho a las que Elvira había pronunciado ante Robin para que Monte no fuera expulsado del colegio. Su madre se lo había contado en una de las muchas conversaciones que mantenían para tratar de explicarse a sí mismos la relación que ambos habían mantenido con el profesor de música. ¿Había un teatro pactado entre los dos hermanos o se trataba de que los seres humanos siguen similares estructuras mentales y, por tanto, lingüísticas, para disculparse?

–Aquello había sido tan solo... –repitió Diana llorando y abrazándose a Monte, por fin pero tan a destiempo, con el propósito de convencerlo de que no denunciaran a su hermano, tal como habían proclamado Monte y Antifaz ante el picapleitos que Robin les había mandado para asustarles con la amenaza de acusarlos a ellos de agresión y otros confusos delitos relacionados, al parecer, con depravadas costumbres de las que el profesor habría sido testigo en su casa del Tocón, lo que era el colmo. El abogado, a quien Antifaz juraba haber reconocido entre el grupo de enfermeras, se había puesto pálido cuando oyó la réplica de los muchachos, y el propósito también de denunciar al colegio si no ponía al pederasta de patitas en la calle.

–Aquello había sido tan solo... –había dicho Diana sin mencionar ni por asomo los libros y discos birlados a Monte y entregados esquinadamente a su querido hermano Roberto. Cuya reclamación Monte se negaba a realizar por simple orgullo y porque quizá, a ella, ¿la seguía queriendo? Mientras la veía llorar, se convertía en ella. Igual que sucedía con aquel torero bravucón, que se había pasado la faena autojaleándose con voces parecidas a mugidos, y que acababa de matar al toro arrojándose entre sus cuernos y chocando contra la frente del animal, a riesgo de ensartarse en la cornamenta, y todo para sacar aquella ovación del público, que ya reclamaba las orejas y el rabo del animal que estaba escupiendo sangre, y que había conseguido convertir al torero y a la plaza misma en una bestia múltiple y fragmentada, ansiosa de una secreta liberación.

Monte había sentido el poder de la generosidad, con la ligereza de aquel pasodoble que estaba comenzando a tocar la orquestilla alojada entre la multitud de la plaza.

Ungido por las lágrimas de Diana, con el pecho exaltado por la insólita consigna que le había inculcado el cristianismo durante años de infancia: «devuelve bien por mal» y que regresaba después de perder su significado por completo, ahora tenía la oportunidad de ponerla en práctica, de complacer la memoria de sus abuelos y también la de aquel ser interior que clamaba por encajar en la educación recibida. Resucitar al santo de la tumba de los malditos. Insertar, sobre el rostro de aquel que no encaja con el mundo, la máscara de algo admirado por ese mundo: un guerrero clemente.

San Manuel Montenegro Moncada reunió a sus amigos para explicarles lo que, salvo Ancas, desconocían: sus amores con Diana. En honor a ella, y sobre todo (y ahora iba a repetir aquel argumento de su madre ante Robin, y que Diana le había devuelto a Monte), considerando las innumerables experiencias positivas que habían acumulado todos alrededor del profesor, Monte había decidido no denunciarlo. Se lo había prometido a Diana. También le había prometido que trataría de convencerlos a ellos de que obraran igual. A cambio (esto no lo sabía Diana), la madre de Monte

presionaría al colegio para que sustituyera sin más excusas al profesor de música.

Jorge, al día siguiente, presentó su dimisión en el claustro, delante del propio Roberto y señalándolo con el dedo:

–Mientras la dirección te mantenga aquí, somos cómplices.

Y, aunque los profesores sabían de lo que estaba hablando, ninguno lo secundó. Por la tarde, Elvira llamó a Dostoyevski para que eligiera de una vez entre su responsabilidad como director o los juzgados.

Monte y sus amigos esperaban acontecimientos. Salían casi todos los días y terminaban en un pub jugando al billar. Monte y Ancas celebraban la nitidez de las bolas en su trayectoria, dentro de la luz verde, hacia la boca de las troneras. Bebiendo una ginebra tras otra, tal como había aprendido en Saba, Monte sentía la asfixia de sus órganos, pero seguía castigándose entre sudores fríos. Una noche, cuando nadie lo veía, vomitó dentro de una de las troneras de la mesa de billar. La música estaba alta, los amigos en la barra. Y aquellas esferas perfectas, en el vientre mecánico, embadurnadas de inmundicia.

Moro lo llevó a casa. No solo hasta el portal. Hasta arriba, hasta que quedó bajo llave. Monte soñó que se rompía por dentro. En todas direcciones. Se despertó bañado en sus propias heces. Gritó el nombre de su madre. Ella acudió y vio a Monte temblar de asco por sí mismo. Solo dijo:

–Ahora has aprendido a destruirte.

Lavó las sábanas, tiró el colchón. Guardó el secreto.

Elvira y Jorge recibían por las tardes a El Rubiales, que venía a estudiar con Lurdes, merendaban todos juntos, y entonces hablaban del caso Robin. Se decía que el profesor estaba chantajeando al colegio con desvelar algunos delitos de los Hermanos, tapados por la comunidad a lo largo de los años, y también relacionados con posibles abusos. Por eso seguía dando clase, aunque lo habían trasladado a las aulas de los más pequeños.

–Eso es como admitir que a Roberto solo le gustan los adolescentes –dijo Jorge, que había rechazado varias invitaciones de Dostoyevski para que se

reincorporara—. ¿Os dais cuenta? Un colegio que reparte los cursos en contra de las inclinaciones sexuales de los profesores.

–Vámonos a Madrid con Miguel –dijo Monte.

–Cuando llegue el verano –contestó Elvira.

Ella trataba de distraer a su hijo alimentando una complicidad exclusiva entre los dos. Invitarlo a aquella corrida había sido parte de esa estrategia. Monte, contemplando muerte tras muerte, trataba de sublimar el mal y el vacío que sentía. Mal y vacío. Quizá eran lo mismo. Sin embargo, estaba sucediendo algo diferente en el cuarto toro. El torero, en lugar de convertirse en bestia, estaba depurando su humanidad. Seráfico, toreaba con quietud estoica y un aire espiritual. Al oír los mugidos desesperados de su enemigo, el serafín le miraba con compasión. Fijando la postura con aplomo zen, lanzaba el pase natural ante la carrera enfurecida del toro, que levantó los cuernos un segundo después del engaño. Un segundo antes, habría ensartado al serafín, que no se había movido un milímetro de su silencio elástico. Y, aunque él hubiera querido otorgarle un perdón cristiano, acabó hundiendo el hierro en la cruz del animal.

Trató de fijar las pezuñas en la arena.

La muerte le estaba desequilibrando.

El serafín le acarició el hocico. Le agradecía la bravura, la vida entregada en el ruedo.

El toro hizo un último gesto de embestirle.

Se derrumbó.

Alguien le acuchilló el cogote.

Esto sí que es arte, clamó la plaza.

En el quinto toro de la tarde, de una mancha de sangre en el albero, mal rastrillada por los monosabios, emergió una imagen. Monte la atribuyó al efecto de la quinta cerveza sobre el hachís acumulado en sus neuronas. Al igual que ocurría cuando en el salón de su casa se le aparecía el sabio chino, una especie de membrana en el tiempo le aisló del jaleo de la plaza. Y, ante sus ojos, un banderillero descolorido, como si viniera de una película en

blanco y negro, le reclamó desde el ruedo:

–Niño, dame una cervecita.

Cuando Monte le arrojó la lata, del mismo lodo sangriento emergió la figura de un segundo banderillero, que se situó junto al que saciaba una sed interminable, y dijo:

–Niño, también quiero yo recuperar el color.

Monte le lanzó la lata que su madre había dejado casi sin tocar junto a sus pies y, mientras el segundo banderillero saciaba una sed interminable, desde la tierra manchada, se materializó un tercer hombre, vestido con traje y corbata, cojo y apoyado en una muleta.

–Muchacho –dijo–, ¿tú has encontrado mi pierna? A ella la enterraron antes que a mí y a nosotros nos echaron en una cuneta. Estos banderilleros de rostro tan chupado reclamaban el pan y ahora Grial es su marca favorita de cerveza. ¿También es la tuya? A ver, dejadme un poco.

Y el hombre cojo bebió sucesivamente las latas que los banderilleros le alcanzaban, y, para sorpresa de Monte, los tres recuperaron el color, cada vez más intenso. El traje de luces de los banderilleros alcanzó un fuerte contraste de negro y rojo.

–Esperad –dijo un cuarto hombre que parecía ascender desde la mancha de sangre como por una escalera invisible, hasta quedar por encima del resto, y aún más arriba de la mirada de Monte–. ¡La vaca del viejo mundo! –sonrió señalando con la mano abierta la corrida que seguía sucediendo en la otra dimensión de la plaza.

Monte, que había reconocido los lunares de su rostro y su profunda frente, sintió que se le apretaba el corazón como un sapo dentro de una red.

–Qué necesitas –logró decir.

–Todo. La vida no puede restituirse.

–Por qué te mataron.

–Mataron en sí mismos todo lo que odiaban. El sexo de la risa.

–No hubo un poeta como tú en el mundo.

–Preferiría ser cualquiera de esos músicos que tocan su aguado pasodoble.

Monte volvió a escuchar la música, los aplausos. Mientras los muleros arrastraban el cadáver del toro, los monosabios rastrillaron la arena, sin olvidarse de la mancha de donde habían surgido aquellas visiones. Sara solía burlarse señalándole la cicatriz de la frente:

–Cuando te quitaron esa verruga te quedaste ciego. –Y añadía más seria–: Has tirado tus ojos al otro lado de ti mismo.

–¿A otra dimensión?

–Tú la has creado.

Sus paredes parecían agrietarse a veces con la química del hachís, en el momento menos esperado y no en los que Monte buscaba exprofeso. Unos sábados atrás había pasado la noche en el parque García Lorca que habían abierto en Alfacar, en la zona donde supuestamente enterraron al poeta, junto a los anarquistas: dos banderilleros y un maestro. Se había acurrucado en un rincón después de invocarlos y ofrecerles una barra de pan.

Al contrario que Lucas el panadero, quien no había podido ir al funeral de los Moncada porque cada noche debía permanecer en el infierno amasando la harina para alimentar a los vivos, Monte quería dar de comer a los muertos. Dejaba mendrugos de pan en el dormitorio vacío de sus abuelos. Y subía a buscar a los tiroteados bajo el pinar de la sierra, donde silbaban las agujas de los árboles. Pero en el parque García Lorca no apareció nadie. Le contó a Saba lo que había hecho, pero él solo se rio, bebió un trago de Rives, rio aún más.

Habían tardado en responder. Habían preferido hacerlo en medio de la multitud, al lado de la madre de Monte que acababa de arrojar su abanico al ruedo, donde el último torero garbeaba su paseíllo. Antes de la corrida, habían cumplido un rito que Elvira seguía anualmente con el padre de Monte, cuando todavía estaban enamorados: comer rabo de toro en un restaurante cercano a la plaza, como en una ceremonia de sacerdotes salvajes.

Mientras hacía la digestión, Monte pensaba en los ojos de los toros, iguales a cualquier ojo que descifra las sombras. Cómo se habían nublado hasta seis veces, una por faena. Cómo en su interior aparecía una luz opaca, envolviendo el brillo escurridizo de la vida, mientras el matarife escarbaba con la puntilla en el cogote y los músculos del animal se estremecían. Igual

que se cuaja el rocío sobre unos ojos abiertos cuando hiela al amanecer. La nada aparecía como un velo de escarcha.

## Capítulo 7

Recibió una carta de la madre de Laura. Monte la abrió con su navaja para conjurar el daño que iba a recibir con aquel escueto mensaje:

Si tú quieres a mi hija, yo anularé esa boda, pase lo que pase. No te oculto que este mes el periodo le viene con retraso. Estoy rezando para que sean solo sus nervios. Ahora rezaré para que contestes esta carta.

Monte se dio cuenta de que todo el cuerpo le temblaba. Salió de su casa. Comenzó a correr. No sabía hacia dónde. Se encaminó a la Vega. Se adentró en los maizales, tropezando en surcos invisibles. Hasta que sintió que el corazón le estallaba. Hasta que la costura de los vaqueros se le clavaron en las ingles.

Esa noche llamó a Ancas. Se emborrachó con él, contándole lo que había sucedido, a lo que su amigo contestó:

–No has recibido esa carta, ¿me oyes? Se perdió en correos. Ya tienes bastante.

En esos días, el colegio había acordado el despido con el abogado de Robin: a cambio de una indemnización proporcional a lo que los Hermanos tenían que ocultar. De eso presumió el propio Robin, una madrugada en el Cannonball, tan borracho que volcó de un manotazo la botella de ginebra que había comprado para él y para Saba, la única persona que le escuchaba a esas horas. Así se enteró Monte y así dejó de ir al bar que el profesor había comenzado a frecuentar casi a diario, a veces con Diana y calmado, pero a menudo solitario y soberbio. Monte quería alejarse de todos, incluso de Saba

a quien un día, cuando lo visitó en su casa, encontró en compañía de Eloísa.

–Mi enfermera –dijo Saba.

–No me llames así.

Entonces Monte supo que se conocían de los tiempos de la legendaria Mano Negra, a la que Saba también había pertenecido, junto al difunto Manuel Montenegro.

–Tu padre nos sigue uniendo a todos –añadió Eloísa.

–¿Era muy amigo tuyo? –le preguntó Monte a Saba.

–Bastante.

–¿Por qué nunca me lo habías contado?

–Teníamos que mantenerlo en secreto.

–¿Y ahora qué ha cambiado?

–Que está aquí Eloísa, y ella se lo contó a tu madre. Además, ya no existe nada de aquello. Ni siquiera nosotros. Vivimos pero no existimos –dijo apurando la botella azul de Rives.

Monte se encontró a Diana por la calle, y se sentaron en una terraza a tomar café. Al principio, hablaron de libros. Pero pronto la conversación derivó hacia Robin.

–Ahora que lo han despedido, no haréis nada más contra él.

–¿Hasta cuándo lo vas a encubrir? –contestó Monte, hastiado.

–No sé de qué estás hablando.

–Actúas igual que él.

–Esta ciudad es insufrible. Nos vamos a ir de aquí.

–Es una buena idea. Todos deberíamos hacerlo. Y dejar que la hierba nazca en las calles. Pero antes devolvedme los libros y los discos que te presté.

Diana se levantó hacia la barra. Pagó y se marchó. Ese era el final. Una persona que se desplaza silenciosa. Una versión femenina del modelo masculino, y viceversa. Quizá la relación que los dos hermanos habían mantenido con Monte eran, sí, versiones diferentes de la misma historia. Esta idea, todavía inconsciente, le atormentaba en pesadillas que olvidaba o en

fulgores de tristeza en la vigilia, pero su conciencia solo estaba obsesionada con la necesidad de recuperar aquellos libros y discos antes de que Robin y Diana abandonaran Escarcha.

Se lo comentó a Bernardo en la boda, a la que Lorenzo y él fueron invitados «de puerta a puerta», tal como presumía el novio flamante en su traje oscuro, el pelo ensortijado y engominado sobre los hombros, abrazándolos cada vez que se los encontraba en el convite, que se celebraba en un barco que iba arrastrando el jaleo por la orilla del Guadalquivir, hacia Sanlúcar. La misa había sido por la mañana en la Capilla de los Marineros de la Esperanza de Triana, con coro rociero y una actuación sorprendente del Gran Rai, padrino de su hija y de medio barrio, que le había cantado a Laura una rumbita en plena misa, quitándose la corbata para aclarar la garganta y terminando por sacarse su famoso cordón de oro para imponerlo en el cuello de la novia, como si tuviera la potestad de los obispos que coronaron a los emperadores. Eso dijo el Gran Rai, con un vozarrón emocionado que retumbó en la capilla:

–¡Emperadora de Triana. Tú después de la Esperanza y que Dios me perdone!

Lloraban y cantaban las mujeres emperifolladas con sedas de colorines, sostenidas por milagrosos tacones, veladas por los sombreros. Los hombres, los muchachos, la mayoría con el pelo largo al modo del Gran Rai y del novio (incluidos los calvos que se habían dejado crecer las greñas laterales), cantaban con discreción y gestos de estreñimiento. Solo la madre de Laura permanecía seria.

–Mira la cara de doña Emilia. Un poema –susurró Lorenzo.

Monte se fijó en que aferraba un ramo de rosas blancas, iguales a las que le llevó al hospital, cuando se recuperaba del navajazo, y acabaron por el suelo. Pero no supo confesar lo que pensaba. Tampoco cuando, después de la ceremonia, Laura se le abrazó llorando, y él, que sentía la mirada de Bernardo, la apartó lo más rápido que pudo. En su corazón muerto se acababa de abrir otra vía de agua que podía controlar a duras penas. Así que apretó las manos de Laura y le dijo:

–Tienes la obligación de ser feliz. Y, si no lo eres, me vas a tener muy

cerca.

Ella asintió, tratando de sonreír. Se notaba el esfuerzo que hacía por no abandonarse a sus emociones.

–Hasta siempre –dijo, y se dio la vuelta, para besar a otro invitado.

Habían pedido a Monte que firmara como testigo al final de la misa, y al inclinarse sobre el libro abierto percibió que la tristeza desajustaba el normal fluir del tiempo:

–Ha sido una crueldad –diría Lorenzo.

–Un gesto de confianza –contestó Monte.

–No has sido testigo. Has cedido el testigo.

Monte firmó y, al hacerlo, sintió en el cogote la mirada de dos centenas de delincuentes. Era imposible discernir por el aspecto quiénes se dedicaban a traer el hachís de Marruecos en lanchas rápidas hasta la costa de Cádiz, quiénes lo transportaban a Sevilla, quiénes lo volvían a empaquetar en pequeñas dosis, quiénes lo distribuían en los barrios del centro (donde permanecían las mismas pintadas: RAID PARA LA RATA RAI), quiénes habían sido adelantados a las plazas de Córdoba y Málaga. Monte y Lorenzo conocían de vista a los de Granada, aunque los evitaron en la boda. Se quedaron, sin embargo, un rato con un colombiano al que llamaban El Capitán, y que ya estaba borracho desde el momento en que embarcaron en la nave de la fiesta.

Era un cincuentón canoso, que había huido a España después de haber acumulado muchos muertos en la guerrilla. El Gran Rai lo había fichado para controlar los barrios del centro. Pero, según les contó luego Bernardo, se limitaba a pasear por las plazas con una botella de tinto en la mano y farfullando bravuconadas. En la boda nadie le hablaba. El Capitán se limitaba a mirar por la popa, apoyado en la baranda, la ciudad que quedaba atrás, las arboledas de la orilla y, cuando no había nada que ver, el remolino que provocaban las hélices del barco en el agua.

–Me fascinaba matar –les dijo a Lorenzo y a Monte, cuando estos se situaron a un lado y otro del hombre, para mirar la tarde que caía sobre el río–. Mataba todo lo que se movía. Maté más de tres mil personas. Niños, mujeres, no discriminé a nadie. Si veía a mi madre, le quebraba el culo.

–¿Por qué lo hacías? –le preguntó Lorenzo después de un silencio espeso.

–Ya les he dicho, porque me gustaba. Aunque aquí no les agrada que me gustase. Aquí me dicen los de la cofradía: así no puede ser. Así me lo dice don Raimundo, y el jefecito Bernardo, Dios les guarde: así no puede ser. Ustedes se matan por necesidad no por placer. Yo me río con eso. Porque la necesidad se inventa por gusto.

Lorenzo miró a Monte, por detrás de la nuca del colombiano, y le hizo un gesto de marcharse. Monte estaba pálido, y el crepúsculo se proyectaba sobre su rostro como en una pantalla.

–¿Y no te arrepientes nunca? –dijo.

–No me arrepiento de nada. –El colombiano apuró la copa y la tiró al agua–. En la vida no hay que arrepentirse, sino corregirse. Yo sé muy bien lo que hacía. Ya se lo he contado a la Virgen de la Esperanza y me dice lo mismo que los otros: así no puede ser. Yo les voy a hacer caso. Porque aquí en España hay menos sangre. Y don Raimundo me pide que no la malgaste.

La copa había vacilado un instante sobre el agua, como tratando de aprovechar su forma cóncava para navegar, y luego se había hundido.

Lorenzo arrastró a Monte a la cubierta donde sucedía el baile. Un grupo de flamenquito tocaba rumbas y sevillanas. Lorenzo se integró con las amigas de la novia, que lo envolvieron en un corro de brazos alzados.

–Cuidado con ese esmirriado, ¡Kung Fu! –les gritó Bernardo, que bailaba con un cubata en la mano–. Y tú, amigo mío –le dijo a Monte–, ¿no vas a sacar a bailar a la novia? Pero no te arrimes demasiado, que ya nos conocemos.

Monte aguantó con Laura los cuatro movimientos de una sevillana. No hacía falta que se tocaran. Todo sucedía en los ojos. La música y el río. El tiempo que se alejaba. Los espacios del recuerdo. Los besos del desván. Las caricias sobre los cuerpos desnudos, en la gruta del pantano. El amor de lava, aguas arriba, en la Torre del Oro. La herida, casi la muerte. «Bailalá cara a cara que es la primera.» Así hasta llegar a la cuarta. En los ojos. Toreándose uno al otro. Acercándose, escapando. El cuerpo, la vida, la verdad, lo justo. Nada lo era. Todo sucedía. La copa del colombiano ya estaría hundida en el limo, cabeza abajo.

–Cuando conozco a alguien así me doy cuenta de lo blando que soy –le dijo Monte a Bernardo más tarde, en la media noche, remontando ya el curso del Guadalquivir.

Entonces, porque estaba borracho, le contó la historia de Diana y Robin, como si se estuviese confesando a vista de la Muerte. Solo Ella podía comprenderle y Bernardo había sido el rostro que la Muerte había tomado una vez. Fluía el río, fluía la historia y su propia sangre alcoholizada, vaciando los secretos bajo la luna que se había descubierto entre las nubes, deslumbrante. Como si Monte tuviera otra oportunidad de morir, limpio por fin, caer ante la mirada de Laura, para que ella le buscara para siempre en la imagen del río. Confesaba agrietándose, pero suave, convencido, como sabiendo que a través de las grietas regresaba su alma. O era el perfume de la ribera elevado por la brisa y que viajaba hacia ellos.

Bernardo escuchaba el relato en silencio. Empalideciendo y bebiendo una copa tras otra. Mirando el horizonte, pero fijo en una oscuridad muy lejana. Noche completa. Cerrada. Mientras la puerta no se abra. Mientras no suenen los pasos de su padre. Borracho, como todos ahora mismo. Las botas se detienen en el umbral. Entonces se abre la puerta. Avanza hacia la cama. Se sienta.

–Hijo –comienza la suave cantinela–. Qué solos sin tu madre.

–Para ya –dijo Bernardo.

–Solo quiero recuperar los libros –contestó Monte–, antes de que se mude de ciudad.

–No te preocupes, que yo me encargo.

–Lo tengo que hacer yo.

–¿Qué te he dicho? Tú solo dime dónde vive ese hijoputa y cuáles son los libros y los discos que quieres. Venga, suéltalo, compadre.

La brisa traía el verano. El verano ascendía con el barco hacia la ciudad. Dejaba la primavera atrás, en la desembocadura donde la corriente y la espuma revuelven también el otoño y el invierno ya extraviados, deshaciendo las estaciones en el mismo torbellino donde desaparecen los sueños que pueblan la Tierra. Allí, en la desembocadura. Donde se revuelve y se mezcla lo vivo y lo muerto. Plancton para los peces. Peces para mujeres y hombres.

Deseos. Decisiones. Fiestas. Nacimientos.

–Oye, Monte, ¿no lo has notado?

–No sé de qué hablas –disimuló él, pero claro que lo había notado. Había sido lo primero en que se había fijado después de la carta de doña Emilia.

–Laura. Ya le he hecho un bombo.

Monte miró hacia la novia: bailaba en la pista con sus amigas, todas desconocidas para él. Laura tenía razón. Monte sabía muy poco de ella. Coreaban una canción de Queen:

*It's a kind of magic.*

*It's a kind of magic.*

HAMMÁN

## Capítulo 1

*20.00*

Miguel entró en la ferretería y, aunque quedara media hora para el cierre, sintió que no le daría tiempo si aquel cliente no se apartaba del mostrador y seguía con su eterna consulta. Ya lo había pasado mal por la mañana llamando y llamando por teléfono hasta que el mismo dependiente de voz pausada e irritada le aseguró que sí, que su tienda despachaba también los sábados por la tarde. Aquello era vital para sus planes y para que ni su familia ni los conocidos del barrio le descubrieran yendo y viniendo con aquel bulto. Por eso buscó una tienda muy lejana a las calles habituales.

Abrió y cerró dentro de su bolsillo derecho el zippo, regalo de Juan, que ahora siempre llevaba desde que empezó la aventura semanal de comprar cigarrillos en el estanco asegurando que le mandaba su padre. Le gustaban las marcas más inusuales: Pall Mall, Davidoff, rubio o negro, le daba igual. Lo importante era el zippo, sus tres rápidos chasquidos, al abrir, al encender, al cerrarlo de nuevo, a veces en un solo movimiento como de baile que había aprendido a hacer con un primer golpe —el de apertura— sobre el pantalón.

Pensó que el dependiente no le iba a entender. Que cuando le recordara su pedido aquel tarugo pensaría que era para el zippo alojado en el bolsillo. Acababa de soltar un poco de gasolina en la tela de sus vaqueros. Lo había cargado demasiado y ahora percibiría una pequeña quemazón en la piel. Ahí estaba. Agradable. Y después el olor hipnótico que también advertiría el cliente que no paraba de hablar, aunque ya pagando una decena de tornillos envueltos en un trocito de papel.

Con el seto sería suficiente.

Recordaba el color verde oscuro.

Polvoriento.

Como si no estuviera vivo.

Alto, alto, y con un interior muy denso, casi invisible aun apartando las ramas del exterior.

Se combaba, desde el patio, hacia el edificio de viviendas.

–Hola –dijo al fin–. Vengo por la lata de gasolina que encargué esta mañana.

Aquí esperó la duda, la mirada suspicaz. Pero el dependiente –un hombre del que estaba olvidando la cara antes de verla– echó una mirada al reloj de la pared y dijo suspirando:

–De cuánto era.

–La mayor que tenga.

–Pero que quepa en el maletero, ¿no?

–¿Cómo?

–Era para el coche de tu padre, me dijiste. Porque si vas a conducir tú llamo a la policía ahora mismo.

Miguel tragó saliva. Se estaba olvidando del sentido del humor de los granadinos. Era un alivio vivir habitualmente en Madrid.

–Claro, es para mi padre. Está trabajando en casa. Trabaja mucho. Y luego tendrá una fiesta de cumpleaños.

–¿Y tu madre, por qué no hace ella el recado?

–Mi madre ha muerto.

El dependiente, sin añadir nada, evitó la mirada de Miguel y se escabulló hacia el almacén.

*20.00*

–Acuérdate de que mañana cambian la hora –dijo Diana.

Había llegado a casa de su hermano arrastrando una gran maleta, y ahora le ayudaba a hacer la suya, doblando las camisas y situándolas sobre la pequeña cama.

–Tranqui, mami –contestó Robin malhumorado, sacando la ropa interior

de un cajón—. A las tres de la madrugada serán las dos. Lo tengo controlado. Mañana no perderemos el tren.

—¿Tenías que dejar el equipaje para última hora? A qué has dedicado el día.

—A ver los resúmenes de los Juegos Olímpicos.

—Fantástico. Y el primer capítulo, ¿lo has acabado?

—Eso lo hice ayer.

—Es importante que ahora cuentes tu versión de la historia. En Madrid te vas a olvidar de esa panda de imberbes.

—No creo que eso pase nunca.

—Mañana, conforme nos alejemos en el tren, estarán dejando de existir. Veremos esta ciudad en la distancia. Ellos serán la distancia.

—¿Cuándo vas a escribir tú un libro de una vez?

—No me hables de eso, que hoy me duele mucho la cabeza. Para qué voy a escribir. No quiero traer más material inútil.

—¿Eso es lo que piensas que voy a hacer yo?

—No, hermanito, no —dijo Diana, terminando de doblar una última camisa y acercándose a Robin, que estaba junto al armario. Lo besó en la frente—. Te va a salir una buena novela. Con un punto juvenil, no lo olvides, que es un género en alza. Ya tenemos cita con un editor la semana que viene. Para que te vayas relacionando.

—Tendremos que invitarlo a cenar.

—Mejor ahorra el dinero de los curas.

—Luego tendremos que buscar trabajo.

—Hay tiempo.

Sonó el timbre de la puerta.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Diana.

—Alguno de los vecinos que viene a despedirse. Se ha corrido la voz de que me voy.

—¿No vas a abrir?

—Me da pereza.

—Venga, hombre. Para alguien que te sigue hablando. Abro yo.

Robin oyó desde el dormitorio los pasos de Diana, el sonido de la puerta

y luego una voz desconocida:

–Qué pasa, encanto. ¿Vive aquí Robinjú?

Robin se asomó a la entrada. Atónito e inquieto, descubrió al joven de pelo ensortijado que en aquel momento cerraba la puerta con el talón de sus Converse de colorines, y exhalaba ante el rostro de Diana, quien había dado un paso atrás, una humareda que apestaba a hachís.

20:00

Se sentó junto a la fuente. Aquella mujer rubia, casi albina, le había conducido hasta el Hammán. Y, aunque Sara hubiese acertado con el vaticinio que le hiciera en Semana Santa, la intervención de su abuelo había sido fundamental.

–Si tanto interés tienes en recuperar el alma no te puedes perder el *Orfeo* de Monteverdi. Toma, te regalo mi entrada. No me encuentro con fuerzas para bajar el Albaicín y subir la cuesta de Gomérez.

–Pero, abuelo, puedes ir en taxi.

–Al infierno no se va en taxi. Esto me recuerda algo muy divertido que escuché el otro día subiendo por San Gregorio. Eran dos viejos, más o menos de mi edad, uno sentado en el escalón de su casa y el otro bajando la cuesta con su bastón. «¿Adónde vas?», le pregunta el primero, fumando un cigarrillo. «Al otro mundo», contesta el del bastón, sin dejar de renquear. Luego se detiene, se vuelve: «¿Quieres que te lleve algo?». «¡Una carta!», contesta el que estaba sentado. Se rieron un instante, y luego se despidieron. ¿Qué te parece?

–El del bastón era Orfeo –exclamó Monte.

–A la andaluza. Imagina qué tipo de mensajes pueden escribirse en esa carta. Y los posibles destinatarios.

–Amores difuntos.

–Demonios y santos.

–Antiguos amigos.

–Y aquellos a los que uno ha dañado. Yo tendría que mandar un montón de disculpas.

–Una hoja de reclamaciones para Dios.

–No nos solucionaría mucho más que Sancho en la ínsula Barataria. Estamos demasiado locos. Sería más eficaz si el juez fuera doble: Dios y su contrario, los dos juntos, sentados en cada parte del trono, una negra y otra blanca, una luz, el otro vacío. Igual que la tinta sobre la página. Sin contraste, no hay sentido.

–Abuelo, me quito el cráneo.

–Esta historia te la regalo para cuando seas mayor. Pero, por ahora, confórmate con la entrada. Tiene gracia. La del infierno es la misma que la del concierto.

Monte se sentó en el asiento de su abuelo y, cuando comenzó la ópera, se imaginó envejeciendo década tras década, viviendo las aventuras y desventuras que su abuelo le había contado y, sobre todo, aquellas que no había querido contarle. Era una mezcla de luz y oscuridad, como el Dios doble del trono. Palabra y secreto. Conciencia y aleteo. Sueños y no saber. *Una carta al otro mundo*. Como aquella música a veces turbadora y otras, en los recitativos, definitivamente narcótica. Su abuelo, que parecía hablarle en el oído, le había explicado la historia:

–Orfeo abandona la luz para buscar a su amada en el reino de la muerte. Convince a los demonios y a los dioses de las sombras gracias a la belleza y a la verdad de su canto. Porque la belleza por sí misma no basta. Eso nos lo enseñó Keats. Verdad y belleza se alimentan la una de la otra como el aire y la llama. Si no ocurre así, el arte nace muerto. Lo saben los difuntos ante los que canta Orfeo, y los oscuros espíritus que los rigen. Sienten la vida que hay en su música, una vida que ellos añoran. Por eso se conmueven. Por eso le permiten avanzar entre ellos y le conceden lo que ellos mismos empiezan a desear también: el rescate de Eurídice. Pero cuando por fin Orfeo la tiene en sus manos, todo lo echa a perder. La única condición que le ha impuesto Hades es no contemplar a su amada hasta abandonar el inframundo. Y Orfeo, que avanza rápidamente, sucumbe a la necesidad de mirarla. El deseo sin límite le hace perderla. Esa es la interpretación más general. Yo prefiero pensar que Orfeo desobedece porque, en definitiva, no entiende aquella prohibición. No entiende que el reino de la muerte es invisible, el reino del no

ver. Es el reino interior, donde habita esa alma que tanto añoras. Si Orfeo hubiera confiado en la ceguera, hubiera retenido a Eurídice.

A cambio, al final del concierto, Monte había conocido a Uinsa. Orfeo perdía y él ganaba algo momentáneamente. Como si no importara quién fuera el beneficiario o el perdedor en cada caso, sino el equilibrio universal de ganancias y pérdidas.

Una mujer solitaria, en el mirador, a la salida del auditorio, contemplaba, a sus pies, la ciudad iluminada.

Monte confió en su ceguera. Y se acercó hacia aquella espalda sobre la que caía una cabellera tan rubia que parecía blanca.

–Porque soy vikinga –le contestaría luego Uinsa, riendo, cuando se sentaron en una terraza del Campo del Príncipe–, vikinga de Bretaña.

Estudiaba español en una universidad de París, aunque apenas asistía a las clases. Prefería escaparse a España cuando tenía ocasión, sola y en tren. Esta vez había llegado hasta Granada.

Cerveza tras cerveza, en la plaza bulliciosa –árboles frondosos con corazón de farola, bajo la cruz serena del Cristo de los Favores–, Monte le soltaba los versos que se sabía en francés:

–*Je suis de mon coeur le vampire.*

–Tienes un acento horrible. Baudelaire te mandaría matar.

–Mi favorito es Rimbaud.

–*Quoi? L'eternité.*

Y recitaron juntos, de carrerilla, contagiados de la misma risa:

–*C'est la mer allée avec le soleil.*

–Conozco en Granada un sitio así –dijo Uinsa.

–Yo lo estoy conociendo ahora.

Los ojos de Uinsa eran de un azul especialmente intenso y cambiante, como el del mar de fondo. Un azul que parecía moverse con las corrientes de la emoción y de la memoria. Un azul para el reconocimiento. Otro para la alegría. Otro para el dolor. Uno más punzante de lascivia, que Monte acabó descubriendo en el hostel donde ella se alojaba.

–Mi nombre completo es Uinsa Seibra. Significa Sombra Blanca.

–Es como la solución de un enigma.

Monte no podía creer lo que estaba sucediendo, aunque Sara *la Albina* pocas veces se equivocara. Ella le había hablado de una mujer que le iba a espabilar, pero aquello era, con diferencia, el mejor de los prodigios de aquella hechicera. Una redención después de los últimos calvarios. Algo que no podía estar sucediendo, pero sin embargo estaba ante él. Mejor dicho, él mismo era parte del milagro.

La luna se había inclinado hacia la ventana y fraccionaba con su resplandor los cuerpos desnudos en la oscuridad, sobre las sábanas, como los escaques de un tablero de ajedrez.

Sobre aquel tablero, Uinsa se ondulaba como fugándose, pero, en lugar de hacerlo, le arañaba los brazos, se volcaba sobre él para invitarle con la boca y guiarle después hacia el interior de su cuerpo alumbrado por el cielo.

Monte penetraba el cielo. Piel, alma, qué diferencia había en aquella calidez fundida, aquel magma de forma esencialmente humana, donde circulaba en una sola línea de placentera incandescencia la naturaleza masculina y femenina. La habitación se poblaba de susurros. No eran solo gemidos. Aparecían dioses pequeños y grandes, traviosos y asombrados, sedientos y saciados, complacidos de que la vida se cumpliera con toda su potencia.

Monte, al vaciarse, sintió que no le importaba morir: la entrega como éxtasis. Y que en la muerte seguiría buscando a Uinsa, para estar con ella, como quiso Orfeo, en los dos mundos.

Al día siguiente, la tarde del sábado, volvieron a encontrarse. Monte se había quedado tan impactado con ella que quiso enseñarle la bolsita de cuero, con los tesoros que había rescatado de la Alhambra. Le contó la historia.

–Este soy yo –dijo Monte señalando la bolsa–. Pero aquí faltabas tú.

Uinsa sonrió. También ella quería mostrarle algo.

–No puede ser que no conocieras este sitio –dijo ella en la puerta del Hammán, en la falda del bosque de la Alhambra, tras cruzar un puente sobre el Darro–. Todos buscamos el alma –continuó–. Pero, para hallarla, primero tenemos que aprender a sentir de nuevo. Para eso te he traído aquí.

–¿No me acompañas?

–Es un sitio para estar solo.

Monte accedió al patio. En la recepción confirmó la cita que le había concertado Uinsa para las ocho y se sentó a esperar su turno en un banco de piedra, entre una fuente y un ciprés.

Oyó el surtidor.

El agua caía formando un arco y un sonido irregular.

*Una petición al otro mundo.*

*Que vengamos al mundo para respirar con él, no para escondernos en nuestros pulmones.*

19.45

Ramón Montenegro se sirvió un vaso de tinto hasta los bordes, abrió su cuaderno, escribió muy despacio:

Una carta para el otro mundo. Me voy muriendo. Detesto la muerte si la pienso desde el yo. Pero la muerte no es el contrario de la existencia, sino otro de sus fenómenos legítimos. Cuando no la aceptamos, nos escindimos de la realidad. Si quiero vivir quiero morir. El planeta necesita cada muerte, para cada vida.

El universo es un gran cerebro interconectado. Cada galaxia se ramifica como dendritas neuronales. Los soles de cada sistema son fogonazos de la misma red. Centrales nucleares de esa inteligencia. Somos átomos del sol. Todo es inteligente, cada fragmento animal, vegetal y mineral. Un átomo. Solo un átomo que, antes de marcharse, sabe a quién pertenece.

## Capítulo 2

20.07

–Sentaros en ese... lo que sea.

Señaló con la pistola los módulos del sofá. Los vio caminar. Ella hacía un ruidito con la boca, como si se estuviera desinflando o pidiera silencio. El profesor no hablaba. Parecía muy cansado, envejecido una década desde el momento en que el intruso había entrado en el apartamento.

Tuvo que repetir dos veces, la segunda muy despacio, el motivo por el que estaba allí.

El profesor levantó el brazo con parecida lentitud, como si quisiera pedir la palabra en clase –un niño–, y no se atreviera. Pero terminó por señalar una estantería que estaba justo enfrente del sofá. Junto a un espejo.

Diana siguió con la vista el lugar que señalaba su hermano y descubrió, en la pared, su propio rostro. Se sentía mal desde la noche pasada y aquellos rasgos suyos le resultaban ajenos. Observó el pelo negro enroscado al óvalo de la cabeza. Siendo suya, no le pertenecía plenamente. En parte, por culpa del dolor, que no cejaba. Percibía que un temblor interno se estaba apoderando de su cuerpo a pesar de que luchaba por controlarlo. Trató de concentrarse en el reflejo que le devolvía aquella pared. Sí, era ella, pero en el lugar de los ojos había dos huevos de niebla.

Entonces se acordó del sueño que había tenido aquella noche. Los Extraños se lanzaban sobre su cama, a pesar de que había subido el volumen de la radio. Se acercaban uno por uno, muy rápido, superando el muro que levantaba la voz del locutor. Los sentía acumulándose alrededor de su rostro y luego una multitud de dedos, los dedos de los Extraños, sobre los párpados.

Primero los palpaban, como tamborileando sobre ellos con las yemas, pero luego empezaban a apretar cada vez más fuerte, a pesar de que ella los cerraba con igual fuerza. Los Extraños iban hundiendo sus dedos en la carne. Como tenazas. Hasta que agarraban cada lado del globo ocular. No en los dos ojos a la vez. Primero el izquierdo. Tiraban. Tiraban. Después el derecho. Hasta arrancarle los dos.

Diana sintió la plenitud del temblor. Todavía no salía por su boca. Se tapó el rostro con las manos.

—¿Te suena mi cara, Robinjú? —dijo Bernardo—. ¿No te acuerdas seguro?

## 20.06

Monte, al desnudarse, contempló en el espejo los arañazos que surcaban la piel de sus brazos y de sus hombros. Se habían enrojecido aún más desde la mañana y en algunas zonas había brotado un filamento de sangre coagulada.

*Lava de amor. Carne de desfiladero.*

Sonrió.

*Tengo el cuerpo herido y el alma curada.*

Terminó de desnudarse. Se puso el bañador. Guardó la ropa en la taquilla.

En el Hammán, incluso el vestuario era acogedor. Madera con celosías, penumbra de candiles. Un perfume incitante tras la sala contigua.

Los clientes de aquellos baños pensarían que se había peleado con una fiera. Cuerpo a cuerpo. Sentía el mínimo latir de las heridas. Respiraba hondo, satisfecho, aún sin decidirse a salir hacia la sala cuya luz rojiza se deslizaba debajo de la puerta. Estaba cómodo en aquella zona de tránsito. La vida, el tiempo, se parecían más a esa zona que a ninguna otra. Tránsito. Un espacio que contiene el pasado y donde aún no ha sucedido el futuro. Tránsito. El fin de semana anterior había estado en la Casa de las Piedras de Río. Veía a los abuelos en cada rincón. Los había saludado en la capilla, ahora desangelada, con los bancos desordenados y cubiertos de polvo. Había subido hasta el dormitorio principal para mirarse en el espejo donde ellos se contemplaron y la abuela Alba se maquillaba suavemente, y a falta de poder

acariciar sus manos, se había asido a los adornos de cobre del cabecero de la cama, como a una barca. Tránsito. La navegación continuaba en las habitaciones abandonadas. Cortinas expectantes, armarios vacíos. El pasado respiraba en cada penumbra. Cualquiera podía habitar dentro de esa luz tenue. Vivo o muerto. Con naturalidad. También su padre. Lo había sentido en el porche, sentado en un silla, conversando con los demás bajo la parra rebosante, entre los jazmines que ya habían perdido sus flores. Hablaban de política como podían haber conversado sobre las nubes que se desplazaban en el cielo. Tránsito. Eran solo personas, además de su familia. Seguía aprendiendo a verlos así. A su madre, a Jorge, a sus hermanos. Sara, el abuelo Ramón. Personas que viven lo mejor que saben. Desde la infancia se había acostumbrado a considerarlos solo en función de sus relaciones familiares. Falso. Cada uno era el centro de su propia desazón. En tránsito hacia sí mismo. Así es como tendría que juzgar a sus amigos. La soledad cariñosa de Ancas. El besucón de El Rubiales, al que había pillado más de una vez en la cocina magreándose con Lurdes. La ironía de Lorenzo. Las ideas políticas de Antifaz, Guevara y Moro. Qué iban a pensar. Si eran hijos de Escarcha. Todos ellos irían descubriendo el ser interno y no tocado por la corriente de los demás. El ser que se agarraba a los restos de cada naufragio. También a Robin y a Diana querría verlos así. No condenarlos sino comprenderlos. Ver al desvalido que les ordenaba desde dentro, alguien mucho más poderoso que esos espíritus que, según Sara, intervienen en las decisiones humanas. Tránsito, sí. Entonces, poder abrazarlos. Una extraña pero poderosa idea: abrazarlos de nuevo, sin esperar nada. Pero, por mucho que intentara comprenderlos, Robin y Diana le habían manipulado, estaba claro. Qué manipulaban en sí mismos. Y qué había conseguido a cambio Monte. Esas eran cuestiones que considerar. Quizá debería volver a hablar con ellos. Lograr una conversación sincera. Si es que no se habían marchado ya de la ciudad, según los rumores que venían del Cannonball. Y Laura, cómo seguiría en su sacrificio. Un acto de amor y dolor. Una crucifixión por su madre. Él querría bajarla de la cruz. Todavía fantaseaba con hacerlo, a pesar de la aparición de Uinsa. ¿Y Bernardo? Qué tipo tan singular. ¿Una buena persona jodida desde la infancia? Y por eso capaz de llevar una vida

radicalmente delictiva. Había crecido en la ley de los malos barrios, cuando escapó de su pueblo con doce años. Eso era todo lo que Monte había conseguido saber. Y ahora Bernardo argumentaba que, para sobrevivir, uno tiene que fundar su propia ley. La del Gran Rai, mejor dicho. El problema era el daño que provocaba en otra gente. Bernardo había intentado corregirse en los últimos tiempos. Así se lo decía a Monte:

–Yo quiero ser santo como tú, compadre.

¿Santo como él? Y luego se reía. Ya no le pegaba a Laura. Ya no acuchillaba a nadie por celos. A saber. Tendría que hablar con él para decirle que se olvidara de la historia que le había contado en la boda. Aunque estaban tan borrachos los dos, cuando finalmente le dijo la dirección de Robin, que a lo mejor no quedaba ya nada en aquellas neuronas que fuera necesario borrar. Pero lo vio muy perturbado. Debía atreverse él mismo, ir a casa de Robin, si no se había marchado todavía, y pedirle los libros en persona. La noche de amor con Uinsa le había dado fuerzas para soportar esa idea y la escenita con Miguel durante el almuerzo, otra vez virulenta y dolorosa, como cada vez que venía con Juan a pasar el fin de semana. Tránsito. Tránsito de viaje. Pero también de transición, uno de los temas sobre el que seguían discutiendo Jorge y Juan. En realidad, era como si toda Escarcha estuviera hablando de ello en una conversación fragmentada e interrumpida y retomada en cualquier momento por diferentes interlocutores que iban aportando su versión a la polémica. Por ejemplo, Saba, hacía unas noches, le había dicho en el Cannonball:

–La transición es el triunfo de la burguesía contra el pueblo. El capitalismo nos va poniendo a todos el mismo uniforme de demócratas, cuando solo quiere de nosotros nuestro consumo. ¿Crees causalidad que los camareros llamen consumición a los vasitos de cerveza que pedimos en la barra? «Producto» fue la palabra de Marx. ¡Y consumición es la de nuestra época! –clamó levantando los brazos y exigiendo a la japonesa otra botella de Rives.

A lo que hoy mismo, en casa de Monte, durante el almuerzo al que Saba, desde luego, no había asistido, parecía que Juan estaba contestando:

–Más bien, una equiparación de las clases medias en derechos, en

libertades y en bienes. Lo mejor que ha tenido España desde los Reyes Católicos, a pesar de las costumbres caciquiles de los ayuntamientos, de los partidos políticos y del ejercicio del poder en general. El caciquismo tiene raíces medievales en esta tierra y harán falta unas cuantas generaciones educadas en la democracia para que vaya desapareciendo. Acabará cayendo, aunque, como dice el abuelo Ramón, seguiremos un tiempo dentro de la corriente del franquismo. Pero no minusvaloremos el poder de la gente, el cambio que se está produciendo en los valores y, por supuesto, en las leyes. Eso también es la transición, el esfuerzo que personas muy diferentes han hecho por convivir. Entre todos vamos a construir una sociedad más solidaria que la anterior, estoy seguro, aunque, para lograrlo, tendremos que reconocer nuestros defectos como país. Sobre todo, esa manía de tener razón, una razón que se pretende válida para todos pero defendiendo pasiones particulares.

Entonces Miguel había saltado:

–Vaya mierda de discurso, tío Juan. Tú que has luchado tanto. Pareces del partido del Gobierno. Esto hay que cargárselo para empezar desde cero. Y hablas como Felipe González o como tu hermano Jorge, el usurpador.

–Niño, no bebas más –exclamó Elvira agarrando el brazo de Jorge, que se había puesto blanco, para impedir que contestara.

Pero Miguel seguía desahogando su furia:

–Pero tú qué dices, madre, si ni siquiera te has acordado de que hoy es el cumpleaños de papá. Ninguno de vosotros se ha acordado. Tampoco tú, abuelo. Todos callan, pero yo brindo por ti, padre. Yo sí voy a celebrar tu cumpleaños. Te encenderé una vela que nadie pueda olvidar.

Miguel vació su copa mientras los demás lo observaban en silencio, salvo Lurdes, que acababa de abandonar la mesa, llorando.

Monte, en el vestuario del Hammán, sintió una punzada de culpa. Él también había olvidado el cumpleaños de su padre después de la noche con Uinsa. Y, cuando terminara el recorrido por aquellos baños, volvería a quedar con ella, no con Miguel. Tampoco había realizado ningún esfuerzo por hablar con su hermano pequeño cuando este se encerró en su cuarto después de comer. Menos mal que el abuelo Ramón sí lo había hecho. Eso a Monte le había hecho sentir alivio, pero también retrataba su egoísmo. *Tu peor defecto,*

se dijo, *el peor porque la mayoría de las veces no lo percibes*. Se estaba quedando dormido cuando oyó que su abuelo se marchaba. Al rato, poco antes de arreglarse para regresar con Uinsa, había oído que Miguel también se despedía.

Tránsitos, sí, inevitables, necesarios. Pero adónde.

Monte abrió la puerta y entró en un espacio de niebla cobriza.

## 20.09

Miguel cruzó el puente. El fulgor de cobre de las farolas temblaba sobre el culebrear del río que bajaba menguado de la Sierra. Subiendo por San Antón, se detuvo ante el escaparate de una librería. Aunque estaba cerrada, las atractivas portadas de los cómics acentuaban su invitación en la negrura. Él podría ser un superhéroe como Flash Gordon o como su propio padre, cuya leyenda sobre La Mano Negra le había contado Monte. Ninguno de ellos había titubeado para hacer justicia y él tampoco lo haría. Vio su reflejo en la sombra. Los rasgos, difuminados en la oscuridad, perfilaban una silueta angulosa en los pómulos y en la barbilla, y el destello diminuto de los ojos. *¿Estás ahí? Ese es el yo*. Ahí, en el reflejo, como si lo envolviera desde atrás, se acrecentaba la figura de su padre, que iba ocupando el escaparate por completo. Negaba con la cabeza.

–Seré digno de ti –dijo Miguel.

Y, siguiendo un repentino impulso, corrió calle arriba, esquivando a los peatones con cuidado de no golpearlos con la lata de gasolina, hasta detenerse de repente, recordando que se había jurado a sí mismo que caminaría tranquilo y sin llamar la atención. Pero la ansiedad había ido inundando su cuerpo desde la planta de los pies hasta la cabeza.

En la esquina con Recogidas, sacó el paquete de Pall Mall de la cazadora y se llevó un cigarrillo a la boca. Demostraría su capacidad de autodomínio fumando tranquilamente al caminar. Abrió el zippo con el rápido movimiento acostumbrado y aspiró el tabaco mientras volvía a guardar el mechero en el bolsillo. A la segunda calada, cuando iba a cruzar el paso de peatones, tuvo la mala suerte de que frenó ante él un coche de policía.

Se dijo: *No mires*, pero no pudo evitar hacerlo para comprobar si había llamado la atención del conductor. En efecto, se encontró clavados los ojos del agente, que estaba bajando la ventanilla para decirle, en un volumen que le avergonzaba ante el resto de peatones que cruzaba la calle en ese momento:

–¿Tú no eres muy chico para fumar?

–Perdón –dijo Miguel, dejando caer el cigarrillo, esforzándose en pisarlo con calma, casi con desafío, delante del coche.

Luego se escabulló hacia un callejón. Apretaba, hasta hacerse daño, el asa de la lata de gasolina.

## 20.07

Una carta para el otro lado del espejo.

Estimado Cancerbero: nos conoceremos muy pronto.

Aunque antes tengo que ver otra vez a mi nieto Miguel. Lo está pasando mal. Mañana he quedado con él para dar un paseo. Intentaré transmitirle esta mínima herencia:

Ver pero no tener.

No retener a nadie. Tampoco obcecarse en las ideas.

Conectar plenamente con todo lo que uno encuentra.

Luego verlo ir, dejarlo pasar a donde quiera. Legándole uno lo mejor de sí mismo. Eso es amor. Quien lo probó lo sabe.

## Capítulo 3

*20.14*

Pero uno recibe también cartas del otro mundo, a través de los sueños. Anoche soñé que una desconocida me enseñaba una carta de la baraja: la reina de estrellas. La reina de estrellas nos anunciaba la destrucción de la Tierra. Grandes volcanes estaban a punto de estallar simultáneamente. Todos íbamos a desaparecer. Al despertar, me asomé angustiado por la ventana. Pero Venus lucía en el lado del Este, sobre las colinas oscuras, antes del alba. La reina de las estrellas me advertía que estábamos perdiendo la oportunidad de seguir contemplando su luz en el horizonte, justo por estar pendientes de nuestras obsesiones individuales en lugar de perseguir un bien común.

*20.14*

Diana trató de obedecer, pero sus manos obedecían al temblor. Aquellas otras manos que conocía tan bien y que estaba atando a la espalda de su hermano, se estaban emborronando ante sus ojos. Diana sollozó y entonces sintió el empujón.

—Quita, ya termino yo. A quien se mueva le pego un tiro. Y tú calla, que vas a ser la primera.

Diana, en el suelo, no intentó levantarse. El control de su cuerpo lo habían tomado los Extraños. Aunque tenía los ojos abiertos o ella se esforzara por abrirlos, se estaban quedando sin luz. Abrió la boca. Todavía sin voz. La abrió más para pedir socorro. Entonces sintió la tela, justo allí, y de inmediato

el nudo sobre la nuca. Y, cuando trató de arrancársela, los brazos habían sido capturados por aquel hombre, que se los ataba a la espalda, también a ella, y, en lugar de dejarla tendida, la levantaba en volandas y la sentaba de nuevo en el sofá.

–Ahora a portarse bien. A ver, don payaso, dónde tienes el material importante. La gente como tú siempre lo tiene.

#### *20.14*

Monte avanzó bajo las bóvedas hasta llegar a la sala templada. Quería entrenar sus sentidos en sensaciones leves para ir avanzando poco a poco. Entre la luz rojiza de las velas, le sorprendió, sobre un banco, un tablero de ajedrez, con las fichas desplegadas en plena partida, aunque sin jugadores visibles. Las negras llevaban una ligera ventaja. Mirando el contraste de las casillas revivió la noche con Uinsa. Las sábanas donde los contrastes fundían sus límites. Hombre y mujer, sombra y luz, alma y cuerpo, ying y yang. Pero en el ajedrez esas formas contrarias se entrecruzaban con reglas definidas y gracias al ejercicio de la razón. También el bien y el mal. Vistas desde arriba, se convertían en dos energías complementarias sobre un campo de juego. Combatían por una sola causa: la necesidad de moverse. Si se hubieran quedado detenidas, contemplándose, a un lado y otro, ninguna ficha habría caído. Moverse a qué, adónde. Con qué sentido, se dijo Monte. Habría que renunciar al movimiento en lo posible, postergando todo aquello que no fuera quietud, hasta volver a comprender los motivos y las consecuencias de sus movimientos. No debería buscar más lo invisible hasta aprender de nuevo a ver lo visible. Vivir era aquel ahora de la sala templada. La partida en espera. O la partida en marcha, solo que en una dimensión más pausada del tiempo. Donde cualquiera podría jugarlo con un ritmo propio.

#### *20.13*

Miguel se moría de sed. Quería entrar en un bar. Pedir una cerveza o dos. Se desvió del camino para buscar una tienda de chucherías. Compró una

litrona.

–Para mi padre –dijo, aunque nadie le preguntara.

Cubrió la lata de gasolina con la bolsa que le habían dado y que no se había atrevido a pedir en la ferretería para que el dependiente no pensara que tenía algo que ocultar. Para que no le dijeran: «Si ya tienes un asa para qué quieres una bolsa». Era probable que en Granada le dijeran algo así. No lo había planeado. Pero ahora tenía la lata camuflada con plástico y, en la otra mano, una botella de cerveza Alhambra.

Caminó hasta la calle, muy poco transitada, que daba a un lateral del colegio. Buscó la acera opuesta, que limitaba con el muro de un solar. Se sentó detrás de la fila de coches aparcados. Entre un Citroën y un Seat, contempló el trenzado de hierro que formaban las rejas de aquel lugar que había sentido como su cárcel tantos años. Más allá del patio, al fondo, destacaban las ventanas iluminadas en el edificio de los Hermanos.

Miguel abrió la botella y bebió, bebió hasta que se le saltaron las lágrimas.

## 20.16

Monte bebió el vasito de té que le habían ofrecido y se sirvió otro de la pequeña fuente encajada en el muro. Qué delicadeza. En la sala templada, los mortales habían recibido el don de la inmortalidad. Bebían no el Leteo del olvido; sino el Té de la memoria, amargo por naturaleza y endulzado por los seres humanos. Con aquel calor en el estómago, entró en el estanque. En las esquinas, había velas encendidas a ras del agua. En aquel lugar todos los contrarios parecían compatibles. Caminó dentro del agua hasta una pared desocupada. Había poca gente, silenciosa.

Él también tendría que aprender a convivir con los contrarios de su interior. Aquellos que le habían hecho daño también le habían ayudado a crecer. Diana mucho más que Robin. Sí, quería reconciliarse con ellos. Ella le había guiado a tantas buenas lecturas. En ninguna se había equivocado. En eso le estaría agradecido siempre. Y le había enseñado la fragilidad que hace temblar el interior de todas las personas, incluidas las que uno admira.

Seguramente al íncubo le pasaba lo mismo, aunque pareciera de piedra, una estatua que no se inmuta ni encima ni debajo de las aguas. Calcula, caza, obtiene. Una impresión semejante –aunque mucho menos sutil y sofisticada– le habían dejado los pederastas que había conocido en sus paseos solitarios por los cañaverales, en la playa, en muchos veranos. Personas que solo estaban pendientes de su propio placer. Entre las cañas, le invitaban a quedarse mientras se masturbaban. O, de noche, entre las barcas, al verlo solitario, se le acercaban, se le sentaban al lado, tratando de rodearlo con el brazo. Para ellos parecía que la existencia consistía solo en aquella persecución. Una caza que se comprendía exclusivamente a sí misma. Una noche, tratando de librarse de ella, Monte había perdido la única, ansiada oportunidad de contacto visual con una dimensión paralela. Justo cuando estaba tratando de convencer a un viejo de que no tenía ningún interés en corresponderle, había visto entre las barcas de pescadores una figura extraña. Parecía una Virgen envuelta en una capa de forma cónica, con círculos concéntricos dibujados. Una figura alta, ajena al mundo, perfectamente natural. Pero, para cuando se quitó a aquel plasta de encima y quiso perseguirla, se había esfumado en la noche. Monte tenía sus propias predilecciones de caza. Caminaba entre los cañaverales con sus prismáticos buscando pájaros entre el verdor, o ranas en las charcas, pero se encontraba con aquellos señores tan persistentes y tan groseros, con la boca muy abierta, la mirada enardecida y revuelta hacia sí misma.

–Ven aquí y me la chupas.

–Debería darle vergüenza. Pobre hombre.

Monte hubiera querido darles un discurso en aquellos momentos y, dentro del agua del Hammán, fantaseaba con los argumentos que habría empleado. Porque no rechazaba en absoluto la atracción por el otro, fuera del mismo sexo o del contrario. Lo que detestaba era aquella necesidad de saciar el deseo tan mecánica y egoísta, desprovista de cualquier poesía. No hombres, sino animales del cañaveral. Robin era diferente, desde luego. Él, al menos, había tratado de sublimar su comportamiento de íncubo con aquel cuento del amor a la pureza adolescente. Aunque con un impulso tan egoísta como el de aquellas acémilas. Porque rompió unilateralmente los códigos de confianza y

afecto entre dos personas desiguales, solo para saciarse. Con intención plena por parte del adulto. Con la inocencia hecha añicos por parte del niño. Y una debilidad traumática, y aquel empujón al laberinto.

## 20.16

Para hacerle hablar, había tenido que sacar la navaja. Un corte en la cara fue suficiente. El profesor no soportaría la imagen de su propio rostro ensangrentado en el espejo de la pared. A la mujer le había vendado los ojos, además de amordazarla, para que no viera más de lo necesario.

Abrió el armario que le había indicado el profesor y, detrás de la hilera de vídeos con películas de Hollywood, encontró las cajas de zapatos.

Sacó las tres. Vacío primero la más pesada, abarrotada con cintas de vídeo numeradas del uno al catorce, sin ninguna indicación más. Descubrió la tapa de la segunda y, al ver su contenido, lo arrojó sobre el suelo, que se llenó de recortes de revistas y periódicos.

Era un puzle de noticias e imágenes. Muchachos rubios, espigados, en bañador, en la playa, algunas de ellas parecían fotogramas de películas de adolescentes, otras del *Hola*, hijos de famosos a los que un paparazzi había cazado en un yate o en la orilla. Jugaban, reían en piscinas o se estiraban para manotear un balón de vóley detenido en el instante que había capturado el fotógrafo. Los pedazos de periódico denunciaban abusos a menores, violaciones, escándalos. Un conjunto de recortes, atrapados por un clip, reunían las noticias acerca del caso de la niña Olga. Bernardo se había quedado impactado por su asesinato, del que se había hablado a menudo en la televisión. Y más cuando Monte le contó que esa chiquilla era su vecina.

Iba a abrir la tercera caja, pero sintió la necesidad de regresar a donde permanecía sentado el profesor, con la cabeza gacha.

–Mírame –dijo, y le pegó tal puñetazo en la nariz, que el profesor cayó de lado.

Cuando Bernardo desperdigó las fotografías por el suelo, reconoció enseguida a su amigo, y también a Ancas, entre otros rostros que le sonaban de aquella vez que los había llevado a aquel pueblucho donde el profesor

tenía una casa. Eran retratos de la pandilla, algunos recortados por los laterales. Los recortes estaban desperdigados entre las fotografías completas, muchos correspondían a Monte, aunque no en exclusiva, cabezas, cuerpos enteros. En las fotos aparecía Ancas normalmente en el centro, pero también había otras en las que se le veía semidesnudo y dormido. Había muchas fotografías de este tipo: muchachos con los ojos cerrados sobre una cama o sobre un sofá, *aquellos módulos de ahí atrás*, comprendió Bernardo, muchachos retratados de lado, boca arriba, boca abajo, con los calzoncillos levemente caídos, como si el fotógrafo mismo se hubiera encargado de deslizar la tela con cuidado, para que asomara la línea que divide las nalgas. Había primeros planos de los párpados y de las pestañas, también de los labios, entreabiertos por el sueño. Igual que en los recortes de las revistas, abundaban los retratos de grupo en bañador, en piscinas, ríos de montaña, o en el porche de la casa del pueblo. Los muchachos se hacían bromas, boxeaban, se tiraban al agua. Corrían por un pasillo, el de aquella misma casa, cubiertos solo con una toalla anudada a la cintura.

*Se lo pasan de puta madre mientras este tío los ametralla a fotos.*

Pero las imágenes que más perturbaron a Bernardo fueron aquellas en las que los miembros de aquel grupo de amigos, por separado, miraban a la cámara desde una cama semideshecha o sobre un saco de dormir, vestidos solo con una camiseta, o con el torso desnudo. Sonriendo.

Bernardo sostuvo una foto en la mano. Era Monte. Con una mirada extraña, ambigua.

*Con ojos de cordero degollado.*

*Pidiendo por favor que lo degüellen.*

Bernardo regresó hacia el sofá. La mujer se había acurrucado, y se había pegado al profesor, que también se había dejado caer sobre los cojines, manchándolos con la sangre que le manaba de la nariz y de la cara y que había salpicado los libros y discos que Bernardo había apilado junto a él.

Los guardó en una mochila.

Se acababa de poner el sol y, asomado a la ventana, Ramón Montenegro contempló las nubes que se iban acumulando contra el muro de la sierra. Espejeaban anaranjadas, formando rostros de demonios, tortugas, monos y dragones.

*Reflejan la imaginación del planeta.*

*Esta esfera agrietada, arbolada, desértica, inundada, que proyecta la vida desde su núcleo de fuego.*

*Este planeta donde habitan las almas.*

*Animula, vagula, blandula.*

*La que se daba a los juegos.*

*No hay ánimas por encima de las nubes.*

*Allá arriba flota el pérfido vacío que todo lo congela.*

*Las nubes son mi país.*

*Por cuya libertad maté a tantos hombres y por el que los fascistas nos mataron a nosotros.*

*Vencieron. Pero hoy el castigado Semprún puede ser ministro de España.*

*Perdimos. Pero hoy España se puede construir como quiera, desde Andalucía a Cataluña. Hablar, pensar, educar.*

*Mañana hablaré con Miguel de todo esto. No se puede condenar a los españoles o a los europeos por nacer en su historia sino por lo que construyen y destruyen con sus propias decisiones.*

*Las naciones son conceptos que no existen sin los seres humanos.*

*¿Qué haremos con este concepto?*

*Esto no lo dice el periódico. Lo que dice es que Alfonso Guerra critica a la oposición por su beligerancia para conquistar este poder que hemos inventado o aceptado. Lo que dice es que quedan 45 días para que Reagan deje de ser presidente de Estados Unidos. Un actor en representación del resto.*

*Todos actores.*

*Así lo dirías tú, añorado amigo, Juanmaría.*

*Mi país son las nubes.*

*¿Qué haremos con esta belleza que nos nutre y que se deshace?*

*Expiras. Y eres ella.*

*Inspiras. Y ella es uno. Uno mismo. Unidad.*

## Capítulo 4

20:21

Vio desaparecer al hombre tras la esquina.

Se desabrochó el cinturón. Pasó la cinta por el asa de la lata de gasolina y volvió a abrochar la hebilla. A pesar de la incomodidad, era la única forma que se le ocurría para saltar la valla. Se agarró con las dos manos a uno de los travesaños, a media altura, y logró encaramarse a él. Había elegido la zona más oscura y apartada del patio, en un momento en que la calle estaba desierta, pero debía darse prisa antes de que alguien volviera a aparecer. Se dejó caer, a pesar de descubrir, a caballo en lo más alto, que la distancia hasta el suelo era bastante mayor de lo que había previsto. Sintió que el tobillo derecho se le doblaba con el impacto y que el asa de la lata de gasolina saltaba por los aires, y el propio envase se estrellaba unos metros más allá, junto al edificio de estudios infantiles, causando un pequeño estruendo, enorme para la imaginación de Miguel, en los soportales de aquel edificio vacío, en los reflejos de las ventanas opacas.

Se vio un instante en el interior de aquellas aulas, rodeado de otros niños, recién vestido por su madre, con una indefinible pero confiada expectativa de entrar en la vida reglada por los adultos, y dio una primera zancada para huir hacia las sombras. Al pisar con el pie derecho, le dolió tanto, que decidió avanzar de rodillas hasta el costado de una escalinata.

El envase había caído en una zona iluminada por una de las farolas de la calle.

*No te has roto. ¿Me he roto el pie?*

Era un objeto desvalido, en espera de rescate. La lata tenía voz, una voz

hecha de un silencio que parecía a punto de estallar en la cabeza de Miguel. La lata preguntaba:

–*¿Tienen vigilante?*

–*Ni idea.*

Había intentado avistarlo mientras se bebía la litrona pero no descubrió a nadie en el oscuro patio de asfalto ni a lo largo de la valla.

Si los Hermanos le descubrieran a él, llamarían a su madre.

–*Lata, no digas nada, cierra los ojos, no respires.*

–*Mejor sería abandonar aquí.*

–*Ni lo sueñes. Hay que terminar lo que uno empieza. Cumplir con las decisiones que uno toma.*

*Señor, aparta de mí esta lata.*

Miguel sonrió y se decidió. Corrió cojeando, la recuperó y volvió a agazaparse detrás de los peldaños.

Acarició la lata de gasolina, abollada en el lugar donde se había dado el golpe.

*También yo estoy abollado, nada más que eso.*

En la zona de luz, apareció uno de los Hermanos.

Miguel lo reconoció. Le había dado clase de filosofía durante un curso. Se ponía colorado cada vez que se veía obligado a regañar a los alumnos, y tartamudeaba tratando de demostrar las tesis de Santo Tomás. Era grande como un toro, un toro domado por la religión. Y así lo apodaron. Miguel se había enfrentado a él en el último curso que había pasado en el colegio.

*Lacayo del Altísimo, parásito del Gordísimo,* volvió a recitar Miguel internamente.

Estas blasfemias, lanzadas en mitad de la clase, le habían valido una semana de expulsión.

El Toro encendió un cigarrillo. Miró hacia la zona iluminada entre la valla y el edificio de los niños, donde hasta hacía unos instantes había permanecido la lata de gasolina, como un cuerpo extraño aterrizado del cielo.

Miguel se abrazó a ella.

–*Del cielo hemos caído y me he quedado cojo.*

–*Ángeles apóstatas, diablos cojuelos.*

*–Lucíferes con el fuego todavía enlatado.*

*–Porque el alma vive en una prisión de lata.*

El Toro exhaló el humo del cigarro hacia el cielo, como si quisiera escudriñar las estrellas que trataban de atravesar el alumbrado de la ciudad.

*Pero no las verás, querido Toro, porque las capas de luz que hemos creado nos impiden contemplar la luz real. Por eso hay que convertir esas capas en ceniza.*

El grandullón se dio la vuelta. Se dirigió a la cancela de entrada. Metió una llave en la cerradura de la puerta peatonal. Salió a la calle.

Miguel se dio cuenta de la fuerza con la que abrazaba la lata y la dejó en el suelo.

*Tú eres mi madre hoy, porque de ti naceré de nuevo.*

*La que me dio la vida se ha perdido en el no hacer.*

*En el recibir.*

*Como recibió los aplausos en los conciertos hoy recibe a ese medio hombre en la cama.*

*Y mi hermano igual, a pesar de lo que le ha hecho este colegio.*

*Recibe, sonríe, aplaza.*

*Mi padre era la acción. Yo soy la acción.*

## 20.21

Era demasiado hermoso y solo podía suceder en aquella ciudad. Azulejos nazaríes. Arcos labrados sobre suaves columnas. Tragaluces en forma de estrella. El estanque de agua caliente. Granada otra vez, no Escarcha. O ya no importaban los nombres, ni siquiera el propio, las tres iniciales que comenzaban con M. Un sonido apenas el ser.

Entró en el agua, sumergió el cuerpo, salvo la cabeza. Ser era prestar atención con los cinco sentidos.

Las velas en las esquinas del estanque, en un contraste de fuego y agua que anulaba la culpa de la oscuridad frente a la luz.

El olor a ámbar de los incensarios.

El abrigo del estanque.

El hormigueo de la sangre.

Los músculos que se esponjaban con el calor.

El sabor a presente.

Solo el presente.

Aquello era el Hammán.

Los sueños sucedidos, los actos impulsados, la mala memoria, la desazón de ser nítidamente imperfecto, el abandono de todo lo que uno una vez creyó bueno, las durezas de la piel que significan soledad extrema y supervivencia en un laberinto sin límites, la vida recibida, inducida, apremiada, malguiada, la vida en las riendas de la propia mano, todo aquello se evaporaba hacia los techos abovedados, tras las celosías de las ventanas.

No había diferencia entre el cuerpo y el alma.

No se había secado del todo aquel órgano llamado corazón: volvía a llenarse de sangre.

Latía todo el ser y, por las venas, fluían las llamas violáceas del espíritu.

Monte era una esfera, imprecisa pero concreta, que flotaba en el estanque como una de las burbujas que nacían de la caída interminable del surtidor junto al que se había tumbado.

La noche con Uinsa había obrado en él como el azote que despierta el grito a los recién nacidos.

Había gritado de placer haciendo el amor con ella, olvidando la vergüenza de ser libre, y quien había gritado era alguien casi desconocido pero perenne, sepultado por años de confusión, abismado, capa tras capa, en la relación asustada con los otros.

Amar no era temer. Amar no era poseer lo que uno ansía ni miedo a la soledad. Era reconocer sin límites el ser de otro y también el de uno mismo. Era la concentración plena de la sensualidad y la sensibilidad y el conocimiento en otro ser al que uno se ha ofrecido por completo. Uinsa Seibra, Sombra Blanca, se lo había enseñado en una noche. Y ahora Monte entendía por qué lo había invitado a estar solo en el Hammán. Era el momento de dedicar aquella concentración absoluta de los sentidos al placer de estar vivo en un tiempo regalado, insustituible.

Cerró los ojos.

En el centro del yo, en el palacio de la rosa, en la habitación de la vela, en el corazón de la llama, en el núcleo bruno y silencioso de la llama: un diamante.

Monte podía funcionar gracias al giro de aquel diamante.

En sus caras pulidas por el fuego se reflejaba el rostro que Monte había visto tantas veces en los espejos. También el de su padre. *Felicidades, papá.* El del viejo Juanmaría. El de sus abuelos Daniel y Alba. Fulgores que no acababan de extinguirse. Y el rostro de los vivos. Desde Ancas a Robin, desde Laura a Diana, desde Sara a su madre, lo que habían dicho, lo que habían hecho, odio y amor, dolor y entrega, huella y herida. En las caras del diamante. Lorca, Rimbaud, Valle-Inclán, Baroja. El diamante reunía el mineral de todos los tiempos y de todos los espacios, como una central nuclear diminuta en la que se fundía y se regeneraba el hecho de vivir. El abuelo Ramón decía eso del sol. Una central nuclear alrededor de la que gira nuestro sistema. Gigantesca, arriba; diminuta, adentro; esencialmente, la misma.

Qué hacer entonces con esa fuerza. Qué mover a partir de aquel momento. A qué iba a dedicar su energía en la Tierra, mientras tuviera la oportunidad de hacerlo.

Cómo encontraría un sentido válido para sí mismo y que también lo fuera para el resto de las personas que se cruzaría en cuanto saliera del Hammán, un sentido digno de aquel diamante de valor incalculable que giraba en el centro del yo.

*El hijo es aposento de palabras.*

No había sido un pensamiento. Más bien, lo había escuchado dentro de la caverna del cráneo.

Tendría que recibir a los demás en aquella caverna.

Entregarles ciertas palabras, ya desveladas, cuando ellos entraran en el aposento.

20.21

Robin vio que el intruso dejaba de vigilarlos. Ya se había dado cuenta de

que hablaba para sí mismo, en un murmullo ininteligible pero constante, cuando estuvo revolviendo las fotografías de las cajas de zapatos. Y ahora que se había vuelto otra vez hacia él, y no para pegarle, sino para afirmar:

–El cuarto de baño está por ahí, ¿verdad, Robinjú? Ni se te ocurra acompañarme–, se había perdido por el pasillo, sin mirar atrás.

Tenía que hacerlo por Diana y por él, caminar hacia la puerta pisando despacio para que el intruso no corriera detrás y le disparara por ejemplo, cómo iba a abrir la puerta con las manos atadas a la espalda, con la barbilla quizá, o con los dientes, acaso le daría tiempo a avisar a cualquier vecino, pero dejaría a Diana a merced del intruso, ella, que no dejaba de temblar sobre el sofá, lloriqueando, aunque no podía saberlo con certeza porque estaba amordazada y con los ojos vendados.

–Hermana –susurró sobre su oreja, después de besarla en la mejilla–; hoy seré yo quien cuide de ti. –Lloró, volviéndola a besar y levantándose para caminar hacia la puerta de puntillas.

No venían sonidos desde el cuarto de baño donde aquel hombre estaba haciendo qué y por qué, si venía a por los libros y discos de Monte, estaba claro quién era el culpable, quizá todos ellos, ¿también Ancas?, ninguno hacía nada que no supiera el otro, se comportaban como una tribu, al menos desde que se habían atrevido a hablar entre ellos de aquellos actos de amor, mucho más tarde incluso de lo que él había previsto, era amor, les había dado todo, cada vez lo mejor de sí mismo, también las caricias, unas pocas, pues él habría deseado mucho más, una mínima recompensa y así le correspondían, con amenazas de jueces, y ahora aquella violencia, el robo innecesario, él le habría devuelto los discos a Monte si se los hubiera pedido, aunque prefería desde luego conservarlos, necesitaba mantener los objetos ya que no podía retener a los muchachos; como había predicho, al crecer se fueron alejando, *por eso, intruso, necesito las fotografías, por eso, intruso, no puedes venir a robarme los discos y los libros, porque será lo último que me quede.*

Había probado con la barbilla, sin éxito, clavándose en la carne aquel pestillo redondo tan fácil de abrir con la mano.

Abrió la boca y lo apretó con los dientes. Los labios se acoplaron sobre la superficie fría y esférica.

## 20.23

Bernardo se miró al espejo. Los ojos, enrojecidos por el hachís, actuaban como la alarma odiosa del despertador que tenían en la mesilla de noche de aquella casa nueva, desangelada, a la que se había mudado con Laura. La alarma, aquellas estrías sanguinolentas, la pupila dilatada, vacía, furiosa.

Sacó una bolsita de plástico del bolsillo, el carné de identidad de la cartera, machacó y trazó dos rayas de coca sobre la porcelana del lavabo.

Allí estaba todo muy limpio, muy ordenado, no como en aquellas habitaciones de la casa nueva, llenas de cajas a medio abrir, que vomitaban ropa. Laura era un desastre y él necesitaba pensar con claridad.

Enrolló la cara de aquel escritor bigotudo. Monte le hablaba de él cada vez que iba a pagar en un bar y había conseguido que también él, *Bernardo*, se aprendiera de memoria la frase que estaba impresa en el billete: «Y entre los muertos habrá siempre una lengua libre para decir que Zaragoza no se rinde».

–Cabronazo, lo que hago por ti –murmuró, antes de aspirar una primera línea de polvo por el orificio derecho. Se incorporó. Sorbió con la nariz hasta sentir cómo la masilla que se había formado en el interior de su frente se deslizaba garganta abajo. Suspiró de placer y de ansiedad. Se inclinó, introduciendo el canuto improvisado con el billete en el orificio izquierdo. Dijo–: Inspírame.

Y, después de inhalar, al levantar la cabeza, vio un rostro en el espejo, el suyo, *soy Bernardo*, pero superpuesto sobre él, o como si viniera de dentro, el rostro de su padre, tal como lo dejó años atrás, suplicante, desconcertado, con una línea roja que se le abría desde la frente a la mejilla, después tarascarle con el cuchillo jamonero que un niño, *Bernardo*, había escondido debajo de la almohada cuando decidió defenderse, el rostro que pronunció su nombre, mientras escapaba de aquella habitación y de aquella casa para siempre. Se esforzó en ver su propio rostro, *he dicho que soy Bernardo*, los rasgos agotados por el embarazo problemático de Laura, por la llantina de su madre, aunque el Gran Rai la tratara mucho mejor desde la boda, los rasgos hastiados de aguantar a aquellos distribuidores torpes, vagos y débiles, los rasgos deprimidos y hasta los cojones de aquel colombiano inútil y bocazas

que solo contaba batallitas en lugar de poner orden en la Macarena, los rasgos abatidos, *soy Bernardo y no mi padre*, que ahora surgían en el espejo: la cara acuchillada de su padre que él había visto tantas veces en las iglesias de Sevilla y en las procesiones, y ante la que había rezado para pedir perdón, *enséñame a perdonarte, padre*, ojos suplicantes de dolor, bocas entreabiertas, sangre en la frente y en las mejillas, *Cristo del Cachorro, Cristo del Buen fin, Dulce Señor de la Sangre, Señor del Gran Poder y Señor de la Sentencia, y sobre todo tú, Cristo de las Tres Caídas, custodio de mi Esperanza. El Diablo se me disfraza de Cristo.*

Y se sobresaltó al oír el inconfundible ruido metálico de un pestillo.

20.21

Ramón Montenegro encendió el reproductor y vio girar el disco de Tartini. Le dijo:

–Mientras haya música no hay muerte.

## Capítulo 5

20.28

Exploró su náusea. Compatible con la felicidad que le proporcionaba aquel concierto de trompeta de Tartini. Seguramente era el hígado. Bebía demasiado, una costumbre que había heredado de su padre y este del legendario Juan Manuel, todos grandes guerreros, todos grandes borrachos. También él, Ramón Montenegro, héroe de la Nueve, liberador de París, bebedor descomunal. Por beber a destiempo, había sido incapaz de salvar al padre de Magdalena en aquel lejano tiroteo, y así la había perdido a ella, quien prefirió desde entonces a Juanmaría.

Era una época tan lejana que parecía no haber existido. Pero aquel concierto, ya en su último movimiento, le recordaba que el ser humano era capaz de entregar al mundo, para siempre, la música que brotó en una hora desaparecida.

Debería ir a despedirse de Magdalena. Siempre tan orgullosa. Prefería permanecer en Garrucha, sola, en lugar de venir a Granada a pasar temporadas con su hijo Jorge. No le había perdonado que la abandonara por Elvira. Y ni siquiera se acercaba los fines de semana en que Juan traía a Miguel. No, ellos, si querían verla, tenían que hacer el viaje exprofeso. Después de la muerte de Juanmaría, Magdalena necesitaba seguir siendo un centro para alguien.

Lo serías para mí. Quizá aleje algún año más la muerte si te ofrezco mi casa. Si te digo que vuelvo a escribirte una carta después de cuarenta años para explicarte que nunca dejé de estar enamorado de ti.

Sobre el círculo de vino que la copa había dejado en la página donde estaba escribiendo, imaginó ver el rostro de la difunta Raquel. Y volvió a oír su voz dentro del pensamiento:

*–Deja en paz a Magdalena. Tu mujer sigo siendo yo.*

Tal cual se lo había dicho décadas atrás, cuando vivían en Francia.

*Aquel tiempo de tu vida.*

Y ahora, con una frecuencia anormal en los últimos días, Raquel se le aparecía en los sueños, con la misma sonrisa maliciosa y los grandes ojos del color del ámbar que iluminaron su juventud.

También ella estaba viva, como la música de Tartini.

Raquel, tú sabes mejor que nadie que no es posible dejar de amar lo que uno ha amado alguna vez sinceramente, sobre todo si renunciamos a poseerlo. Yo una vez renuncié a Magdalena, y tú renunciaste a mí muriendo antes de tiempo.

Ramón dejó de escribir y se sirvió un poco más de vino. Sintió cómo el líquido consolaba su garganta. La voz de una náusea volvía a protestar.

20.28

Al pisar con el pie derecho, el dolor estallaba en el tobillo y subía por la pierna en un latigazo de cristales. Así, despacio, agazapándose en la penumbra, Miguel llegó hasta el lateral del patio de asfalto, y se refugió, para descansar, tras una de las porterías de fútbol, al pie de la grada protectora.

No como en su infancia, la portería tenía red, una red para atrapar balones y vidas. Miguel no pudo detener las lágrimas que acudían con los recuerdos de aquel campo de fútbol donde había disfrutado tanto parando los balones con los que sus compañeros trataban de acribillarle. Para ser buen portero, seguía las enseñanzas de su padre. *No mires el pie, mira solo la pelota.* Veía su cabeza, traviesa, en el porche de Alfacar, amagando con un disparo que se producía finalmente en otra dirección.

No tenía más remedio que incendiar aquella red, porque la había tejido

una araña. La araña que les había atrapado en una vida orquestada para que fueran cómplices del abuso de poder y de riqueza, para que aprendieran los códigos de la clase pudiente y su hipócrita moral, y así seguir sometiendo a los excluidos. La red que la araña tejía con enorme facilidad, generación tras generación. Una red despiadada, que se ignoraba a sí misma. Ocultando los delitos propios pero deplorando los ajenos. Lo que habían hecho con Monte era imperdonable, *y si ni tú ni mamá os atrevéis a destrozar la araña, yo lo haré en vuestro lugar.*

Él se iba a ganar el derecho a ser el hermano mayor; Monte lo había perdido por cobardía.

Dentro de la piel de Monte, no había carne; aire sí, plástico a lo sumo. Pero él, su hermano pequeño, le devolvería el derecho a tener sangre, a caminar con dignidad por aquella ciudad y por el resto del mundo.

Todo sería mucho más fácil si no se hubiera dañado el tobillo. Para empezar, quizá no tendría tiempo de huir. O lo descubrirían arrastrándose por el patio. No podría volver a trepar la valla, eso era seguro. Había tenido unos sueños terribles la pasada noche, cuyos avisos había ignorado. Caminaba por la orilla de un río, con su madre de la mano. De pronto, ella caía al suelo, torciéndose el tobillo, justo lo que le había pasado a él horas después. Pero ella había tenido la suerte de que su hijo la llevara en brazos. Pesaba mucho, había comenzado a llover, y se esperaba la crecida del río.

Llegaban, penosamente, a la Casa de Alfacar, donde se acostaban en la única cama vestida con sábanas y mantas. Miguel había recostado la cabeza en el pecho de Elvira, y así se había quedado dormido. Al despertar, su madre señaló debajo de la cama. En el suelo, había una lápida con un nombre: Manuel Montenegro. Desde las grietas de la tumba, escapaban serpientes que Miguel, para proteger a su madre, iba decapitando con unas tijeras de podar.

Miguel miró hacia el muro vegetal que separaba el campo de asfalto del edificio donde vivían los Hermanos. Debía salvar veinte metros y ya podría realizar su labor. Sería más fácil que combatir un ejército inagotable de serpientes. Avanzó con el pie izquierdo, y al tirar del derecho se dio cuenta de que se había enganchado en la red de la portería.

20.29

La falta de visión era una cueva donde los sonidos se amplificaban pero también se confundían. Un grito parecía un gemido; un gemido, el gruñido de una rata. Los Extraños se habían apoderado de ella. Habitaban su estómago. Un trapo negro deslizado por su esófago desde la boca amordazada. Diana había sabido reconocer el ruido del pestillo. La carrera del Extraño. La puerta, otra vez cerrada.

El silencio.

Las respiraciones agitadas.

Los golpes, los golpes, mientras el Extraño maldecía con acento sevillano.

Inconfundible.

Los lamentos de su hermano. O habían sido las ratas que iban ocupando la casa.

Y también el reproductor de vídeo.

Había distinguido el estruendo del aparato al engullir una de las cintas. Luego, al encenderse el televisor, la radiación de un zumbido agudo y casi inaudible. Y, enseguida, lo que debía ser la película: más gemidos.

O quejas.

O lloriqueos.

O gañidos.

Mescolanza de suaves animales.

Y la voz aterrorizada de su hermano, ¿en el vídeo?, no allí, a unos pasos, gritando:

—¡No los conozco!

Mientras volvían a oírse los golpes, y las maldiciones del Extraño. Que acababa de pasar por delante del sofá, murmurando:

—Inspírame, padre.

En dirección a la cocina.

Diana había identificado el lugar exacto por el ruido de los cajones al abrirse y cerrarse y el entrechocar de los cubiertos.

Otro silencio.

Y entonces el sonido suave y obsesivo de un cuchillo que se desliza sobre

un afilador.

Ella lo había utilizado en aquella cocina muchas veces. En Navidad. La celebraban solos. Los dos hermanos. Ella se cuidaba de encender las velas. De cortar el jamón bebiendo cava mientras Roberto tocaba el piano. Un villancico. En tempo lento, casi como una balada. El mismo que les cantaba su madre.

Como una cuchara en una botella de anís.

Así el ritmo de aquel cuchillo sobre el afilador.

Sin urgencia, sin límite.

Un mar de olas diminutas y veloces que rompen en la orilla.

Allí, en la cueva sin luz.

Más ciega, más desolada aún que aquella cita del *Largo adiós* que a Monte le había gustado tanto. Diana se la había recitado una tarde en la cama, un siglo atrás, cuando él la abrazaba y la seguía besando, pausado, con una ternura inmensa, después de haber intentado hacerle el amor sin éxito. Y ella, antes de permitir que los Extraños se abalanzaran desde las sombras del dormitorio, le había dicho al oído, reteniendo su cabeza con las dos manos:

Le diré que no se acerque a mi mujer, Marlowe. Ya sé que la anda buscando. Todos lo hacen. Le gustaría acostarse con ella. Quisiera acostarse con ella. Todos lo desean. Quisiera compartir sus sueños y aspirar la fragancia de sus recuerdos. Quizá yo también lo quisiera. Pero no hay nada que compartir, amigo... Nada, nada, nada. Uno está solo en la oscuridad.

20.29

Al zambullirse en la piscina fría, Monte sintió que despertaba. El contraste de temperatura era tan fuerte, al meter solo los pies, que una inmediata cobardía le había rogado desistir de hundirse en aquel estanque. Pero, sin escucharla, se había dejado caer de espaldas hasta quedar sentado en el fondo, con todo el cuerpo cubierto por aquel líquido amniótico, helado, donde la vida se inyectaba en cada milímetro de carne, y del que emergió sintiendo que tenía otra oportunidad.

Cada instante era una puerta.

Una oportunidad para ser más fiel a sí mismo que condicionado por los demás.

Una oportunidad para desprenderse, como de una piel de serpiente, de las prisiones que había interiorizado y después ejercido sobre él y sobre los otros.

Se percató de que no recordaba cuándo fue la última vez que sonó el piano en su casa.

El frío había despertado también el recuerdo del silencio.

Ni siquiera Lurdes lo tocaba hace años.

Pero peor hizo su madre. Había ido renunciando a él después de abandonar otra vez los conciertos.

Alguna vez lo habían hablado en casa. En los gestos que hacía ella, frunciendo el entrecejo y sacudiendo las manos como si estuvieran mojadas de música y las micronotas salpicaran el aire, había preocupación y cansancio.

—Suficientes problemas tenemos. Hay que centrarse en ellos —dijo ante la tapa cerrada del piano, que parecía guardar todos los sucesos de la familia. Un mueble dormido, una máquina del tiempo capaz de resucitar las ideas musicales de Bach y de Chopin, como aseguraba el abuelo Ramón. Pero también un teclado de nuevos instantes.

*Una nota, un segundo sutil o forte o apasionado, una transparencia donde los últimos armónicos se resisten a morir.*

Tenía que convencer a su madre de que volviera a tocar su polonesa favorita.

Ella debía volver a ser quien de verdad era, todos compartían esa misma obligación.

La vida les esperaba en aquel suceder de teclas blancas y negras, que no se oponían nunca: se complementaban. Los dedos las recorrían, pulsaban un camino orgánico. El pasado de la partitura y el presente de la interpretación se fundían en un solo tiempo. Eso era vivir. Eso era él, en aquel Hammán, al borde del estanque frío, con la piel erizada. La unión simultánea de todos sus años. Y era hermoso incluso contener tantas notas disonantes en apariencia, tantas teclas negras pulsadas por sí mismo y por los otros, necesarias, sin

embargo, para realizar la música que es uno, la música que uno aporta a la partitura del mundo. De los dedos de Robin también había aprendido. Había besado, con detenimiento, las yemas de los dedos de Diana. Había metido los dedos entre las piernas de Uinsa buscando agarrarle el alma.

Porque, como en las teclas del piano, se estaba percatando de la imposibilidad de amar a alguien sin atender cada plano de su ser. Teclas blancas, teclas negras. Salas del Hammán: templada, caliente y fría. Amar cuerpo, emociones, pensamiento, sueños, y aquel diamante que, al girar en el interior del yo, dotaba de energía y de conciencia a una constitución de autómatas. ¿Qué había amado realmente en Laura? Su cuerpo y su tristeza. ¿Y en Diana? Ni siquiera el cuerpo. Su conocimiento y su miedo. Así podría ir descifrando los encuentros con todas las personas de su vida y lo que había reflejado y descubierto en ellas. Qué planos compartían, cuáles necesitaban, cuáles se ocultaban, por qué se dañaban o se favorecían. Qué partes de sí mismo iba a poner en acción en el escenario donde se cruzan las vidas humanas. ¿Una carcasa interesada solo en sus propias tripas? ¿Una ficción, la que proyecta cualquier identidad, que, sin embargo, busca un sentido que compartir con los otros? Al menos en casa, tendría que conseguir el regreso de la música del piano dormido. Todos tenían el derecho a tocarlo. También Jorge. Los vivos y los muertos: teclas negras y blancas, y golpes en el bastidor, en la caja de resonancia. Ni la luz podía desplazar a la sombra indefinidamente ni la sombra a la luz. Por fin agradecía haber perdido aquella otra visión de su infancia, la que Sara mantenía, y que a él le habían extirpado en un quirófano junto a la horrible verruga de su frente. Había nacido en la Tierra para comprenderla plenamente. Un árbol. Un piano. La mirada y la voz de su madre. Cada criatura y forma que su destino le ofreciera. Comprender, desvelar, amar en lo posible. Concentrar en el presente todos los pasados y la conciencia creadora del futuro. Concentrar en el cuerpo todas las dimensiones del ser.

Volvió a dejarse caer en el agua fría.

Se sumergió. Aguantó la respiración.

*Plumas de cristal se hunden en el lago.*

Vio Escarcha, sus torres y colinas, la Sierra desde la que descendían los

ríos y el barro donde la ciudad se había modelado a sí misma, con las decisiones y omisiones de cada uno de sus gobernantes y habitantes. La misma ciudad que le había quitado el alma, le ayudaba a salvarla gracias a su belleza.

*Usted está loco, usted pretende disfrazarse de dado, y, tirándose del último piso, demostrar que caerá con la cara ganadora.*

*Estaré loco pero convencido de lo que me dijo mi abuelo: el milagro es el mundo.*

20.30

No había otro misterio porque ya estaba revelado, aguardando a que supiéramos verlo.

La cuadratura del círculo: saber que es redondo un planeta que parece plano.

Nuestro destino sucede desde la ignorancia hacia la conciencia de lo que ya existe.

Por eso, aunque vamos a morir, hay que darse tiempo.

Tareas urgentes:

Miguel.

Viajar a Garrucha.

Pedir la bendición a mi difunta esposa.

Pedirle a Magdalena que se case conmigo.

## Capítulo 6

20.33

La noche derramaba una radiación otoñal sobre el patio del colegio. Miguel no conseguía desenganchar el zapato de la red de la portería. Lo que hubiera sido extremadamente sencillo sin dolor, se convertía en una tortura con la torcedura de ese tobillo.

Oyó el sonido de la puerta, en el edificio de los Hermanos. Si salía alguien en la dirección del patio, era muy probable que lo descubriera atrapado en aquella tela de araña.

En un principio había descartado hacerlo, porque quedaría más desprotegido aún, pero se decidió por agacharse sobre el zapato enganchado, desabrocharlo y abandonarlo en la portería, como un balón de fútbol improvisado, el mismo con el que jugó con su hermano Monte en el pasillo de su casa, en la infancia más perdida, en la risa sin dolor, y cojeó lo más rápido que pudo hacia el seto gigantesco.

Se dejó caer junto a los delgados e incontables troncos que se entrelazaban ascendiendo en un ramaje impenetrable. Oyó los pasos. Se pegó aún más, tumbado de lado, y con el rostro hacia las plantas, haciéndose invisible a fuerza de morder sus tallos.

Los pasos se detuvieron muy cerca de él.

Miguel abrazó la lata de gasolina.

*La oculto porque es lo último que me queda.*

*La aprieto porque si me pillan diré que es mi peluche.*

*Diré que es mi amor, mi único amor.*

Sentía o imaginaba la respiración del hombre a sus espaldas.

Tenía una oportunidad. Abrir la lata. Vaciarla, en la misma postura que estaba. Aprovechar aquellos segundos donde nada parecía ocurrir.

*Salvo yo mismo.*

*Salvo este latido ensordecedor.*

Querría taparse los oídos, pero entonces el movimiento de sus brazos acabaría por delatarle. Querría vaciar la lata, sacar el zippo velozmente. Arder allí también.

*La única salida para hacer lo que he venido a.*

*La única salida para ser es no ser.*

Tanteó el tapón de la lata. En aquella postura era imposible abrirlo. Tendría que incorporarse.

*Entonces me agarrarán por detrás.*

Los pasos volvieron a sonar.

Se alejaron de él.

Enmudecieron.

*¿Se han detenido? No, se han perdido, se ha marchado, pasos suaves que dejan de sonar proporcionalmente a la distancia, por eso no los oyes.*

Miguel se retiró unos milímetros de la base del seto. Aguardó.

Reptó unos centímetros hacia atrás.

Volvió a esperar.

*No vuelvas la cabeza.*

Liberó la lata de su abrazo, la dejó en el suelo, consiguió ponerse de rodillas.

*No mires atrás. No seas la mujer de Lot.*

Ahora abrió fácilmente la lata. Se acuclilló. La fue derramando al pie del seto, desplazándose lateralmente, hacia la izquierda, el único lugar en el que podía hacerlo, hacia la casa de los Hermanos, arrastrando el pie descalzo.

Volvió a oír los pasos.

Dejó caer la lata. Volvió a arrodillarse. Las manos le temblaban. Sacó el zippo con los tres movimientos acostumbrados. Pero, con el temblor, el zippo no se encendió.

Giró la rueda otra vez. La llama apareció.

Una llama enorme, magnética, especialmente luminosa.

Una llama dentro de otra luz.

—¡Eh!

La luz de una linterna que lo envolvía desde atrás.

*No me convertirás en sal.*

## 20.35

*Como la sal en una olla hirviendo, así te vas a deshacer*, se dijo Monte, dentro del baño turco, una vez que se había sentado en el bosque de vapor, delante de la fuente que reproducía la de los leones de la Alhambra, en miniatura, de cuyo centro manaba la niebla de eucalipto. Otros cuerpos se adivinaban sobre los bancos en aquella bruma de agua y de sudor. Los cuerpos se evaporaban, su sustancia, normalmente aferrada a la carne, flotaba en el aire denso, se respiraban los unos a los otros, y si movían un brazo, o las piernas, para recogerlas o tumbarse de lado, los gestos, ralentizándose, parecían sumergidos en aguas nubosas. Cualquier acción, cualquier ansia, se veía obligada a descansar.

*Es el pasado lo que suda el cuerpo*, pensó Monte echándose en un rincón. *Somos agua, no el 65% habitual. Somos de agua, de agua y sueño.*

Se fijó en el pequeño sumidero que había junto a la fuente, por donde iba resbalando la suma de los vapores mezclados y condensados. *Mi identidad se diluye para empezar de nuevo. Ser carne y aire, experiencia y vacío, instante y ayer, ilusión y voluntad.* Dentro de la niebla del cuerpo, como un faro en las noches del norte, el diamante giraba y entregaba su luz. *Un giro para entregar y otro para absorber. Un giro para alumbrar y otro para aprender.*

También Escarcha se deshacía en el Hammán. Las torres se ablandaban con el vapor, como el cartón, y eran arrastradas hacia el sumidero. Las plazas se combaban hasta doblarse sobre sí mismas. Los habitantes de la ciudad iban saltando al mar abierto en las grietas del suelo, cuyos desfiladeros repentinos se iban distanciando. En su interior, en el agua inmensa, se volcaban los edificios de la vega y los muros de las colinas, insignificantes como piezas de mecano. Todo sucedía sin dolor. Los vecinos de los barrios, mezclados en el agua, nadaban relajados bajo la Sierra Nevada, transparentes unos para otros,

igualados en el mismo elemento, *podía haber sido igual sobre la tierra*, desposeídos de todo lo que no fuera vivir, desposeídos incluso del secreto.

*Fue entonces cuando hallaron en el mar la cabeza parlante*, creyó pensar Monte, porque otra vez había sido una voz independiente dentro de su pensamiento. La cabeza cortada seguía insistiendo en su canto para que lo oyera toda la antigua ciudad, y sus habitantes se la iban pasando dentro del agua como niños con un balón de plástico. *No es Lorca, es Orfeo*, también la identidad del poeta se había disuelto en el origen, y las estatuas de Apolo y del Íncubo caían rotas sobre el agua. *Lo que debe ser perfecto según alguien y lo que resulta imperfecto para alguien: todo se desmorona y el agua salpica brevemente.*

En la orilla vio a sus amigos acampados, cerca de un pueblo desierto. Cantaban una canción. Haddock cantaba muy fuerte. Robin se tapaba los oídos y los campos de labranza se iban anegando.

Luego se sentaron en el borde de un estanque. Estaban desnudos en la noche. Les acompañaban Gelen, Susana, Marta y Lurdes, también desnudas bajo las estrellas pero, a la vez, sobre ellas porque, reflejadas, bailoteaban en la superficie del agua.

Monte se sumergió en el abismo para buscar el tesoro de su infancia. Como necesitaba gafas de bucear, se sacaba el diamante del pecho y se lo ponía sobre el rostro. Hasta que oyó la voz de una niña:

–Buscas lo que tienes en la cara.

Era la voz de Olga, la asesinada. Monte trató de abrazarla y llegó a ver sus brillantes ojos de carbón mientras ella se escabullía detrás de una cortina. Al descorrerla, Olga se había convertido en Casildina, la hija de la Alemana que Monte había estado a punto de besar. Él se arrodilló para pedirle perdón, pero, al ponerse a la altura de su rostro, cuajado dentro de cabellos tan dorados como los de Uinsa, la niña levantó un pequeño espejo hasta la altura de su cabeza. Monte vio su propio rostro, tal como fue al final de su infancia, y comprendió que él y las dos niñas eran versiones del mismo ser. Luego las manitas de la triple criatura se aferraron a su cuello y comenzaron a estrangularle. Y, al hacerlo, el espejo que había sostenido hasta ese instante, con el rostro ya grabado en él como en un lienzo, cayó al suelo y se rompió

en añicos irrecuperables.

La identidad se resquebrajaba en el baño turco. El dolor, las armaduras de la soledad, la nobleza deshilachada, los abusos recibidos e infligidos, la confianza extenuada, el cuerpo erizado de traiciones y deseos propios y ajenos, las pautas acogidas, el deber ser de los otros y también los autoimpuestos, todo lo que estaba pegado a su historia y a su nombre, Manuel Montenegro Moncada, se convertía nada más en un sonido. M de murmullo. M como un canto. M como viento entre las hojas que las hace vibrar y desaparece.

El sonido nacía desde el centro del diamante. Al girar, emitía las notas, y cada cara pulida y musical correspondía a una magnética fuerza sin nombre, hacedora desde el origen misterioso pero constante, inevitable, inconfundible como el sabor de la existencia y su falta de sabor cuando la existencia se borra. Giraba. Allí estaba ese Dios que tanto había buscado. Porque, aunque la historia de aquel muchacho se descascarillaba como los muros encalados y secos, dejaba a la vista los sillares que le daban consistencia. El amor de los muertos y también el de los vivos. Los huesos de su padre. La carne de su madre. Las vértebras de su hermano y de su hermana, esencialmente las mismas e intercambiables con las suyas. Vio cada ser con el que había intercambiado un lingote de aquel oro que los humanos han llamado con tantos nombres en el mundo, una vez que abandonaron la torre de Babel. Entre la multitud de rostros, se perfilaron, nítidos, los de sus amigos, con los que les unía algo más fuerte que el destino de cada cual: una lealtad sin condiciones.

Los abrazó en su mente uno por uno. Ancas. Antifaz. El Rubiales. Guevara. Moro. Lorenzo. También a Haddock.

Abrazó a cada miembro de su familia, también a los difuntos. No había ninguna diferencia dentro del diamante. Por eso abrazó con especial fuerza a los que tanto echaba de menos: Juanmaría, y sus abuelos Alba y Daniel, a quienes dio las gracias.

Dio las gracias a su padre Manuel, abrazándolo. Dio las gracias a su madre Elvira, cuya música sonaría ya siempre dentro de él. Dio las gracias a Miguel y a Lurdes. A Jorge y a Juan. Dio las gracias a Sara. Y a Lucas el

panadero. Dio las gracias al abuelo Ramón. Dio las gracias a la japonesa y al holandés del Cannonball.

Y abrazó a cada persona que se había cruzado en su camino. Todas, como él mismo, se habían extraviado alguna vez. Y los que estaban más perdidos, necesitarían más luz; como él, desde dentro del diamante, la estaba recibiendo en ese momento.

Santi. Palma. Los hermanos Marcos y Dostoyevski. Saba. Cantos-Torre. Eloísa. Tonsura y el padre Alonso. Mariano, el tío Antonio y Moisés. Los abrazó. Y a Casilda. Y a su hija, aún más que a la madre. Y a Olga, ahora sí, mucho tiempo. No todos los nombres, pero sí todas las energías, que, como la suya propia, provenían de la misma fuente.

Isabel. Rebeca. Laura.

Abrazó muy fuerte a Laura. Y a doña Emilia. Abrazó a Bernardo.

Abrazó a Uinsa.

Vio nítidamente a Robin. Vio a Diana. Y, por fin, se decidió a abrazarlos.

Vio las heridas que había recibido de ellos y también de los demás, y de sí mismo, de su propio error, de su propio errar. Pues si algo les unía a todos era esa condición de vagabundos, que acertaban y se equivocaban dentro de un desasosiego. Unos se iban convirtiendo en aire y calidez; otros en roca monstruosa, invadida de parásitos. A veces, como le había pasado a él mismo, uno pasaba gradualmente de un estado a otro, según cultivara el egoísmo o la virtud. Por eso, sintió que debía amarlas también, a las heridas, porque todas le habían enseñado rasgos desconocidos de su existencia. Porque ellas le habían hecho volver la vista, no hacia fuera, donde tanto había buscado, sino al lugar donde habitaba el diamante, ese resplandor que Dios había puesto en el núcleo de cada ser, para que fuera origen del movimiento, y casa de regreso, tan cercana e ignorada. Así se reconciliaba también con las heridas. Porque los demás también las tenían, y porque él también las había causado.

Abrazó a Escarcha.

Solo tenía que soplar sobre las brasas para que la llama creciera.

Mientras caían las paredes de la ciudad.

Mientras caían las paredes de su ser.

Dentro de la pantalla de los ojos cerrados, descubrió a su abuela Raquel, la que nunca había conocido salvo en fotografías. Volvió a tomar conciencia de que permanecía en el baño turco, porque el cuerpo comenzaba a reventarle de sudor, y el corazón le latía más rápido y más fuerte, como si tuviera una rana dentro de la piel, una rana que croaba y se debatía nerviosa y a punto de saltar. Pegó una mano en el pecho y después otra, para contenerla. Supo que debía escapar de aquel lugar, pero, cuando iba a hacerlo, prestó atención a lo que su abuela le estaba diciendo:

–Me voy a llevar a tu abuelo Ramón de paseo por el río. No lo verás en mucho tiempo. No nos alejaremos definitivamente de ti. Y si hasta ahora has vivido los sueños de los demás, a partir de ahora vivirás tus propias imaginaciones, las que nacerán de no ser quien tú pensabas. Eres el diamante. Si eres consciente de esto, ya no volverás a perderte en la invención de ti mismo. Has venido a unir, no a separar.

M se incorporó mareado, atravesó la niebla, empujó la puerta del baño turco.

20.38

Ramón sostuvo la botella en la mano y leyó las palabras de la etiqueta: Tempranillo, crianza, Ribera del Duero. Cerró los ojos y vio el río que había cruzado cuarenta años atrás, en busca de la mujer de Juanmaría, como si hubiera ocurrido en la vida de otro. Ramón se había aseado sobre una piedra del Duero, antes de adentrarse en la ciudad para buscar medicinas para su amigo, quien no podía caminar por el dolor. Lo habían logrado. Cruzar España, volver a Francia con un botín que no esperaban, Beatriz, la hija que había tenido Juanmaría con su primer matrimonio y que después se había enrolado en un circo. Nunca aceptó que su padre se casara con Magdalena y ni siquiera había venido a su entierro. Beatriz se concentró en su vida, fuera la que fuera, y pasó, para aquellos que tanto la habían amado, como si hubiese existido dentro de un antiguo corazón.

Ramón escribió en su cuaderno:

Fugitivos los dos, el cuerpo es el lugar del día y los sueños el lugar del alma. De noche, nuestro plano de la Tierra da la espalda al Sol, igual que durante el día le damos la espalda al alma. Nos reencontramos con ella cuando estamos dormidos. Recuerdos, objetos, personas, paisajes, borrosos en el sueño, son figuraciones del alma.

Pero también la noche es el lugar favorito de la Muerte. Morimos entre millares de estrellas.

Mira esas galaxias, entre las cuales apenas se dibuja nuestra Vía Láctea, y, allá dentro, este ínfimo campo de juegos.

Apuró la copa. Apoyó la frente sobre la página. Volvió a oír la voz de Raquel:

–Basta, basta de juegos.

20.38

–*Game over*, Comecocos –dijo Bernardo–, te voy a redimir.

Lo había desnudado casi por completo, a falta de la camisa que había quedado arrugada en los antebrazos, atados a la espalda. Tras vendarle los ojos, lo había tumbado de lado, enlazándole los pies con un cinturón de bata y amordazándolo con un trapo de cocina. Le había embadurnado la cabeza con aceite, y desde la sien izquierda, por la frente, le estaba pegando los recortes fotográficos que había encontrado en la caja de zapatos: estrechos retratos de Monte de cuerpo entero alternados con pedacitos redondos de su cabeza cortada.

–Cristo de las Tres Caídas.

Lo incorporó, para que apoyara la espalda en el sofá, y terminó de coronarle la frente. La mujer permanecía encogida en el sofá, sin moverse, prisionera de un devastador letargo.

Bernardo recogió del suelo el cuchillo jamonero que había afilado en la cocina, y sin apretar, trazó una línea horizontal justo debajo de la imaginaria corona.

–Cristo del Cachorro.

Cuando vio que la piel se abría, e iba derramando una leve cortina roja, trazó dos aspas sobre las rodillas del profesor.

–Cristo del Buen Fin.

Situó el filo del cuchillo debajo del pecho izquierdo, también de manera horizontal, y dibujó un rápido corte.

–Dulce Señor de la Sangre.

Le apretó con la punta del cuchillo en la cara.

–Enséñame a perdonarte, padre.

## Capítulo 7

Sintió sobre la piel la caricia de una pluma. Una mujer vestida con una túnica roja le había guiado hasta la séptima bóveda. Susurrando, le había pedido que se tumbara sobre un lecho de piedra para lavarlo con la esencia de ámbar que él mismo había elegido en una hornacina. Cuando estaba de espaldas, le había sorprendido el líquido cálido que la mujer dejó caer desde un aguamanil. Luego la mujer le fue masajeando, desde la planta de los pies hasta la cabeza, sin olvidar las nalgas y los brazos. Aquellas manos, en sus movimientos precisos y firmes, devolvían la realidad a los músculos olvidados, confirmando que él, aquel muchacho que había purificado su identidad, era, en el principio, solo su propio cuerpo. El Hammán le devolvía a un centro perdido: la vivencia absoluta del presente. Como los poetas que más le gustaban, aquellas bóvedas, excavadas en el corazón de la ciudad, traían a la realidad algo hasta entonces impreciso: el lugar del tiempo.

Al sentir la pluma sobre la piel, Monte recordó aquellos versos de Saint-John Perse que le enseñara su padre: «El pájaro, de todos nuestros consanguíneos, el más ardiente para vivir». Y comprendió, en el plácido cosquilleo que se deslizaba por sus omoplatos, que la fascinación que había sentido desde su infancia por aquellos seres había nacido observando su exquisita y nerviosa libertad. Disfrutar del instante sin pensar en el tiempo. Esa era la primera lección del pájaro y también la de su abuelo Ramón, cuando le regaló aquel reloj que había guardado en la taquilla del vestuario.

–Te regalo el control del tiempo, para que puedas dejar de pensar en él de cuando en cuando.

La atención plena en el presente. Aquello era casi tan bueno como volar.

De hecho, sentía que aquella pluma sobre sus omoplatos activaba unas alas invisibles. Cuando comprendiera plenamente aquello que le regalaban los sentidos, cuando aprendiera a vivir en aquella dimensión inmediata, quizá mereciera descubrir alguna otra. Se dio la vuelta. La pluma le acarició la frente. Sintió cosquillas en la vieja cicatriz.

El zippo cayó encendido sobre la mansa película de gasolina. La luz de la linterna, que enfocaba la espalda de Miguel, creaba espejismos sobre el suelo.

*Son escamas de dragón, escamas irisadas en el aceite de la tierra.*

Un instante de lenguas azules se repartió por la superficie a gran velocidad, antes de ascender en una llamarada roja, que vociferó sobre el patio.

*Felicidades, papá. Esta era la vela que tenía preparada por tu cumpleaños.*

Prendía el seto desde abajo, abrazándolo con una humareda cada vez más densa, que echó a Miguel hacia atrás, casi a los pies del hombre que sostenía la linterna, paralizado por el horror y el asombro.

Miguel aceptó que el hombre lo agarrara e intentara levantarlo arrastrándolo hacia atrás. No lo miró. Era uno de los Hermanos. No le importaba cuál. El trabajo de ambos había terminado. Era lo último que ambos harían en aquel colegio.

Notó que era viejo. Y que si él no lo ayudaba con su propio esfuerzo, no podría con él. En efecto, el hombre lo soltó en el suelo, y corrió hacia el edificio gritando:

—¡Fuego!

*Aunque ellos ya se están asomando a las ventanas.*

Se elevaba envolviendo la empalizada de hojas y ramas, desplegando penachos de aire ardiente que iban lamiendo las superficies contiguas de madera, un poste eléctrico, el listón de una ventana o una puerta, con sed y asfixia simultáneas, en un mismo impulso de destrucción y de creación.

*Sobre la materia devorada, una nueva luz.*

Cabalgando en la gasolina que se extendía en la inclinación del patio, las

llamas alcanzaron los pilares del edificio de los adolescentes y se concentraron alrededor de las columnas, como esperando una invitación para ascender por ellas.

La invitación llegó en los dos lados del incendio, que ya había dibujado una ele, más ancha en la parte del seto.

*Pronto arderá el primer día en que subí por aquellas escaleras y el último en que me acusaron de ser ajeno, ingrato, demoniaco, impuro, impío.*

*Incandescente.*

Le llevó otra vez el cuchillo a las rodillas, moviéndolo de derecha a izquierda, para que las abriera lo máximo posible, arañándole la piel con veloces pinchazos.

–Señor de la Sentencia –dijo Bernardo.

Observó el guiñapo arrinconado entre los muslos, y se levantó repentinamente, directo a la cocina. Rebuscó entre los cajones y al regresar, antes de volver a sentarse delante del profesor, le quitó la mordaza (pero no la venda) y dijo:

–Ni se te ocurra decir nada, todo en esta vida es trabajo. Yo trabajo, la gente trabaja, tú has trabajado más de la cuenta y ya no tienes que trabajar más. Mira por dónde eres uno de esos afortunados que se va a librar de la esclavitud en la que andamos enjaulados, haciendo cri-cri, diciendo cri-cri como los grillos. Yo solo descanso cargando a mi Señora de la Esperanza, ¡mete riñón, costalero! Es entonces cuando se entierran los afanes, y el cri-cri y el runrún de la mollera desaparecen porque uno se está deslomando. La gente está apretujada a un lado y otro de la calle esperando la procesión para rezar, para llorar o solo para ver, y alguno de rato en rato canta una saeta. ¿Tú has escuchado algo tan grande alguna vez? Pero tú no escuchas a nadie, tú eres de esos de la labia, que habla y habla para seducir a los chavales. Pues eso se ha acabado, Robinjú. Ellos piensan que tu instrumento es el de abajo, pero yo me he dado cuenta de cuál es el verdadero. Vamos, saca la lengua.

Le puso la punta del cuchillo en la garganta.

–Ya asoma la babosa –susurró Bernardo acercando y abriendo,

concentrado, las tijeras.

Había escrito la palabra Magdalena, «vuelvo a ti, mi amada Magdalena», y la había imaginado en el porche de su casa de Garrucha, sentada en una silla de hierro de color blanco. Se había deslizado dentro de sus ojos. Miraban el horizonte de la noche sobre el mar, la luz roja de un barco que se seguía marchando.

Había bebido vino y había sobrevolado las viñas. Era un campo gris y frondoso e inmenso, sobre el que las primeras estrellas dejaban caer su polvo de luz.

Sucedía en dos planos simultáneos, pues al mismo tiempo se veía detrás de sí mismo, echado sobre el cuaderno como un niño cansado de estudiar, el viejo Montenegro de piel estirada en el cráneo, un poco más que ayer, desnudando la anciana calavera, y, además, aquel otro que ya estaba sobrevolando el Albaicín.

Enfrente, la Sierra, láctea en la noche, bajo una luna inundada que se derramaba en sus vertientes. A la derecha, el resplandor de un incendio. A la izquierda, el Paseo de los Tristes y el camino hacia la Fuente que llaman «del Avellano», sobre el río enrojecido por los álamos otoñales.

Y, aunque trató de volar hacia el incendio, el aire se bloqueaba. Era más dúctil la ruta del río.

Ante un enorme ciprés, pisó tierra. Allí estaba la Fuente del Avellano, pero supo que de ella no debía beber. Justo enfrente, se hallaba otro manantial, de agua luminosa. Al acercarse, vio que estaba protegido por dos guardianes antiguos, pues vestían la túnica y usaban la espada.

Entonces brotaron en él las palabras que debían apaciguarles y que –de pronto, supo– había repetido incontables veces:

–Soy hijo de la Tierra y del Cielo estrellado. Y vengo muerto de sed. Dadme ahora el agua fresca que brota del manantial de Memósine.

Y, cuando ellos bajaron las espadas, se acercó. Apenas hubo mojado los labios, vio en el cielo una gran bandada de pájaros. Recuerdos borrados y acciones definitivas. Se iban posando a su alrededor.

–Niña, llama al hospital, que este hombre se desangra.

Diana despertó o creyó que despertaba, aunque había oído todo lo que había dicho el Extraño. Si era sueño o había ocurrido realmente, solo podrían confirmárselo sus propios ojos. Nadie más. Así había sido siempre, desde niña (cómo había adivinado el Extraño que ella continuaba siéndolo), porque los demás no eran fiables, padre y madre para empezar, y después la calle, y después los Extraños que habitaban en los rincones de las ciudades dormidas. Una niña, solo una niña.

Mientras el Extraño de acento sevillano, repetía:

–¿Niña, me estás oyendo?

Ella, probablemente estaba asintiendo con la cabeza, porque esta, sí, se movía. De igual modo, podría seguir confirmando otras cosas.

En efecto, alguien le estaba desatando las manos. En efecto, alguien le quitaba la mordaza, aunque ella no tuviera nada que decir. Las palabras se habían sepultado muy al fondo, quizá refugiadas en el hueco de la pelvis.

Sabía que había estado temblando. Sabía que, aunque creyó estar perdida dentro de un sueño, había oído cada gemido de su hermano, los ruidos en la cocina, la grabación en los vídeos, la charla absurda del sevillano, que había finalizado, justo antes de zarandearla a ella, con una advertencia:

–Aunque no puedas hablar, guárdate bien lo que sabes. Si no lo haces así, volveré con muchos otros.

Ahora oyó con claridad la apertura de la puerta. Y el golpe al cerrarse. Oyó la ausencia repentina y solemne del Extraño. Contó el tiempo: negrura más negrura más negrura. Se percató de que mantenía los brazos en la misma posición en que habían permanecido atados y los movió desde la espalda hacia delante. Nada le había dolido tanto como aquel movimiento natural. Se incorporó. Recuperó la postura. Se llevó los dedos a la venda. Los metió debajo de la tela, a la altura de los ojos. La fue retirando, hacia arriba, hasta sacarla por la cabeza.

Temió la oscuridad antes de abrirlos, lo que ella le venía susurrando: *Si no quieres ver, te quedarás ciega.*

Si era incandescente, se abrasaba él, Miguel, que se retiró del seto cuyas hojas se habían volatizado en el interior de las llamas y cuyos troncos, delgados y retorcidos, se abrían en venas de fuego, exhalando una radiación insoportable. Quemaba el aire. Ardía el edificio de los adolescentes, a la derecha de Miguel, y la vivienda de los Hermanos, detrás del seto.

Ellos abandonaban corriendo el edificio justo en aquel momento, hacia la cancela de salida, a la izquierda de Miguel, por donde él también hubiera podido escapar. Era imposible que no lo descubriesen, iluminado por el resplandor de la hoguera. Quizá el humo, que ya tenían en los pulmones, también les cegaba. Quizá, al huir, no podían pensar.

Sintió la esperanza de que, cuando todos ellos salieran, él lograría renquear hasta la puerta, como ahora estaba haciendo en dirección al otro lado del campo de fútbol. Al llegar al muro, se dejó caer allí, tosiendo.

Pronto se oirían las sirenas. Calculó lo que iba a suceder. Los bomberos entrarían con sus camiones y conseguirían que el incendio no se propagara a las viviendas que rodeaban el colegio. No podrían salvar el edificio de los Hermanos. Tampoco las aulas de los adolescentes. En cambio, servirían de pantalla para que el incendio no se propagara hacia la parte del colegio por donde él había saltado, donde estaban las aulas de los niños.

La infancia permanecería sin tocar, en una isla astillero, rodeada de los barcos en llamas que se habían construido en ella.

Lo demás era un cine, con dos gigantescas pantallas; una, enfrente; otra, a su izquierda; donde solo sucedía el fuego.

Las pantallas se le iban acercando.

Los espacios vacíos se llenaban de humo; el silencio, del fragor del incendio. Oyó varios gritos.

Tosió más, sintió que se asfixiaba.

Dentro del humo, apareció el rostro de su abuelo.

Se le acercó, con la linterna, hasta agarrarlo por las axilas. Esta vez se dejó ayudar. Así lo reconoció. Era el más viejo de los Hermanos. El primero que le dio clase. El que lo salvaba.

A la salida del Hammán, Monte se atrevió a hacer algo que siempre había deseado. En lugar de cruzar el puente, saltó al talud y bajó hasta el Darro. Enseguida descubrió un árbol enclavado en la orilla pero que había crecido en diagonal, con el tronco sobre el río.

Se encaramó a él, y se acomodó en la horquilla donde nacían las dos ramas principales.

La luna espejeaba en el agua, y, en los saltos sobre la corriente, iba ritmando una alternancia de reflejos y oscuridad.

Monte prestó atención al sonido irregular del río, hecho de incontables encuentros con las formas: piedras, raíces, declives; donde su ritmo iba cambiando.

Miró las hojas de otros árboles de la ribera. El mismo vibrar de luna y sombra se proyectaba en su interior de celulosa, desde el cielo, pero, además, desde el discurrir espejeante del agua.

El agua se había transformado no en hielo ni en vapor: en claridad, bajo las piernas colgantes de Monte. Fuego de luna. Aire de noche. Tierra encendida. Agua de Escarcha. Los cuatro elementos formaban infinitas combinaciones: en la madera, en la hierba, en el plumaje de los mirlos nocturnos, en la mirada de los seres humanos, en el remolino del corazón.

Monte, sentado en el árbol, volvió a imaginar a los buscadores de pepitas que habían rastreado el curso de aquel río en tiempos remotos. Y supo que había llegado el momento de devolverles lo que había recibido. Sacó del bolsillo la bolsa de cuero con el tesoro que había reunido de nuevo para enseñárselo a Uinsa. Apretó la bolsa por última vez. La abrió. Y dejó caer en el agua:

la medalla con su nombre,  
la jeringa en miniatura,  
la cabeza de madelmán,  
el trozo de cera azul,  
las dos insignias militares,  
la navaja  
y la llave.

Se hundieron. Lo ligero se lo llevaba la corriente. La vida corría en el

lecho del Río de Oro, que se había atenuado en Plata, y a media altura, en la luminosidad que se cimbreaba en la mágica fronda, en una armonía vertiginosa donde los matices se fundían y los componentes del mundo lograban su encuentro; diferentes, sí, en sus grados de claridad, algunos inquietantemente oscuros; pero todos, reunidos, fluían en el mismo viaje sin tiempo. El tiempo también era una escarcha que se deshacía en la temperatura de la mano. El planeta giraba de noche en torno a un sol que seguía iluminando la ciudad a través del reflejo de la luna. Así un día comenzó la canción de la luz. Cómo cada uno la llevara a sus labios. Ese sería el principio de cada historia.

## Personajes principales

Monte. Su nombre completo es Manuel Montenegro Moncada. Personaje principal y también narrador (muchos años después) de esta historia.

Lurdes y Miguel. Hermanos de Monte.

Elvira Moncada. La madre. Pianista.

Antonio Moncada. Tío (por parte de madre) y padrino de Monte.

Manuel Montenegro. El padre. Profesor universitario. Líder secreto.

Ramón Montenegro. Abuelo de Monte. Héroe de una guerra perdida.

Raquel Valeria. Esposa difunta de Ramón Montenegro. Maestra en el exilio.

Daniel Moncada. Padre de Elvira y de Antonio. Médico.

Alba Moncada (apellido por matrimonio). Madre de Elvira y Antonio, la única abuela que conservan Monte, Lurdes y Miguel.

Sara *la Albina* (Sarita *la Loca*). Prima hermana de Elvira.

Concha y Justo. Padres de Sara.

Manuel Juanmaría. Exiliado. El mejor amigo de Ramón Montenegro.

Magdalena Sánchez de León. Esposa de Manuel Juanmaría.

Jorge Juanmaría. Hijo de Magdalena y Manuel. Sacerdote.

Juan Juanmaría. Hermano gemelo de Jorge. Editor.

Roberto, llamado Robin por sus alumnos. Profesor de música.

Diana. Hermana de Roberto.

Haddock, Antifaz, Ancas, Moro, Guevara y El Rubiales. Amigos de Monte y alumnos de Robin.

Lorenzo. Amigo de Monte. Poeta.

Palma. Alumno de piano de Elvira Moncada.

Isabel. Primer amor de Monte.

Rebeca. Prima de Monte, Lurdes y Miguel.

Laura.

Don Raimundo. Mejor conocido como el Gran Rai (o la Rata Rai). Padre de Laura.

Doña Emilia. Madre de Laura.

Bernardo. Novio de Laura. Traficante.

Santi y Dueñas. Compañeros de colegio de Monte. Delincuentes.

Hermano Dostoyevski. Director espiritual de Monte. Director del colegio.

Hermano Marcos. Hermano del Hermano Dostoyevski.

Mariano. Portero del edificio donde viven los Montenegro Moncada.

Olga. Niña que vive en el mismo edificio.

Moisés. Labrador de las tierras de los Moncada.

Casilda. Hija de Moisés, contratada para cuidar de Monte y sus hermanos.

Casildina. Hija de Casilda y de El Alemán.

Lucas. Primer novio de Casilda. Panadero de Alfacar.

Gerardo. Dueño del bar Orígenes.

Eloísa. Alumna de Manuel Montenegro.

Cantos-Torre, Tonsura y Saba. Poetas.

Gelen. Novia de Ancas.

Marta la Uñas. Amiga de Gelen.

Susana. Novia de Moro y de Haddock.

Uinsa Seibra. Estudiante francesa, aventurera.

Federico García Lorca.

Todos los personajes, salvo este último, son imaginarios.

# Índice

El tesoro

Comunión

El secreto

Sacrificio

El bosque

La conjuración

Hammán

Personajes principales